

**N. Bolet Peraza**

(ABDULAZIS)

---

**ARTICULOS  
DE COSTUMBRES  
Y LITERARIOS**

---



**CASA EDITORIAL ARALUCE**

Calle de las Cortes, 392 - Barcelona



ARTÍCULOS DE COSTUMBRES  
Y LITERARIOS

No. ....

BIBLIOTECA "AMÉRICA"  
DE COMPOSTELA

---

Donante *Dr. Vicente Davila*  
de *Caracas, Venezuela.*



U. 8787  
N. BOLET PERAZA  
(ABDUL-AZIS)

# ARTÍCULOS DE COSTUMBRES Y LITERARIOS

PRIMERA EDICIÓN

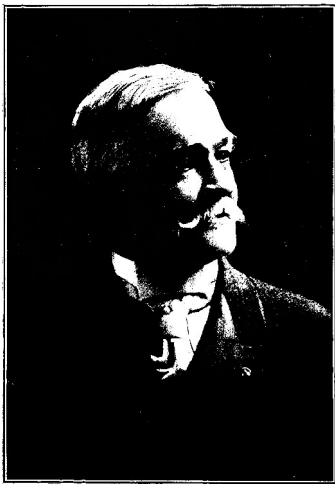


CASA EDITORIAL ARALUCE  
CALLE DE LAS CORTES, 392 • BARCELONA; ESPAÑA.

---

**Es propiedad  
Registrada  
conforme a la Ley.**

---



*N. Bolshakov*



# Indice

	<u>Págs.</u>
Apuntes biográficos ... ..	7
Mi primer Artículo ... ..	13
Percances de una visita ... ..	20
Un día sin Sol ... ..	29
Los vecinos de un feo ... ..	37
El tiempo y nosotros ... ..	43
<b>ARTÍCULOS DE COSTUMBRES ... ..</b>	<b>49</b>
El Teatro del Maderero. Cuadros Caraqueños	51
De Caracas a la Guaira (Seis leguas en diez horas) ... ..	64
El mercado. Cuadros caraqueños ... ..	74
Ecos de Caracas ... ..	99
¡Agua Val! ... ..	104
Los Baños de Macuto ... ..	110
Godoy, el Principe de los Porteros ... ..	115
¿Serían de plata? ... ..	119
Que le empreste ... ..	123
Antaño y hogaño ... ..	128
La estrategia de Ayacucho ... ..	135
Un falso ataque ... ..	140
Los consonantes de Perico Fernández ... ..	145
Lacrimomanía ... ..	150
El llanero ... ..	154
Un hombre feliz ... ..	158
Las cuatro camas del cura ... ..	165
La fuerza del destino ... ..	171

	<u>Págs.</u>
Los nervios ... ..	176
Idilio que termina en quijetada ... ..	181
Las tres vidas de Antón ... ..	189
Historias de media noche ... ..	193
Los juguetes ... ..	197
La torta de novios ... ..	204
El Señor Maestro ... ..	207
Una noche de sangre ... ..	214
Cartas gredalenses ... ..	219
¡All-right! ... ..	259
A falta de pan buenas son tortas (Comedia) ...	264
ARTÍCULOS LITERARIOS ... ..	297
El Avila ... ..	299
El entierro del Sol ... ..	303
A mi hija Pilar ... ..	306
Elegía otoñal ... ..	308
Mal por bien ... ..	310
Primavera ... ..	313
Primaveral ... ..	314
Grand View ... ..	317
La Virgen de la Lágrima ... ..	322
El Misacantano ... ..	328
Historia de un guante ... ..	336
Amor, sublime amor ... ..	341
El Monte Azul ... ..	345
El espejo encantado ... ..	348
Lo que es el Amor ... ..	351
La pluma de ganso ... ..	362
Un golpe de suerte ... ..	367
Poderoso caballero ... ..	372
¿Quién es este hombre? ... ..	377
El Libro de Job ... ..	381
Valor cívico ... ..	383
La gran infame ... ..	385
Dolor y resignación ... ..	390
La generación del diablo ... ..	392

## APUNTES BIOGRAFICOS

(A MODO DE PRÓLOGO)

*Escritos en un rato de buen humor  
por el mismo beneficiado*

(ABDUL - AZIS)

Cualquiera que tenga la fortuna de poder aventurarse por la calle de nuestro Comercio, sin verse forzado a describir esos ingeniosos zig-zags con que se logra poner, entre la visual de los acreedores y la deudora personalidad del paseante, el impenetrable antifaz de calicanto de algunas paredes, podrá llegar con envidiable felicidad hasta la esquina llamada del Reducto, en donde no se eleva sino que se desploma ya, una antigua casa que forma con otras tres un cuadrilátero en donde el estómago de un aficionado a las comidas de todas horas y a las meriendas de todo momento, se encontraría perplejo para decidirse entre aquella cuádruple alianza que por todos los vientos exhala las confortativas emanaciones de tres bodegones, sazonadas con el tibio olor de las hogazas que vomita el horno de una panadería.

Fué en esta última, y en el mismísimo lugar que hoy ocupa el armario repleto siempre de dorados bizcochos, y que alcanzó los honores de dormitorio antes de parar en tienda de panadero, donde el día 4 de junio de 1838, mis excelentes padres tuvieron el inefable placer de recibirme en sus brazos como el segundo ejemplar de una edición de ocho volúmenes que forman la clásica de sus románticos amores.

Mi padre que había ya terminado sus estudios bajo la dirección del sabio Vargas, fué recomendado por éste

a ciertos sujetos barceloneses que solicitaban un médico para aquella provincia, por lo que hubimos de trasladarnos, o mejor dicho, se trasladaron mis padres a Barcelona, llevándome de un año adonde debíamos permanecer veinticinco.

Por aquellos tiempos, la medicina estaba ejercida en regiones orientales que el Reverendo Padre Caulín nos describe con el nombre de Nueva Andalucía, por uno que otro facultativo inteligente que habitaba en poblado, dejando el dominio de los campos a cargo de hárbaros que sacaban el hígado para lavarlo, o de ignorantes audaces que decían al paciente, tomándole el pulso: "Si usted tiene calentura no me lo niegue".

Ya se deducirá pues, que mi padre debió encontrar allí campo feraz para labrarse con su profesión un mediano pasar.

Sucedieron los años y llegó por fin un momento en que mi padre me creyó suficientemente maduro o insufriblemente malcriado, para colocarme, como me colocó, en calidad de discípulo masculino en una escuela epícena que regentaba sabiamente una solterona entrada en días, y en la que logré instruirme, bajo los auspicios de la señora Plazola, en esos primeros rudimentos que en tales planteles suelen adquirirse y que se reducen a conocer las letras y a pellizcar las muchachas.

En uno de mis mal pergeñados artículos he procurado dar una idea de cual fué mi aprovechamiento en la escuela, que se siguió a ésta; por lo que ahorraré a los lectores el fastidio que en la repetición pudieran encontrar.

Las madres, que duermen con el oído atento a la respiración del hijo pequeñuelo, que toman nota, por decirlo así, de la rapidez o lentitud con que va crecien-

do, reservan siempre para sí el prolijo cuidado del jardinero que fija guías a la tierna vid para que sus tallos trepen la enramada y no se desparramen por el suelo.

Por eso mi madre se sonrió el día en que mi voz tuvo modulaciones extrañas y desapacibles; y echando de ver que la frase que yo comenzaba en do natural la terminaba en mi bemol a vuelta de una destemplada escala cromática, comprendió que ya el pollo estaba a punto de hacerse gallo, y antes que alborotase con su primer canto los corrales de la vecindad, metióme debajo del brazo el Nebrija, atestóme las faltriqueras de González y Bournouf, y así minado por todas partes de textos, me confió a mi padre, quien me condujo derecho al Colegio Nacional, en donde se me vinculó con el carácter de alumno interno.

Pero no se habían hecho cuentas mis buenos padres con eso que se llama vocación, que no parecía muy desarrollada en mí por los estudios, lo que hizo que aburrido del *Musa Musae* y del pluscuamperfecto, diérame al intento de escalar de adentro para afuera las tapias del templo de Minerva; empeño que me valió repetidas veces la denuncia del celador que dormía con un ojo abierto como los gigantes de Gulliver.

Mas, llegó el momento crítico en que a mi rebelde inteligencia se le quisieron propinar, por dosis alopáticas, las hasta ahora para mí indigestibles fórmulas de las ecuaciones de segundo grado; y perseguido noche y día por el fantasma de la incógnita que jamás lograba atrapar, resolví poner término a mi suplicio: me asomé a uno de los balcones, saqué el cuerpo hacia fuera, y sin más paracaídas que el instinto de la propia conservación me arrojé al espacio y di con mi bulto sobre los guijarros de la calle, libre al fin, pero medio aplastado por

un descenso a toda gravitación desde una altura de quince pies.

Como muy bien podrá presumirse, terminaron con este desenlace mis estudios, así como estuve a pique de terminar con ellos la existencia y no volví a poner los pies en aquel establecimiento, en donde había dejado por todo fruto de mis forzadas vigiliass, dos o tres problemas comenzados en la pizarra de la clase, y algunos dientes despedazados en las que forman el empedrado de la calle.

Pero si bien sentía una repulsión insuperable hacia las ciencias llamábanme a sí, con sus mil atractivos, las bellas artes, por lo que cediendo a mis deseos, púsome mi padre a la cabeza de un establecimiento de imprenta y litografía en el cual vió la luz pública "El Oasis", periódico literario con ilustraciones, bajo la dirección y edición de aquél y con la cooperación de mi hermano que ejecutaba los dibujos que lo exornaban.

Entretenido en las sabrosas tareas del arte, oi ¡ay de mí! por la vez primera (1858), los mil clarines de la guerra, que tocaban la obertura de este fandango que lleva ya catorce años, sin que sepamos cuando se habrán de sentar las parejas que lo mantienen; y sin dar oídos al consejo paternal y al cariñoso temor de la fraternidad, dejé el plomo de los tipos por el plomo de las balas, cambié la prensa de Smith por el revólver de Lepage; al olor del papel humedecido y de la tinta fresca preferí el de la pólvora inflamada; gustóme más el furioso redoble del tambor que el acompasado rechinar de los resortes de mi Imperial, y renunciando a la gloria que un día podría alcanzar en el modesto cultivo de las artes, corrí a solicitarla en las filas de la revolución, confiándome en las alas del Hipógrifo del fac-

cioso, que en aquella vez no tuvo para mí tales alas, ni ¡qué habría de tener! si apenas era un malaventurado jaco, que a vuelta de algunas escaramuzas en que corrimos los dos, y otras en que se paró él obligándome a mí a hacer otro tanto, dió con ambos en manos del enemigo, que se apresuró a ponerlos a él a mal pesebre, y a mí a buen recaudo.

Si fuere propio de este lugar, ya haría yo relación de mis prisiones al estilo de Silvio Pellico, pero resérvase para otra oportunidad, o quédese en el tintero para siempre, aquello que por sabido y experimentado en todos y cada uno de mis compatriotas, ha perdido todo el interés de la novedad, y conste tan sólo para consuelo de presos y detenidos, que llegó un día en que me fueron abiertas las puertas de mi calabozo, y que, ya dueño de mis acciones, volví a buscar el perdido cabo de mi afición, aquí, en la patria natal, adonde me había vuelto el torbellino de los acontecimientos; y esquivando la política, que en la época a que me refiero (1865) me ofrecía campo abierto a aspiraciones que yo no abrigaba entonces; fundé en unión de mi hermano un periódico literario, ilustrado por medio de la cromolitografía, único en su género hasta hoy en Venezuela.

El Museo Venezolano hizo nacer en mí la inclinación hacia las bellas letras; y mi roce frecuente con ingenios aventajados, y las necesidades de una edición, sujeta tan sólo al favor de los colaboradores, me alentaron al fin a escribir para el público, lo que hice vergonzosamente con la convicción de mi insuficiencia, bajo el seudónimo que aún conservo, y cuyo misterio hizo transparente la amistosa indiscreción de aplausos que no emanaban por cierto de la justicia sino del afecto.

Fuí una vez infiel a las letras de imprenta y por otra

lo fui también a las de la literatura, es decir en el feo delito de reincidencia. Volví a la guerra; ésta me llevó a la Representación nacional; tomélo a farsa y me reí de aquellos de mis colegas que lo tomaban a serio; hice unas leyes, anulé otras, me puse de pie o quedé sentado al revés de lo que pedían las circunstancias; pronuncié discursos; hice proposiciones, apoyé informes y voté candidatos, apelé al pueblo, halagué las barras, declamé el *quosque tandem*, recibí aplausos, me llamaron al orden y cogí las dietas; todo como si fuera un verdadero representante de la voluntad popular.

Tengo hoy la edad en que murió Cristo; y a esta fecha me han crucificado muchas veces, mofándome otras tantas del suplicio; me he reído de muchas cosas, y espero reírme de otras; actor de la gran comedia humana todo lo he hecho burla burlando, menos cuando me decidí a cobijarme bajo las blancas alas de un ángel encantador que un día encontré en mi camino, que ha puesto a mis traviesas manos fuertes esposas, siéndolo tierna mía, y que ha añadido al inventario de los frutos que he recogido en mi agitada vida un ramo que por sí solo me libra de la bancarrota.

Así, puedo contar como total de lo que me resta de mis 33 años de estudiante, de faccioso y de casado, algunas muclas de menos, un despacho de General y... cuatro hijos.

N. BOLET PERAZA

(ABDUL AZIS)

Caracas, febrero de 1872.

\* \* \*

Los anteriores rasgos biográficos alcanzan hasta el año de 1872. Hasta el de 1877 fué Bolet Peraza corredac-

tor del diario caraqueño "La Opinión Nacional" y ejerció importantes funciones gubernamentales y fué varias veces representante al Congreso Nacional.

En 1877 fundó en Caracas el diario político "La Tribuna Liberal".

En 1880 se trasladó a Nueva York con su familia. En aquella ciudad redactó la "Revista Ilustrada".

Otra reacción política solicitó su cooperación y fué entonces que representó a su patria como Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario en Washington y ante el primer Congreso Panamericano.

Vuelto a la vida privada en 1893, que no quiso abandonar, se dedicó exclusivamente a sus labores literarias fundando la revista "Las Tres Américas" que obtuvo favorable acogida en toda nuestra América Hispana.

El 25 de marzo de 1906 falleció Bolet Peraza en la ciudad de Nueva York, en donde reposan sus restos.

(J. C. B.)

## MI PRIMER ARTICULO

Yo, que en tantas vidas ajenas me he metido, desde que formé en la honorable hermandad de las letras, quiero meterme un poquitito en mi propia vida; no porque me imagine que a alguien pueda interesar lo que de mí diga, sino por darme alguna vez el gusto de escribir en primera persona del singular el pronombre, como ahora se estila, y abandonar siquiera por una media hora, el zarandeado nosotros, que en un tiempo fué pretencioso tratamiento, y que en estos modernos días psicológicos y subjetivos resulta por demás modesto, y has-

ta humilde modo de esconder el escritor su apreciable personalidad.

Como hoy todo se explica por el proceso de la evolución, no han de faltar por ahí lectores, de mucha curiosidad y poca ocupación, que quieran enterarse de cómo y cuándo aconteció que yo hiciese mis primeras armas en el oficio, arte o profesión o lo que sea, de escribir respetando un poco al público y a la lengua; o para decirlo en términos científicos, de cómo se ha consumado el proceso de mi evolución intelectual a partir del protoplasma de mi primera lucubración literaria.

Un gran amigo tenía mi padre, al cual preocupaba y quitaba el sueño la idea de descubrir para qué linaje de ocupación había nacido un hijo suyo; pues sucedía que al chico no le entraban ni por las buenas ni por las malas, las enseñanzas de la escuela. Bebíase los textos, hartábase de preguntas y respuestas; pero nada dejaba sustancia en su organismo cerebral. Vamos, que el niño no asimilaba; hasta que cierta noche de religiosa festividad en que se quemaban fuegos artificiales y se inflaban globos en la plaza mayor del lugar, malográndose las vistosas mongolfieras por falta de pericia en los manipuladores que aplicaban la candileja o mechón de papel torcido empapado en aceite, se abalanzó mi querido camarada hacia el grupo de los infladores de las ya nombradas bombas, los apartó con los codos, y tomando autoritariamente sobre sí la grave responsabilidad de la operación ascensional, metió diestramente el encendido mechón en la boca del globo, que hinchado de humo se balanceaba sobre las cabezas y forcejeaba por que lo acabasen de soltar, ató con presteza suma y con bien calculadas distancias los alambres al aro del aparato aerostático, y todo esto lo hizo con tal desen-

voltura, serenidad y precisión, que a poco se vió a la hidrópica máquina soltarse de sus hábiles manos por un cabeceo vigoroso y resuelto, traspasar sin tocarlos los tejados, subir muy alto, hasta no poder ser vista sin causar dolorosos tortícolis al público espectador, y al fin perderse allá lejos, como una estrellita encarnada entre las rubias constelaciones que pestañeaban en el firmamento.

Al contemplar aquella proeza del niño su excelente progenitor, arrasados los ojos de lágrimas de puro y muy legítimo orgullo, abrazó a mi padre diciéndole, entre hipos de satisfacción:

“Gracias a Dios, amigo mío; que ya sé para lo que ha nacido mi muchacho. ¡Inflará globos!

Pues ni para esa modesta, pero utilísima profesión daba señales de ser apto este vuestro humilde servidor. Mi bueno y muy recordado maestro, el bachiller don Pedro Ledezma, que aún vive y no me dejará mentir, se desesperaba por infundirme su saber y el de los libros, prodigándome piadosamente sus paternas consejos, y de vez en cuando aplicándome a conciencia los sólidos estimulantes de la férula. Mas todo en vano. Voluntad de aprender no era lo que me faltaba, sino simplemente memoria. Mis condiscípulos, por el contrario, eran todos unos prodigios en esta facultad. Era de ver, cómo a manera de los juglares del circo que se tragan un rollo de cintas y luego se lo van sacando de la boca sin faltar una sola vara, se tragaban aquellos chicos los textos de Gramática y Ripalda y Aritmética, y en seguida los echaban enteros, sin faltarles una sílaba.

Al fin, y desalentado de encontrarme siempre réprobo y a la cola de mis camaradas, cuajó en mi conciencia la idea de mi incapacidad para los estudios, y me dediqué a la gimnasia. Pero nada. Parece que para este noble

ejercicio se necesita también la memoria; pues han de tenerse muy presentes las leyes de la dinámica corporal, y yo las olvidé con tan mala ventura cierta mañana, que en una plancha de pecho que intenté ejecutar sobre la reja del balcón del colegio con ánimo de ganarme una mirada tierna de las Gracias que, cesto al brazo, por la calle pasaban a la sazón para el Mercado, olvidé por completo a la equitativa proporción de pesanteces que produce el equilibrio, saqué más de lo justo y prudente el busto, faltóme cobardemente la potencia muscular de los brazos, y de bruces fui a dar, desde una altura de cinco varas, al empedrado de la calle, dejando allí, por más señas, algunas importantes piezas de mi dentadura, la cual, a Dios gracias y por una previsora munificencia de la Naturaleza, estaba provista de algunos incisivos de repuesto, que aprovechándose de aquel fatal accidente, pasaron a figurar como principales.

Después de tan desastroso descendimiento, renuncié por completo a las aulas y al gimnasio; sintiendo una como vocación para los oficios puramente manuales. A habérseme dejado seguir aquellos impulsos plebeyos, yo fuera hoy un excelente albañil, un ebanista notable, acaso un curtidor eximio. Mi buen padre, que estudiaba mi índole y que no se contentaba con que en resumidas cuentas quedase yo también para inflar globos, como el amiguito de marras, me compró un tren completo de imprenta. Aquello era ponerme, junto con el trabajo manual, la tentación del cerebro. Fundó luego mi padre "El Oasis", periódico ilustrado con grabados litográficos que mi malogrado hermano, artista genial, si los hay, ejecutaba a maravilla, mientras que yo, con infatigable consagración e imponderable gusto, componía en las

cajas, imprimía en la prensa, derretía la cola para los rolos y daba el punto preciso a la legía para lavarlos cuotidianamente, sacaba las moscas que se atascaban en la tinta, aceitaba el carro, engrasaba las correas y despertaba con golpes de frasqueta al rolero, cuando el perezoso arrapiezo se dormía sobre las formas. Estaba en mis glorias.

Estalló en esto (1858), la guerra de los cinco años; y yo me *fut en guerre*. Campañas, prisiones, confinaciones en desierta isla, escondites y destierros, me hicieron docto en la ciencia de derrocar gobiernos malos, a la cual debo mi título de General y el aborrecimiento que profeso a la idea de ser mandado por mucho tiempo por un mismo voluntarioso caballero.

Cuando con nuestro triunfo (1863) concluyó la campaña federal, e hicimos un *pluribus del unum* del Estado, quise, como todos los demás camaradas, dedicarme a hacer la felicidad de mis conciudadanos desde un puestecito de esos que tienen su palma mensual en las casillas del Presupuesto; pero el empleo se lo dieron a un sujeto mejor barbado que yo, uno de esos talentos a quienes abona su barbero; genios no comprendidos, destinados a brillar en otros planetas, dejando en este pícaro e ingrato mundo, por único recuerdo de haber existido, la papeleta de invitación para su entierro, unas líneas de necrología, que escribe algún miembro de la familia, y la cuenta del muñidor.

Persuadido de mi ineptitud para la egregia profesión de covachuelista pensé en el misericordioso periodismo literario, en el cual había visto refugiarse a otros desahuciados como yo. Más debo decirlo con la más cabal sinceridad; no fué mi intención en esta perversa idea, el escribir yo mismo los artículos, pues mi rencor era con-

tra el gobierno y ni por pienso contra el público. Me contentaba con empollar como la avutarda, huevecillos de otras aves, o sea hacerme editor de un periódico sustentado por colaboradores de reconocido talento. Yo de impresor y mi hermano Ramón de dibujante; emprendimos "El Museo Venezolano" con ilustraciones policromas, primera y acaso única publicación de su género que en mi patria se haya dado a luz. Mi periódico debía contener, e hice que contuviera, varias secciones, siendo la que yo sabía que agradaría más a los lectores, la de Artículos de Costumbres; y en ella colaboraban ingenios de buena cepa, donosos, picarescos, intencionados, algunos flojillos, otros avinagrados, y de todo en carga. Y dicho sea de paso, que en aquellos dichosos tiempos el género de costumbres, no tenía más modelos que los artículos de "Figaro" y de Mesonero Romanos, pues aún no había aparecido el moderno naturalismo con sus estudios sociales a estilo del "Baroncito", y con sus ingenuidades de lenguaje copiadas de los "Perfumes de Barcelona", con perdón sean mentados.

Casi listo ya el número del "Museo", enfermó el colaborador con cuyo trabajo contaba yo para la sección de Costumbres; y en tan apretado trance, muy frecuente, por desgracia, en ediciones a escote de talentos, con las cuales sucede lo que con la sopa de tortuga, que en faltando la tortuga hay que suplirla con apéndice de ternera, hube de apencar con el fruto de mi propia y vacía inteligencia novicia del todo en el oficio, virgen hasta entonces de todo pecado venial y mortal literario y a la cual pedí, de por Apolo, me diese en aquella ocasión, si era posible, su primicia, más que saliera una barbaridad.

Engendro de la necesidad fué aquel primogénito des-

valido; y salió como la huraña Musa quiso que saliese. Bueno o malo, yo tuve miedo o más bien pudor, de asumir su paternidad. Le limpié, le vestí cuanto mejor me fué dado limpiarle y vestirle, y le llevé a la inclusa; es decir, le di un padre postizo; le firmé con el pseudónimo de Abdul Azis; que para esto de soltar al mundo hijos baldíos, me pareció que nadie tan adecuado como un mahometano, polígamo y sin entrañas.

Salió el artículo; yo a ningún ser viviente dije que aquel adefesio era perpetración de mi caletre; y sin embargo, hubo gentes que se dieron a buscar quien era su verdadero autor; interés que se me antojaba a mi morbosa comezón por empezar la silba, en castigo por mi osada intrusión en el sagrado campo de las letras.

Preciso será culpar al mal gusto literario de la época; más el caso fué que el articulejo no cayó tan desparrado que digamos. El público lector, esa caprichosa entidad que tiene feroces momentos de despiadada justicia, así como también relámpagos de magnanimidad cesárea, me pidió exigiese al moro escritor otros trabajos, y no faltó literato huero de esos a quienes ya nadie lee, que dejase entender, con reticencias de dulce paternidad, que aquel engendro indigente era algo de sus entrañas, así como a medias palabras y sin comprometerse demasiado, los viejos verdes, ya cascados para contribuir al repletamiento de la tierra, suelen darse por progenitores de algún hambriento granuja sin padres conocidos, que en la calle les tiende el sombrero para pedirles un ochavo.

Tras de mis "Percances de una Visita" salieron otras tentativas mías, suscritas por el complaciente príncipe moruno; mas al cabo tiró el diablo la manta y se descubrió el pastel. Ya cogido *in fraganti* delito de lesa

literatura no me quedó otro recurso que arrojarme descaradamente en el abismo tenebroso del tintero, en cuyo fondo, según algunos afirman, se encuentran a la postre, el provecho y la gloria.

Lo que soy yo, ni lo uno ni lo otro he de encontrar, bien lo sé; lo que no obsta para que, mientras el trapo y la paja se tornen en papel, y lloren negro la alcaparrosa y la nuez de agallas, seguiré borroneando cuartillas, que bien mirado, es oficio de más prosopopeya que el de inflar globos.

Y ahora, con la venia y perdón de mis tolerantes lectores, me permito presentarles mi primera ofensa literaria.

## PERCANCES DE UNA VISITA

Venir a Caracas, relacionarse con la alta sociedad de la capital, visitar, ir al teatro, etc., esos son los sueños dorados del candidato de estudiante a quien su padre ha dicho semanas antes: "Prepárate Juancho, por que vas a Caracas a perfeccionar tus estudios".

Desde ese momento, el pobre mozo no duerme, deja de comer, y abandona toda otra distracción para no pensar sino en la vida de la capital. Las calles de la ciudad natal le parecen estrechas veredas, el campanario de la Iglesia donde hizo su primera comunión, que tantas veces ha contemplado con admiración por su extraordinaria altura, comparado con las demás casas del lugar, le parece desde aquel día demasiado raquítico; apenas contesta el afectuoso saludo de la tía Rosenda, cuando pasa por delante de la tienda mestiza que ésta regenta,

y de quien ha sido hasta entonces un buen marchante; la voz de la tía Rosenda le hiere el oído, y todo en fin lo halla pequeño; tosco y de mal gusto; porque en su delirante imaginación compara las estrechas calles de su provincia con las del Comercio de las Ciencias, etc.; la torre de Catedral que ostenta la fe de bronce en su cúspide, le parece una cosa sobrenatural y por último, el ventorrillo de la tía Rosenda le trae a la imaginación los elegantes establecimientos de La Perla, La Tentación, y tantos otros de que le ha hablado Perico, estudiante que ha ido a su ciudad a pasar vacaciones y quien le ha ponderado como se pondera en provincia.

Esto es más o menos lo que pasó por mí, cuando después de haber salido examinado en primeras letras de la escuela del maestro Raimundo, me notificó mi padre que debía prepararme para venir a Caracas a completar mi educación.

Después de una terrible ansiedad que duró todo el tiempo de los preparativos, emprendí viaje para la capital, provisto de una carta de recomendación para el Dr. N. y otra para Federico, paisano mío que hacía tiempo estudiaba matemáticas en el colegio del "Salvador del Mundo". Llegué a Caracas y presenté mi dos cartas; fui alojado por orden del Dr. N. en la misma casa de pensionistas que habitaba Federico, casa que dirigía y de que era propietaria la señora N. N. respetable matrona bastante entendida en todo lo relativo a su comercio, inclusive el ramo culinario. Nadie mejor que ella sabe en Caracas darle a sus hervidos ese sazón tan agradable, que hace que sus pensionistas no puedan trazar dos líneas sin que hagan como yo lo hago ahora, una pequeña digresión para honrar su genio. Pero, sigamos mi relación y dejemos a tan digna huésped a dor-

mirse sobre las coronas de lechuga y de coles con que la naturaleza agradecida premia los generosos esfuerzos que hace por la nutrición de la humanidad.

Desde mi entrada a la capital, mis sueños se iban realizando; pero como sucede siempre que la satisfacción de un deseo engendra otros nuevos, todo me pareció nada si yo no llegaba a relacionarme con la sociedad caraqueña, puesto que la vida de simple estudiante, eterno oyente del continuo clamoreo de los colegas que estudian la lección de memoria y la asidua presencia de los catedráticos y del bedel, me horripilaba de tal manera, que de buenas ganas hubiera vuelto grupa, si la idea de visitar la alta sociedad no me hubiera atraído con toda la fuerza del deseo.

Impaciente por ponerme en relación con toda esa falange de hermosas y de respetables señoras que a mi entrada había visto salir de los templos, excité a Federico la misma noche del día en que llegué a Caracas a que me presentase en las casas donde él acostumbraba a visitar. Con grande satisfacción mía hallé a mi amigo y paisano dispuesto a servirme de cicerone. Al efecto, me dijo que me preparase para ir el domingo a visitar a Misia X, señora muy respetable que le distinguía con su amistad y cuya casa frecuentaba lo mejor de la sociedad caraqueña.

Era viernes. El tiempo que transcurrió hasta el domingo me pareció un siglo. Un enamorado no habría maldecido más la lentitud con que el reloj de plata de mi buen padre, que me había dado para medir las jornadas del camino, marcaba las horas.

Por fin lució el alba del domingo. Cuando los primeros rayos del sol atravesaron las vidrieras de mi dormitorio, o mejor dicho de nuestro dormitorio, puesto

que éramos ocho los que allí dormíamos cuando lució la primera claridad en nuestro aposento, ya yo estaba en pie, lavándome y dando principio a mi *toilette*; de manera que cuando la sirvienta exclamó en la puerta: A tomar café los niños, yo ya era hombre lavado, peinado y finchado. Sorprendióse Federico de mi prematuro arreglo y me manifestó que era en balde; que hasta la una del día no debíamos efectuar la visita proyectada, puesto que no es de tono hacer una presentación a las ocho de la mañana. Resignéme a aguardar a que llegase la suspirada hora, con algo de la impaciente resignación con que el héroe de Cervantes se resolvió a aguardar la vuelta del diligente Sancho con la contestación de su Dulcinea. Para matar el tiempo haciendo algo que tuviera relación con mi proyecto, me puse a pasear por toda la casa; y en este paseo que duró hasta la hora del almuerzo, compuse una especie de discurso preliminar en el cual hacía una pomposa manifestación a la señora X por el grande placer que experimentaba al tener la honra de ser presentado a ella; concluyendo por hacer elogios a su bien conservada belleza, dado caso que esto fuese cierto, teniendo cuidado al construir estas últimas frases de manera que fuese fácil sustituirlas con otras más respetuosas si el físico de Misia X, se resistía a su empleo.

El maldito reloj marcó por fin con su dedo de acero la una. Yo estaba ya listo de un todo. Mi traje había sido dirigido por Federico: pantalón blanco dril, muy bien lavado y planchado, levita, chaleco negro, botas de patente y sombrero de pelo negro; artículo este último comprado en la famosa tienda de Mr. J. Martin, quien para aquella fecha no tenía idea alguna de que habría de sacarlo de Pajaritos un percance de carnaval.

Llegamos a casa de Misia X, y fuimos introducidos a la sala por un sirviente decentemente vestido y al parecer, muy cortés. Allí encontramos como una docena de encantadoras señoritas que visitaban a Misia X, y a esta señora, sentada en el sofá departiendo animadamente con ellas.

Al entrar a la sala traté de recordar la relación que había preparado para ese momento; pero sea que la vista de tantas bellezas reunidas, el rico mueblaje de la sala, la elegante tapicería, los grandes y hermosos espejos y demás objetos relucientes y magníficos ofuscasen mi imaginación de provincial, o por efecto de mi mala memoria, es lo cierto, que al ser presentado por Federico a la señora, apenas pude balbucear algunas palabras que yo mismo no comprendí. Brindóme asiento Misia X, al lado de una hermosa mesa de mármol que sustentaba una linda lámpara de kerosene. Bien pronto me sentí repuesto, gracias a la afabilidad de Misia X, que me hacía preguntas acerca de mi familia, del objeto de mi viaje a Caracas, etc., terminando por preguntarme qué carrera pensaba seguir. Yo le manifesté que la medicina me llamaba más la atención como una ciencia que estaba tan en contacto con la divina sabiduría.

—Ha elegido usted muy bien, me dijo Misia X; la medicina es una profesión que pone, al que la ejerce, en la aptitud de practicar muy fácilmente la más sublime de las virtudes: la caridad. Motivo es ese, añadió, que hizo que dedicase al estudio de esa ciencia a mi hijo Alfredo; quien hace para dos meses recibió la borla. Y a propósito de Alfredo, volvió a decir Misia X, y ya que por una casualidad no está aquí para tener el honor de presentárselo, va usted a conocer a mi nieto Alfredito

que es el retrato de su padre y el niño más vivo del mundo.

—¡Alfredito!—exclamó Misia X—. ¡Alfredito, ven acá!

El sirviente apareció y dijo que el niño estaba por el corral jugando con otros del vecindario; que lo iría a llamar. En efecto, muy luego apareció Alfredito, niño de cinco años poco más o menos. Era un bello niño, y confieso, que a primera vista me agradó.

—Acércate al señor, le dijo su abuela, salúdalo porque es un nuevo amigo de la casa. Fatales palabras que al principio creí las más inocentes, y que pocos momentos después se convirtieron en mi más atroz sentencia. Fácilmente comprendió el niño que debía tratarme con la mayor confianza como amigo de la casa. Acercóseme dándome primeramente la mano, y luego se sentó sobre mis piernas. Aunque estaba muy bien puesto, Alfredito había estado jugando en el corral y venía con el vestido emporcado de tal manera, que mi primer impulso (que siempre es el mejor) fué de retirar las rodillas donde buscaba asiento, pero reflexioné que esto no sería de buen tono, y sufrí que Alfredito se subiese y me acariciase a su manera.

Desde aquel fatal momento yo no fui sino una víctima del nieto de Misia X. Cuando éste se cansó de retorcerme el mostacho, de hacerme rizos en el pelo habiendo pretendido hasta voltearme los párpados como él lo hacía, se tiró al suelo. Virgen Santa: entonces fué que vine a ver el estado bochornoso en que me había puesto el malhadado niño. Mi pantalón era blanco, como he dicho, y todo el lodo que Alfredo había recogido en su zapatos y en el vestido, lo había depositado sobre esta parte de mi traje. Parecía que acababa de salir de un albañal. ¡Qué vergüenza, qué bochorno! Verme en

medio de aquella reunión, desconocida para mí una hora antes, con el vestido todo enlodado; y lo que es peor aún, Misia X, se reía de las travesuras de su nieto y las niñas de mí. Yo no sé de qué color tendría en aquel momento el rostro, lo que sí sé es que sentí brotar de mis facciones un calor que me abrasaba. Parecía que toda la sangre afluía a mi cabeza. No sabía de mí. A propuesta de mi amigo Federico, la señora me manifestó que en virtud de que no podría salir a la calle en aquel estado, pasase a la pieza del Doctor, su hijo, y allí mudaría de pantalón. Así lo hice casi sin saber lo que hacía. Pero otro golpe me esperaba. El tal Doctor era un diminutivo de hombre, y de consiguiente sus pantalones apenas si me llegaron a la rodilla. Alfredito que se había venido con nosotros sin notarlo, soltó una estrepitosa carcajada al verme tan estrechamente alojado en los pantalones del papá, y corrió a la sala a imponer a las señoritas de la extraña figura que yo debía hacer de aquella manera, exclamando a grandes voces:

—Vengan a ver un corista de la ópera.

Un ruido de risotadas me reveló que en la sala celebraban mi nuevo tormento. Pero yo ya no sentía; estaba petrificado por la indignación y por la vergüenza.

Volví a ponerme mis pantalones blancos, que en vano había tratado Federico de limpiar, logrando sólo hacer más grandes las manchas y regresé a la sala para despedirme y volar a la calle, con la esperanza de encontrar un hotel, una bodega o cualquier establecimiento en donde meterme y esperar ropa para volverme a casa. Pero aun no era bastante. Debía apurar la copa hasta la última gota. Durante mi ausencia de la sala, Alfredito había tomado mi sombrero y frotado el pelo en sentido inverso lo había erizado como un puerco-espín. Nuevas

risotadas de la abuela y de las niñas acogieron esta metamorfosis de mi sombrero; como notase el maldito niño que tenía una vista microscópica en la copa, se apoderó de ella, valiéndose para lograrlo, de una navaja, de manera que me dejó el sombrero a más de rizado, con un agujero del tamaño de un peso fuerte. A todo esto Misia X exclamaba:—¡Qué divertido está hoy Alfredito! Decididamente está enamorado del señor S.

Ardíame ya la sangre de tal manera que temía una congestión. Por favor pedí a Misia X me hiciese traer un vaso de agua para ver si así aplacaba el volcán que sentía arder en mí. Hubiera descado que aquel verdugo de cinco años hubiese crecido de repente para pedirle cuenta del ultraje de que era víctima hacía dos horas; pero era un niño, y sobre todo, no era de tono que yo me incomodase por tan poca cosa. Pedí agua como he dicho, y Alfredito corrió a buscarla; porque él quería obsequiar a su nuevo amigo según decía. Trajo un vaso lleno de agua sobre un plato de cristal y me lo hizo tomar de un trago. Tanto temía que el malvado niño se aprovechase de aquel momento para hacerme otra mala pasada. Cuando concluí de beber se acercó a mí y me dijo:

—¿Ha visto usted la luna y las estrellas?

—No, contesté maquinalmente.

—Pues va usted a verlas.

Y ¡plaf! descargó un golpe con la palma de la mano sobre el plato en que quedaba un resto de agua, y saltó el líquido en chispas con tal ímpetu, que cayéndome en los ojos, me dejó sin vista por un momento.

Ya aquí, creo que Misia X no pudo por menos que compadecerme; llevar más adelante su tolerancia hubiera sido asesinar a un hombre indefenso. En efecto, tomó

al niño de la mano y dándole un golpecito en el hombro, que más pareció una caricia que una reprobación: —Sociégate, niño, le dijo; mira que me has mojado a mí también.

Cuando abrí los ojos creí encontrar la sonrisa y la burla en los labios de las señoritas, pero todas habían huído de la sala; me habían compadecido.

Mi amigo me tomó de la mano, y salimos sin despedirnos de Misia X, que sentada en el sofá acariciaba suavemente los rizos de Alfredito y le decía:

—Asimismo era tu padre, alegrito mío.

Figúrese lector como se detendrían los transeúntes al verme por las calles, un domingo a las tres de la tarde, en el estado en que el nieto de Misia X me había dejado... Por fin llegué a la casa de pensionistas y una fiebre extraordinaria se apoderó de mí. Tres días pasé en un delirio completo hasta que, gracias a los esfuerzos y cuidados de la señora N y de Federico, recobré la salud.

Desde aquel malhadado día he renunciado a las visitas, a las presentaciones y hasta a la sociedad. Cuando se me ofrece hacer alguna diligencia muy urgente, en que tengo que tocar con alguna persona desconocida, llego a la puerta de la casa y a la manera que algunos preguntan ¿hay perros? yo digo ¿hay niños? porque el recuerdo del nieto de Misia X, jamás se borrará de mi memoria; y prefiero, como el leguito del convento, que también caracteriza al señor Blen: “vivir solo, estar sola”, antes que ver repetirse escenas como las que acabo de narrar, y a las que he llamado “Percances de una Visita”.

## UN DIA SIN SOL

Cuando uno es buen cristiano, y ha tenido y tiene sus creencias, grave cosa es encontrarse en ciertos momentos en que la razón se abre paso por entre la agrupada multitud de esas creencias, y a la manera que un charlatán recomienda la prodigiosa virtud de un bálsamo de su invención y casi nos convence de que la ciencia nos engaña, así la razón aprovecha esos momentos para convencernos de que vivimos en un mundo de mentiras.

Hoy me encuentro en uno de esos accesos que se manifiestan en el ánimo por un decaimiento invencible; mi razón se ha hecho dueña de la casa, y so pretexto de arreglarlo todo, todo lo vuelca, destroza ídolos, disipa ensueños, burla ilusiones, mata esperanzas, y no queda en el más oscuro rincón de mi ser, cosa alguna que no sufra su escrupulosa inspección, ni cruza por mi mente pensamiento alguno que no le coja al vuelo y tronche sus alas si ha salido del pintoresco nido de la ilusión o le deje seguir su camino si ha partido del tenebroso recinto donde se guarece el desengaño.

Debo confesar a mis bondadosos lectores que esto me entristece sobremanera. Y ¿cómo no afligirme? Yo que he sido y aún soy creyente fervoroso; que a los diez años creía en brujas, a los veinticinco en la libertad y hoy que pesan sobre mí algo más de treinta, creo todavía en la honradez, en la lotería y en el patriotismo, ¿cómo no sentirme apesadumbrado al ver que todas estas preciosas creencias desaparecen siquiera por un momento, que es como si un muchacho desparramase por el suelo los pedazos de vidrio que reproducidos por los

combinados espejos de su caleidoscopio, le divertían en maravillosas variantes?

No habrá, pues, que extrañar que en estas líneas se revele algo de la murria que me acosa y que en vano he tratado de disipar con uno de esos paseos matutinos que nuestros físicos nos aconsejan para los males del espíritu y para los trastornos del sistema. Vuelto de mi paseo, me encuentro peor, como que no ha dejado un solo instante de hostigarme la cruel enemiga de mi reposo, y no quiero renunciar al deseo que tengo de dejar estampadas las impresiones por que he pasado, pues sospecho que cesando la influencia que hoy me domina habré de tener por sueño todo lo que por mí pasa en estos momentos.

No hay para encontrarse dos personas como seguir distintas direcciones; razón por la cual, yo que bajaba y don Prudencio Sabiondo que subía, hubimos de llegar manos a boca, en cuya situación le saludo quitándome el sombrero con riesgo de atrapar un constipado, dóile la acera y aguardo de la boca de don Prudencio el retorno de mi saludo, que no acertó a salir por aquella vía, aunque lo suplió con suprema gravedad inclinando ligeramente su cabeza. Debo advertir a mis lectores, que don Prudencio Sabiondo es uno de esos sabios de nacimiento que no hablan sino en monosílabos, que no se ríen jamás, que andan muy despacio y toman rapé; pero que, por lo mismo, es más profunda su sabiduría. Sentíame ya orgulloso con el saludo de tan eminente sabio y le tenía por augurio de mejores sucesos, cuando oigo en mi interior algo como la voz regañona de una ama de llaves; pongo atento oído; santo Dios, la señora Razón, enfurecida contra don Prudencio, le trata, en mis propias barbas, de hipócrita, de ignorante, de bestia, y me pre-

gunta dónde están las obras que acreditan la sabiduría de semejante pozo de inteligencia. ¡Cómo! le contesto enojado: ¿qué no ha escrito don Prudencio? pues y su obra sobre la... pues... sobre... y comienzo a buscar en mi memoria la tal obra y hallo que no escribió don Prudencio en los días de su vida; pero ha inventado... sí, don Prudencio debe haber inventado cualquier cosa, la piedra filosofal, por ejemplo..., pero nada, y encontrando que tampoco le había dado el naípe a mi sabio por los inventos, cedo el campo, dejo a mi defendido por un ignorante y agobiado por esta primera decepción, bajo la cabeza, y continúo mi paseo.

Preocupado y cabizbajo andábame, y tanto que no advertí que delante de mí caminaba una de esas hermosuras universalmente aplaudidas y adoradas, a cuyos pies viven de continuo cayendo ramilletes, declaraciones apasionadas, billetitos olorosos, amantes desmelenados y poetas melenudos, pañuelos con cifras, lágrimas, confites y besos volados. De consiguiente, hube de tropezar con tan bello obstáculo, y por un efecto muy fácil de explicar, después que Newton nos ha revelado la gran ley de gravedad de los cuerpos, el mio, perdiendo el centro de la suya, se inclinó hacia adelante; busqué maquinalmente con las manos o mejor dicho, las manos buscaron por su cuenta un punto de apoyo, y lo que no logró encontrar el sabio Arquímedes para su palanca, lo hallaron para mi seguridad y aplomo mis anhelantes diestra y siniestra en el precioso bulto de la bella causa de mis trastornos, pero tan muelle, tan dúctil, tan esponjoso que no pude menos que exclamar ¡qué suave! a tiempo que ella decía volviendo la cara con señalado disgusto: ¡qué fresco!

Hubo, por supuesto, su *perdone usted*, de cajón, su

*no hay de qué* de ordenanza, y tras los cumplidos y excusas se entraron los saludos y las informaciones sobre el estado sanitario de la familia, luego se colaron los indispensables requiebros de mi parte, con su forzoso acompañamiento por parte de ella, de sonrisitas sofocadas por el fino batista del inevitable pañuelo, vueltas a la sombrilla, cariñosa revista pasada por los dedos al peinado y pliegues del vestido, etc., etc., en lo que nos entretuvimos algunos segundos, tiempo bastante para que yo pudiera estudiar los secretos del tocador en aquella belleza que hasta entonces había lucido para mí, como para muchos otros, como un astro y que en aquel momento, y gracias a que la razón me había colocado sobre los ojos algún vidrio de telescopio a guisa de espejuelos, llegué a descubrir que, bajo el emplasto de polvos de arroz, colorete y otras sustancias vegetales y minerales que cubrían aquel rostro peregrino, se dibujaban algunas huellas que en su repetido paso había dejado por allí el anciano viajador; que las perlas de sus dientes estaban engastados, no en la tierna y sonrosada encía de tan noble dama, sino en el preparado caucho del dentista, y que la precipitación y poca luz con que suele confeccionarse un peinado matutino habían dejado en juguetona libertad algunos hilos de fina plata, que hacían resaltar el negro intenso de una *castaña* de quita y pon.

Y si esto nada más fuera, si tras tan dolorosos desencantos, me hubiera quedado siquiera la ilusión de aquellas formas redondas y graciosamente abultadas que yo había traducido más de una vez libremente sustituyéndolas con el duro mármol de la Venus púdica; si aún pudiese seguir vistiendo en mi imaginación con aquella misma saya y con aquel mismo paño las más perfectas

formas que han salido de las manos de la estatuaria, todavía podría olvidarse lo demás; pero como indiscretamente dejo apuntado más arriba, donde creí encontrar la más agradable resistencia, palpé tan sólo un aparato de cerda y alambres, especie de asiento de sofá, muelle cojín, que pudieran muy bien apeteecer los fatigados miembros del Dios forjador, pero en cuyos acerados resortes se embotarían las envenenadas flechas del cieguillo armado.

Algunos apresurados transeúntes que reclamaban la acera me hicieron apartar de aquella belleza de confección, y continué mi paseo diciendo entre dientes:

—Lástima que no sea verdad tanta mentira.

No había andado sino pocos pasos, cuando al pasar por delante de la puerta de una iglesia donde se acababa de celebrar la misa de siete, me encontré con don Fructuoso Utilidad, que con el sombrero en una mano, y concluyendo de persignarse con la otra, hacía su última genuflexión ante una imagen que estaba colocada a la entrada del templo, sin que pareciese notar (seguramente por distracción), que delante de dicha imagen había una bandeja, y junto a la bandeja un monaguillo, y que de la boca de éste salían con cierto sonsonete estas palabras "Para las benditas ánimas del purgatorio".

Miré a don Fructuoso, con la veneración que siempre he tenido por tan santo como honrado varón, e iba ya a deshacerme en cumplidos y en respetuosas demostraciones, cuando esta implacable enemiga, que hoy se ha propuesto mortificarme, volvió a colocar sobre mis ojos el consabido vidrijo, y con su ayuda pude notar que don Fructuoso llevaba una cadena y un par de botones de brillantes que al momento reconocí por míos; reconocimiento a que se siguieron dos emociones muy diver-

sas: experimenté en aquel instante algo del regocijo de los padres del hijo pródigo, al verle entrar arrepentido en la casa paterna y mucho del dolor de Jacob a la vista de la ensangrentada túnica del predilecto mancebo.

“¡Oh dulces prendas por mí mal halladas!” iba a exclamar, cuando otras reflexiones se agolparon a mi mente. Un amigo se había encargado hacia dos meses, de colocar aquellas joyas como garantía de un pequeño préstamo: no me reveló este amigo el nombre del usurero; ahora encuentro a don Fructuoso engalanado con ellas; y a pesar de la proverbial honradez y santidad del señor Utilidad, deduzco esta conclusión: don Fructuoso vive de la usura, lleva mis prendas sobre su noble pecho, ergo, han dejado de ser mías.

Esta escena me acabó de rematar. Preocupado por demás mi ánimo, sentí que en todo mi ser se clavaban las punzantes espinas de la desconfianza; conocí que mi corazón se hallaba envuelto en la fría mortaja de la incredulidad, y ya no vi a mi alrededor sino falsedad e hipocresía. Hallé en mi camino muchos Pilades y Orestes, Castor y Pólux con caras de Judas; Penélopes que urdían su tela a toda prisa, cazadores de ajenos versos con melenas de poeta; traductores de diccionario con humos de originales, Cresos vestidos de Cacos, Galenos cobrando derechos de sepultura, abogados vistiendo las camisas de sus clientes, Aspacias disfrazadas de Lucrecias, Catones incensando a los grandes, patriotas en traje de arlequín, cruces, reliquias, escapularios y estampas llevadas en alto por la tropa de Lucifer; finalmente, amistad, talento, fidelidad, riquezas, castidad, religión, todo en tumultuoso carnaval desparramándose por la ciudad y yendo a ocupar respectivamente su puesto en

el fingimiento de la vida y en las combinaciones de la sociedad.

Mañana, cuando vuelva en mí, cuando se haya disipado en mi cerebro este delirio que me hace ver las cosas no como son en realidad, sino como me las finge mi razón, habré de reirme al ver que por un instante he vivido en otro mundo, que he calumniado a este paraíso en donde moramos, y en que todos somos inocentes Adanes antes de echar mano a la socorrida hoja de higuera, me avergonzaré de haber creído que las mujeres usan postizos, que hay dentistas y peluqueros en el mundo, que los amigos no cargan en el bolsillo un catálogo de los más grandes sacrificios para escoger aquél que siempre están dispuestos a aceptar recíprocamente; cuando recuerde que he dudado por un instante de la sabiduría que se absorbe con el rapé, cuando conozco que he estado a pique de no creer que la honradez puede andar cosida a la piel de un usurero, cuando descubra el engaño en que he estado durante algunas horas, ¡qué vergüenza para un hombre que ha creído siempre en todo!

Por otra parte, yo que soy flojo por naturaleza, por carácter y si se quiere por nacionalidad, yo que por no pensar daría un ojo si esto mismo no me costara el trabajo de pensar en el dolor que debiera causarme semejante sacrificio, experimento, naturalmente, cierta repugnancia hacia todo aquello que necesita de la investigación y del examen. Creo en todo lo que me dicen y quieren los demás que crea, y bebo agua, como se suele decir; y mal haya si me entremeto a averiguar el por qué de las cosas. Esto, a más de ser cómodo, no tiene nada de peligroso.

Así creo en el evangelio de las mujeres cuando nos dicen que el tontillo se hizo carne; creo en el calomel y

en el papel sellado, creo en la honradez y en el espiritualismo, creo en patriotas y vampiros, creo en la libertad, en la moral y en el orden, y si alguno se le ocurre levantarse y anunciarnos, en son de proclama, que va a hacer triunfar tan apetecido triunvirato, lo creo, por más que salga a buscarlo por entre montes y breñas, que es guarida de fieras y otras alimañas; y poco importa aguardar, esperando que el día más claro he de ver entrar por cualquiera alcabala, al tal ciudadano *bras dessus-bras dessous*, con la señora libertad y su comparsa, que aunque pueden venir vestidos con pieles de raposa, no por eso dejará aquél de haber cumplido su palabra y asegurado mis creencias.

¡Qué sería de la humanidad si no creyera! Qué auditorio aplaudiría a todo el que nos ofrece hacernos felices. ¿Acaso tendríamos este surtido de sabios que nos ilustran y consuelan con sus luces? Podríamos dormir tranquilos sin tener quien nos asegurase que no va a temblar la tierra o que, si tiembla, ya nos lo avisarán con anticipación. ¿Qué papel haríamos ante el mundo que nos observa y nos estudia, si se agostaran por falta de riego de las creencias, esas cepas de patriotas que nacen por doquiera y que forman ya horizonte en nuestro suelo.

No; hay que creer a ojos cerrados.

En cuanto a mí, ya desespero porque luzca el día de mañana y sus albores disipen esta alucinación de mi espíritu; que entonces, vuelta a mi alma esa candidez bienaventurada que hace la dicha de mi vida, tomaré mi sombrero, empuñaré el bastón, y lanzándome por esas calles de Dios, encontraré a don Prudencio Sabiondo y le haré una reverencia hasta tocar el suelo con la cabeza; pediré mil perdones a la bella de las preciosas formas y del recio tropezón; alabaré en la cara misma de

don Fructuoso los cien quilates de su honradez y los catorce del oro de mi cadena; apretaré manos de doctores, ya salven la vida con el Cálomel o la hacienda con el Digesto; oiré sonetos y los aplaudiré, abrazaré Cincinatos, comeré con amigos, veré dar limosnas a los ricos, abrazaré a todos los acreedores en nombre de sus deudores y les pagaré en sonrisas y promesas; proclamaré a la rubicunda faz del sol, que la mentira no existe, que tenemos por pan la inocencia y por agua común la virtud; y pediré a voces el granito de los sepulcros egipcios y el bronce de los cañones prusianos para alzarle un mausoleo a la Duda, antigua reina del mundo, ya que sólo merece nuestro culto la Fé, pero, eso sí, la Fé ciega no como la que tenemos en lo alto de la torre de la Catedral.

## LOS VECINOS DE UN FEO

¿Qué culpa tiene un mortal de que en el juego de las perfecciones le toque en vez de cara, sello? Porque mirándolo bien, la fealdad no es otra cosa que un sello de la mala suerte. El feo no puede decir que tiene cara sino estampa. La pobre criatura que al mundo viene de tal manera refrendado, no ha tenido voz ni voto para la elección de su fisonomía. Tampoco puede protestar contra los autores de su deformidad. La ley no reconoce en los padres el delito de enjendrar disparates humanos. La Naturaleza, único responsable de esas injusticias no se dejaría tampoco probar sus travesuras. Ella ciega a los padres. Ella les pone en los ojos una lente maravillosa, a través de la cual los hijos parecen siempre lindos, y mientras más feos, más relindos.

En hora buena que en un baile de carnaval diga un amigo a otro amigo: ¡Jesús, hombre, y qué máscara tan fea te has comprado!" Pero en este carnaval de la vida, en que cada cual nace con su disfraz, sería cruel preguntar a nadie que por qué no tiene una cara de estarse en la casa y otra para salir a la calle.

Compasión y hasta respeto, debería por el contrario, inspirar la deformidad. Los egipcios veneran la locura. En el loco es la razón la que se extravía; en el feo es la materia quien delira.

Y sin embargo, un hombre feo es una viviente calamidad. De la mujer siquiera se ha dicho aquello de que la fortuna de las feas las bonitas la desean. Pero de nuestro sexo ningún consuelo hay escrito. Sexo feo, se nos ha llamado, así en conjunto, en granel. El estigma es para todos: ¿qué será tratándose de aquellos ejemplares que se aquilatan, se subliman en su condición de feos?

Un hombre feo es un ser desdichado, un mártir. Pegado lleva, hasta la muerte, el cartel que a su alrededor congrega los muchachos y que a sus espaldas atrae los perros.

La casualidad me hizo conocer a uno de estos seres; y la historia de sus desdichas es el objeto de las presentes líneas. Era alto, muy alto, tan alto, que las gentes decían que a su casa entraba y salía por el balcón. Su buena madre explicaba esta extravagancia de talla confesando que en llevando a su hijo en el seno, sintió una vez antojo de subirse en un campanario. No era extraño que el niño resultase torre. La cabeza de Don Macario (que tal era el nombre de aquel caballero), había sido el resultado de otro antojo materno. La excelente señora se desvivía por las calabazas. Por ojos dos hornos, por boca un arcón, la nariz sembrada de protube-

rancias, como el cirio Pascual; la barba íntima comadre de la nariz, y en continuos coloquios ambas facciones. Dos libras de azafrán por patillas, una cepa de cáñamo por cabellos, y dos hongos malos para oír. El cuello era largo, pero delgado, y cualquiera diría que Don Macario había tratado de tragarse un adoquín, porque allí, a medio gáznate, se veía sobresalir el cuerpo del delito.

El resto de su persona era proporcionado a lo ya descrito. Los brazos le colgaban, las manos le servían de estorbo y los pies de lógico fundamento a su descomunal figura.

Solitario como un anacoreta, vivía este personaje cuando le conocí —Harto estoy de vecinos, me dijo. En este sitio apartado soy medianamente feliz. Y contóme el desdichado cómo había recorrido los diferentes barrios de la ciudad, siempre perseguido por el ridículo y la burla de los vecinos, hasta dar con una casa en tranquilo barrio, en donde al fin se había creído libre de mortificaciones de la gente ociosa y abusiva.

Días serenos transcurrieron para Don Macario en aquella morada, pero no llegaron a un mes. Cierta vecina, que pared por medio de él habitaba, le mandó llamar con urgencia. La completa abstinencia de conversación en que había estado desde que allí había plantado sus reales, movió a don Macario a acudir prontamente al reclamo de la vecina.

—Señor, le dijo ésta, con visible embarazo; le he mandado llamar a usted, aunque no he tenido el honor de tratarle antes, para que... es decir... que como usted sabe... que cuando los niños están enfermos... y por otra parte lo consentido que yo tengo los míos...

—Pero señora, yo no veo qué relación pueda existir...

—Disimule usted, caballero, pero es que... una madre debe hacer todo por la salud de su hijo...

—Yo no soy médico, señora.

—Lo sé ...Pues el caso es que el médico le ha recetado a mi Federiquito la quinina, y como usted sabe... es decir, que como es tan amarga, y no la quiere tomar...

—¡Ah! ¿con que no quiere Federiquito? Pues apretarle las naricitas, vecina, y tragará hasta estopa encendida, contestó Don Macario ya medio molesto.

—¡Ay! señor Don Macario. ¡Cómo se conoce que no tiene usted hijos! Yo preferiría que usted me hiciese la caridad de exigir al niño que beba el brebaje. Yo estoy cierta que así lo tomará; porque... como usted impone más respeto... y además, ya él lo ha visto a usted, y con lo único que le hago entrar en razón es diciéndole que usted se lo va a llevar. ¡Ay! qué susto se lleva el hijito...

—¿Es decir, señora, que se trata de hacer el bú al niño?

—Perdone usted, vecino; no se enfade usted...

—¡Qué he de enfadarme, vecina! Si ya estoy acostumbrado a estos chascos! y empuñando el vaso que contenía la medicina se dirigió a la pieza en que estaba el niño enfermo, quien al mirarle adivinó a lo que iba el gigantón, y abrió tamaña boca, cerró los ojos y se tragó de un sorbo aquella retama. Luego se envolvió hasta la cabeza en la sábana y se apretó contra la pared.

No pararon allí las exigencias de la vecina de Don Macario, sino que para que el niño fuese a la escuela, para que se dejase calzar, cortar el pelo, lavar la cara y restregar las rodillas con buen jabón de la tierra, era preciso llamar al complaciente vecino. Y esto era nada. La exigente señora llegó a proponerle que a ciertas horas del día en que los organistas italianos acostumbra-

ban dar su cencerrada en la calle, se asomase Don Macario a la ventana; y no me aseguró el desdichado hombre el haberse espontaneado la vecina, pero diz que por su mente pasó la idea de abrirle proposiciones para que siquiera por una hora se plantase debajo de una hermosa parra que ella cultivaba en el patio, y a la cual daba famélicos avances una turba de voraces pájaros.

En la bondad como en el crimen, el primer paso es el que cuesta. Un tramito hoy, otro escaloncito mañana, así bajó el infeliz hombre la pendiente de la condescendencia. En el barrio no había muchachos pocos días antes de él habitarlo, pero surgieron minúsculas legiones debajo de la tierra al saber que allí existía él.

Cercado como una fiera por implacable jauría, a Don Macario no le quedaba otro recurso que huir. A Federiquito se lo llevaría el diablo, a los vecinos les romperían los tímpanos los tocadores de organillos, los pájaros harían solemne merienda en los racimos de la prójima, pero él se salvaría.

Cuentan los vecinos que una noche vieron pasar una cosa muy larga por la calle; un fantasma, una aparición. Detrás iba una carreta. Los perros aullaron, los serenos silbaron, algunos postigos se entreabrieron, y todo volvió a quedar en silencio.

Era Don Macario que se mudaba clandestinamente.

El barrio adonde fué a parar carecía de niños, carecía de mujeres; era un barrio de hombres solos, de artistas y de estudiantes. Iba a estar a sus anchas. Y lo estuvo por unos días; engordó, fué feliz.

¡Felicidad efímera! Cierta pintor a quien habían encomendado unos cuadros religiosos, necesitaba un modelo para el mal ladrón. Al ver la cara de Don Macario,

exclamó como el sabio: "lo encontré" y se le fué encima.

Al día siguiente estaba mi Don Macario colgadito en una cruz, y con una mueca de diabólico dolor, que no había más que ver. El pintor se gozaba y pintaba, pintaba, que era un rayo. ¡Qué Cristo ni qué niño muerto! Lo que hay mejor en este cuadro mío, solía decir a sus amigos, es el mal ladrón. Y sea dicho en rigor de realismo, daba ganas de asestarle una lanzada al tal Gestas.

Después de servir de modelo para el ladrón, *posó* Don Macario para un Holofernes, luego para un Goliat, y por último sirvió de Satanás en un cuadro de ánimas.

Desde ese día no se le conoció en el vecindario sino por el nombre de "el diablo."

Pero anocheció y no amaneció, como decir solemos. Su figura quedó allá en las llamas de los cuadros infernales del pintor su vecino, pero él salvó su cuerpo y su espíritu de la condenación del ridículo.

Ahora sí es verdad que va a disfrutar de absoluta seguridad. El vecindario es central y respetable. La gente de copete no gusta de bromas ni de vulgares bufonadas. Y haciendo estas tranquilizadoras reflexiones preparaba sus trebejos en la nueva habitación de su barrio aristocrático.

No había acabado de colgar el gabán y de acomodar la sombrerera sobre una repisa, cuando tocaron a la puerta.

—¿Quién podrá ser? se dijo para sí el escamado mártir, con visible sobresalto.

Tocaron de nuevo.

—¿Quién es? preguntó él con la voz alterada por el enfado.

—¿Vive aquí el señor Feo? dijo una voz de mujer.

—¡Cómo! exclamó Don Macario, ¿quién se atreve?... y armándose de una estaca que le servía para quitar las telarañas de los rincones, se avanzó precipitadamente a la puerta.

Pero a nadie encontró allí. Sacó la cabeza buscando al autor del insulto, y alcanzó a ver a una criada que a la puerta inmediata tocaba y hacía la misma pregunta:

—¿Vive aquí el señor Feo?

Comprendió al fin Don Macario el *quid pro quo* a que se prestaban su defecto físico y el apellido de su vecino, y gruñendo como un can al cual su contrario no acepta la riña, se retiró a hacer sus preparativos de marcha para el sitio solitario en que le encontré.

Su permanencia en la ciudad había llegado a ser imposible. Sus vecinos eran un tormento, y al fin, cuando creyó estar mejor hospedado resultó tener de vecino un homónimo. ¿Qué le importaba que *feo*, como adjetivo, se escriba con letra minúscula y Feo, como apellido lleve letra gorda?

Al estado en que había llegado su ánimo no podía hacerse cargo de sutilezas ortográficas, y cuando yo por consolarle le decía:

—Ya usted ve, Don Macario, que su vecino no se enojaba porque lo llamaban feo.

Y él con un suspiro me contestaba:

—Hay feos y feos.

## “EL TIEMPO Y NOSOTROS”

Decía un filósofo ateniense, en tiempos en que se usa-

ba la filosofía y se hacía caso de los filósofos, que “para hacer a un hombre opulento es mejor disminuirle los deseos que aumentarle las riquezas”; lo cual con aplicación a los afortunados seres que encierran las cinco alcabalas de este que fué valle de Fajardo y hoy lo es de lágrimas, prueba que nosotros somos doblemente opulentos, pues que se nos han disminuído hasta el átomo las riquezas y en cuanto a los deseos, no pasan, lo más desordenados, de la miseria de una Aduana o de la mezquindad de una Tesorería.

Y como para tales pasatiempos, que, mal contados, apenas alcanzan a una docena, ha de haber por necesidad una gruesa de pretendientes, viene a quedar un resto muy considerable de ciudadanos que viven en la opulencia de sus recortados deseos, y que hacen de esta moderna Babilonia, a quien los censos más condescendientes regalan una población de setenta mil almas, una sociedad de seres felices que harían las delicias del parco filósofo cuya templanza hacía exclamar a Cicerón: ¡con cuán poco se contentaba Epicuro!

En efecto, pásese el curioso observador por los inocentes detalles de esta vida desahogada a trechos, por momentos retozona, que llevamos y no encontrará donde pellizcar, ni por asomos, el menor síntoma que revele el afanoso movimiento del interés que agita a otros pueblos, sino que, lejos de eso, habrá de tener gran suma de resolución para no dormirse al leve arrullo del monótono compás de nuestra manera de aprovechar los cortos días que de alquiler pasamos en este mundo engañoso.

Queden para espíritus intranquilizados por eso que se llama especulación, el agudo pito y el furioso resoplar de la locomotora, el agitado traqueteo de los tela-

res, el pausado rechinamiento de las prensas y el arrebatado clamor de la discusión, gócese otros en el continuo trajín de los negocios, valga el tiempo para unos como el dinero, y éste para los mismos más que la gloria; deléitense esotros en el bullicio de las lonjas y mercados, y regocijense aquellos con el espectáculo del arte y con las maravillas del talento; que entretanto nosotros no cambiamos por nada de este mundo, ni la filosófica medida de nuestras aspiraciones.

Y siendo así que de tales condiciones de existencia suele derivarse uno que otro viciojo, que viene a prestarle al carácter un colorido más resaltante, he aquí que esa opulencia epicúrea ha producido entre nosotros, a más de la percza, que puede llamarse la abuela dormilona de otras durmientas facultades, la informalidad proverbial, que coloca a nuestro pueblo, con título justísimo, como antípoda de otros que comportan como timbre de nacionalidad, la exactitud matemática de la palabra empeñada y la puntualidad relojera de todos sus compromisos.

Para nosotros corre el tiempo, y le dejamos pasar como quien tiene seguridad de alcanzarlo con sólo un brinco; y sucede, que como tenemos tan arraigada esa seguridad, no hacemos nunca tal esfuerzo, siendo de consiguiente que no le alcancemos jamás.

De aquí las citas chasqueadas, los almuerzos diferidos, los negocios retardados, las relaciones resfriadas, la correspondencia languidecida, los viajes embarazados, los empleos dados al heroísmo del más madrugador, las comidas frías, los amores helados y todo ese cúmulo de inconveniencias que llenan de enojo nuestra vida y de contrariedades nuestras costumbres.

Sin embargo, la fórmula es para nosotros lo único

que en materia de formalidad desairamos. A las nueve, ¿eh? — A las nueve. — Ya sabes, hora de inglés. — Estoy en cuenta; agur. — Espera, un instante; acordemos nuestros relojes para ser más exactos. — Está bien; con que, convenidos, eh? Seguro; a las nueve en punto. Suenan éstas, pasan quince minutos, y al cabo llega al puesto de la cita uno de los que la concertaron; se pasea, se sienta, abre el reloj y ve que falta poco para las nueve y media: enciende un cigarro y ve subir el humo, saca una carta, comienza a leerla, la vuelve a guardar para ver de nuevo el reloj; deja escapar una exclamación de impaciencia, asómase a la puerta, golpéase de una manera nerviosa la pierna con el bastón, pásase la mano agitada por los cabellos, vuelve a pasarse precipitadamente, suenan las nueve y tres cuartos, y a poco se aparece su compañero de cita. — Querido: quien sabe cuanto te habré hecho esperar; pero creí que tu tardarías algunos instantes. Y luego pasan a conferenciar sobre un negocio, que sin duda ya no tendrá lugar, por el miserable desperdicio de unos cuantos minutos.

¿A qué hora saldrá el coche? — A las mismas seis. — ¿Hora fija? — Puede usted estar cierto de que perderá su asiento si tarda un solo segundo. Y llegan las seis, y las seis y cuarto: y el pasajero no aparece y aún no se ha enganchado el último tiro del arnés del primer caballo, ni ha llegado la señora que tiene tomados dos asientos para ella y uno para el sobrino y el perro y la petaca; y hay que aguardar al señor cura que no puede ponerse en camino hasta que no diga la misa; y habrá que cambiar de cochero y mudar un caballo y al fin rueda la máquina, llevando lo que hubo llegado, para las ocho menos cuarto, sin que el ruido que va hacien-

do sobre el empedrado, deje oír los gritos del viajero rezagado que en vano pretende vencer con sus débiles piernas el primer impetu, que acaso será el postrero, de tres caballos y un látigo.

Y lo que sucede con el coche se repite con el barco, y ocurre con la mula y tiene lugar con el correo, y resulta con el paquete, y del retardo del uno, de la pereza del otro y de la informalidad de todos se deriva tal confusión en el tiempo, que son horas los minutos, las horas se toman por días y éstos no tienen cuando acabar.

¿Y el empleo? Se lo dieron a otro. — ¿Y la mujer? La conquistó quien supo madrugar. — ¿Y el pleito? — Lo ganó el Juez. — ¿Y el negocio? — Se lo llevó un extranjero que no sabe dormir. — ¿Y la ocupación? — Llegó tarde el pretendiente. — ¿Y el médico, y el remedio, y el barbero? — Encontraron al paciente difunto, quien por su parte dará también su plantón a los que concurren para acompañarle al cementerio, a la hora de invitación, que siempre es hora fija.

Y luego vístase usted y espere el sastre, y aguarde el que le hace las botas, y cuente con que cumplirá el sombrero, y que habrá de salir usted a la calle con lo que ellos le llevan. — Nada; los oficiales del uno se han trasnochado; para el otro son lunes todos los días de la semana; y el último no puede moverse ocupado como está en una discusión importantísima acerca de la política militante o sobre la riña de los gallos.

Y fabrique usted, y establezca negocios, y plante industrias, y preste dinero, y flete barcos, y haga cualquiera cosa, que a todas manos tropezará usted con ese guarda cantón de nuestras costumbres patriarcales.

Bendita condición con qué nos regalaron nuestros empolvados bisabuelos. Sabrosa conveniencia de la vo-

luntad; opulento derroche de los instantes; beleño apaciguador de nuestra sangre; cómoda despreocupación de la existencia, sempiterna digestión del chocolate; ¡oh venturosa flojera! a ti sola debemos el ser hoy un pueblo de dichosos y opulentos, pues nos eliminas las riquezas y nos disminuyes los deseos.

## Artículos de costumbres



## EL TEATRO DEL MADERERO

CUADROS CARAQUEÑOS

En opuestas direcciones se bifurca la pista que nos hemos propuesto seguir para dar caza al verdadero origen del nombre que llevó el teatro famoso, objeto de estas plumadas; y aquí nos encuentra el curioso lector perplejos y confusos, teniendo al fin que desechar la vía que, con pretensiones de más lógica, nos conduciría a la prosaica explicación de que llamóse del *Maderero* el histórico teatro, tan sólo porque su noble estructura sirvió en un tiempo para almacenar maderas; en tanto que el otro rastro etimológico nos lleva a más filosófica razón, mejor avenida con la espiritualidad de nuestro pueblo; por la cual quedamos enterados de que aquel templo de Talía asumió el título del *Maderero*, en virtud de que, en su recinto, y durante las místicas representaciones de "Nacimientos", solía hacerse un uso malsano del pardillo, del guayacán, del chaparro-manteo y otras maderas de construcción, ebanistería y molimiento, de cuya flexibilidad y contundencia daban fe los doloridos cardenales que celebraban cónclave en las costillas del respetable público.

Erguiase el insigne coliseo en un barrio modesto, de los que están cercanos al río "Caroata", que así se llama el más indigente de los cuatro hilos de agua a quienes

los poetas describen el poco limpio oficio de lavar los bellos pies y los voluptuosos flancos a la Sultana del Avila. Al "Anauco" le cantó el melifluo Lozano; al "Catusche" lo divinizó Maitín; y al "Guayre" le han dedicado todos nuestros bardos, de Delpino para atrás, un himno de sus arpas. Sólo al "Caroata" misero no le han arrojado nunca una limosna los hijos de Apolo. En cambio se le arroja todo lo que Caracas desecha; el pobre bastardo de la montaña bebe paciente su ración inmunda, día por día, hasta que uno llega, como ya ha sucedido hartas veces, en que, cansado de devorar desprecios y otras cosas de más sustancia, aguanta el resuello, se hincha bien el vientre, y cuando menos se lo piensan, ciega con una buchada colosal los ojos de los puentes, escala los barrancos, invade los corrales de las casas como si fuera un ladrón o un faccioso, se cuele por los albañales, que son los conductores de sus frecuentes contumelias, y se zampa en las salas y dormitorios de la altiva Sultana, obligando a esta señora a arremangarse las faldas y a encaramarse sobre los muebles, mientras él pasea sus negras ondas por debajo de cómodas, mesas y lechos, poniendo a flotar toda una escuadrilla de jarros, jofainas, lebrillos y otros utensilios cóncavos, de los cuales (aunque no encaje) consta que tomaron los fenicios la prístina idea de la útil navegación.

Parécenos estar viendo flamear en el asta que sobresalía por sobre el techo del teatro, aquel glorioso pabellón tricolor que anunciaba las clásicas representaciones de "Nacimientos".

La fachada era de esa sencilla arquitectura que llamamos de paredón corrido, y sin más agujeros que los de sus puertas, y estaba pintada con una mezcla de ocre y negro humo, cuyo color formaba un gayo contraste con

el zócalo, que era de un tono abarcinado en que culebreaban vetas azules y se desparramaban granillos blancos hechos con asperges de la brocha mojada en cal; encaminado todo a representar cierta clase de jaspe todavía inédito en las entrañas del planeta.

No recargaban a tan modesta construcción ni cornisas, ni arquitraves, ni ático, ni friso, ni cosa parecida, sino que al igual de cualquiera casa vecina, ostentaba su pestaña o visera de tejas con el indispensable canalón de hojalata en que voluntarias se nacían hierbas y gramineas; y por lo que hace a ornamentación escultural, no había que buscar allí ni los grupos danzantes de la Grande Opera de París, ni tan siquiera las pacientes cariátides del teatro de la Porte Saint Martin; pero por la noche, durante los entreactos, cuando los espectadores del sexo fuerte salían a la calle a contemplar la Creación y a serenar el trago, veíanse filas de masculinas estatuas vivas, que apoyando por turnos la frente contra el paredón, parecían empeñadas en apuntalarlo.

Delante del edificio tendíase una runfla de azafateras de paño, fustán y camisa, sentadas cómodamente en portátiles *butaques*, las cuales atendían al despacho de dulces, de frutas y otros gratos regalos de Natura. A un lado del rebosante azafate alumbraba pitañoso y dormilón el farolillo de cuatro vidrios y vela seberiana; y en la diestra mano de la vendedora se agitaba de continuo la varilla rematando en tirillas de papel con que ella mantenía a distancia de asedio el voraz noctambulismo de las moscas; en tanto que la chiquillería del barrio, con las manecitas metidas en los bolsillos, como afanando lo que en ellos no existía, velaban de cuerpo presente aquellas tentadoras golosinas, muy fijos los ojillos, como si se propusiesen hacerlas suyas por la influencia del hip-

notismo, muertos de deseos, acometidos de pecaminosas tentaciones, y deshaciéndoseles las boquitas en mares de saliva.

Penetrábase al teatro por una de sus cuatro puertas; se entregaba la papeleta en el zaguán, en donde se apostaba, arrellanado en legendaria silla de baqueta el colector; llegábase luego a un corredor con honores de *foyer*, y de allí se pasaba, no a los pasillos, que no los había, sino a un hermoso patio entoldado con espléndido *velarium* azul turquí, en el cual se destacaban rutilantes estrellas (si estaba clara la noche) pues la tal techumbre no era otra cosa que un préstamo gratis del firmamento en toda su maravillosa desnudez.

A la derecha del patio y a extremo del corredor se hallaba situada la cantina de lo húmedo, y dentro de la sala el restaurante o freidero; y frente a todo esto. patio por medio, se presentaba de espaldas el Coliseo, señalando su costillar de tablas de cajones de vino y de ginebra, en las que se veían patentes todavía los racimos de Burdeos, y el perro de Amsterdam con su heráldica enseña de *Ya nos conocemos*.

Tenía el teatro una hilera de palcos, cuyas separaciones o fronteras de pescbre a pescbre, demarcaba una viga o pasamano, única señal que a los respectivos ocupantes parecía decir: "de aquí no pasarás"; pero no "por aquí no saltarás", que era lo que por lo regular se practicaba.

Inmediatamente sobre los palcos estaba el *Paraiso*, destinado a los bienaventurados, tales como las hermandades descalzas y cofradías de alpargata; y en la planta baja la platea, provista de sillas de palo, todas eméritas, que habían ido invalidándose en las batallas a que ya

hicimos referencia, y en las cuales servían de armas así defensivas como arrojadizas.

El telón de boca representaba (si es que no lo hemos soñado en alguna pesadilla) una alegoría en que figuraban carnosas ninfas pintadas con toda la vehemencia del bermellón sobre una blasfemia azul, encuadrada por dos palmeras de cardenillo y dos cuernos de la abundancia empeñados en sepultar bajo una catarata de frutas del país al dios Apolo y a su lira, ambos enormes.

La iluminación del teatro partía de una veintena de próceres quinqués, dentro de cuyos divorciados cristales resplandecía en toda su gloria la mecha de fabricación doméstica, preparada de ordinario con algún retal de hombruno calcetín, de aquellos gordos y elásticos conocidos con el nombre de *acordonados*, alimentado dicho pábilo por el clásico aceite de coco, modesto precursor del gas y de la luz eléctrica.

En la frontera parte del escenario reverberaban unas cuantas candilejas de hojalata con gruesas torcidas que tenían por misión la de chupar el aceite y devolverlo convertido en horquillas de luz y en tirabuzones de humo, esparciendo por todo el recinto su volátil rancidez, que asociada a los efluvios de las sartenes en que se freía chillando el pescado, y al vaho de chamusquina de las sarrosas parrillas, a cuya reja soltaban el trapo a llorar saladas lágrimas los chorizos y chuletas, formaban un *bouquet* opresivo y confortable a la vez, que hacía pensar en los refocilamientos de los entreactos y en el oxígeno libre que distribuía en el patio la limpida y estrellada bóveda celeste.

Reforzaban la iluminación algunos democráticos candiles colgados en los maderos que respondían de la seguridad del techo y de la recta posición de los bastido-

res; y había también otros luminares colocados entre las bambalinas, con todo lo cual se producía aquella humeante claridad que los cronistas de la época, esclavizando su augusto número a la triste papeleta de entrada, se complacían en llamar iluminación *a giorno*; acaso porque la frase italiana les sonaba a cosa de horno.

La hora de comenzar la función, aunque la marcase el reloj con ocho campanazos, no era llegada en efecto sino cuando entraban, y en su palco de honor se acomodaban, los servidores de la policía urbana, uniformados de chaqueta y armados con imponentes carabinas. Sonaba entonces el pitio sacramental, y a su estridente gorjeo escupitínábase las manos el telonero, y colgándose de la cuerda a modo de un mono acróbata, iba arrollando la cortina. Entonaba la orquesta una marcha militar, y en medio de un nutrido aplauso, dejábanse admirar siete ángeles deslumbradores, que representaban los siete días de la Creación. Cada ángel cantaba una estrofa y dejaba hecho un día, y luego entraba a la escena el Angel Historiador, quien dirigiéndose al público recitaba sus hermosas coplas que comenzaban así:

“Admirad pueblo dichoso  
De tu salud el remedio,  
Contemplando como debes  
Este grandioso misterio.”

Apenas rendía el ángel la prolija relación, desde el caos hasta la caída de Luzbel, aparecía la *Fortuna*.

Desempeñaba siempre este papel una jovencita muy comedida, en traje de la época (que lo fué por mucho tiempo del miriñaque), agitando con gracia escolar un abanico y andando de lado, por tal de no dar la espalda

al público, con ese donoso modo lateral con que se mueven los loros, en tanto que con su vocecita monjil iba sacando por la nariz y en desmayado sonsonete toda una tirada de versos cantados, los cuales rompían así:

“En fin, mi Dios se ha dignado  
El dar a la humanidad,  
Una amable libertad  
Que perdió por el peca... do!”

Al caer la vocecita nasal de la niña en el calderón del “peca... do,” dábase a cometerlos mortales la orquesta toda. Las flautas juraban en falso; las trompas hurtaban sus bramidos a las fieras; los clarinetes codiciaban y embestían las orejas del público; despedían los fagotes desafinamientos homicidas, y el violón y la viola conjugaban su maldad sobre el pasivo auditorio, en un furibundo *tutti*, precursor de la música realística y filosófica de Wagner.

Después de la *Fortuna*, aparece en escena la Virgen, y a poco se oye, allá en el empíreo de bambalinas, la grave voz del Creador, que da sus instrucciones al arcángel Gabriel. Se deja ver éste, hace la anunciación, y con visible contento del público, a quien desagrade siempre la voz de gallipavo del joven plenipotenciario, participa éste que va a decampar:

“Y pues está ejecutada  
De mi Dios la encarnación,  
Para el empíreo me parto  
A adorar al mismo Dios.”

Apenas concluye esta estrofa, lo izan del empíreo por

la cuerda que lleva pegada al espinazo, y no cesa el aplauso del público hasta que se dejan de ver las zapatillas del Arcángel. Izado Gabriel, cantan los coros, y aparece San José.

Nuestro amor a la rigurosa exactitud histórica nos obliga a confesar que el público, tan respetuoso y reverente para con la esposa de José, recibía siempre a éste con poco miramiento y hasta con pullas de mal gusto. Verdad es que careciendo el papel de oportunidades para lucirse en él, dejábase su desempeño a actores de media cuchara, y aparecía además el noble personaje vestido con las sobras del guardarropas y un ruin sombrero pajizo casi sin alas.

Bien se le alcanzará al lector, que no podía inspirar la devoción y el respeto debidos semejante caricatura del santo esposo, y mucho menos cuando el artista creía no poner en caja el carácter si no se gibaba bien, si no descolgaba mucho los brazos, y si no llevaba con zafio desgaire la florecida vara de almendro.

Gracias a la loable intervención de la policía, se lograba que el público concediese un mediano silencio mientras San José cantaba con no maleja voz de barítono su célebre y soporífero

### “Al suave olor de las flores”

a cuyo son se duermen ambos esposos. Durante la siesta entran Santa Isabel, el Mayoral y los pastores. Estos cantan y tocan instrumentos bullangueros. Despiértanse los viajeros, platican con la buena prima, y al cabo de un rato vánse los pastores con su capátaz tocando las bandurrias, y se despide José diciendo a María:

“Y yo, *si me das licencia,*  
Voy a ver a Zacarías,  
Que al efecto lo desea.”

Este modo delicado, este cortés rendimiento del esposo que pide a su amada compañera permiso para ir a dar un corto paseo, verdadera exquisitez del autor del libreto, no los entiende el público sino en detrimento de la dignidad marital, y justificando el dicho de que no se debe arrojar margaritas a los puercos, se desbarata en risas, en rechiflas groseras; empeñada aquella gente ruda en agurruminar tan finas y galantes expresiones.

Por fortuna, en medio de los descorteses gritos y de las voces de la policía que se desgañita por imponer silencio, cae la cortina, y comienza el orquestón de vendedores de comestibles y refrescos, atronando éstos con sus alaridos de: ¡manises tostados y calientes!; ¡a la horchata fresca, que se acaba y no se vende!; ¡a los chicharrones que quemán!; ¡a la chicha, rechicha de rechupete! ¡Cinco centavos el vaso!; ¡cinco claveles!

El autor del libreto, faltando a la clásica ley de unidad de tiempo, deja transcurrir, entre el primero y el segundo acto, nueve meses; pero la empresa reducía este lapso a una media hora, lo bastante para que la decoración de bosque, más afortunada que el monte de la fábula, diese a luz un espléndido palacio regio. con sólo girar sobre sus talones los bastidores, como diciendo estos al público; “ya nos visteis por delante, ahora vednos por detrás.”

Aparecía en la escena el fiero Herodes. Si el emperador Augusto hubiese visto al rey idumeo, tal como le sacaban en el Maderero, lo probable es que se le ocurriera algo peor que cuando dicen dijo, que: “valía más ser hijo de un cerdo que hijo de Herodes.”

Nuestro insigne Barroso (cuyo apellido no vaya a creer el lector que es apodo), lo representaba espantable, con su cara almazarronada como si la hubiese metido en la tina de la degollación; los ojos saltones, la barba hecha un erizo, el pelo un nido de culebras.

En ese momento está en el período álgido de la soberbia, y como si las neutrales tablas del escenario tuviesen la culpa de que el emperador romano le ordenase empadronar a todos los niños de su reino, las patea en epiléptico acceso de coraje; pero al fin manda a un centurión que proceda al empadronamiento; y acordándose de la paciente sentencia del encantado Durandarte, se expresa en estos términos:

“Yo haría ver al imperio  
Romano, quién es Herodes  
Ascalonita Idumeo;  
Pero en fin, así conviene;  
Suframos hasta que el cielo  
Por satisfecho se dé...  
Mejor es dejarlo al tiempo.”

Que es como decir “paciencia y barajar”.

Aparece en seguida el Diablo, con desaforados cuernos en el testuz de un monstruoso mascarón verde, de cuya boca enorme salen andanadas de colmillos jabalinos. Viste anchas y pintojas bragas que por detrás rematan en un rabo luengo y arponado. Las afiladas uñas de hojalata la relumbran, y constantemente agita los dedos para que suenen con ruido siniestro.

Pero el Diablo viene trasnochado, a tomar lengua, porque le ha dado la corazonada de que está para nacer o ya ha nacido el Mesías. Interroga a un tal Matillas,

un marrajo que se hace el gallina para engañar a Lucifer, hasta que éste, conociendo que el ladino Matillas le está comiendo la partida con sus embustes y fingidos temblores, le amenaza con llevárselo al Averno. El pobre diablo llega a temer de veras al Diablo verdadero, y exclama: ¡Dios me valga! y al escuchar tal evocación se alcanfora el maldito, desapareciendo por escotillón, camino del infierno.

Acude en esto, Don Cornelio con su tropa y tras ellos el indio Juan Pascual. Trábanse de palabras, canta Don Cornelio su célebre

“¡Avancen granaderos  
Contra el indio Juan Pascual!”,

escupitina su garrote el indio, y en un dos por tres pone en fuga a la guardia y a su jefe fanfarrón.

En seguida salen José y María solicitando albergue; escena patética que turban algunos murmullos, debido al empeño que los artistas ponían en hacerlo todo lo más natural posible, error en que incurre hasta la apreciable joven que hace de esposa de José, apareciendo con una improvisada e inverosímil magnificencia de conforos.

Afortunadamente la escena es corta, porque Don Cornelio endilga a los dos peregrinos hacia el establo, fuera de Belén; y entra cantando su próxima redención, con estos versos que no pueden ser más naturales, la diosa *Naturaleza*.

“Gracias os doy, mi Señor,  
Pues me veré redimida  
Por esa vuestra venida  
Causada de puro amor.”

Oyela el Diablo, que por allí ronda todo desorientado, y entrambos se dicen las verdades del barquero en un encrespadísimo altercado, del cual, para muestra bastarán los siguientes triquitraques; pero antes conviene advertir, que nuestro Diablo tenía la pasión de la *erre*, esa letra recia con que, ronco de rábido, tan rudo repite su reto rebelde el hórrido réprobo:

*Diablo.* — ¿Y er cielo me manda a mí?

*Naturaleza.* — ¡Sí-i-i-i!

*Diablo.* — ¿Y yo ar cielo no?

*Naturaleza.* — ¡¡Nó-ó-ó-ó!!

*Diablo.* — Mardito mir beses yo, que er cielo me manda a mí y yo ar cielo no!

Los rasgos por el estilo abundaban, y el público se desvivía por ellos.

Pero nada como el vencimiento de Luzbel por el Arcángel Miguel.

Estemos atentos, que va a hacer de arcángel cierto moreno celebérrimo y popular, entre otras cosas, por su habilidad para moler y amasar con buen punto de canela el fino cacao y sus deliciosos compuestos.

Baja en su nube de trapo el celeste paladín, y apenas le columbra el público, a pesar de la espesa mano de lechada que enjalbega su rostro, le reconoce, le silba, le cigarronea, le vilipendia gritándole:

—¡Natividad el chocolatero!

Y el pobre hombre, todo corrido y amedrentado, colgando en el aire, hace un esfuerzo de tortuga virada para mirar al cielo, y con su andrógina vocecita, chillona y rajada, grita al de arriba:

—¡Súbeme, José María, que ya me conocieron!

El papel de arcángel Miguel era desagradable; por eso había que cambiar constantemente de artistas que lo personificaran.

En otra ocasión se le había adjudicado a un granuja que jamás había visto a Lucifer en traje teatral. Lo ve en los ensayos, y no le inspira miedo con su vestido de paisano. Pero ya en la representación, cuando el chico viene bajando del cielo prendido del espinazo por la cuerda, se llena de terror al aspecto espantoso del infernal enemigo, y comienza a bracear y a pernear. El tramoyista, sin saber que hacer desde arriba, aferra escota, hasta segunda orden; en tanto que el Diablo, agitando unas contra otras sus uñas, bramando como una fiera a través de su mascarón verde, apostrofa así al muchacho:

—¿Quién eres, rayo de Siria?  
¿Quién eres, pasmo de Europa,  
Que trayendo por divisa  
Más por arma que por honra  
Una espada de dos filos,  
De dos ramas una hoja,  
A las manos del peligro  
Tan ciegamente te arrojas?  
—¿Dime, quién eres?

El infeliz arrapiezo, más muerto que vivo, no sabe qué responder, y el Diablo repite entonces con mayor rabia:

“¿Quién eres, rayo de Siria?  
¡Contesta, muchacho!, ¿quién eres?”

A lo que el chico, buscando salvación en la verdad, exclama soltando el moco a llorar:

—Yo soy Vicentico, ¿no me conoce? El hijo de Marcelina la buñolera...

El Diablo, sin esperar ya el dulce nombre que lo ha de vencer, se da por satisfecho con el de Marcelina, se pone a temblar, alarga los brazos, baja la cabeza, se arrodilla y por último se echa de barriga al suelo y dice:

“—¡Venciste, Miguel, venciste!,  
Sólo *ese nombre* pudiera  
Desvanecer mi arrogancia  
Y castigar mi soberbia!  
Déjame ir, no me sujetes,  
Que más quiero mis cavernas  
Que los tormentos de oír  
*El nombre de esa doncella.*”

Los silbos estallan, los gritos atruenan, las sillas vuelan por el aire, las mujeres chillan, los chicos se esmorecen, las candilejas se apagan, el infierno se desborda, y en medio de la confusión y zalagarda, que a todo evento halaga con un receso, óyense los gritos de:

—¡A los chicharrones que queman! ¡a la chicha, rechicha de rechupete! ¡Cinco centavos el vaso! ¡Cinco claveles!

## DE CARACAS A LA GUAIRA

(Seis leguas en diez horas.)

Con éstas y otras reflexiones sobre nuestro actual sistema de locomoción, llegaba yo a la puerta de una de las caballerizas de esta capital, llevando al brazo mi frazada y una breve maleta, y agujoneado por el deseo de

trasladarme, con la velocidad de mi urgencia, al vecino puerto.

—¡Una bestia para La Guaira, Francisco!

—Por casualidad todas están descansadas, señor. ¿Quiere usted a “Tragaleguas” o le guisa más bien “Rayo de Júpiter”, “Niña Bonita”, la “Vapor”, la “Remilgada” o “Don Cornelio”?

—Muéstrame a “Tragaleguas”.

—Aquel macho zaino galoneado.

—¿El que se está rascando el lomo con los dientes?

—Sí, señor; ese mismo.

—¿Y es marchador?

—¡Válgame Dios, señor! Si para subir es un cohete, y para lo que es bajar, no asienta las pezuñas.

—¿De modo que baja de panza, eh?

—No, señor; es que se deja chorrear por el cerro abajo.

—Pues ensilla a “Tragaleguas”, que, en llegando pronto, más que se desternille por esos voladeros de Barrabás.

Y en menos que canta un gallo, Francisco aderezó lo mejor que pudo a “Tragaleguas” con un galápago por de pronto epiceno, pero que debió ser femenino en los tiempos en que sirvió para arrellanar las faldas de alguna dama realista en el recibimiento que a Boves se le hizo cuando entró bajo palio a esta su amada capital. El freno, que contaba más empates que una votación secreta, y las riendas con más nudos que el cordón de San Francisco, los recibió “Tragaleguas” con el desdén propio del fuerte a lo impotente; con lo cual quedó del todo listo. En cuanto a los tientos para asegurar la maleta, los improvisé con algunos cabos de hilo gordo, y pedí a Francisco las espuelas.

—¡Espuelas! ¿Y para qué? — me preguntó el muchacho con verdadera extrañeza—. Eso está bueno para bestias sinvergüenzas; y no por alabar la que usted lleva, le digo que al tanto habrá, pero quien le supirite el punto, no lo ha parido yegua.

A tales seguridades contesté yo saltando de un brinco sobre el lomo del ínclito cuadrúpedo, cuyo elogio proclamaba en primer lugar su nombre, y luego la elocuente gerigonza del mozo de la cuadra; y como intentase yo obligarlo a voltear la cabeza hacia donde tenía las ancas, para que así franquease la puerta del establo, vi con disgusto y con no poco temor, que "Tragaleguas" pegó la cabeza al estribo, lanzó un profundo suspiro, y con uno de sus ojos se quedó mirando fijamente un grande haz de hierba que fresco y provocativo se ostentaba reclinado en un rincón del patio.

—¿Qué significa esto? — le pregunté airado al mozo.

—El amor a la casa, señor — me contestó éste—; pero no tenga cuidado, que en saliendo de aquí irá como una bala de rifle.

Y sin decir más, agarró una estaca, que por lo fácil que la halló a mano sospeché que debió estar en el programa, y dándole un par de sacudidas a "Tragaleguas", una en cada lado de la panza, para que no se quejase el hígado de lo que le regalaban al bazo, logró que el fiero mulo saliese con ímpetu inverosímil, lanzando al despedirse dos o tres manifestaciones de protesta contra la violencia que se le hacía, a las cuales Francisco contestó con un "para tu alma!" digno de ser comprendido por el descortés animal.

La mañana estaba hermosísima, aunque todavía encapotada. Apenas cruzaban por las calles los panaderos que, sobre sus cebados borricos, repartían aquí y allá el pan de cada día; las beatas que se colaban sigilosamente

en las iglesias, envueltas en sus pañolones de color problemático, y las vacas lecheras con tardo paso, marchaban guiadas por el pastor después de dejar su espumoso y blanco tributo en las rebosadas cuartillas del establo.

Allá, saltando por sobre las aceras, en diligente escapatoria, se alcanzaba a ver al trasnochado barbero que, sorprendido por las primeras claridades del indiscreto Febo, ocultaba bajo sus cortas faldas, la guitarra con que había pasado la noche en el amoroso punteo de algún velorio. El resto de la población se desperzaba en los dormitorios y aposentos; y "Tragaleguas" devoraba con avidez digna de su nombre, las cuadras enteras de la soñolienta capital.

Al llegar frente a la casa en que antiguamente se solía cobrar el peaje, traté de detener a mi cabalgadura con el objeto de pagar el derecho de alcabala, pero "Tragaleguas", con mejor memoria que yo, y sabiendo que la odiosa costumbre había sido abolida, se resistió a aquella parada, y metiendo la cabeza entre las piernas y haciendo inútil la brida, en poquísimos brincos trepó la primera altura del cerro, dejándome ver en toda su extensión el panorama del hermoso valle.

Contemplaba yo aquel paisaje encantador, aquellos cuadros sembrados que riega el Guaire, y en los cuales el verde cambia sucesivamente, desde el esmeralda más puro hasta el manzana más tierno, los techos terrosos de la ciudad sirviendo de contraste a la caprichosa alegría de la naturaleza, y por entre los agujeros que dejaba la inmensa sábana de niebla, las colinas con sus lomas acariciadas por los primeros rayos del sol; y ya iba a engolfarme en consideraciones de una filosofía esencialmente estomacal, al ver cómo se elevaban los mil penachos de humo, despedidos por otras tantas chimeneas

y que delataban igual número de desayunos; cuando el monótono compás de una campanilla que sonaba en tono menor, me anunció que bajaba por el cerro una recua de jumentos carboneros.

El camino era estrecho en aquella parte, por lo que "Tragaleguas", gran náutico en semejantes percances, se situó en un conato de bifurcación de la vía, y aguardó allí a que pasasen los borricos. Quería yo que "Tragaleguas" tomase un atajo para ahorrar distancia y ganar tiempo, pero no había que pensarlo. Con la cabeza metida entre las patas, esperó el tenaz animal a que llegase el burro campanero que guiaba a los demás; y comenzó con él, estirando el hocico, una resquicia de puro olfato, sin que hasta ahora haya podido yo averiguar el objeto de esta ceremonia.

El isleño que arreaba la recua, se encaró con "Tragaleguas", y echándole una mirada que lo arropó desde el rabo hasta las orejas, le dijo, como si hablase con un paisano:

—Anda allí, endino; que en Sanchorquiz te dirán cuantas son cinco; huele cuanto quieras, que allá te harán estornudar.

Y después de haber hablado al macho como a persona más principal, se dirigió a mí y me saludó muy cortésmente.

—Adiós, señor; y no haya cuidao, que primeramente Dios y María Santísima, esta noche a más tardar verá osté la mar salá, a según le veo el pergenio a su montura.

¡Cuán tarde llegué yo a comprender las palabras de aquel profeta de Tenerife!

Pasó el último asno, y "Tragaleguas" continuó entonces la ascensión con los brios con que un lancero arremete al fugitivo infante. "Tragaleguas" se las tra-

gaba en verdad; y yo iba aspirando, en arrebatado galope, las auras embalsamadas de la cumbre.

De repente, y al cruzar un recodo del camino, alcancé a ver a Sanchorquiz. "Tragaleguas" ensayó un rebuzno que espiró en su garganta cual un malogrado *do* de pecho; y como si esto hubiese sido una señal convenida, salieron de la casa que frente a mí tenía, hombres, mujeres, niños y demás gente menuda, armados de sendos palos; y puestos en hilera a las márgenes del camino, prorrumpieron en exclamaciones amenazantes acompañadas de gestos de premeditada agresión, a las voces de — ¡aquí viene "Rochelero"! — ¡fuego con "Rochelero!" (1) — exclamaciones, gestos y amenazas, que amí se me antojaron hostiles a mi persona, no obstante que por de pronto no hallase el significado de la palabra "Rochelero", que no era aquella ocasión propicia para cavilaciones filológicas; por lo que tirando de las riendas a mi diligente compañero de peligro, traté de contenerlo en él, y tomar así aliento para recapacitar sobre el modo y oportunidad de evitarle o embestirle.

Mas fué cosa que ni las fuerzas de mis brazos bastó a contener a "Tragaleguas", ni el inminente riesgo de los palos sirvió a sujetarle en la carrera que llevaba hacia la casa, que erizada de hombres y de estacas, parecía quererse repetir en ella la escena de los yangüeses con algún moderno Quijote, el cual, según todas las probabilidades no podía ser otro sino yo.

No moderó "Tragaleguas" sus ímpetus hasta llegar al establo de la casa; y a pesar de mis esfuerzos por impedirselo, se instaló en sus pesebres, y hubiera devorado la hierba de algunos alarmados pollinos que allí pacían,

---

(1) En lenguaje popular de Venezuela se llama *rochelero* la bestia que tiene el resabio de pararse en un lugar sin querer proseguir la marcha.

si volteándome yo hacia atrás, y dirigiéndome a los hombres de los garrotes no les dijese:

—¿Qué significa esto, buenos amigos; a qué esos paños esos gritos de “Rochelero”, que no parece sino que os divertís en provocarme?

—¡Pues vaya, señó! — me contestaron los buenos isleños; que tales eran aquellos acometedores: ¿no sabe usted que este macho se llama “Rochelero?”

—Por “Tragaleguas” lo tengo, y por tal me lo han alquilado.

—Ese es el cuento, paisano. En la caballeriza todos son “Tragaleguas”, pero en el camino no tragan nada. Y ese que usted monta es “Rochelero” en persona, que lo conoce toda la vecindá por esa mala maña de arrochelar, como lo está usted viendo ahora.

—¿De modo que de aquí no saldrá más?

—¡A según y conforme, zeñó! Si usted quiere que le demos la soba, marchará hasta que Dios quiera; pero si no, bien puede usted apearse, que aquí no somos gentes sin entrañas y podrá usted comer y dormir hasta que le manden otra bestia de la ciudad, porque lo que es ese macho, cuéntelo como sembrao.

—Pues venga la soba, amigo; que yo no tengo tiempo que perder.

Y diciendo y haciendo. Los robustos isleños, las cuajadas comadres y los chicos bullangueros y diestros, cayeron sobre las costillas del pobre “Rochelero” con tal ímpetu y con tales garrotes, que el antiguo “Tragaleguas”, si no puede asegurarse que se corrió de vergüenza, es un hecho que corrió de dolor, y me cargó durante algunas cuadras como alma que llevan los diablos.

Pero en aflojando el miedo y refrescándose el escorzor, aflojaron los bríos de mi cabalgadura, la cual co-

menzó a descender la cuesta con la gravedad estudiosa de un miembro de la Sociedad de Ciencias Físicas, examinando aquí los pétalos de una flor, contando más allá los estambres de otra, y herborizando en toda regla, no sin detenerse de cuando en cuando en los pequeños pozos que dejan en la tierra húmeda los cascos de las bestias, y los cuales olía “Rochelero” con deliciosa voluptuosidad, levantando luego al cielo su remangado hocico, como el sorbedor de rapé que en el sol busca un agujijón para un traspapelado estornudo.

Así, a ese paso de sabio, bajaba el falsificado “Tragaleguas” la recia pendiente, cuando al cruzar un zigzag del camino, alcancé a ver a un jinete que trajinaba la misma vía en dirección opuesta; de modo que él subía cuando yo bajaba. ¡Cuánto sería mi regocijo al reconocer en el viajero a un amigo muy querido, a quien había dejado de ver por mucho tiempo! Pocos pasos me separaban de él, cuando, impaciente por estrecharle, estiré el brazo a que está pegada la mano de la amistad, diciéndole:

—¡Hola, querido, dame esos cinco, que tenía hambre de verte!

¿Hambre dijiste? Pues no parece sino que “Rochelero” tomó el vocablo como un recuerdo, y bajando la cabeza, comenzó a devorar una cepa de hierbas que al paso había, en tanto que el mulo que cargaba a mi amigo hacía igual maniobra, dejándonos con las manos estiradas, medio cuerpo entregado a la efusión del encuentro, y en actitud de salirnos por los respectivos pescuezos de nuestros cuadrúpedos.

—¡Vamos, arriba, “Tragaleguas”! — gritaba mi amigo, taloneando como un energúmeno a su impávido mamífero.

—¡Cómo! — le dije yo—; ¿ese también es “Tragaleguas?”

—Sí — me contestó, huyendo prontamente la piedad, que su cayo le quería morder; este es “Tragaleguas”, el mejor macho de la cuadra.

No pude menos que estallar en una estupenda carcajada, y luego expliqué a mi caro amigo la superchería de los dueños de la caballeriza, por la cual resultábamos dos hombres de bien, viajando por el mismo camino, montados en un mismo personaje que, por obra de encantamiento, tenía dos cuerpos distintos, un solo inmerecido nombre, y unas mismas malas mañas.

Sea que los dos “Tragaleguas” se hubiesen cansado de su actitud, lo cual no es probable, o que les hubieran entrado cosquillas por entablar entre sí alguna plática, lo que sí es posible; el caso fué que se olieron recíprocamente, y luego se fueron recostando, costillas con costillas, al extremo de magullarnos mi amigo y yo las piernas, y tener que interrumpir el apasionado abrazo que las ansias de una larga ausencia y la restregadura de los machos hacían más y más estrecho y expansivo.

Aquí sobrevino la gran dificultad de aquel encuentro: desligar aquellos viejos amigos; separarlos de la amorosa rascadura de costillas a que se habían entregado, olfateando entrambos y lamiendo, quien a quien, las correas del apero.

Nuestros talones sin acicates, verdaderos talones de Aquiles, no lograban nada de provecho, por más que remaban duramente contra los hijares de Castor y de Pólux; nuestros furibundos apóstrofes no alcanzaban a romper el apretado lazo de aquella amistad de pesebre, que como las de colegio suelen ser las verdaderas y eternas; y a todo esto no pasaba alma nacida que tu-

viere la caridad de regalar con algunas docenas de paños a aquellos seres sensibles a la amistad y a todo, menos al talón ni a la rienda.

Por último, una idea feliz iluminó mi mente; descendiendo de la ruin cabalgadura, y cortando a la orilla del camino dos buenas astas de guayabo, di una a mi amigo, y con la otra, ya montado sobre mi "Tragaleguas" descargué sobre el "Tragaleguas" suyo, tal tempestad de golpes, a tiempo que mi amigo hacia otro tanto en beneficio mío, que ambos machos partieron, disputándose la dirección que cada cual llevaba.

Este fué el postrer esfuerzo del infeliz "Rochelero". De allí en adelante todo fué sudor copioso, mordiscos a la hierba del camino, suspiros que parecían pujidos, y aleteo de orejas. Estaba hundido.

El resto me tocaba a mí hacerlo, y lo hice con abnegación. Descendí del desdichado animal, le até la brida al cuello, y poniéndome detrás, le empujé primero, luego le apliqué dos zurriagazos y por este medio comenzó a descender la cuesta con cierto perruno trotecito menudo que debió tener reservado para los casos fortuitos.

Las cuatro de la tarde serían, cuando mi macho y yo (que en tal orden caminábamos) llegamos al Castillo de La Guaira.

En ese momento el Vigía repicaba la entrada al puerto de un vapor, cuyo penacho de humo veía yo crecer rápidamente en el horizonte.

Aquel contraste entre el impetuoso vehículo del progreso, al cual empujaba el maravilloso motor que ha transformado el mundo, y el que delante de mí caminaba, arreado por las repetidas descargas de mi garrote, me avergonzó; y hundido en las mismas reflexiones que suprimí al comienzo de este artículo, llegué a la Pólvo-

ra, donde principia la población. Allí salté de nuevo sobre mi exhausto "Rochelero", a cuyo fino olfato seguramente llegaron los acres efluvios del establo, a juzgar por el heroico pasitrote que emprendió hacia aquella dirección; y en donde apenas despojado de sus aperos, revolcábase voluptuosamente en el muelle tapiz de estiércol que cubría todo el patio, y muy fresco se plantaba en su pesebre, aguardando salir para Caracas en la mañana siguiente, bajo el simpático nombre de "Tragalaguas".

## EL MERCADO

### CUADROS CARAQUEÑOS

Los jóvenes no comprenden el culto respetuoso que los viejos tienen por las cosas que han vivido mucho; y como se trate de monumentos ennoblecidos por el moho y la roña de los tiempos, nada hay que les regocije tanto como verlos demoler; cuando no sea sino por un resto del maligno instinto de destrucción que es connatural con la niñez y que ésta trasiega en la juventud. ¿Qué se les daba, por tanto, a los mocetones de entonces, el que cien obreros, armados de piquetas se ensañasen contra la vetusta y maciza arcada de mampostería que circundaba o enclaustraba la hermosa plaza de la Catedral, desde que lo fué de armas bajo el marcial poder de la colonia española? ¿Pensaban, por ventura, que de aquellas ruinas había de surgir la nueva Plaza Bolívar, hermosa y espléndida como un pedacito de París; con sus pintorescos jardines y gratos paseos, sus ceibas corpulentas, sus samborsas cepas de bambúes, sus claras fuentes, sus ricos candelabros, su elegante verja, a la que hacen paralelas las cuatro calzadas circuns-

critas por hileras de copados y garridos caobos; y en medio de ese conjunto de flores, follaje, agua y luz, la efigie del Padre de la Patria sobre descollante pedestal, encabritado el caballo, como si oyese el vitoreo de cinco pueblos redimidos, a los cuales parece saludar el Héroe Libertador? Todo eso podía estar en la cabeza y en los planos de los ingenieros, mas no en el magin de los que allí iban tan sólo porque tocaban a tumba, encantándoles el ver a los peones de albañil zapar por sus bases las robustas pilastras, como quien descarna un molar antes de tirarle con las pinzas; luego ver aplicar el *gato* a la roída columna, darle vuelta al manubrio del alevoso instrumento, sentir y mirar el resquebrajamiento del arco por la espesa clave; y contemplar, en el colmo de la ansiedad y de la tirantez de los nervios, la gradual inclinación de la mole, como un gigante herido de muerte que se desploma, hasta que perdido el centro de gravedad, la pilastra, llevando consigo dos pedazos de los arcos, caía a tierra con sordo estruendo, convertida en un montón de escombros blancos y rojos.

A cada lienzo de arcada que caía, los granujas, que son comparsa obligada de toda urbana catástrofe, aplaudían y chillaban con delirante entuismo; los jóvenes sonreían complacidos del espectáculo, pero detrás de ellos, como en fila de respetuosos doloridos, ponían cara de funeral los espectadores de pelo cano, y les miraban con airados ojos, como diciéndoles: ¡sacrilegos!

Viéndolo bien, aquello tenía mucho de profanación. La arcada no era muy elegante que digamos, mas era antigua y monumental, y con ella desaparecía un mundo de recuerdos históricos.

¿Quién ha dicho que no hubiera podido aprovecharse la vieja estructura, combinándola con las obras

nuevas de embellecimiento que el progreso de nuestra culta capital estaba reclamando? Vamos, la cosa no tiene ya remedio. Lo bonito ha sustituido a lo histórico y solemne.

En lo que sí estamos todos en un corazón, es en que había de echarse de aquel recinto el mercado de aldea que por tantos años encerró. No era decoroso para la casa de Gobierno ni para la casa de Dios el espectáculo que a sus puertas tenían, de tenduchos innobles, de armatostes de quita y pon, de harapos de lona figurando toldos para las legumbres, de los garzos grasosos para las carnes, de los cajones fementidos para las baratijas, de los toneles embreados por el sucio del continuo manoseo, en que se guardaban por la tarde las patatas que no se habían vendido o que no se habían fermentado; y todo aquel tren de cosas no sanas ni pulcras, a cuyo alrededor, cuando había desaparecido la animación del mercado, bullían y zumbaban ejércitos de negras moscas y pléyades de moscardones verdes, en tanto que por dentro de lo citado hervía devorante una dinastía de ratones y otra bichería inmundada que gusta de los agrios fermentos de los vegetales y del maloliente zahorno de las sustancias animales.

Pero convengamos en que por la mañana, a eso de las ocho, que era cuando la plaza estaba en toda su gloria de decoración, de actividad y de bullicio, presentaba un aspecto seductor. Los tenduchos, abiertos de par en par, mostraban estantes cuajadaso de luciente quincajería; los armatostes se veían cubiertos de pañuelos a chillones cuadros, de vistosas elásticas, de sombreros, medias, calzones interiores y otras prendas destinadas a ambos sexos, tras de las cuales se iban ojos y cuartos a la profecía foránea; colgábanse los garfios con el rojo

sangriento de la carne muerta, o con lechoncitos blancos como niños, cuyos dientes de leche apretaban una rosa o un clavel: y a su lado pendían vivos racimos de pollos con las crestas amoratadas y como amenazados de ahogarlos la sangre.

Extendidos en el suelo veíanse más o menos sucios lienzos, sobre los cuales se esparcían en montones provocativos los duraznos de ternísimo verde o de róseo matiz, que parecían otros tantos carrillos de muchachas frescas de las tierras frías que los producen; altas pirámides de sazoadas piñas; aquestas con ducal diadema, esotras con coronas de emperatriz y las más con papales tiaras, lagrimeando la perfumada miel por las sajaduras de su coraza de escamas relucientes como el oro; ya eran serones llenos de manzanas de los ventisqueros de Galipán, que nunca se vienen a rojas, pero dulces que es un regalo; o tomates dispuestos a ocho en fondo, especie de dalias de carnudos pétalos; o cepas de coles y lechugas cuyo follaje conservaba todavía las cristalinas gotas de que las rociara el jardinero del cielo con su regadera de blancas nubes, que no abandonan nuestras cumbres.

Y por aquí aquella papa criolla, tamaña como piedra y que una peste se llevó para siempre de nuestros surcos; y por allá los fragantes limones, que parecen esferas de oro; o los manojos de apio, amarillo como la yema del huevo, adminículo inseparable del caldo de pollo, al cual da un saborcito de cosa hervida allá en los cielos; y el rocalloso ñame, verdadero pan de crema; tamaños algunos como para fatigar con su peso al mismo Sisifo; o el mapuey de fécula color de vestidura arzobispal bocado de ídem; o el lairén delicioso, que ha expulsado a la trufa extranjera; y tantos otros sabrosísimos frutos

de nuestra zona, varia como ninguna y fecunda sin rival.

Empedrada quedaba la plaza con aquellos dones del nativo terruño y perfumado el ambiente con sus vahos, mezclados y combinados de tal suerte, que el olfato, aspirándolos, disfrutaba de algo así como de una sinfonía deleitosa. Desde muy lejos sentía uno el aroma del durazno de Sabaneta y Petaquires, el más oloroso durazno de cuantos produce el costrón de la tierra en toda la redondez del planeta; y a poco que iba uno adelantando en el laberinto del mercado, salían a recibirle el limón con su aliento de azahar, y los nardos, azucenas, claveles, jazmines y romero con su mareante perfume, con el que retozan las brisas allá en las cumbres de Sanchorquiz, y que crecen al cuidado de rústicas manos, en descabalados tiestos y sobre enclenques trojes; a cuya virtud modificanse y hácese amables los acres efluvios del cebollín, la comfortable fragancia de la yerbabuena, y el hostigoso tufo del culantro.

No había allí, como en otros mercados, jerarquías ni separaciones. Todo estaba confundido en la más democrática igualdad, excepto las comidas ya confeccionadas, cuya sección abría la legendaria maritornes Telésfora, monumental como sus gigantescas ollas; maestra, archimaestra en las clásicas especialidades criollas de la olleta y el mondongo, tras cuyo secreto, más precioso que el de la piedra filosofal, corren las cocineras del día sin poder hallarle. Sentada en el sacramental *butaque* de cuero de res sin adobar, veíase a aquella maciza señora, de humildísima estirpe, más entonada por la conciencia de su peregrino arte aunque tan popular como sus suculentas cochuras, para las que tenía parroquianos de todos los niveles sociales, como lo comprobaban los jóvenes eclesiásticos del vecino Seminario

Tridentino, llevándole vacías, y luego retornando al Colegio con ellas llenas y calentitas bajo sus amplios manteos, las socorridas marmitas de hojalata con que solían suplir las deficiencias del refectorio.

En punto a popularidad, no tenía Telésfora más que una rival: la Láures famosa. Sólo que no se hacían sombra en los campos de la gloria éstas dos estrellas de magnitud primera, por la sencilla razón de que cultivaban géneros diversos. La una descollaba, mejor dicho, era única en aquellos ya mencionados guisos, en tanto que la Láures, reclusa en su laboratorio de cacharros y coladores había consagrado sus años todos a producir el celeberrimo carato que aún lleva su nombre; néctar plebeyo extraído del maíz y con tal maña aderezado que mortal ninguno ha logrado contrahacerlo o imitarlo, cuando no sea en la inevitable hojita de naranjo puesta a guisa de tapón en las botellas, y que se considera como "cachet" o marca de fábrica de la ilustre inventora de tan grato desalterante.

Después de las citadas confecciones, seguían otras especialidades de segundo orden, verbigracia: el adobo de puerco, en que trascendían a leguas la pimienta y el orégano; rubio por el tinte del onoto y con su buen salpicón de tomate; la de las tortitas de desayuno, en cuya preparación entran el maíz y el plátano con un si es no es de queso frescachón; morenas como cachetitos de mestiza, esponjadas, ampolladas al amor de la sartén, apetitosas, bien olientes, y de las cuales se calculan hasta dos docenas, y ni una menos por cabeza; así se dejan ellas engullir mansa y tiernamente. Eran las tales tortitas primas en el primer grado, aunque por rama de bastardo, de los bollos de maíz que a ellas seguían; aderezados con manteca sin asomos de rancio, en cuya masa

se deja deslizar, al descuido y con cuidado, una que otra miaja de carne de puerco, y se les proporciona cierto toque aromático por medio de algunos granillos de anís enguerrillados en todo el cuerpo, vistiéndoles luego con una hoja seca de maíz, y apretándoles por la mitad con una torcida de la misma hoja, con lo que tomaban forma de regordetes frailecicos mercenarios, con su hábito blanco y su cordón a la cintura.

En seguida tomaban puesto las populares hacedoras de arepa de chicharrón; la más pedestre pero la más suculenta de las combinaciones indígenas del maíz, puesto que entran en ella, como parte muy principal los achicharrados trozos de carnosos tocinos; y allí mismo, como naturales vecinas, las imponderables hallacas, que les dicen tamales en otras regiones de América; especie de paquetitos envueltos en la hoja del banano, dentro de la cual se guarda, cobijado por telliz de masa, el guiso sin par; sabrosísimo manjar que no conocieron ni cataron los dioses del Olimpo, por lo que no pudieron continuar siendo inmortales, y en suma, tendiase por allí toda una legión de vendedoras de portentos culinarios, de esos que no alcanzamos a apreciar bastante hasta que no dejamos la tierra amada para venirmos a ajenas playas y vamos sucumbiendo gradualmente a la nostalgia de nuestras ollas.

No todos los vendedores de baratijas podían proporcionarse copioso surtido de ellas ni cajones trameados, ni anaqueles para exponerlas; y estas diferencias de proporciones hacían dividir el comercio allí congregado, en dos categorías: el alto y el bajo comercio. Al primero pertenecían los que contaban por lo menos con un tonel volcado, cuya tapa inferior fungía de mostrador, mientras que el bajo comercio sólo tenía el santo

L. suelo, sobre el cual el comerciante extendía un lienzo, una colcha o un pañuelo, acomodaba en ello su mercancía y despachaba en cuclillas.

En esta humilde categoría estaba matriculado el notorio y honrado Ambrosio, con su venta de catones, doctrinas y novenas editadas por Damirón, nuestro modesto Gutenberg. Por vía de atractivo para su comercio de obras religiosas, añadía Ambrosio otros artículos de uso masculino, tales como espejitos redondos de estaño, de esos de abre y cierra; botecitos de macasar, eslabones, lacre, arenilla y cajitas con obleas inglesas, sobre cuya tapa de hojalata se ostentaban repujados en amoroso camafeo, los bustos gemelos de Victoria y de Alberto.

Ambrosio atendía a la vez a sus dos profesiones: la de comerciante por lo bajo y la de pertiguero de la vecina Catedral, dándose sus artes para no confundir la una con la otra, pues no hay ejemplo de que llevase a la puerta del templo su modesto tráfico, ni de que a la plaza descendiese nunca revestido del hábito talar escarlata, ni armado de la pértiga argentada de su secular ministerio.

Por muy encima de las dos categorías industriales ya citadas había otra mucho más importante, representada en la bodega; vasto bazar de comestibles y enseres domésticos; con su armadura de muchos tramos empavesados con cenefitas de papel de color picado, para despistar a las moscas; atestados de botellas de aceite, Rosolio, ginebra y otros caldos y de cajas de sardinas, loza blanca, cacharros de La Vega, nuestro Sévres famoso; y colgando a trechos ristras de ajos y paquetes de triquitraques; continuando la decoración de colgajos en las paredes y aún en las hojas de las puertas, de donde pendían pieles de tigre y de boas, y todo un surtido de

albardas, jamugas, cabezadas, ronzales y otros aparejos de caballería asnal.

De un lado al otro de la bodega, corría el mostrador forrado de zinc, sobre cuya plataforma estaban colocadas, a un extremo el cilíndrico queso criollo de palma metida, con tamaño cuchillo zampado hasta el corazón, sangrando crema por los apetitosos ojillos; y al otro extremo la enorme enroscada culebra de tabaco curado de Orituco, barnizado con sirope, asomando la fiera cabeza, siempre cortada y viva siempre como las de la fabulosa hidra.

Detrás del mostrador, en cuyo centro se alzaba la balanza de Astrea, con sus brazos en cruz, cual signo de suplicio, atendía a los marchantes un mozo dependiente, de negro y sedoso mostacho, pelo peinado con mucho esmero y mucha pomada; vestido en democrático *négligé*, o sea en mangas de camisa, arremangados los velludos brazos, y atado al cuello, con cierta coquetería orillera, un pañuelito muy limpio, dejando ver sin embargo en apolínea desnudez la garganta robusta. hasta la misma hoya; tras cuyas gracias y atildado acicalamiento, combinado con las corriditas del peso y ciertas mercedes de caja, acudían de continuo, como las abejas a la miel, las sazonadas mulatitas de la capital.

Sabedor el propietario de la bodega de que los mozos dependientes le solían poner a contribución para hacer más fructuosas sus galanterías con las parroquianitas de fustán y camisa, se paseaba de cuando en cuando, con ojo avizor, a lo largo de la trastienda; pero conociendo aquellos la treta, atendían a las chicas con todo el rigor de la bodeguil ordenanza.

En tales momentos de suprema vigilancia, acontecía que llegaba una doméstica de esas de buenas carnes,

de pelo de tercos entorchados medio sometidos a poder de peine, y de cosa así como media vela de Flandes, rostro no malejo y hombros y pechos recios y morenos como de estatua de bronce, lo cual dejaba ver al pulido hortera, haciendo que el blanco paño o chal de algodón tupido que por la cabeza llevaba echado, rodase de allí hasta la cintura, mediante lo cual quedaba descubierta la camisilla, no tan tupida como el paño, debajo de cuyos pliegues se ocultaban revelándose los turgentes escollas, Scila y Caribdis, en que solía encallar la prosperidad del establecimiento y naufragaba a menudo la conciencia de los mozos en que aquella reposaba. Conociendo desde la entrada la astuta muchacha que por el momento andaban moros por la costa, hacía un mohín de disgusto y exclamaba:

—¡Hum! ¡Y con qué cara de Caifás se ha despertao usted esta mañana, don Alejo! ¡Apuesto a que hoy me pesa usted hasta el papel de estraza!

A lo que el chico más serio que un boticario, decía:

—Despáchate pronto, muchacha; ¿qué es lo que quieres?

—¡Guá, don Alejo! Usted no está aquí para vender repunancias ni groserias. Pero hijo, te digo que una y no más, señor San Blas. Ea, déme usted mantequilla, jabón y fideos. Lo demás lo mercaré en otra parte en donde tengan otros modos con las personas; porque ha de saber usted que no porque vista yo de lana se imagine que soy carnero.

Sin tomar nota de aquella descarga, giraba sobre los talones el dependiente, y sin decir una palabra, echaba mano a la paleta de madera que sobresalía del cuñete de la mantequilla, metíala con calculada fuerza, hacíala girar palanqueándola y sacaba a la luz del día una

buena pellada de grasa, mientras que con la siniestra mano tomaba una cuartilla de papel de paja amarillo, que hacía parte de una como estrella o rosa de concéntricas hojas, formada con muchas cuartillas iguales; luego, con un macstro golpecito de la paleta sobre el papel, dejaba en éste todo el contenido de aquella, colocábalo en seguida en un platillo del peso, y en el otro dejaba caer una pesa de hierro, de las de a libra, y con aire de matemático satisfecho, miraba los platillos nivelarse y el fiel de la balanza marcar con irreprochable precisión.

—¡Guá, don Alejo, mire que no está usted pesando tártaro emético —exclamaba la malcontenta doncella.

El mozo, ojo al Cristo, cuyos pasos oía detrás de la armadura, no respondía una palabra, ni parecía advertir que la camisita de la parroquiana se iba descolgando por el hombro abajo, a proporción que la joven se echaba más y más sobre el mostrador, y tomaba otra hoja de papel, metía los dedos en la caja de fideos y sacando de ellos un puñado, lo ponía en la fojita, lo arrojaba en el platillo y mirando sonreído al fiel atestiguar su exactitud, volvía a tomar el papel, juntaba sus orillas para encerrar los fideos, y apretando las puntas del paquetito con una y otra mano, lo hacía girar hasta torcer los extremos.

—¡Judío! —exclamaba la criadita, cada vez más picada.

—¿Jabón dijiste también, muchacha? — preguntaba el mozo haciéndose el sueco.

—Sí, señor, jabón; del que en el infierno deben darle, pa limpiarle las entrañas a los pichirres y estreñíos, contestaba la desairada hembra.

El mozo se llevaba la mano a la frente en ademán

de espantar una mosca, pero en realidad para dar un toquecito coqueto a la ondita de pelo que sobre ella caía, y girando nuevamente sobre los talones tomaba una barra de jabón, colocábala sobre un sitio especial del mostrador en donde pendía un alambre fino de cobre; pasaba éste por encima de la barra, tiraba gradualmente y el trozo de jabón salía partida con toda maestría.

—Apuesto a que ahora sí se pela usted, don Alejo — decía la muchacha ensayando un remilgo provocativo.

—Me como lo que sobra de la libra — respondía riendo el mozo, mientras arrojaba el lingote de jabón en la balanza, con el mismo exacto resultado de las veces anteriores.

La criadita arrebatava los tres paquetes, los metía con displicencia en el cesto, pagaba su importe, tirando ruidosamente las monedas sobre el mostrador, se acomodaba la camisa, que ya había caído más de lo conveniente, montábase el paño en la cabeza, cruzándose luego sobre el pecho, y salía caminando con la rítmica zandunga que las caracteriza, no sin volverse desde el quicio de la puerta para decir al ingrato mozo:

—¡Caimán!

—¡Palometa! — contestaba el dependiente, y se entregaba a atender a otros parroquianos, aguardando la ocasión de no estar vigilado para mostrarse menos severo con las buenas mozas.

La animación de la plaza era de lo más atractivo y pintoresco; prestándose a un prolijo estudio de nuestras costumbres a cualquiera que hubiese puesto ojo observador en los variados tipos que por allí discurrían, oyendo la chismografía de las cocineras y comadres, las discusiones políticas de los tribunos de orilla y moveedores de barrio; o ya siguiendo la pista al ilustre señor

diputado de Abastos, que de puesto en puesto iba recogiendo en el pañuelo de cuadros atado por las cuatro puntas y colgando del índice encorvado a manera de garfio, los diezmos y primicias que estaba convenido le pagasen diariamente los pobres industriales que de él habían recibido la merced de cerrar un ojo, y a las veces ambos candiles, al acto de reconocer y calificar la buena o mala condición de los alimentos de sus respectivos tráfico; o bien yéndose detrás de los Procuradores de media cuchara que del propio modo que el diputado de Abastos iban haciendo estaciones en los altaritos de carne y otros comestibles, cobrando en sustancias alimenticias atrasados y futuros honorarios a sus clientes; recolecta que luego se llevaban a casa en el colgante y socorrido pañuelo de Madrás.

Estas escenas que acentuaban aquel inmenso cuadro, tenían por acompañamiento arrebatador el bullicio múltiple de cuanta cosa sonante y bullanguera se puede imaginar, sobre todo a eso de las nueve de la mañana, hora en que sin previa deliberación y por mera coincidencia reuníanse en *tutti* estruendoso, la vocería de la feria, la música del órgano de la Catedral, los tropezones de las carretas en las calles que circunscriben la plaza, el redoble de los tambores y el chillar de las cornetas de la guardia del Principal, situada en el ángulo Noroeste del cuadrilátero, y el repique furioso, epiléptico de cien campanas: solemnes y graves las de la Catedral; rajadas y gangosas las del Seminario; armoniosas y entonadas las de las Monjas Concepciones; festivas las de San Mauricio; tercas y regañonas las del Convento de Dominicas, y revienta-timpanos, chillonas, impertinentes, incansables, las campanitas de almirez de las madres Carmelitas. Y no era eso todo, sino que a causa de seme-

jante zalagarda y estrépito, o porque ya el sol calentaba más de lo regular los lacerados lomos de un escuadrón de borricos de ambos sexos pertenecientes a las verduleras foráneas, puestos a espera, y sin otro alivio que el descargo de sus albardas en un corral vecino a la plaza. se daban a rebuznar en estentóreo concierto, aburridos de la vida ciudadana que por tan mortificante faz se les hacía disfrutar.

En tan apocalípticos momentos, advertíanse no pocas manos llevadas a los oídos; y quien se hubiese asomado por la reja del Seminario que daba luz a la clase de Derecho de la Universidad, huésped entonces del Tridentino, habría podido ver al ensordecido Profesor de aquel Curso, cerrar desalentado el texto, hundir la cabeza entre las manos y echarse de bruces sobre la mesa, como buscando, en actitud semejante a la que al camello (perdóneseme la manera de comparar) aconseja el instinto, mientras pasa la ardiente avalancha del Simoun.

No siempre apaciguábase aquel estrépito porque fuesen languideciendo los repiques, ni porque callasen los jumentos, ni porque acabasen de relevar la guardia del Principal, pues de improviso solía alzarse atronadora gritería y tempestad de silbos y pitios en el recinto mismo de la plaza, con lo que se adivinaba alguna travesura de chicos echando a correr perros con cencerros atados a la cola, o alguna de las originales, cotidianas y pesadas burlas de Olivares.

Era Olivares hombre inculto, pero de gracejo natural, y por ende temido y querido al mismo tiempo por todo el comercio alto o menudo de la plaza. Tenía cosas; y por pesadas que éstas fuesen, hasta las víctimas se las reían.

—El día menos pensado se encuentra usted con la horma de su zapato, solían decirle por azuzarle a nuevas burlas los amigos y compinches de Olivares. — Sobre todo, cuídese usted de chanzas con el huevero aquél de la esquina de la Catedral, que es hombre de pocas pulgas.

Lo dicho bastaba para que Olivares se encaminase hacia el sitio donde había plantado sus tiendas el con-sabido huevero, que no tenía nada de fiero, sino que era un pobre diablo oriundo de Chacao, vestido a la usanza campesina de la comarca: larga camisa de lienzo burdo echada por fuera del anchísimo calzoncillo de lo mismo, el cual se ataba de la cintura por medio de un cordón o trenza en jareta; sombrero de palma y alpargatas.

—¿Tiene usted huevos de gallina negra? — le preguntaba muy solícito y serio el buen Olivares.

El pobre hombre abría los ojos como alelado, y respondía:

—De negras, blancas y pintas tengo; pero el diablo que los reconozca.

—Mire usted — decía Olivares, tomando del cesto uno de los huevos y mirándolo al trasluz; éste es de gallina negra. Vaya usted poniéndolos en la falda de su camisa, que yo separaré los que necesite.

Y reuniendo hasta cuatro docenas de los pretendidos huevos de gallinas negras en la camisa del palurdo, el travieso Olivares, súbito le tiraba de la trenza de la pretina, dejándole *velis nolis*, con los calzones convertidos en grillos. El pobre hombre viéndose en aquel estado, no acertaba a soltar la nidada que tenía sujeta en la camisa, en lo cual ocupaba ambas manos; no quedándole otro recurso para cubrir su desnudez, que el de acucillarse como para empollar, al uso de sus cluecas, en tan-

que Olivares se escapaba por el laberinto de tinglados de la plaza, y los muchachos reían, chillaban y silbaban que era un infierno.

En la hilera de casuchos que daba frente al Palacio Arzobispal y al Seminario Tridentino, figuraban como sitios de perenne concurrencia, aun después de concluida la animación del mercado, la barbería y la frutería. La tienda de nuestros Figaros tenía el tipo característico que le imprimió la colonia en su más refinado molde andaluz. A la entrada, el cancel de madera o de lienzo encalado, según la categoría del establecimiento; con el óvalo de vidrio en el medio, a través de cuya transparencia, un tanto ofendida por descortesés moscas, veíase el legendario frasco de agua en que culebraban pegajosas sanguijuelas, algunas delgadísimas y hambrientas, pegando y despegando sus ávidas ventosas al cristal, otras gruesas e hidrópicas por la mal exprimida hartura de la vispera, tendidas en el fondo del frasco como si se hiciesen las muertas, y manando de sus ascosos cuerpos hilitos de sangre humana, que iban tiñendo el agua con cierto tonillo de ámbar muy repugnante a la vista.

Al lado del frasco grimoso, el sacramental ramo de frescas flores recogido en un vasito azul con lo desportillado hacia el interior de la tienda. Colgaban de la pared dos jaulas en que brincaban silbando toques de corneta un turpial y un arrendado, los que, además de sus habilidades filarmónicas, tenían la de comer salpicando con piltrafas de plátano y pepitas de guayaba a los parroquianos que, tendidos boca arriba en las butacas, sufrían el martirio de la rapa.

Las paredes gastaban papel con cenefas, y el mismo lujo se permitía el cielo raso de cotonía, el cual lucía

curiosos mapamundis a la aguada, obra de los gatos que por el mechinal se entraban como Pedro por su casa, a sus amorosos escarceos y otros abusos de hospitalidad.

Unas cuantas sillas, una cómoda para guardar las toallas, un armarito para las jaboneras, brochas y navajas de los abonados, dos consolas soportando espejos de medio cuerpo que reflejaban floreros llenos de espigas de caña; tres bacías de latón, otras tantas aljofainas de porcelana y algunos asentadores de corazón de maguey, formaban el ajuar, pues no entran en esta cuenta las chinelas de estambre arrimadas a la pared, ni el montón de pelo, empolvado de ladrillo, muestra del trabajo de la semana, que hasta un rincón había llevado la escoba, conservándose ésta como acuñándolo contra el ángulo, y como indicando que aquello no había de quedarse allí.

Por lo que hace a ornamentación mural, era ésta escasa pero escogida; y consistía en unas flamantes estampas de actualidad, a saber: grabados de Flor de María, la Marquesa d'Harville y Rodolfo de Gerolstein; un retrato del General Páez, o uno de Antonio Leocadio Guzmán con patillas a lo Zumalacárregui; un creyón de Su Santidad Pío Nono y una litografía de la Avellaneda.

Como puede colegirse por lo que queda enumerado, la barbería no se apartaba del modelo tradicional, y por sí algún lector impaciente quisiese cogernos en falta por haber olvidado la indispensable guitarra, nos apresuraremos a tranquilizarle diciendo, como decimos, que este principalísimo detalle no es de aquellos que se echan a granel, y mucho menos en el presente caso en que hemos de consagrarle todo un párrafo; porque ha de saberse que colgaba allí también la guitarra de rigor, no ociosa siempre, sino punteada y rasgueada con embeleso

por uno de los oficiales del establecimiento, cuando a eso de las tres a las cuatro se llenaba éste con la tropa instrumental de nuestros bailes para ensayar, con el cumplido tren de violines, flautas, guitarra española y guitarrita criolla de cinco cuerdas, los valeses, danzas y polkas que acababan de componer los nativos ingenios de Isaza, Colón, Caraballo, Isidorito y Magdaleno; a cuya deliciosa música, que produce un sabroso escarabajeo por todo el cuerpo, se agolpaban los transeúntes y bloqueaban la tienda por todo el tiempo que duraban aquellos ensayos, prolongados hasta muy tarde, por más que trasnochados de continuo los ejecutantes llegasen a cabecear, y aún dormirse alguno de ellos, en cuyo caso, el guitarrista, veterano en el oficio, solía decir a su camarada el de la flauta: — “Melitón, despiértame en la pasada a sí bemol”, lo que Melitón cumplía oportunamente por medio de una significativa patadita, lo bastante para que el dormido filarmónico, que seguía rasgando las tripas a su vihuela, a pesar de estar en el otro mundo, se despertase al punto, y cambiando la posición de los dedos sobre el diapasón, cogía al vuelo el tono relativo, tornaba luego y a tiempo al tono principal, y sin ser infiel al tracio dios del arte, caía nuevamente en brazos del otro Orfeo que se escribe con M.

La frutería emplazada en aquella misma fila de tenduchos es uno de los puntos del cuadrilátero que más se regocija la historia en recordar, y merecería, en vez de esta desgredada mención de la humilde pluma nuestra, una lápida votiva puesta en el sitio afortunado que por tantos años ocupó, porque si es cierto que de los claustros universitarios a que daba frente salieron togados eximios, también es cierto que en aquella gruta encantada brindaba Pomona sus dulces frutos a los hijos

de Minerva, con lo que se refrescaba la ardientia de las juveniles mollerias en las caliginosas horas del estudio de las ecuaciones de segundo grado o del binomio de Newton, o en las no menos angustiosas del batallar del raciocinio y la memoria con las abstrusidades de la teología y de la metafísica.

Cuando decimos que Pomona ofrecía allí sus frutos, lo decimos por pura pedantería mitológica, porque en realidad el dueño y señor de aquel rebosado cuerno de la abundancia no era otro que Laureano, el meliflúo amigo de las abejas universitarias, que dulce, mil veces más dulce que la miel de sus refrescos, frutos y conservas, las atraía sin cesar.

Arrancada de pilón aquella frutería y trasplantada a cualquiera de las Exposiciones europeas, habría bastado para dar al universo entero la idea de la fecundidad y variedad de nuestra privilegiada zona. Allí se codeaban las pomas olorosas de la nevada Sierra con las áureas naranjas de la tierra que desposa el sol; allí los blandos racimos de innumerables especies de banano, desde el morado corpulento que no alcanza la mano a abarcarlo, hasta el ciento en boca, del tamaño del dátíl de Alejandría y tan dulce como este delicioso africano; allí la guanábana, de espinoso costrón, especie de paquidermo verdinegro, con corazón de armiño; y el aguacate, verdadero Proteo de la mesa, pues es como se quiera, fruta, vitualla y untuosa crema; la granada, riente andaluza de encendidos carrillos, con joyas por dientes y con corona de reina; la pomarosa, que por su forma, sabor y fragancia parece fruto de huerto persa, cultivado por sultanas; el melón olorosísimo y sabroso, de quien está celoso el valenciano de España; el esférico mamey, cuya rugosa corteza esconde grata sorpresa al paladar;

la parcha granadilla, regalo de aristócratas, y la parchita de casco de oro, sorbo de reyes; el mamón carnoso, el icaco entretenido, el azucarado nispero, el zapote que empalaga, el mango vario, de bocado y de hilacha, la ciruela de huesito; la uva parra, rival de la que sazona el ardor del Vesubio, y la uva de playa, fruto de los amores de la tierra y el mar, en cuyo sangriento jugo puso la una grato dulzor y el otro la incitante salsedumbre; el limón dulce y la cidra, hermanos carnales, que a consentirlo Roma, ingertaríamos, en lícito consorcio para producir un nuevo fruto, digno regalo de nuncios y embajadores; el riñón de tuberculoso aspecto, cuya blanca pulpa contiene más azúcar que la caña de Salangore, la quinta esencia de las dulzuras del Trópico, que no podrá saborear quien no vaya a buscarle a aquella tierra de Dios; pues que no tiene más vida que para caer de la rama y madurar en nuestros labios; y otras tantas frutas que hacen el orgullo de aquel suelo incomparable.

Formados en orden de parada, pasaban revista de municiones, en un extremo del mostrador, numerosos porrones de ancha boca, que contenían refrescos sacados del jugo de las frutas; y al otro extremo cerraba filas todo un cuadro de apetitosas conservas, almibares y pastas de confección doméstica. Cubriendo los varios flancos estaban las tres clásicas conservas del coco, a saber: la requemada, la aturronada o de ladrillo, la melcochosa de las Monjas; a las que seguían la de toronja de Guatire y el piñonate, los dulces de cabello de ángel, de durazno, de tamarindo y de calabaza, y los más aristocráticos de membrillo y de guayaba, con sus numerosas variedades; en tanto que en campamento aparte se alineaban en bandejas, platos y tazas de diverso tamaño, el majarete, el tequiche, el manjar blanco, y la caraqueñi-

sima pelota, especie de gclatina de maíz en punto de fermento, envuelta en verde hoja de banano, mucho más rica y codiciada si se le ha dejado ir en su tembloroso cuerpo una veta de requemada raspadura.

Constituían las reservas de tan formidables fuerzas, las-pastas que bajo cubierta de vidrio se resguardaban de moscas y avispas; entre las que figuraban: las quesadillas rociadas de granos de ajonjolí; la polvorosa de mirame y no me toques; los almidoncitos vidriosos; los melindres, besitos y cocadas, los merengues grandes y los merenguitos; los gofios y alfajores; las nuececitas polvoreadas de canela; los trocitos de alcorza y de alfeñique; los limoncitos azucarados, los bocadillos de Mérida, las calabacitas acarameladas, la melcocha, rubia como crinejas de vírgenes teutonas; y para cerrar la cuenta con algo todavía más clásico, mencionaremos al "pan de horno", cuyo nombre suena como palabra de Tántalo al oído del caraqueño ausente. Tal era, pues, el refrigerante establecimiento regido por Laureano, tan acomodado a su índole mansa como la misma horchata, y a sus modos adamados, aunque zurdos, por cuanto no había pasado por él la lija de la cultura, ni lo había desbastado siquiera el cepillo del maestro de escuela. Su finura resultaba ser un asomo de aquella vacilación que la naturaleza experimenta en ocasiones para decidir el sexo de las criaturas.

Lleno como estaba su cuartito por sus comensales los estudiantes universitarios, parece extraño que con el roce continuo de aquellas lumbreras en ciernes no se desasnase el bueno de Laureano; pero en cambio se desarrolló en él cierto amor por el arte dramático, tan acendrado, que llegó a poseerle como una verdadera pasión.

Florece por aquellos benditos tiempos el teatro del

Maderero, en que compañías de aficionados daban aquellas inolvidables representaciones llamadas de Nacimientos y Entradas a Jerusalén, a las cuales, hemos dedicado en un capítulo anterior nuestro recuerdo. Pretenden algunos que allá por sus mocedades desempeñó Laureano el papel del Angel Historiador en el susodicho teatro; pero ni está esto comprobado, ni podía ser así, por lo que vamos a referir.

Lo que sí consta, es que el laborioso frutista protegía con larguezas sacadas de su industria el teatro aquél, y que contra su caja giraban los empresarios en casos críticos, en que por falta del favor del público o por causa de gastos imprevistos, veíase la empresa en trance y riesgo de hacer bancarrota.

Ya podrá imaginarse el lector si tendría o no tendría vara alta Laureano con aquella gente. ¡Pues no la había de tener! El mejor palco era para él; allí pegadito al de la policía y muy cerca de los músicos y de las candilejas. Y no era eso todo, porque un buen palco lo puede tener cualquier bergante si repican de domingo en sus bolsillos. Pero el gran toque de la predilección con que se le miraba consistía en que no se disparaba un personaje a la escena sin que hiciese una mueca cariñosa a Laureano, bien fuese el fiero Herodes, o el casto San José, o la mismísima Virgen María, y lo que parecerá increíble, hasta el propio Luzbel, quién arrogante y soberbio para toda la corte celestial, tenía para Laureano un saludo amistoso y confianzudo de su cabeza cargada de cuernos, o una graciosa sacudidita de rabo entre sus uñas de hojalata.

No fuera Laureano como todo mortal hijo de la tentación, si hubiese salido incólume de las que la vanidad

le tendía hasta atormentar su humilde ánimo con los pujos inquietantes de la ambición.

Cierto día la junta directiva de la empresa teatral del Maderero fué invitada para sesión grave y trascendental. El Presidente expuso el objeto de la convocatoria, que no era otro sino que Laureano pedía formalmente un papel en la función próxima. Los circunstantes se miraron las caras. El caso era peliagudo, inminente; de vida o muerte para la empresa, que casi existía por la liberal protección del nuevo aspirante.

—Pero, señores, el peticionario no sabe leer, alegaba un socio resuelto a quedar en la estacada antes que ceder a tan absurda pretensión.

—Le enseñaré yo el papel — contestaba el Presidente.

—No lo sabrá decir jamás,—redargüía el socio.

—Se lo hará desembuchar el apuntador — contestaba la Presidencia, picada ya por la contradicción del terco preopinante.

Nada, que quedó decidido que Laureano haría su *debut* en una papelito corto y puramente espectacular, para lo cual se rogó al autor del libreto que introdujese un nuevo personaje apropiado a las facultades de Laureano.

Dicho y hecho. Se interpoló una nueva escena en el acto de la Degollación de los Inocentes, en la cual escena aparecía un Consejo de nobles romanos presididos por Laureano en su calidad de áulico de Herodes.

Todavía hay en Caracas ancianas de aquellos tiempos, que al oír leer la descripción del traje con que Aladino se presentó a pedir la mano de la princesa, suelen exclamar:

—Muy bonito debió de ser; pero nunca como el que sacó Laureano en el Maderero.

Y en efecto, aquello fué cosa del otro mundo. Inspirémonos en la pompa de la indumentaria heroica para describirlo. Componíase el rutilante traje, de un justillo de terciopelo empedrado de lentejuelas dispuestas en palmas y algo así como berenjenas grandes como puños; con esquineros de estrellas de similor, y cadeneta de galón de oro para rematar, terminando este justillo o jubón en una enagüita muy mona que llegaba hasta las rodillas, con dibujos de dragones chinos y medias lunas: aquellos bordados con gusanillo de oro y éstas, recortadas en vidrio azogado. El cinturón, del cual pendía un espadín de plaza, era cuanto había que ver de más espléndido, pues era de raso azul marino bordado al realce en oro puro, y con tan peregrino primor, que para encontrar algo semejante habría que ir a compararlo con la orla de la túnica del Nazareno de San Pablo; y no hay más que ponderar. Las medias eran de color salmón, salpicaditas de lentejuelas; las zapatillas de raso azul celeste recamadas de dobles y granates, subiendo de ellas, y enrejando las pantorrillas, unas cintas encarnadas, cumplidas y vistosas.

Sobre los hombros, manto escarlata tachonado de estrellas recortadas en hojilla metálica de varios colores; guarnecido dicho manto por costosa franja, ancha de un jeme, de armiño vegetal, que el vulgo llama algodón; y en la cabeza una como diadema formada de un cintillo de cartón cubierto de hojilla tornasol, con la parte superior circundada por manojitos de plumas de los tres colores del pabellón nacional, y colgando de la parte inferior hasta los hombros, y de la raíz de una oreja a la raíz de la otra, sendos graciosísimos entorchados compuestos de obleitas de pana negra y canutillos

interpuestos, que de lejos parecían canclones de mujer o colgajos de guerrero asirio.

Henchido como nunca se vió, estaba el teatro; y cuando apareció Laureano en la escena del Consejo, como un sol de luz y de hermosura, estalló un aplauso semejante a la descarga de diez baterías de sitio. Laureano eclipsaba con su traje a los de sus seis compañeros de Consejo, en cuyo promedio marchaba poseído de grandeza. Todo su papel se reducía a llegar, tomar asiento y decir: — “pues, señores, deliberemos.” Llegó, se sentó; pero como alcanzase a ver en la primera fila del auditorio a sus parroquianos los estudiantes que le miraban con picaresca sonrisa, cortóse hasta los tuétanos, se le fué el mundo, y con el mundo se le fueron también las cuatro palabras que con tanto trabajo se había aprendido. El silencio era profundo y temeroso; pero Laureano no daba señales de querer decir esta boca es mía. Mirábanle azorados los consejeros, hacíale señas con el libreto el apuntador, mas todo en vano. El pobre hombre estaba como convertido en tronco. Al cabo de un minuto de espantoso silencio, que duró como si fuese un siglo, comenzó a bullir la estudiantina, y Laureano, que sabía lo que aquel ruido prometía, salió de su alalamiento, y poniéndose de pie con alguna precipitación dijo, con voz aflautada e insegura a los consejeros, pero sin quitar el ojo a los estudiantes:

—¡Pues, señores, determinemos el dirnos!

Y poniendo por obra las palabras se dirigió a tomar las de Villadiego por la puerta del foro; pero no lo hizo tan velozmente que no le alcanzase por la espalda una fusilada de papas y manzanas podridas y toda una nidada de huevos hueros, en medio de salvaje gritaría y silbos ominosos; que tal era el modo indirecto que el

público de aquel teatro tenía para expresar su disgusto por los malos actores.

El carácter de Laureano, después de la noche aquella, experimentó notable cambio. El bochorno y el desengaño envenenaron su ingénita dulzura para el resto de su vida.

Cuando sonó la hora de la demolición de la arcada y los tenduchos de la plaza, no estaba Laureano en su querida frutería, sino allá en un rinconcito del cementerio; sabe Dios si protestando sus cenizas contra aquello que debió parecerle una profanación en nombre del Progreso.

## ECOS DE CARACAS

El paraguas y los zapatos de caucho empuñan hoy el cetro de la situación.

Cuando el sol dice a todos los que le buscan: "no estoy en casa" como si estuviera lleno de deudas, hay que resignarse a presenciar un día en que no sucede nada.

Entonces son los apuros para el cronista. Entonces son las idas y venidas a la ventana a ver si el muchacho que va corriendo se resbala y cae y se quiebra una pierna, para tener el gusto de escribir un suelto sobre el peligro de tener muchachos, el mal que hay en que éstos corran, y lo fatal de los resbalones.

Pero nada de eso sucede; el pilluelo llega a donde va, que no es sino a la bodega de la esquina, grita, chilla, travesea, pisa el rabo al perro de un marchante, tira de la oreja al gato gordo del pulpero, mete sus canillas entre las descarnadas de una vieja que no cae tampoco pero que le alcanza con un cogotazo, y logra al fin que

le despachen los carbones y la mantequilla (que todo lo lleva junto) y sale cantando en voz de tiple, la marcha de *Los Lombardos* o el *Araguato*, sin perjuicio de detenerse a la mitad de la cuadra, doblarse en figura de zeta, y aleteando con los codos y saltando sobre las puntas de los pies, bailar un par de minutos el *Zamuro*, con gran aplauso de un concurso gratis.

Como se ve, nada de esto merece el suelto que el cronista necesita, y tiene que maldecir el oficio de historiador de arrabales con que la Providencia ha tenido a bien honrarle.

Quédale sin embargo la esperanza de que las nubes se den topo-carnero en el espacio, y de ello resulte un diluvio; pero ni eso se realiza. Los preparativos existen; las nubes están infladas como globos que esperan al aeronauta, el sol está invisible como un tramposo vulgar, la niebla ha tejido ya su gorro de panadero al Avila; en una palabra: Quevedo está en su cesto, pero ni sube, ni baja, ni se está quedo.

Pero he aquí un acontecimiento que viene a salvarnos. Lo que no han hecho los hombres lo van a hacer los perros, esos ciudadanos que ninguna constitución ha reconocido libres, y que gozan sin embargo de ilimitados derechos, de facultades omnimodas, de autonomía verdadera, de un linaje de derecho de asociación pública que no lo tiene mortal alguno sobre este terrón de planeta, y que usan y abusan de todas las prerrogativas imaginables.

Venga, pues, la pluma, y describamos; si tuviésemos un pincel pintaríamos.

Han de saber nuestros lectores que el perro es por naturaleza chismoso. Todo lo que ve lo cuenta, no sólo a sus compañeros sino también a sus amos. Sólo que el hombre no entiende la tercera parte de lo que el perro le dice cuando mueve la cola, cuando retoza sobre sus piernas, cuando le tira de las faldas de la levita. ¡Qué de cosas pierde el hombre nada más que por la negligencia de los sabios, a quienes no se les ha ocurrido hacer un buen diccionario de la lengua canina! ¡Qué cuadrada se daría la Academia española si se le antojara ceñirse ese lauro más! Y qué tarea tan activa para sus miembros correspondientes! Pero la Academia es muy perezosa y nunca lo hará.

Como íbamos diciendo, el perro es esencialmente chismoso; su mayor placer es cuando está sirviendo de espía o de policía secreto de su ralea. Para los que no sabemos jota de sus costumbres, nos parece la cosa más natural del mundo ver a un perro viejo, echado bajo el alar de una casa, protegido por el vuelo de una ventana; "pobre animal" decimos, y procuramos pasar sin lastimarle.

Pues bien, ese no está allí por casualidad, ni por viejo, ni por valetudinario; ese está allí por marrullero. Es un espía, que cuando deja su puesto, no hay circunstancia ocurrida en la cuadra que él no la sepa y de que no dé cuenta en la noche a sus camaradas, en las horas en que todos dormimos, y en las que forman esos consejos bulliciosos que nos obligan muchas veces a abrir la ventana y arrojarles, si la sesión es frente a nuestra casa, el líquido que más a la mano hayamos encontrado, con lo cual levantan el campo para reunirse en el cuadrilátero de la esquina, en donde como Norma, aguardan a que asome la luna, para entonar en coro

y a su manera, su *casta diva* a la diosa de los espacios. Pongamos, pues, punto a la digresión.

\* \* \*

El caso es que de la noche a la mañana, apareció plantada en el zaguán de una de las casas del vecindario, una linda perrita de lanas con su cinta encarnada al pescuezo, teñida la lanuda piel con azulillo: parecida en un todo a los perritos de alcorza que solían hacer las madres monjas y como con éstos, acaso se habría uno quedado en ayunas respecto al sexo, si la tal perrita no hubiera revelado el suyo con esa coquetería y zandunga, que no ha sufrido modificación alguna desde la primera mujer, que sabemos todos se llamaba Eva, hasta la perrita de que hablamos, cuyo nombre no hemos podido averiguar.

Antes de que el panadero hubiese pasado en su distribución matutina, ya un perro viejo, crapuloso, trasnuchado y entusiasta por las novedades, la había mirado de arriba abajo, o mejor dicho, de hocico a rabo, y llevado al punto la gran noticia a todos sus colegas del barrio, que acudieron presurosos, dejando para más tarde, o para el día siguiente, su merodeo por el Mercado y sus visitas a las curtiembres y fábricas de cola.

La cuadra estaba intransitable. El gentío de perros era inmenso y compacto.

La perrita estaba coquetamente sentada sobre las patas de atrás, contemplando aquella turba de tímidos adoradores; a manera de una dama que reclinada en su ventana, recibe obsequios platónicos de los caballeros, en una corrida de cintas.

La moral no tenía hasta allí de qué quejarse, ni la policía de qué alarmarse. Eran cien Pigmalcones con-

templando silenciosamente la estatua de Galatea, y pidiendo a Venus que la animase para tomarla por esposa.

Pero las situaciones dudosas las decide siempre la audacia. Uno de aquellos adoradores se adelantó al proscenio, llegóse a dos palmos de aquella reina de lanas azules, alargó el hocico y ¡oh irreverencia! tocó con su fría y húmeda nariz la naricita adorable de la púdica vestal.

A haber tenido largo el rabo, aquel sátiro lo habría meneado como una culebra, en señal de satisfacción, pero no tenía sino un tocón, señal evidente de sus anti-guas travesuras.

La perrita no hizo ningún movimiento; si alguien tomare esto por condescendencia, nosotros la defenderíamos diciendo que era forastera, y que no conocía los usos de la capital. — Pero no lo creyeron así los perros que presenciaban la solemne escena. Para todos ellos, aquella quietud de la ingrata, equivalía a la manzana arrojada por ella al más digno. — La elección parecía hecha, y aquí fué Troya.

Cien garras cayeron a un tiempo sobre el osado, cien andanadas de colmillos se cebaron sobre su piel, y sobre su vientre ensangrentado se subían unos en pos de otros para proclamarse vengadores ante la impasible doncella que parecía aguardar, como una dama de la Edad Media, a que terminase aquel *juicio de Dios* para premiar con la diadema de sus gracias al más bravo entre los bravos.

En aquel lance el infeliz vencido pudo levantar la cabeza, y con el único ojo que le quedaba medianamente útil, dirigió a su tirana una doliente mirada, que a encontrarse por allí cerca un poeta, habría leído en ella

un *morituri te salutam* digno de aquel gladiador agonizante.

Terminó este incidente, la tropa iba a dividirse en bandos distintos para disputarse la posesión de aquella beldad. Los gruñidos eran amenazadores, el escándalo comenzaba a hacerse tempestuoso, la cuadra iba a presenciar ya el más estupendo duelo a muerte a que se haya entregado jamás la raza canina, cuando de repente se abre la puerta interior del zaguán, y aparece una criada armada de solemne escoba, con cuyo mango, sin respetar la belleza que en ese momento se disputaban cien guerreros, acometió a la linda perrita que el rabo entre las piernas y cada chillido en el cielo, se alejó hacia el interior de la casa no sin echar antes una mirada sobre tios y troyanos, mirada que cada cual tradujo para sí, pero que bastó, como el arco iris, para que cesase aquella tempestad próxima a desgajarse.

A poco rato la calle estaba libre, las carretas pudieron pasar, pero la rueda de una de ellas machacó una pata del gladiador muerto, el cual arrojó un chillido, se puso en tres pies, y sin recoger su escudo, lo que prueba que no era espartano, salió cojeando y vacilante, pegado a las paredes.

Después de este drama, del más exagerado romanticismo, ¿no viene bien preguntar si sería bueno darle fresco a unos cuantos granos de estriknina?

¡AGUA VA!

Estamos en pleno carnaval. Horas son éstas en que la Ciudad Eterna bullirá como una colmena inmensa.

Sus calles estarán cubiertas por una alfombra de confites y grajeas que llueven de las manos sonrosadas de sus damas aristocráticas. Sus coches se estrechan y se tropiezan entre sí, sus caballos corren sin descanso, la multitud se apiña, los balcones se cuajan de bellezas, brillan los fugitivos resplandores de los *mocoletos*, el pueblo ríe y la nobleza se divierte.

París, por su parte, está hoy vestido de Polichinela. Para los parisienses no hay en estos momentos ni Thiers, ni Napoleón, ni alemanes, ni petróleo, ni república, ni trono: todo lo olvida ese pueblo ante los visajes de Pierrot y los furiosos saltos del *Can can*.

Medio París no conoce hoy al otro medio. Si se quiere dar en el tumultuoso laberinto con algún amigo, habrá que adivinarlo por sus ademanes bajo la careta y vientre de un Sileno, o lo que es más probable, dadas las circunstancias, bajo la bruñida campana de un enorme casco prusiano que aplastaría la caricaturada figura de un soldado de Guillermo.

Y mientras Roma deslumbra y París hace muecas; mientras que el uno llueve grajeas y el otro viste careta, nosotros tenemos algo mejor: tenemos la jeringa, tenemos las *conchas*, tenemos el almagre, tenemos... el Guaire!

La policía ha hecho secar las fuentes públicas, pero el pueblo ha gritado ¡aquí de los *burriqueros!* y como por ensalmo ha brotado la tierra una recua inmensa de pacientes pollinos, que al compás del palo del respectivo aguador, llevan sobre el lomo, con ese trotecito que les es peculiar, dos barriles de a media carga llenos del precioso líquido que desde hoy hasta el miércoles de ceniza (muchas veces inclusive), es el elemento indispen-

sable de esta descomunal batalla que se llama entre nosotros carnaval.

Ya está a la puerta el *burriquero*; ábrese el zaguán por la sirvienta, penetran en la casa jumento y dueño, y con agilidad extrema vacía éste los barriles de aquél en una interminable batería que se extiende en desordenada fila, y que se compone de tinas, baños, toneles, bateas, poncheras, tinajas, baldes, porrones, soperas, latas, ollas, frascos, cajas de sardinas, y... todo lo que en la casa se ha encontrado capaz para contener una gota de agua, sin cuidarse mucho de la calidad del receptáculo, y muy poco de la limpieza de su origen.

Y vese a las niñas que corren aquí, que vuelan allá; y al paso que dan sus disposiciones a las criadas y preparan el negro-humo, y deslien el almagre en el aceite, y llenan las *conchas* con agua perfumada con bergamota, a lágrima por concha, oyen el consejo del papá a quien toca dirigir la batalla envuelto en su bata para parecer enfermo, y ayudan a la mamá en la prolija maniobra de envolver en trapos el cabo del bigote de una jeringa de a ocho reales que ha de regir con mano diestra la más robusta de las combatientes.

¡Qué tropel, Dios de la misericordia! La calle está llena por una turba que vocifera, que aúlla, que marcha al compás del repiqueteo de las cacerolas heridas por los guijarros de los muchachos y al son de una corneta que sopla con furor un músico del momento; los cristales de la ventana vuelan hechos pedazos por el choque violento de diez *conchas* que han ido en pos de la nariz que asomó por la rendija del postigo; el balcón de enfrente vomita agua para abajo como un mónstruo a quien se le hubiese propinado un vomitivo, y cien jeringas arrojan sus curvos chorros hacia arriba, como si

otras tantas bombas apagasen un incendio; la puerta rechina empujada por una docena de brazos que pretenden derribarla, suenan por dentro las trancas, brota por el ojo de la llave un hilo de agua que ciega los suyos a un indiscreto; redobla la algazara, chillan los muchachos, suena la corneta, aúllan los perros y el mundo se viene abajo.

Pero las puertas siguen cerradas, y aquella tempestad se apacigua por fin. El abanderado de la turba guía hacia el arrabal donde está empeñado el desafío entre el bando masculino que marcha y la tropa femenina que espera en batalla.

Desierta ya la calle, vuelven a abrirse con mil precauciones las puertas y ventanas, núblanse éstas de bulliciosas muchachas, y cunde en la femenil coalición la impaciencia por ver aparecer en son de guerra el bando de mozos con quienes se habrán de venir a las manos. Todo está preparado para la acción. Las vasijas están repletas; el viejo papá en su doble papel de general en jefe y de guardaparque, viste ya su traje de hospital; la mamá cubre los muebles y encierra la hija que no está disponible para la sopa de agua y niñas que se prepara; las sirvientas embadurnan los ladrillos del zaguán con engrudo para que resbalen los asaltantes, y toda la tropa viste de sucio.

—¡Aquí vienen! ¡Aquí vienen! — exclama a una la belicosa guerrilla al divisar la temible columna vestida de desechos incongruentes, que marcha cosiéndose a la pared para intentar una sorpresa imposible ya; y atrancando con estrépito las ventanas, corren al interior en reclamo de sus totumas y jeringas, al paso que arreglan con presteza el último toque de su traje de guerra, le-

vantando el vestido hasta los tobillos por medio del pañuelo que ciñen más abajo de su talle.

—¡Cada una a su puesto! — grita el papá con voz cascada que apenas dejan oír la algazara de dentro y las cien voces de afuera; y tú allí, yo aquí, la otra más allá, y mamá que no se meta, quedan por fin cubiertas las posiciones estratégicas de los ángulos del zaguán, la escalera del balcón que da sobre éste, y el puesto que ocupa la batería.

Algunos totumazos de agua disparados por la más atrevida sobre los más audaces que obstruyen la puerta de la calle, sirven de señal para el combate. Avánzase el de menos años, (que en tales casos suele ser el más osado) provisto de una enorme lata de kerosene repleta de agua perfumada; aséstale al rostro su jeringa la amazona a cuyo cargo está el socorrido instrumento; échase el héroe mano a los ojos, hostígale con tenacidad el chorro impertinente que en vano trata de espantar como a porfiada mosca; no tiene cuando acabar la jeringa, falta al manco la vista, resbala sobre el engrudo, se baña en el agua de su propia cacerola, cae por tierra, y óyese simultáneamente entre ambos combatientes, una exclamación de triunfo y un grito de venganza.

—¡Adentro, muchachos! — grita la multitud, y una decena de valientes penetra con impetuosa resolución hasta la mitad del zaguán. De repente, un diluvio que sale detrás de las hojas de la puerta, cae sobre las espaldas de los invasores; ciérranse aquellas con estrépito, y en tanto que las criadas, agentes de la estratagema, reciben la descarga de los peroles y totumas de sus víctimas, éstos caen en manos de veinte furias con caras de ángeles, que a razón de dos por barba, les sujetan, les tiznan, y les conducen a las bateas al son del *gori*

gori y de las risotadas. Mas he aquí que uno de los tre-sillos rueda íntegro por el suelo sin que se sepa quién derribó a quién; el viejo levanta a la pobre niña que no pudo dirigir decentemente su caída, le arregla el disperso vestido, y ayuda a conducir al prisionero a las tinas de donde sólo asoman cabeza y pies sus compañeros; y comienza la *salazón* entre los gritos de los pacientes, los aullidos de las muchachas, las carcajadas del viejo, y los ademanes de la mamá que ya no tiene garganta para gritar que no le mojen el petate.

Pero dejémoslo aquí y no intentemos describir la angustia de los que han quedado fuera mirando por entre el quicio y la puerta el suplicio de sus camaradas; no demos cuenta de las imprecaciones, de los planes de socorro en que todos a una prorrumpen; y en tanto que las víctimas se escapan, sabe Dios por dónde (sonándoles las ropas que no dejaron en las tinas, y chillándoles las botas a cada paso que dan) con sus caras de verde mineral, sus patillas de almagre, y sus dientes de amarillo inglés, dejemos que aquellas fatigadas niñas se cambien por otros secos, sus vestidos ensopados de tal suerte en la batahola, que sólo ellas pudieran dar cuenta de lo que es carne y lo que es trapo.

Por tres mortales días se entrega el buen pueblo de Caracas a esta vertiginosa diversión. Las escenas de negro-humo se repiten a cada instante; los desafíos se multiplican, los asaltos dan horror, y un río de agua y almagre corre por las calles como la sangre de un combate universal.

En estas treinta y seis horas de día, y algunas más que el furor del juego roba a las sombras de la noche, no hay cuartel para nadie; es un diluvio de abajo para arriba; las conchas no dejan ojo sano; las jeringas no

dejan nervio quieto; los amigos se desconocen, los amantes se tiran al codillo, y el agua llueve por todas partes como si en estos tres días la muerte tuviese gran número de pulmonías de encargo.

Y no obstante, Caracas se divierte con una avidez que raya en la locura. Ante una totuma rebosada o una jeringa de gran calibre, cesan las distinciones sociales, se pone punto al estiramiento del carácter, de la posición y de la edad; la vieja se vuelve moza, el rapaz se vuelve hombre, la niña se vuelve diablo;... y yo, lector carísimo, interrumpo aquí mi desaliñado artículo, vuelto una sopa por el contenido de una enorme totuma, que alevosa me ha echado encima mi querida consorte, sin decirme siquiera ¡agua va!

Caracas, febrero de 1872.

## LOS BAÑOS DE MACUTO

A corta distancia del puerto de La Guayra, costean-do hacia el Naciente, se encuentra el pueblecito de Macuto, ya al remate de una hermosa ensenada, la cual cierra por ese lado una lanza de tierra sembrada de lujosa vegetación, mitad obra de la Naturaleza y mitad trabajo del hombre, en apuesta ambos a quien pintase mejor su parte de decoración teatral sobre el fondo de un cielo azul, tan azul, que no se puede ser más.

A la espalda del pueblecito yérguese el monte Avila, alto, muy alto, hasta encontrar con la eterna caravana de nubes blancas, y romperla con su cimera de bronce. Del seno del monte se desprende un riachuelo de clari-

simas aguas, que unas veces saltando por sobre las rocas, y otras resbalando suavemente sobre las guijas, se va a mezclar sus dulces linfas en las amargas ondas de la mar. Un espeso parque, formado de soberbios árboles, mayores todos de un siglo, sombrea aquel delicioso arroyo, lo escolta bajo su palio de frondas hasta la playa, y allí lo deja que vaya a entregarse a su inquieta novia, vestida de purísima esmeralda y de rizados encajes blancos, en tanto que a lo largo de la escena de estos divinos amores, se balancea, y agita sus palmas, toda una procesión de gallardos cocoteros, en cuyos musicales abanicos viven castañeteando las brisas su arrullo voluptuoso.

Eso, y unas cuantas quintas escondidas en el bosqueje, unas cuantas casas mirando a la playa o recostadas a la falda del cerro, y un hotel, y un Casino, séptima y última maravilla del mago Meserón, y varias tiendas y cantinas, y ñn mercado, y unos baños, eso es Macuto; nuestro Biarritz, nuestro Trouville, nuestro balneario famoso.

Lo que ahora es Mercado, fué hace tres lustros casa de baños. El mar, que allí es pependenciero e indómito, se propuso luchar contra los planes y cálculos del ingeniero constructor y destruir su bella obra; y un puñado de arena hoy, y otro mañana, así fué metiendo él por entre la estacada todo un hermoso relleno, hasta dejar a los bañistas en seco. Vino luego un alarife italiano y ofreció domar al gran rebelde. ¿Y qué hizo? Formó en tierra una caja de tablas, grande, enorme, como aquella que pedía el desgraciado Heine para enterrar junto con él sus dolores; y cuando tuvo fabricado el colosal cajón, lo arastró hacia el mar, lo llevó flotando hasta el sitio conveniente, y allí lo cargó de rocas y cemento. El

mar rugía y forcejeaba por arrojar de sí aquel estorbo; pero no pudo. Se contentó con sumergirlo; y en ello cometió un error. Eso justamente quería el artifice, quien sobre aquel ingenioso fundamento levantó unos muros, les cercó de estacones recios, montó luego el edificio, y he ahí los baños, con su compartimiento para hombres, y su otro compartimiento para mujeres; porque ha de saberse, y debe constar, que nuestra raza, imaginativa, maliciosa e impresionable por demás, no está preparada para la promiscuidad de los sexos en las abluciones al aire libre; todo lo contrario de la raza anglo-sajona, que es infantilmente impasible ante la exhibición ingenua de las formas inmusculadas y mórbidas, esquisadas por los modernos trajes femeninos de baños, económicos de tela, y a los cuales la humedad del agua adhiere tan artísticamente al cuerpo; todo para mayor esplendor y notoriedad de la obra magistral de Dios.

El guardián de estos baños es un personaje notable, un complemento vivo de aquel recreo hidroterápico. No parece sino que el océano, después de vencido por el ingenio del arquitecto Retali, hubiese pedido una sola gracia: que el gobierno le nombrase al amable *Tacoa* para cuidar de su estrecha cárcel. *Tacoa* es hijo de *Macuto*, prócer de su pueblo, en cuya tierra ha echado raíces su corazón, tan hondas como la del secular *uvero* que todos veneramos allí. Tiene *Tacoa* unos sesenta años de edad. Es de mediana estatura, tostada la color, amplio el busto, cuasi, y cuasi sin cuasi opulento de vientre, y con una cara placidísima, que le sirve para toda la temporada y para todos los huéspedes, sin distinción de clase, sexo ni fortuna. Viste camisa y pantalones muy limpios, la camisa de algodón con mangas holgadas, el

calzón de lo mismo, con liberal ensanche, hacia arriba y brusca disminución hacia los pies, que son pequeños y calzados de alpargatas. La noble cabeza en que se mezclan el ébano y la plata, la lleva siempre cubierta por criollo sombrero de paja, plebeyo de forma, pródigo en alas.

Tacoa no es un bañero vulgar. Es un filósofo nativo, que estudia el mundo a la puerta de su deleitoso refrigerador. Es como el genio del Macuto antiguo, recluido allí a deplorar en sentencias sabias y oportunas los tiempos idos y la sencillez perdida de su pueblecito amado.

—¡Cuánto ha adelantado esto, amigo Tacoa! — le decía yo, sorprendido del progreso que por todas partes allí miraba.

Y él, con tristeza me contestaba suspirando:

—Si; grandes adelantos. Aquel pobre Macuto que usted conoció hace dieciséis años, ya no existe. ¿Se acuerda usted el modo inocente y primitivo con que nos bañábamos aquí? Los hombres nos íbamos a la playa o a los pozos del río, velábamos el momento en que no pasara un alma por el camino, para despojarnos en un santiamén, y “al agua, patos”, sin tener que bañar trapos, sino el santo cuerpo que Dios nos dió. Las mujeres salían de sus casas vestidas con sus batas caseras, envueltas en la colcha de retazos, en los pies sus viejos chancletones de talón doblado, y se metían al baño como quien se mete a la cama. Si alguien pasaba entonces por el camino, silbaba discretamente para que alertadas las señoras pudieran zambullirse.

Vea usted, ahora, amigo mío, el lujo que se nos ha metido aquí, y con el lujo la carestía de la vida. Habría usted de pasarse un rato conmigo para que presenciara lo bueno. — “Que Tacoa, búsqueme mis pendientes de

diamantes que se me quedaron en el baño; que solíciteme la pulsera de esmeraldas que dejó olvidada mi niña esta mañana; que el rico pañuelito de soles de Maracaibo se me cayó cuando me vestía en el cuarto." Le digo a usted que no tengo, señor, otra faena que el buscarles a estas damas de hoy las riquezas con que vienen cargando para una cosa tan natural y sencilla como es el tomar un baño de agua salada. Y yo les digo: — "muy bien y muy requetebien que perdieran todas esas tonterías del lujo y la ostentación. Véanme a mí, señoras, que no gasto sino estas modestas ropas de lienzo. ¿Qué necesidad hay de sedas, ni de ponyies, ni de tantos corsés y tantos perendengues?" Y la comida por las nubes, amigo mío. Antes, usted debe recordarlo, se iba uno a la playa dejando en su casa el caldero barbotando o la cazuela cantando sobre las topias, y pedía uno el pescado más gordo, y vivo y saltando se lo daban a uno por la miseria de un real macuquino. ¡Vaya hoy a qué se lo den, y no suelte sus cinco buenas pesetas! El Macuto de hoy es para los ricos. Busque, y no la encontrará, la pobrecía tan feliz que usted conoció en sus humildes chozas. Ahora todo se vuelve quintas y palacios, y grandes tualetas, y chinelitas bordadas, y plumas y boas, y la mar de morisquetas que cuestan un ojo de la cara y a veces hasta los dos.

—¡Una toalla, Tocoa! — gritaron desde adentro.

Y el pobre filósofo, dejando caer los brazos en señal de desaliento, me dijo:

—Ahí los tiene usted; ¡toallas! ¿Por qué no secarse con la santa camisa, como todos lo hacíamos antes? Lo que le digo amigo mío: este maldito lujo ha acabado con nuestro antiguo Macuto.

Y se refería, por supuesto, al Macuto de las batas

caseras, la colcha de tacos y los chancletones de talón doblado.

En aquel instante salió de los baños una bella cara-queña, elegantemente vestida, de talle ondulante, con toda una espesa noche de rizos en la cabeza, a cuya sombra reverberaban dos luceros deslumbradores.

Lo que es esta, amigo Tocoa, no dejó olvidadas sus joyas. Las llevaba en los ojos.

Su brillo penetrante fué el último destello del sol de la patria que iluminó mi triste despedida!

## GODOY, EL PRINCIPE DE LOS PORTEROS

Ni cuando modestamente se llamaba "Casa de Gobierno", ni después que la encumbramos hasta llamarla Palacio, ha tenido nuestra mansión ejecutiva portero tan estirado, tan cortés, tan diplomático como el inolvidable Manuel Godoy; de gran prosopopeya en el plantaje, exquisito en el vestir, y aunque de humildísima estirpe, como lo atestiguaba la intensa color morena de su tez, de maneras aristocráticas y salidas de ingenioso cortesano.

Era oriundo de la Barcelona venezolana; y allá por el año 17, fué de los contados que escaparon el pellejo en la degollina de la "Casa Fuerte", en donde perecieron soldados, familias, servidumbre, y hasta las criaturas que sus compatriotas madres llevaban a los pechos. Godoy era entonces un chiquilicuatro, y aunque los soldados del feroz Aldama llevaban el corte por parejo, les hizo gracia el encontrar un arrapiezo como aquel lle-

vando el mismo nombre del famoso don Manuel de Godoy, Príncipe de la Paz, duque de Alcudia y de Sueca y etcétera. Contentáronse, pues, los españoles con tirarle de las orejas y le dejaron vivo.

Siento estar tan lejos de los archivos patrios, porque me gustaría averiguar en qué fecha entró nuestro Godoy a desempeñar la alta portería nacional; mas parece que debió de ser en muy remota época, pues en aquella en que lo encuentra esta ligera crónica, ya las gentes que veían entrar y salir partidos, barriendo en cada vez con escoba y lampazo la casa de Gobierno, sin que ninguno de ellos lograra sacar de su rincón a Godoy, comparaban a éste con el doméstico cuadrúpedo que se apega más al fogón que a las personas; por lo que solían decir que Godoy era el *gato negro* de la mansión gubernativa.

A estas vulgares comparaciones, hijas casi siempre de la envidia, contestaba él, diciendo que si era cierto que no descendía, también era verdad que no ascendía; y cuando le preguntaban por qué no aspiraba a más elevado puesto, como los demás servidores de la patria, sabía Godoy observar con sobra de discreción, que por subir demasiado alto, gran porrazo se había llevado su ilustre tocayo el Príncipe de la Paz, duque de Alcudia y de Sueca, favorito de rey y reina y árbitro de España.

La verdad es que Godoy era irremplazable; a menos que no fuese para hacerlo de sopetón Embajador. Poseía el talento, el tacto y el don de gentes que han caracterizado a los grandes porteros que en el mundo han sido; ayudándole en mucha parte a realzar estas dotes, su prócera estatura, el noble abultamiento de su pecho, su cabeza robusta y distinguida como la de Otelo, y aquel esmero y limpio toque con que atendía a revestir su enfática persona con el frac de paño azul y relucien-

tes hotones, pantalón irreprochable de la misma tela, chaleco de inmarcesible blancura, alto corbatín a la Talleyrand, cuello pulcrísimo, que ceñía como un collarín de alabastro su hermoso capitel de ébano, y guantes de algodón siempre nítidos y como de estreno.

Se había aprendido, no se sabe con qué descollante Talma, los nasos, las piruetas, las cortesías, los pandeos más teatrales de la etiqueta palaciega; y poseía un formulario especial de frases cortesananas, a la vez que ciertos gestos de altivez o de protección, de los cuales hacía uso con propiedad y medida según los casos, las personas y las circunstancias.

Sin temor de lastimar susceptibilidades de gremio se puede asegurar que nadie ha vuelto a introducir con tanta solemnidad como la suya a un Plenipotenciario extranjero. Tenía Godoy diferentes dibujos de sonrisa, ángulos de diversos grados en las genuflexiones para cada Potencia, según el carácter particular de éstas. Al Ministro de la Gran Bretaña le introducía tomando un grave aire gladstoniano; al francés con gentileza; al alemán con ampulosidad; al italiano con melcsidad de buen tono; al español con todo el registro de su gran prosopopeya; al americano del Norte con afectada desenvoltura democrática, de la más pura escuela Jeffersoniana.

Su respeto por el Primer Magistrado de la República y Ministro del Despacho era absoluto; y para él no llegó nunca a regir el artículo de la Constitución que rebajaba a la condición de simples ciudadanos las Excelencias y los Usías. Aquellos funcionarios seguían siendo para Godoy Excelentísimos Señores, Señorías y Vuecencias.

Si algún solicitante acertaba a ir a importunar al Presidente en horas que no eran las de recibo público,

Godoy le cerraba las puertas con estas palabras de su ritual académico:

—Vuelva usted mañana. Ahora *estamos* en Gabinete.

A veces quien abordaba era algún Agente de Negocios o algún consulete de poco fuste, urgido por ver al Presidente para agitar la reclamación de un pobre consúbdito a quien se le había traspapelado cierto número de jumentos y volatilizado algunas gallinas en uno de nuestros frecuentes retozos democráticos; y en este caso salíale al encuentro el gran Godoy, diciéndole:

—*Excúsenos* Su Excelencia; pero en este momento *recibimos* a los Altos Poderes. O bien, personificando en sus soberanos a las grandes naciones decía:

—Actualmente *discutimos* fronteras con Victoria; o *departimos* sobre amistad y comercio con Napoleón; o *ajustamos* Concordato con Pío; o *damos* audiencia a Isabel.

Cierto día en que el Ministro de Hacienda se encaminaba al Congreso a contestar reparos hechos por la oposición a las cuentas de su ramo, marchaba detrás de él y a respetuosa distancia el egregio Godoy, de grande gala vestido, ostentando, además del ya descrito uniforme, el alto sombrero de pelo negro, y escarapela tricolor del lado izquierdo de la flamante prenda. Debajo del brazo llevaba el monumental portafolio de cuero de Rusia con broches de plata.

Al llegar a la puerta del edificio en que se reunían las Cámaras Legislativas, que entonces era el mismo de la Universidad, los jóvenes estudiantes casi todos enemigos del Gobierno, como lo son siempre de Júpiter los alumnos de Minerva, se agruparon hostiles al paso del Ministro y le gritaron en coro:

—¡Ladronazo! ¡Te vamos a estacar el cuero!

El Ministro, que preocupado con la peliaguda materia de que debía dar razón y cuenta, o no oyó bien la estudiantil amenaza, o se hizo el sordo para no entenderla en toda su carnicera intención, se volvió hacia Godoy, y le interrogó:

—¿A quién gritan esos niños, Godoy?

Y el insigne portero, deteniendo militarmente el paso, repitió lo más respetuosamente posible el clamor de los jóvenes universitarios.

—Excelencia — dijo—, lo que gritan es ¡Ladronazo, te vamos a estacar el cuero!

—¿Y por quién dicen eso? —volvió a preguntar ya amostazado el Ministro.

—Señor — respondió todavía más respetuoso y grave Godoy—: lo del *cuero* debe ser por mí, aludiendo a este portafolio que llevo. Lo de *ladronazo* deberá ser por Vuecencia...

## ¿SERIAN DE PLATA?

Si el desocupado lector no le parece cosa de mucha molestia una jornadita retrospectiva de 36 años, puede su merced dejarse correr por sobre los rieles de estos pareados renglones, y en un credo le empujará nuestra pluma hasta ponerlo en aquel aciago año, que no llamaremos del Señor, sino del 58, y en el que, con la chistosa pérdida de la chinela de Peoli en la desbandada del Puente del Algarrobo, se dió comienzo al más largo y sangriento de nuestros retozos democráticos.

Nos referimos a aquella revolución llamada de Marzo, porque todavía las bautizábamos con los nombres de los meses en que estallaban; pero más bien debió lla-

marse a la susodicha "la revolución de la Salve", por cuanto entró con vida y dulzura y acabó gimiendo y llorando.

Entre los briosos paladines que durante los *Idus de Marzo* se botaron a las calles de Caracas a dar al moro muerto gran lanzada, o sea a amenazar al Presidente Monagas, ya retirado del mando, figuraba un guapo chico, a quien, para seguir la moda romana que cundió en tan clásica ocasión, le nombraremos Casio Delio, con apellido de Flaco.

De carnes también lo era; y por añadidura tenía la color aceitunada, picoteado el rostro por las viruelas, y de resultas de éstas, la mirada torva, sin poderlo remediar. Tales artificiales prendas y las naturales de hombros muy alzados y un vocerrón de traidor de melodrama, le inclinaron a esto mismo en una compañía de aficionados que por aquellos tiempos hacía furor (y otros adefesios) ejecutando (como suena) los dramas de Zorrilla, Buchardy, Ducange y otros varios truculentos autores en nuestra culta capital e islas adyacentes.

Al formidioso grito de *¡Abajo los ladrones!* salióse, como queda ya constancia en los autos, nuestro romano Casio Delio, llevando capa española montada hasta los ojos y sujeta por la siniestra mano, en tanto que en la diestra empuñaba un chafarote de teatro; y juntándose a los demás valientes que vociferaban frente a la Legación francesa, en donde se había aislado el ex-Presidente, dióse también a pedir que muriera aquel señor y que vivieran los que le querían mal; mas pareciéndole cursis y vulgares las voces que allí se daban, las sustituía él con otras melodramáticas y bien sonantes, y así gritaba:

—¡Al campo Don Nuño voy, donde probaros espero!

—¡Muera Eustranse! ¡Viva Burkenstaf! ¡Tiembla Falierno!...

Luego, dirigiéndose a los hombres armados que guardaban las avenidas, así les arengaba:

—¡Arqueros de palacio! ¡Alerta! ¡Alerta!

O al ver que de la Legación salían algunos amigos del Presidente caído, se desgañitaba azuzando contra ellos al pueblo menudo y vago, en estos términos:

—¡A dar muerte nos juntemos, a estos villanos! ¡Mirad!

Y blandía el chafarote.

Pocos días después, hicieron al mozo capitán de una compañía, no de la legua, sino de bravos voluntarios. El hecho de contar con una tizona, buenos pulmones y una capa, le ayudó grandemente pa este ascenso *per saltum*.

Delio Flaco, cual otro Mambrú, se *fut en guerre*.

El excelente padre se alegró mucho de que el heredero de su nombre tomase al fin carrera de más viso y provecho que aquella de la improductiva comiquería, y dicen que lo celebró también por otras razones, tocante a ciertas travesuras del joven romano, que daban ocasión a las gentes para decir de él, parodiando a Rodolfo en el famoso recitado de Luisa Miller: *Ben lo conobbe il padre!*

Por la calle iba una mañana el bueno del viejecito, cuando sintió que le abrazaban por detrás y una voz amiga y alborozada le decía:

—¡Albricias, don Valerio, albricias!

Volvióse el aludido y dijo:

—Habías de ser tú, *Quoque Bruto!* Vamos a ver, ¿de qué me pides albricias? Ni siquiera juego a la lotería.

—¡Válgame la casa Santa! ¿Con que a estas horas no sabe usted la gran noticia?

—Pues si no hablas, continuaré en ayunas.

—Seré breve, telegráfico. Acción reñida, victoria completa; facciosos escapados dejando en nuestro poder una mochila y dos yeguas”, como dicen en el teatro.

—¿Y bien?

—Sigue así el parte oficial, que he visto con estos ojos: Briosa carga, persecución activa, valiente capitán. ¿No se llama su hijo de usted Casio Delio?

—La propia persona. ¿Le habrán hecho pelear?

—¡Vaya una ocurrencia! ¡Que si lo han hecho pelear! Que ha batido a los facciosos, que los ha vuelto un fleco. Le digo a usted que he leído el parte oficial.

—Acabáramos, hombre. Tú eres de los que comulgan con esas pamplinas de los partes oficiales. ¿Y qué es lo que dice? Vamos.

—Eso, que su hijo de usted se ha cubierto de..

—¿De qué? Háblame la verdad, que a todo estoy preparado.

—De gloria, amigo mío, de gloria inmarcesible.

—¿De veras, hombre?

—Y no fuera nada lo de haber derrotado a los enemigos del orden, sino que habiendo éstos saqueado la iglesia del Gredal, llevándose la custodia, cálices, patenas, incensarios y demás alhajas del culto, llegó su hijo de usted, los alcanzó y se las quitó...

—¿Se las quitó? ¿Casio Delio? Pues ahora sí voy creyendo lo del parte oficial.

—Sí, señor; y sin faltar una sola vinajera, se las devolvió al cura del pueblo.

—¿Se las devolvió al cura? ¿Casio Delio?

—Completicas. Un dineral en alhajas. ¿Qué dice usted, don Valerio? ¿No lo cree usted?

—¡Hombre, yo sí lo creo... pero serían de hojalata!

## QUE LE EMPRESTE...

—¡Tun, tun, tun!

—¿Quién es?

—Gente de paz.

—¡Juana... Juana... Juana...!

—Señora, ya voy.

—Pues corra usted, mujer, que no parece sino que se ha metido algodones en las orejas. ¿No oye que están tumbando la puerta? Vaya usted a abrir.

—Señora; lo que es oír, yo oigo como un oleado; pero venga para que vea. El niño me ha salpicado todo el planchado de ayer, ha levantado la clueca y sacado todos los huevos del nidal; ahora está haciendo serrucho con los cuchillos...

—Abra usted, Juana, y deje en paz al niño.

—Ah, ¿eres tú, muchacha?

—Sí, señora; para servirla. Aquí me manda la señora Olegaria para que le diga que con mucha salud para usted y la familia toda, le haga el favor de emprestarle el molinillo y una docenita de tazas, para esta noche que va un señor forastero a tomar el chocolate y a ensayar una charadas, y que tenga la bondad de emprestarle, para devolvérselas, dos libras.

—¿Esterlinas? ¡Ay, hija!, lo que es eso...

—No, señora; de chocolate.

—Vaya, muchacha, que para sustos no gana una. Ve,

hija, con Juana que te dé lo que pides. Ya sabes, Juana; del chocolate de prestar.

—¡Tun, tun, tun!

—¡Juana, ahí tocan!

—Dios sea en esta casa.

—Amén. ¡Hola! ¿qué vientos la echan por aquí, señora doña Marciala? Se vende usted más caro que la carne de puerco; y no lo digo por comparar.

—No me hables de carestías, hija, que ya no sabe una cómo hacerse para no pedir limosna. Figúrate que hoy son los días de Consolacioncita, que siempre los hemos celebrado con arroz y gallo muerto. Y hoy, ¿qué quieres, hija? Con el presupuesto a media asta, como lo acaba de poner el Gobierno, mi pobre marido echa los bofes, y nada que es un contento. Al fin del mes le tiran una piltrafa. Niña, que los empleados están ahora como en el otro año del hambre: a treinta días al mes, ropa sucia y mesa limpia. Con que, imagínate. Todo lo que tendremos será *bull* y *sangüíches*.

—Se lo agradezco, pero no podremos ir. Esté maldito orzuelo...

—Es que me hace falta una ponchera, hija. La mía, tú la conociste; aquella de cristal con doraditos, tan linda, la presté para la fiesta del grado de mi sobrino el ingeniero, y hasta el sol de hoy. Mira, me vas a prestar también la guitarra de tu niña, porque tenemos una conspiración para hacer cantar la canción del *Pirata* a don Rudecindo. Es de lo más divertido, niña. Suponte que con la nueva plancha que le ha puesto el dentista, todas las eses le salen como efes.

Y no digas que vengo aquí con carreta a mudarte, pero la verdad es que he zaqueado por todas las boticas y no he podido encontrar, para Consolacioncita ha-

cerse los rizitos, un fulano frasco de bandolina, de esa que tus niñas usan. ¡Si aquí no venden sino lo que botan en París! Me lo ha dicho una amiga que viene de allá. Con que, corazón, la bandolinita no te la perdono. Tú sabes lo que son las muchachas, de presumidas. En mi tiempo yo era lo mismo. Con los trajines de la pobreza, todo se le acaba a una, hasta los pies. Me vas a dar una tiritita de adhesivo; que estoy que no puedo andar. Y ahora que digo adhesivo, me acuerdo que no tengo gancho para abotonar las botas. Me prestarás el tuyo, ¿verdad?

—Eso y lo demás que necesite usted, doña Marciala.

—Gracias, mujer. ¡Cuanto siento lo del orzuelo! Mira, chica, aunque tu marido sea médico, yo siendo tú me haría un remedio insigne. Te pasas por el ojo el rabo del gato tres veces al día, una por Jesús, otra por María y otra por Jose, y te aseguro que ese fastidio del ojo se te quita como con la mano. Háztelo y te acordarás de mí.

—Agradezco. Yo le mandaré todo con Juana ahora mismo.

—Pues no faltaba más. Dame acá la ponchera. La envolvemos en unos periódicos, y debajo del pañolón me llevo el contrabando. Mi marido vendrá por la guitarra cuando salga de la oficina. Abur, querida; a las niñas un beso y a tu marido que no crea que nos hemos olvidado de su cuentecita de la asistencia que me hizo cuando lo del zaratán.

—¡Tun, tun, tun!

—Juana... La puerta...

—Niña, si a todas manos se ha de abrir, no va a quedar títere en esta casa. Es Rufina, la criadita de enfrente.

—¿Qué se te ofrece, criatura?

—La niña Begonia que cómo sigue usted del pana-

dizo del ojo, y que como ella tiene que ir hoy a sacarse unos retratos en casa del fotógrafo, le haga el favor de emprestarle el corsé que le trajeron a usted de París de Francia, y su abanico aquel con toreros que se sacó en la rifa de los huérfanos.

—Tun, tun, tun.

—Juana, esa maldición de puerta...

En esta vez es Brigidita, que va a montar a caballo y necesita la amazona de Dolores; y a poco que se lleva la amazona de Dolores vuelve por el sombrero de Erminia; y en seguida aporrean de nuevo el aldabón.

—Tun, tun, tun.

—Juana de los demonches; Abra usted esa puerta de par en par, y que entren hasta los cosacos, los beduinos y los siete niños de Ecija!

—Niña, no se enfade, que es la muchacha de casa de la señora Purificación.

—¡Ah, esta es harina de otro costal! ¿Cómo está Purita?

—Ay, señora, por Dios. Don Telmo le encajó una botijuela para matarle la solitaria, y por poco se nos larga. Ahora se está reponiendo del julepe.

—Que se vuelva a poner en manos de curiosos y ya verá.

—Eso es lo que las niñas le dicen ahora para que escarmiente. La pobre señora. Aquí me manda para que la saque usted de un apuro; que le ha llovido a la hora de comer un señor extraño, y que le haga el favor de emprestarle su asado.

—Pues le dirás, hijita, que lo siento en el alma, pero que hoy, aunque jueves, comemos aquí de viernes.

—También me encargó el señorito que le dijera que

si le podía emprestar el periódico de Nueva York que llaman *Las Cuatro Américas*.

—No son sino tres, muchacha; a peso por América. Que es muy barato, que aquí hay agente, y si el señorito quiere leer, que se suscriba.

—Que me esplumen si de esta casa dejo salir hoy ni la salvación. — Juana, cierre usted con picaporte y tranca. ¡Si esto es ya un saqueo!

—Niña, es que ahí está en el zaguán la mestiza de casa de doña Ladisláa. Entra, fantocha, que parece que tienes miedo. ¿A qué vienen esos desplantes?

—Déjala, mujer, que será cosa reservada. Habla, muchacha ¿están buenos por allá?

—La señora Ladisláa es la que está un poco malita, y le manda a decir que si le puede hacer la bondad de emprestarle...

—¿La qué?

—Pues... la...

—Si no te oigo, muchacha; acércate y dime sin ambages lo que quieres.

—Ya usted me entiende... la...

—¡Por el paño de la Verónica! Ya esto es demasiado. Dile, hija, a la señora Ladisláa, que lo sentiré mucho si revienta, pero que esas cosas no se prestan sino en las novelas de Paul de Kock.

—¡Juana! Vaya usted al despacho de mi marido, saque aquel cartón colorado que dice: "En esta casa hay viruelas" y cuélguelo ahora mismo del lado afuera de la puerta.

## ANTAÑO Y OGAÑO

Parecerá mentira, pero en aquel tiempo hacia en Caracas un frío de soplarse los dedos. La pacífica ciudad de nuestros progenitores amanecía tiritando bajo una espesa niebla que apenas se dejaba ver hacia el cielo uno que otro campanario, y en la tierra algún imper turbable cristiano, que arropado hasta las orejas en su capote de cuadros, se encaminaba a oír la acostumbrada misa conventual.

¡Qué tiempos aquéllos!

Las costumbres eran sanas, los amores casi pastoriles; bastaba un pelo de la barba para afianzar la palabra empeñada; sosteníase la amistad por el respeto mutuo y por la llaneza de las aspiraciones, que nunca se sobreponían a los afectos; y la vida se dejaba sentir como el sueño de una reposada digestión.

Yo me imagino a nuestras venerables abuelas en su lozana moceñad, con sus sayas cortas y de escasisima anchura que dejaban adivinar sus formas sin agregaciones ni postizos, y en que el estrecho ruedo permitía el paso libre al pulido pie, primorosamente enrejado de cintas que se cruzaban en losanges sobre la transparente media de seda calada, y cuyo arqueado puente dibujaba el sutil zapatito de raso o cordobán.

¡Con cuánta majestad no se alzaría sobre el zoron-go piramidal la altanera peineta de carey acariciada a veces por la mantilla de indiscreto encaje!

Lechuguinos de naciente patilla y tímida iniciativa, nuestros abuelos admiraban con ojos antojadizos el garbo y donosura de aquellas damas, las que acostumbradas

huir siempre de ocasiones pecaminosas, no se atrevían a deleitarse en el gran chaleco de mayúsculas solapas del que pendía a manera de plumada la cadena del reloj de repetición; en el estirado corbatín, la camisa de primorosa rejilla y de cuello invasor, el pantalón de cumplida tapa y la casaca tradicional.

Así eran de modestas y recatadas aquellas costumbres.

Cuando las concertadas voluntades de los respectivos padres no quitaban al fogoso muchacho de veinte el derecho ha declararse *motu proprio* a la doncella de quince, el pretendiente tenía que ablandar a poder de sentidas décimas y de alusivos romances, no el corazón de la dama, que acaso le tenía partido en dos mitades por su amor, sino la timidez natural de una alma sencilla que había escuchado decir desde sus primeros años que el ver a los hombres era tentación de los sentidos y el quererlos bien, era pecado mortal.

Una vez comenzados los amoríos con la poesía pudorosa del romance amatorio no se evaporaban en los espumosos requiebros del romanticismo, sino que tomaban cuerpo y seriedad de cosa arreglada en el clasicismo de la partida de tresillo con el suficiente *quorum* de tías desocupadas, y en el prosaísmo del rosario entonado en coro con que se cerraban las pacíficas sesiones de todas las tertulias.

Si se trataba de bailar, cosa que sucedía tan sólo en ocasión de algún cumpleaños, de grande alegría en la familia o de algún padrino de barba, y siempre con un poco de escándalo del respectivo confesor, que reclamaba para este ejercicio el calificativo de "escollo de la inocencia y tumba del pudor" con que lo anatemizó San Ambrosio; si hombres y mujeres se entre-

gaban a este género de diversión la danza no era sino oportunidad en que se disputaban la palma, la cortesía y el donaire, sin que las parejas pusieran en contacto otra cosa que las puntas de los dedos, corriendo todo el dibujo por cuenta de los pies, que atravesaban sin locura, describiendo caprichosos perfiles y piruetas que nunca se alargaban más allá de los naturales arranques de un placer contenido en los linderos del más ceremonioso respeto.

Reunidos por la noche algunos amigos, jamás la conversación invadía el terreno de la política, alimentándola únicamente las referencias más o menos comentadas de inocentes intriguillas de los Reverendos Frailes y las repetidas murmuraciones contra el monopolio de la compañía guipuzcoana; mas si alguna vez el razonamiento degeneraba en debate y éste llegaba a salirse del grave compás que sendos y pausados golpes de rapé le señalaban, si se dividían las opiniones hasta el extremo de poner en peligro la buena armonía de los amigos, la señora de la casa que estaba en todo, hacía que apareciese de improviso y en lo más espinoso de la disputa, la pulida mestiza portadora de una bandeja donde sonaban en conocido traqueteo igual número de tazas que de tertulianos, en medio de las cuales descollaba una humeante chocolatera despidiendo provocativos vahos que trascendían a canela de ultramar, y que por ensalmo cortaban las palabras en todos los labios y allanaban los puntos más intrincados de la discusión.

Distribuido en lote a cada cual, dábanse todos a saborear el exquisito chocolate, interpolando entre sorbo y sorbo los crujidores bocados de bizcochos de granjería doméstica; rematando la colación por el indispensable puro oriundo del Estanco, que respectivamente

iban encendiendo en la brasa que la consabida mestiza llevaba en una cucharilla de plata que hacía parte de la legendaria vajilla batida a martillo.

No se conocían entonces las luminosas propiedades del fósforo ni sus combinaciones con el azufre, que era tenido por el vulgo como pestilencia de espíritus infernales; no se tenía idea alguna de alumbrado público; y si en las noches oscuras se veía vagar por las calles alguna luz, de seguro que partía del farolillo que las criadas llevaban para señalar el camino a las señoras que se aventuraban en sus visitas de costumbre.

Eran los coches enormes berlinas y éstas, rarezas de que sólo disfrutaban una que otra familia; y ni podía haber satisfacción en echarse a rodar en descomunales máquinas que más convidaban a dar una vuelta al mundo que a pasear las escasas calles de la estrecha capital; por lo que la silla de mano era el vehículo que de ordinario traginaba en todas direcciones. Sudaba la gota el par de esclavos para que el señor y la señora se regodeasen a su sabor en el contoneado caminar de la silla, lloviendo sobre ella mil saludos en el tránsito, cuando a través de las mal corridas cortinillas atisbaban los curiosos el semblante del encopetado magnate o el agraciado palmito de pocos abriles mal recatado en la mantilla de blondas.

¡Qué tiempos aquéllos!

A las dos de la tarde la ciudad entera quedaba sumida en la soledad y el silencio. A esa hora no había ciudadano, cualquiera que fuese su condición o sexo, que no se introdujese en la cama con todas las precauciones sibaríticas de quien se promete pasar una buena noche, entregándose voluptuosamente al narcotismo de la siesta que duraba hasta las tres; no viéndose entre-

tanto cruzar por las calles sino uno que otro soldado o alguna partera que diligente acudia al humanitario ejercicio de su ministerio.

Cuando el sonoro reloj de columnata dejaba caer tres veces el martillo sobre el enroscado alambre de su timbre, el criado que velaba en el escaño del corredor tocaba al postigo del dormitorio donde roncaban a pier-na suelta los dueños de la casa y a esta señal poníase de pie toda la familia que se reunía para rezar un tercio de rosario, volviendo luego cada cual a los modestos quehaceres de aquella existencia llevadera.

Así se vivía entonces. Y casi sin cuidados, sin otras aflicciones que las del lote que a cada mortal le cabe en suerte, se pasaban los momentos del penoso tránsito en una monotonía que participaba de todo el encanto del arrullo, hasta que por sus propios pasos, y no con ayuda del vecino, llegaba la muerte a cumplir la ley fatal de este mundo perecedero.

Hallábase la medicina en sus principios y reinaba como único alivio del cuerpo el empirismo de la Naturaleza; por lo que al morirse un cristiano a nadie se le ocurría buscar editor responsable de tamaña desgracia, sino que evidente quedaba a los ojos de todos que un dolor cólico, rebelde al aceite de higuera, un soberbio tabardillo que había resistido las pociones de jugo de guamacho, o un costipado fulminante que no diera tiempo a la acción pectoral de la borraja, eran las únicas causas que sumían a las familias en los dolores de un duelo que siempre se llevaba con la resignación de cristianas convicciones; siendo ocasión y motivo de regocijo si la muerte escogía al niño de pocos años para transformarlo en ángel tutelar de sus deudos, por lo que le conducían a la morada del descanso entre el bulli-

cioso cortejo de muchachos que marchaban al compás de la música y que regresaban a la casa del compañero muerto a recibir las sabrosas golosinas que se les distribuían con profusión.

¡Cuánto no hemos cambiado de entonces acá! Ya las mañanitas frescas se acabaron; la neblina ha huído a la cumbre de nuestros cerros y el sol se nos planta con el mayor descaro a tostarnos la mollera y a robarnos la gota de agua, resto de la que a tragos bebieron nuestros afortunados mayores.

Los sencillos trajes que acusaban la verdad de las formas quedan tan sólo en el recuerdo de los que de aquellos tiempos sobreviven y en los marfiles y lienzos en que aún lucen nuestros abuelos la fácil sonrisa de la dicha que gozaron en aquellas edades patriarcales.

Tras de los tiernos y recatados amores han venido, como evocados por costumbres menos escrupulosas, los amores de ventana, los amores a toda orquesta, los amores de pasatiempo, los amores de partida doble.

El pepe de hoy no conserva la menor traza del lechugino de ayer. Aquél rebosaba inocencia, éste se desparrama en audacia, aquél se vestía con estudiado recato, éste ostenta un descompuesto negligé, y se tira el sombrero sobre la oreja; aquel se perfumaba para hablar a su dama, éste echa a la suya el humo del cigarro a la cara, aquel tomaba puesto en el moderado rigodón para lucir modales y ordenados movimientos, éste agarra la pareja como cosa suya, la tiende el brazo por la cintura y la estrecha con efusión, hace que ella recline sobre su hombro la cabeza con estudiada languidez (aún cuando deje en el paño de la casaca su peregrino rostro estampado con el leve polvo de arroz); así, casi confundido entre la gasa que se rasga, el peinado

que se deshace y las cintas que vuelan por el aire, se lanza en el torbellino del vals o en las convulsiones de la polka íntima, con cierto airecillo de picaresca satisfacción, que parece que va diciendo a todos los que le admiran al pasar: "no me la despierten que la llevo dormida".

Dichosos nuestros abuelos que no padecieron el tormento de esta zambra moderna, ni llegaron a conocer el endemoniado vals a cuatro manos, ni la canción del Pirata, ni las charadas a lo vivo, ni ninguno de los adelantos con que ha enriquecido la civilización el programa de nuestros entretenimientos sociales.

Bien hayan ellos que se durmieron al dulce punteo del arpa o al alegre rasguear de la guitarra.

Nosotros hemos alcanzado tan solo de este siglo de las luces, de la celeridad y de la prensa; los fósforos, el petróleo, los coches y el almanaque. Y sin embargo, nuestro progreso nos pone a una distancia inmensa de los tiempos cuyas costumbres dejamos ligeramente bosquejadas. Pero ¿vale ese nuestro progreso, vientecillo de rendija que no alcanzaría a llevarse la llama de un mediano candil, lo que hemos perdido en llaneza, en salud y en moral?

Preferiríamos la más absoluta ignorancia de lo que el hombre conquista para el bien de la humanidad, a vivir en presencia de una civilización que nos introduce nuevas costumbres y no nos deja ver la llaga que éstas han causado en otros pueblos, que nos trae la noticia de los adelantos, dejándose por detrás la realidad de ellos; que de todo progreso nos trae la lámina de toda máquina, el plano de todo invento, el dibujo y la *manière de s'en servir*, obligándonos a creer en ese proceso, en esos

inventos, en tantas maravillas, únicamente bajo su palabra de honor.

Como resultado del paralelo, nosotros preferiríamos vejetar en la sabrosa vida de nuestros abuelos, sin más ambición que la de vivir y morir en la fe de Cristo, y sin otra satisfacción que la de mirar como crecen en venturosa molicia las proporciones de un vientre en que se mide la dicha por los grados de su prominencia.

### LA ESTRATEGIA DE AYACUCHO

Cuentan que el General Soublette, al referirse a sus antiguos camaradas, solía decir: este muchacho fulano, este muchacho zutano; y como alguien le observase una vez al General que ya esos sujetos eran tan viejos como él, al punto respondió con aquella su espiritual naturalidad:

—Pero, hombre, ¡si ahora cualquier muchacho tiene cincuenta años!

Y la verdad es que cuesta trabajo el darse uno cuenta de que se va poniendo viejo, y si no fuera por ciertos síntomas de decadencia física, que se burlan de toda bravata de la imaginación, seguiríamos creyendo que el tiempo no corre para nosotros. Entre esas señales de la vejez hay una, de carácter confesable, y es la tendencia de la memoria a remotas reminiscencias de la juventud. De mí sé decir que a veces me sorprendo como si estuviera delante de un extenso panorama, en que van pasando escenas y personas que vi y conocí en mis juveniles años, todo tan patente y vivo, que me dan ganas de hacer parar el cosmorama, y echar un párrafo con

alguno de aquellos tipos que más impresión me hicieron por sus ocurrencias y originalidades de todo género.

Por ejemplo, ahora defendería yo a este bueno de don Manuel, que veo encaminarse muy lavado y aplanchado, a la única conquista amorosa de su vida de setentón. Ganas me dan de decirle como antaño: — Con que, ¿a ver a la Ursulita, eh? Sólo por mirar cómo se le ponía la cara bermeja de rubor al casto veterano.

Porque ha de saberse que Don Manuel hizo la campaña del Perú con el Libertador; que estuvo en la batalla de Ayacucho, y que en el fondo de su baúl sonaban unas cuantas medallas de bronce heroico, cuando él lo volteaba para endomingarse con su pantalón de *nankin* y su chaqueta de dril blanco, todo muy aseado y lustroso, eso sí.

Lo más extraño en este viejo soldado de tantas guerras, era que no había contraído ninguno de los vicios que suelen adquirir los hijos de Marte, ni siquiera aquel que más persigue a los héroes, a quienes la belleza se rinde voluntaria, como si a semidioses se entregara.

Sin embargo, don Manuel tenía un mal hábito, un viciojo de poca monta, pero al fin una pasión poco limpia: — Don Manuel mascaba tabaco. Su noble carrillo izquierdo ostentaba de continuo un innoble abultamiento, que acaso hubiera pasado por la meritoria prominencia de una bala española abotonada entre cuero y carne, si de cuando en cuando no se la viese desaparecer de allí y mudarse al otro maxilar, después de haber recibido la presión maceradora de los molares, tras de lo cual se notaba el movimiento deglutivo de la gola, alzándose y volviendo a su sitio anatómico del cuello la venerable nuez del guerrero.

Don Manuel explicaba su único vicio, con razones pu-

ramente higiénicas. Decía que el Mariscal Sucre, gran conocedor de las virtudes del tabaco, como quiera que en la fértil Cumaná se da de primer orden, aconsejaba a sus soldados el uso de la maravillosa planta, como antídoto del pasmo en aquellas frigidísimas alturas y páramos del Ande, por donde los terracalentanos de Venezuela tenían que ir dando caza al fiero león de España.

Setenta años de gloriosa castidad contaba este don Manuel cuando sintió por vez primera la picazón del amor, esa epidemia universal como la del sarampión, cuyo contagio, por sabia ley de la Naturaleza, es preferible padecerlo en edad temprana, en que pasa a modo de sabrosa comezón, mientras que en la vejez, si bien es raro el achaque, puede tener graves consecuencias, y sobre todo, requiere una dieta más rigurosa.

El contagio le vino a don Manuel de dos hermosos ojos negros que se asomaban a insultar al sol por una ventana que estaba al lado de la bodega de don Reparado, a donde iba diaria y metódicamente el veterano a explicar, con planos que trazaba con una puntilla sobre el zinc del mostrador, la memorable batalla de Ayacucho, y a renovar el inseparable bolo nicotino, con un trozo del magnífico y provocativo tabaco de mascar con que don Reparado remuneraba regularmente aquella homérica descripción del episodio magno de nuestra epopeya, en que el genio de Sucre venciera a la maña del Virrey Laserna.

La propietaria de aquellos matadores ojos negros se llamaba Ursula; una guapa morena de treinta años, una de esas bellas juiciosas que se ajamonan voluntariamente por puro miedo al matrimonio. A las puertas de Ursula había llamado, no una, sino muchas veces el amor, y otras tantas había tenido que marcharse desairado y

mohino, a la voz de la discreta muchacha, que sin levantar la cabeza de la costura le gritaba: — ¡Perdone, hermano!

Las dos balas negras de Ursula habían acertado a quemar con su calor las grises y empañadas pupilas de don Manuel, y aquel fuego le había penetrado hasta el corazón, en el cual prendiera con tanta más facilidad, cuanto que no encontró allí leña verde, sino el hacecito reseco como una yesca, pero intacto del setentón.

—¿Cuándo me das el sí? — preguntó una vez el viejo león enamorado a su Ursula esquiva.

—La dilación es que renuncie usted a ese vicio tan feo, don Manuel — le contestó ella sonriente y severa al mismo tiempo.

—Dalo por hecho, niña — se apresuró a asegurar el hijo de Marte, como soldado que recibe la consigna. Y luego añadió: — no creas que es vicio. El Mariscal Sure...

—Sí ya lo sé — interrumpió la dama; ya usted me ha contado lo del pasmo y todo cuanto usted ha querido inventar para disculpar esa sucia costumbre. Ahora vamos a ver si usted es todo un hombre y si sabe dominarse. Disponga de un mes para la prueba.

Durante treinta días contados continuó don Manuel sus visitas ventaneras a la Ursulita. Nada de lo dicho, ni una palabra de amor, ni la menor alusión al casamiento ni al tabaco. La táctica del bravo soldado de Ayacucho era llegarse primero a la bodega de don Reparado, meterse a la trastienda, no sé a qué, y en seguida salir a conversar con Ursula cosas de guerra y penalidades de campaña.

El día treinta y uno del mes, después de su acostumbrada visita a la trastienda de don Reparado, mi hé-

roe embistió a la ventana en que se asomaba su adorado tormento.

—Vengo a que me des el sí — le dijo de sopetón don Manuel.

—¿Será posible? —preguntó Ursula—; ¿será posible que usted haya renunciado a una costumbre tan antigua, don Manuel?

—Te lo juro por este mazo de cruces — dijo el veterano cruzando en pabellón los diez dedos como si fueran diez fusiles, y besándoselos tres veces.

—No jure, hombre, no jure; que no es para tanto el caso. Abra usted la boca. Muy bien. No hay novedad. Sópleme ahora este ojo, que me parece que alguna basurilla me ha caído en él.

Y don Manuel, respetuosamente sopló aquel hermoso lucero que le alumbraba el alma. Y dicho sea en puridad de verdad; el aliento de don Manuel no denunciaba el más ligero átomo de la infame droga. Todo lo contrario, a la naricita maliciosa de Ursula llegó un grato olor de clavo y anís, no del todo desagradable, por más que salía de donde salía.

Ursula abrió el otro ojo y con ambos se quedó mirando a su novio, y con tono de reconvención le dijo:

—Ahora menos que nunca, don Manuel, debe contar conmigo. El hombre que es capaz de abandonar un vicio de tantos años, por la exigencia de una mujer, bien podrá mañana abandonarme a mí si otra se lo exige. Usted es un hombre inconstante.

¿Se crecerá, por ventura, que el enamorado guerrero se desconcertó con esta inesperada salida de Ursula?

Nada de eso. Con serenidad admirable se llevó la mano a la oreja derecha, y deshaciendo el canoso bucle que sobre ella caía muy bien enroscado, sacó de entre los

rizados hilos de plata un objeto moreno, un bolo blanco, negro y húmedo, que se echó a la boca, con estas palabras para Ursula:

—A otro perro con ese hueso, niña.

La estrategia de Ayacucho había triunfado.

## UN FALSO ATAQUE

Monseñor Salavarreta era un prelado modelo. En sus mocedades lo fué también, pero en otro sentido: en el de la hermosura y bizarría; y a los cincuenta y cinco años conservaba aún rasgos de aquella byroniana belleza que un día, sin que sus numerosas admiradoras pudiesen explicárselo, corrió a marchitarse de fúnebre sotana. Aseguran que su parecido con el Apolo de Belvedere, más que su piedad y talento le ganó la mitra en Roma; porque afortunadamente su contendor acertó a ser un viejo sacerdote, muy sabio, muy piadoso, muy bueno, pero muy feo; y tan feo, que a Su Santidad, con sólo ver su fotografía, dicen que le retentó cierto mal dispéptico, del cual se estaba ya restableciendo.

No tuvo sin embargo el Santo Padre motivos para arrepentirse de la elección que así, a ojo de buen cubero, hizo en la gallarda persona del señor Salavarreta. El buen mozo mitrado fué ejemplar por su virtud y discreción; cosa bien difícil, por cierto, pues como era natural, hermoseedo aún más con el esplendor de las vestiduras episcopales, coronada su escultórica cabeza con la mística torre de rica pedrería, ornado su correcto busto con los finísimos encajes, engalanada su marfilina mano con la vistosa esmeralda, y llena toda su gentil

persona; del prestigio de su elevada posición, hizose el ídolo de las ovejas de su grey; y las había entre ellas de tan precioso vellón, que cualquiera otro, que no hubiese tenido la fortaleza de aquel prudente Pastor, hubiera dado al diablo una astilla de su alma por tal de poder jugar un tantico al lobo en el tentador rebaño.

Pero Monseñor Salavarreta tenía al diablo cogido por una oreja; y a cada pecaminoso consejo que el muy ladino le sugería, retorcíasele duro, hasta hacerle dar sátnicos chillidos.

Por una parte los años, enemigos jurados de la bella escultura corporal, y por otra la vida palaciega con su paz y sus regalos, comenzaban a añadir a las apolíneas formas de Monseñor ciertas importunas y peonásticas redondeces que mucho le alarmaban, no tanto por lo que de pesado y poco elegante tiene la obesidad, como porque tal extravasamiento de los humores predispone a los ataques de apoplejía fulminante, de esos que no dan tiempo para alcanzar ningún socorro espiritual.

Pero aquí de la grande energía que el santo varón poseía para dominar los instintos perniciosos de la carne. Resuelto a atajar aquellos desbordes de la suya, tasóse en las comidas, relegó a sus jóvenes familiares el goce de las golosinas que de todas partes le regalaban; extremó en frugalidad las meriendas; sustituyó con puro licor de la fuente a los jugos de las parras, e hizo propósito firmísimo de no asistir a convites ni a festejos que pudiesen rematar en comilonas.

Había sin embargo, obsequios a que no era posible faltar; por ejemplo, la fiesta del jubileo sacerdotal del venerable señor Dean, cuyo espléndido programa se componía de una misa mayor solemnísimas y luego un *lunch*, todavía más solemne, en la casa del señor Dean.



al cual debían concurrir todas las dignidades metropolitanas, el alto y bajo clero, y por supuesto, el señor Gobernador y demás funcionarios del orden político y judicial, con sus respectivas señoras.

Cogido Monseñor por la tiranía de la etiqueta, hubo de aceptar la invitación; pero hizolo con el decidido propósito de contenerse, eso sí, en los límites de la más rigurosa parvidad.

Como señal de honor tocó a Su Señoría Ilustrísima por vecina en la mesa, la señora del Gobernador; que era una dama de mucha distinción, famosa en sus buenos tiempos por su gran belleza, la cual defendía ella a brazo partido contra la ruinosa acción de los años mediante habilísimos calafatcos y milagrosos barnices.

—Que un muslito de este rico pollo, Monseñor; que esta alita tierna de perdiz; que un trocito, nada más que un trocito de este salmón que parece una rosa; que estos pícaros pastelillos no se han de ir sin que Su Señoría les pruebe; que ahora una lagrimita de Jerez para asentar; que luego un dedito de Chambertin; que una espumita de Champagne; el caso es que la amable gobernadora hizo salir de sus casillas al parco Obispo; quien de conversador y afable que estaba, tornóse de repente en taciturno y como afligido, dejando caer los brazos debajo de la mesa, en actitud de ponderoso desaliento.

¡ Y cosa rara! mientras más silencioso se mostraba su ilustre vecino, más jovial, más risueña, más insinuante se iba haciendo la bella gobernadora, cuyos naturales rubores, por no poder atravesar los artificiales de su rostro, se agolpaban a sus orejillas preciosas; tiñéndolas en vivísimo carmín, así como de sus ojos brotaban chispitas luminosas a modo de relámpagos producidos por alguna batería eléctrica que ocultase dentro de sí.

De improviso el mustio prelado exhaló hondísimo suspiro, que la gobernadora creyó deber empatar con otro suyo, también muy profundo, diciendo:

—Diera algo por saber hasta dónde habrá de ir ese suspiro vuestro, Monseñor.

—¿Hasta dónde, hija mía? ¡Hasta la eternidad! — respondió palideciendo el obispo.

—No creí que fuera tan lejos... — recalcó invisiblemente contrariada la dama.

—Me siento mal, muy mal — repuso el Ilustrísimo señor Salavarreta con otro fúnebre suspiro—. Esto se acabó, hija. ¡De seguro que soy un hombre muerto!

—Hay muertes que son vida — tartamudeó la gobernadora bajando los ojos y llevándose la mano a una de sus orejas, que ya le escocía de puro arrebolada por el fuego del pudor.

—Su Ilustrísima, sumido siempre en su tristeza — respondió al punto.

—Esa es la pura verdad. La vida verdadera no está, hija, en este mundo. Pero morir súbitamente, o ir cayendo en la tumba poco a poco, sin voz, sin movimiento, sin razón, arrastrado en un sillón de paráltico, idiota e inerte; eso es atroz.

—¡Cómo! ¿Qué queréis decir? Yo había creído que vuestras palabras... — Y la dama perdió de súbito todo el carmín que había encendido sus bellas orejas, quedando los diamantinos goterones de sus aretes como engarzados en dos pálidos jazmines, en vez de colgar de dos rosas de Alejandría.

—Es, hija, que en el pecado está la penitencia — respondió ya casi hundido el obispo.

—¿Y llamis a *eso* pecado? Por bien poco se alarma

vuestra conciencia — dijo con amargura la gobernadora.

—Pecado sí, y mortal, hija, es la gula. He caído hoy en él, comiendo demasiado; he bebido también más de lo que debiera, y me ha sobrevenido un feroz ataque de parálisis. No os quede la menor duda. No tardará en manifestarse la apoplejía. Os repito que soy hombre muerto.

—¡Virgen Santísima! — exclamó con espanto la señora—. ¿Os sentís realmente enfermo? Llamaremos un médico...

—Nada de alarmar a los convidados. Esto no tiene remedio. Habéis de saber, amiga mía, que desde hace un cuarto de hora en que advertí que me habíais hecho comer y beber más de lo que acostumbro, me di a pellizcar fuerte mi pierna derecha, que es donde se prueba mejor la sensibilidad en los casos de parálisis, y os aseguro que no he experimentado la más mínima sensación. La pierna la tengo del todo muerta. Es uno de esos ataques terribles, de los que nadie escapa.

A esta inesperada declaración, la pobre señora, lejos de manifestar sobresalto, dijo, bajando la voz y como luchando con su amor propio ofendido:

—Podéis tranquilizaros. La pierna que su Señoría Ilustrísima ha estado pellizcando ha sido la de esta su humilde servidora.

Y hecha un basilisco la gobernadora, le volvió irreverentemente la espalda a Su Reverencia.

LOS CONSONANTES  
DE PERICO FERNÁNDEZ

—¡Capitán Salinas!

—¡Presente, para lo que se les ofrezca ordenar, caballeros!

—Pues ordenamos que nos refiera usted algún episodio de la guerra de los cinco años. Entre usted, mi capitán y se le servirán cuatro dedos de lo que le pida el cuerpo. ¡Cantinerero! Abra usted el parque.

—¿Qué explosivo prefiere, mi capitán?

—¡Pólvora, dinamita, demonio! Yo no bebo sino cosas que hagan fruncir a los demás hombres. Eche usted un trago gordo, como para un Comandante, pues ese debería ser mi grado, si hubiera consecuencia.

—¡Capitán Salinas!

—¡Presente! Parte sin novedad.

—Vamos al cuento.

—¿Que ración me van a dar?

—Una pesetona.

—Ración de campaña; pero no se dirá que el capitán Salinas se queda en el hospital cuando no hay más que media paga. Atención, y oído al pifano.

El capitán tomó el vaso de cristalina ginebra cuyo bullente cordón casi llegaba al borde; lo paseó en círculo saludando a los jóvenes circunstantes, luego sopló las barbujas y se lo empinó con verdadera solemnidad marcial. Limpióse el cano vigote con el puño de la manga, acomodóse la *mascada* detrás de la oreja, y dijo:

—Estábamos en el período de la *guerra brava*, allá por el año del 61, después del desbarajuste de Coplé.

En el Oriente los federales peleábamos como unos tigres. Se batía entonces, niño, el cobre muy delgado. Fué esto cuando Julio Monágas con un puñado de mozos de puro bronce, se vino quemándole la cotonía a las tropas del Gobierno desde Cojédes hasta las montañas de Barcelona.

El coronel Pinto con su columna "Victoria" nos perseguía; porque han de saber ustedes, que a nosotros los orientales nos mandaba siempre el Gobierno la raspadura, lo más sabroso de sus valientes. Eso tenemos que agradecerles. Nunca se nos trató sino como a gente bragada que éramos. El indio Pinto era un león, con tamaño corazonazo, tan bueno para pelear como para perdonar. Jamás mató prisioneros. Nosotros lo respetábamos y lo estimábamos. Cuando en la acción del Toro lo despachó un condenado balazo por la frente, nos alegramos por la victoria de nuestras armas, pero sentimos la muerte de aquel hombrón tan sin asco para el plomo.

Eso sí; no vayan ustedes a creer que él le daba a chupar caramelos a los federales que cogía, y mucho menos si eran desertores de su columna.

Miren que han pasado años desde que tuvimos aquellas chufulinas, y todavía cantan los muchachos de Barcelona la diana que llaman de Pinto, porque con ella se daban las carreras de baqueta más soberanas.

Aquí el capitán Salinas se arremangó los puños, y haciendo como que se acompañaba con un redoble de tambor, entonó la diana famosa:

—“Ay Comandante Pinto,

Yo no güelvo a desertar!

—Dale que dale, dale que dale,

Dale, por federal!

L

—“Ay Comandante Pinto,  
Yo no soy más *guaricongo!*  
—Dale que dale, dale que dale,  
Dale por el mondon... go!

Y el capitán se dormía en este final de la diana. Luego reasumiendo su narración prosiguió:

—Pues señores, que teníamos nuestro campamento en los altos de Aragüita, a cuatro leguas de Barcelona. Yo no sé cómo olió el coronel Pinto que estábamos emparandados en el pueblo con motivo de la fiesta del patrono; el caso es que salió de la plaza de Barcelona con ánimo de cogernos bailando el Santo y sacudirnos el polvo de lo lindo.

A poco de haberse puesto en marcha su columna, sorprendió la mosca de ella a un hombre que iba por el camino y que trató de esconderse. ¡Párate, *guaricongo!* le gritó el sargento; y el sujeto se paró. Lo llevaron a presencia del coronel Pinto, y éste, mirando que era un zagalón como de dieciséis años, le dijo:

—Ea, pillastre, ¿cómo te llamas?

—Peri...o Fernández, mi ...oronel — contestó el chaval, que por más señas era gago.

—¿En dónde vives?

—En Barcelona, mi ...oronel.

—¿A qué vienes por estos lugares?

—A silbar iguanas, mi ...oronel.

—¿A qué vienes por estos lugares?

—A silbar iguanas, mi ...oronel.

Un oficial explicó entonces al jefe que los muchachos acostumbraban jubilarse de la escuela yéndose a matar iguanas en el monte y orillas del río; que las silbaban muy suavemente, y los animalitos de Dios se iban ba-

jando, bajando de las ramas de los árboles, y cuando ya estaban a tiro les acomodaban una lágrima de San Pedro y los dejaban tiesos.

—Lo que es a mí no me silba este bergante — dijo el coronel—. Este media-lengua es un espía, un comisionado muy listo, que va a dar parte a los *guaricongos* de que marchamos a sorprenderlos—. Cojan al fulano, encarámenlo en un burro y que siga la comitiva—. Sargento Navarro, usted me responde del pajarraco; y avísese, porque tiene trazas de ser todo un pichón de pícaro.

En un dos por tres cogieron dos soldados a Perico, uno por cada pata y me lo encajaron sobre el pollino.

La columna se puso nuevamente en marcha.

—¡Alto! — gritó el coronel al llegar a una media planicie. La columna hizo alto.

—Traígame acá a ese mequetrefe — ordenó el coronel.

Un oficial le arrimó al pollino un planazo que lo hizo pandear; y en una carrerita fué a dar Perico adonde estaba el jefe.

—¿Conoce usted estos lugares? — le preguntó éste.

—Sí, mi ...oronel.

—¿Cómo se llama el sitio en que estamos parados?

—*Tavera*, mi ...oronel.

—¿Y aquel otro que se ve allá del otro lado del río?

—*Nari...ual*, mi ...oronel.

—Pero, hombre — observó Pinto—, ¡qué cosa más rara! En esta provincia casi todos los sitios tienen un nombre terminado en *cual*. Yo conozco a Sacacual, Putucual, Cumuñucual, Moropocual, Capirucual y ahora a Naricual.

—Y *Tavera*, mi ...oronel — agregó Perico, muy en ello.

—¡Sargento Navarro! — gritó el coronel Pinto—; apée usted del burro a este babiéca. Ese no es espía ni es nada, sino un idiota. ¡Miren que *Naricual*, consonante de *Tavera*! Lárgueme ahora mismo a esa mona, y que se vaya a silbar iguanas!

Pues señor, que me aparearon a Perico y a poco no se veía de él pero ni el humo. Eso era lo que quería el sapo; que lo tiraran al agua. La columna se puso en movimiento, camino de Aragüita.

Una hora después, en el momento en que la tropa medio desbandada mordía un cañaote estrecho y barrioso, le reventó una descarga por su retaguardia. La gente hizo cara a los tiros, y en esto tronó otra fusilada por vanguardia, y por los flancos, y por todas partes. Los cazábamos desde arriba, protegidos por los peñones y por los gruesos palos. El coronel Pinto, furioso, echando relámpagos por los ojos y truenos por la boca, trataba de organizar la columna, pero nada; aquello era una pelotera de todos los diablos; y nosotros entretanto, mandándoles confites que era un contento.

Al cabo, viendo el indio Pinto que estaba enzanjado y perdido, imaginó la retirada, mas para no dar su brazo a torcer, se empinó en los estribos, tremoló el machete y gritó furibundo:

—¡Muchachos, al camino de *Naricual*!

—Y *Tavera*!, mi ...oronel — le respondió la voz de Perico, desde nuestras filas.

Al recorrer el campo encontramos seis soldados muertos y un burro vivo. El pobre animal, al ver a Perico Fernández lo reconoció y largó un rebuzno como una diana.

En aquel entonces, niños, había coraje hasta en los muchachos, y buenos sentimientos hasta en los animales.

Y aquí acaba el episodio de Perico Fernández, quien nos salvó de una buena pela con un mal consonante. Venga ahora la pesetona ofrecida.

—No hay sino un real, capitán Salinas; tómelo usted, y muy agradecido.

—¿Un real? Bébanselo ustedes en aguardiente lava gallo. ¡Cañonazo! El capitán Salinas no es ningún *méndigo* para limosna.

Y con un desprecio épico se alejó de la reunión diciendo:

—¡Y pensar, ¡cañonazo!, que uno ha hecho patria para estos renacuajos!

Los muchachos rechiflaron al capitán; pero él, con soberbia todavía mayor les gritó:

—¡A silbar iguanas, mocosos del ¡ca...ñonazo!, que a mí no me silban sino las balas!

## LACRIMOMANÍA

Hay gentes muy bucnas, demasiado buenas tal vez, que viven pendientes de las catástrofes, de las defunciones, de todo aquello que aflige y hace llorar, gentes que en efecto, sienten y lloran los males del prójimo como si fuesen propios, y salen a la calle a buscar otras personas a quienes contagiar con su tristeza. Son noticieros oficiosos de toda calamidad, agua-fiestas en todo regocijo, verdaderos cartujos escapados de convento, que por dondequiera van, y a cuantos encuentran, por diverti-

dos y alegres que estén, les dicen, o parecen decirles: "hermano, de morir tenemos".

Por ellos sabe uno que fulano amaneció colgado de una viga, que la señora de zutano dió a luz dos niños difuntos, que mengano se metió a muerto en la madrugada de ese mismo día, que al cura menganejo le robaron la sotana y al albañil perencejo la mujer; y todo esto se lo dicen a uno echando los pulmones a suspiros y manándole los ojos chorrerones de agua salobre. Si va usted a salir para un baile o para el teatro, le ataja en la puerta uno de esos mensajeros fúnebres y a boca de jarro le descerraja a usted la noticia de la muerte de un pariente lejano, que por más señas no le deja herencia.

—¿Es usted algo de un señor don Tristán Cerraja, recaudador que fué del impuesto sobre la matanza de cerdos?

—Primo tercero, para servir a usted.

—Pues viéndole yo a usted que se prepara a divertirse esta noche, me apresuro a decirle que a su señor pariente le entierran mañana en su pueblo. Dispense usted que por no afligirle a usted no le diga por lo claro, que el referido sujeto es muerto.

Si su médico le ha descubierto a usted un principio de afección cardíaca, o un apelmazamiento en el bazo, prescribiéndole huir de toda impresión desagradable, de seguro que no andará usted tres cuadras sin toparse con uno de esos buhos, que le pondrá el ánimo más negro que faldón de catafalco, refiriéndole el atroz rato que acaba de pasar viendo estirparle un tremendo zaratán a la viuda del carnicero que le provee a usted de chuletas, o cualquiera otra barbaridad de cirugía feroz por el estilo.

En mi pueblo había una tal doña Mariquita, que era gran notabilidad en el género lacrimoso. Se la pasaba la pobre señora todo el día en la puerta de su casa. Creo que ni comía, por estarse en atalaya de los transeúntes; y Dios me lo perdone, pero no me la puedo imaginar sino tal cual en aquellos tiempos de mi infancia la veían mis ojos asombrados, como una enorme lechuza, vestida siempre de morado, y dos lagrimones chorreando perennemente de aquellos sus dos ojillos verdes, color de alcaparrosa.

—Ven acá, hijito — me decía al columbrarme por la calle—. ¿No sabes quién se murió anoche? Nada menos que el pobrecito del campanero de la iglesia, tan buenote, tan honrado, tan exacto. ¡Ay, niño, si era un mismo reloj! Se subió a la torre un poquito mareado con el bebedizo que tomó en el bautizo de un sobrino, se le fué la cabeza, se cayó del campanario, y se hizo tortilla sobre el empedrado. Y la sensible señora sacaba un desaforado pañuelo de yerbas empapado ya como una esponja de barbero, y se lo pasaba por los lagrimales, que de puro rojos parecían bordes de vejigatorio.

—Ven acá, hijo — me decía al siguiente día—; ven acá, que tengo que contarte lo afligida que estoy. Se han ahogado en el río tres militares que se tiraron a bañarse para cortarse unas tercianas. Me dice la cocinera, que los tienen desnudos en la playa...

Y en cada uno de los días subsiguientes, sin faltar uno solo en el año, me rezaba la buena mujer el obituario, y llegó a ponerme tan espantadizo y nervioso, que ya no dormía sino soñando con muertes y con fantasmas.

Un día en que yo sabía de ciencia cierta que no había ocurrido en la ciudad ninguna defunción, salí de

mi casa muy contento, seguro de que doña Mariquita no tendría en esa vez ninguna aciaga noticia que darme.

Pero en la dolorida señora era ya eso una verdadera manía. Sus lágrimas lloraban, así lo contemporáneo como lo retrospectivo, lo pequeño como lo grande, la crónica como la historia.

—Ven acá, hijo, ven acá, criatura — me dijo atrapándome al pasar, hecha una Magdalena y moqueando más que nunca sobre su pañuelo de madraz—. Esto parte el alma, niño; esto es para no acabar de llorar en todo el día.

—Pero si nadie se ha muerto, señora — me apresuraba yo a decirle, para ver si la tranquilizaba.

—¡Dichoso tú, niño, que para entonces no habías nacido!... ¡Hoy hace 25 años que se murió el Libertador!

Y una tempestad de patrióticos zollipos quebraban el resuello a la pobre señora.

\* \* \*

Una delicada y querida personita tenga yo muy cerca de mí, a quien me la ponen de remate las cosas tristes de este mundo; y como a mí me gustaría ver siempre un sol de alegría resplandecer en su cara, suelo decirle, en sus horas mustias:

—Nada, chica; que vas a parecerte a doña Mariquita Lupes, que cuando no tenía por quien llorar, lloraba por Bolívar.

## EL LLANERO

*“Echenme ese toro fuera,  
Hijo de la vaca mora,  
Para sacarle una suerte  
Delante de esta señora.”*

Rafael Obligado ha contribuido a hacer conocido, simpático y famoso el hijo libre de la pampa argentina. Bajo las palmeras de nuestros llanos no se ha sentado todavía el poeta que debe cantar la vida, hazañas y amores del llanero venezolano. Y ya es tiempo de poner en la lira nacional ese sencillo poema de la Naturaleza, con la más original y fiel de sus criaturas; porque el Progreso, que es enemigo de la tradición, va invadiendo ya aquellas patriarcales llanuras, y va despojando de sus sencillas costumbres y de su pintoresco lenguaje, y de su primitivo traje, y de todos los encantos de su originalidad, al varón independiente y rudo que como soberano las puebla en brava lucha y en amable sociedad con las fieras, en trato desconfiado o en gallarda guerra con los hombres, y en sumiso rendimiento a la mujer. El verdadero *llanero* se nos va. El ferrocarril le hace conocer otros horizontes, la escuela se lo arrebató a la gran maestra de su instinto: la que le ha enseñado por todo arte el trabajo, por toda ciencia la malicia; la que le ha puesto delante de los ojos como eterna lección objetiva: el amor sin códigos, la vida sin señores, la voluntad sin accidentes, como la vasta pampa; sin vacilaciones, como el viento

que la oreá; sin miedo, como las aguas que la inundan en la hora del enfado de los ríos.

El llanero es fuerte y valiente; audaz y al propio tiempo precavido. Su perpetua riña con el toro bravo, sus lances frecuentes con el tigre carníceró, su constante ejercicio sobre el caballo, le han dado músculos de atleta y corazón de héroe. Pero en la cruda acepción de la palabra, no es un salvaje. Podría decirse, por el contrario, que es un docto de la gran Academia en donde se gradúan: de diplomático el zorro, de previsor el ciervo, de hábil capitán el toro, de diestro cirujano el cuervo, de insignes músicos e inspirados poetas el turpial, el arrendajo, y toda la tropa lírica que canta alegres himnos a las auroras y dulces canciones de amor a sus hembras.

El llanero no es extraño al arte de la rima ni al arte de la melodía. Es además improvisador inagotable de décimas y romances en que narra historias místicas o locos amoríos y lances de guerra. Su música es monótona y por lo común melancólica, pero llena siempre de sencillo encanto. Su prosa es en extremo pintoresca, rica en gráficas comparaciones y en oportunas sentencias. A usanza de los caballeros medioevales, enamora a su dama en románticas endechas o en frases de una delicadeza que, puestas en más finos términos, resultarían filigranas de galantería cortesana, o pulidas declaraciones de doncel novicio.

Y vaya un ejemplo:

A la puerta de la choza está la hermosa hembra ocupada en prensar en los cestillos de cañas, los blancos copos de la yuca, de la cual mana el *yare*, el lechoso jugo que da la muerte. Nunca estuvo la criolla más provocativa que durante esa rústica faena; las ne-

gras copiosas crenchas desatadas, brazos y cuello al aire libre, recogido el refajo, enrojecida y sudorosa por la fatiga su faz de canela, limpios y radiantes los ojos matadores. Está inclinada sobre la prensa, casi ahogado el rostro por ricas ondas de pelo, y el seno pugando contra el lienzo con sus arrogancias de bronce.

El llanero se allega montado en su brioso potro, que marcha en presumidos escarceos, y al que con rienda y espuela provoca el amartelado jinete. Viste traje de gala, bordada de rejillas la abierta camisa, y flamante el corto garrací, vistoso el pañuelo que cubre su cabeza y caído de un lado el airoso sombrero. El pie desnudo, el estribo cogido entre dos dedos, la una mano en la cintura y la otra en la brida y falsa-rienda.

—¡Ay, niña; quién bebiera *yare!* — la dice parándose delante de la ocupada doncella; y se queda aguardando la razón de infierno o gloria para su alma enamorada.

La muchacha, deteniendo su labor y levantando la cabeza le pregunta, picarescamente sonreída.

—¿Y si se muere, *ño l' hombre?*

—¡Más muerto estoy yo por tí, mi samba! — la responde él, y dando un tirón al freno de su corcel, y clavándole los acicates en el hijar, le hace girar con elegante impetu media vuelta hacia el camino, y desde allí, mirando a la atónita dama dice el jinete, satisfecho de su proeza de amatoria elocuencia:

—¡Si con esto no cae, ni con hacha! — dicho lo cual, se aleja por la sabana a trote de triunfador, seguro de su victoria.

Por la noche, cuando el *joropo* está en toda su hervor, continúa el llanero del *yare* la conquista de su amada a fuerza de cuartetas y epigramas, que las *ban-*

*dolas* y *maracas* con vivo punteo y grande sonaja acompañan:

Desde aquí te estoy mirando  
Cara a cara frente a frente,  
Y no te puedo decir  
Lo que mi corazón siente.

Me dijistes que eras firme  
Como la palma en desierto;  
Si la palma fuera firme  
No la tremolara el viento.

Malhaya sea la guayaba,  
Cuando yo me la comí,  
Donde mordí yo el veneno  
Para morirme por ti.

Pero no siempre el dulce objeto de estos cantares se mueve a compasión para con su noble poeta. Sino que a las veces sucede que otro más venturoso o más madrugador la tiene hechizada. En este caso el *cantaor* calla desalentado, en tanto que el otro, su afortunado rival, endilga al triste coplas burlonas por este estilo:

Cante, cante, compañero,  
No le tema a los rigores,  
Que si usted tiene dos almas,  
Yo tengo dos corazones.

Cante, cante, compañero,  
No le tenga miedo a naide,  
Que en la copa del sombrero  
Cargo la virgen del Carmen.

Cuando yo estoy cantando  
Hago lo que me da gana,  
De mi pecho hago una torre,  
De mi voz una campana.

## UN HOMBRE FELIZ

¡La felicidad!

He aquí una señora en cuya solicitud se han lanzado con delirante avidez todas las generaciones y tras de la cual ha corrido a torrentes todo el oro que los hombres han extraído de las entrañas de la tierra.

Desde la funesta hora en que la antojadiza Eva se le metió entre ceja y ceja el capricho de comer de la fruta prohibida e incitó al bonachón de Adán a que la saborease, se anda por ahí esta señora Felicidad a salto de mata, como si tuviera algo que ver con lo que pasó allá entre aquel casar de pichones que no cometieron otro pecado que el de quererse francamente, como es natural que se quieran las gentes a quienes no se les permite el disimulo de una miserable tira de lienzo.

¡Y vaya que se han despezuñado los hombres tras de la ilustre fugitiva!

Todos los habitantes racionales convertidos en agentes de la más activa policía, no han logrado dar con sus huellas.

¡Nada menos que mil veinticuatro millones de sabuesos siguiendo la pista de la escapada del Paraíso!

¡Todo el mundo se pierde, todo el mundo parece menos doña Felicia!

Esta es la única mujer que se ha perdido, y con quien no nos estamos tropezando a cada instante.

Yo tengo, sin embargo, un amigo que asegura que la ha atrapado.

Casi estoy por creer que tiene razón.

Félix, que así se llama, es un mozo de talento, lo cual me ahorra el decir que como hombre de imaginación, el dinero le anda siempre por las nubes.

Cuando tenga tiempo y humor me propongo probar que el talento es el peor conductor del flúido aurífero.

Basta decir que el oro no saca su amarillo rostro a flor de tierra, como él muestra el suyo sonrosado a través de la reja de una chica enamorada, porque le reciten un romance o la endilguen un madrigal.

¡Hay que cavar muy duro!

Como iba, pues, diciendo, el pobre Félix no tenía un cuarto, ni para gastarlo ni para vivirlo. Se le pasaba en un casucho de la buena mujer que lo había criado y que le amaba con la ternura de una madre.

Ventura (que bien lo era para él) le lavaba, le cocía el puchero, le remendaba la ropa y le hacía los mandados, pero en cambio vivía gruñéndole por su existencia llena de una conformidad irritante, que no le inspiraba la resolución de cambiarla por otra más holgada.

Félix se reía a pierna suelta de las recriminaciones de Ventura, y le espetaba a cada gruñido, un trozo del "Barbero de Sevilla", un himno nacional o un vals hidrófobo a cuatro manos silbados a las mil maravillas o cantados con una garganta y un pecho... dignos de una reprensión del comisario de barrio.

—Pero niño Félix — le decía en cierta ocasión Ven-

tura a su querido pupilo niño Félix—; estoy pensando que su merced es un hombre muy desgraciado.

—¿Desgraciado yo, Ventura? — le replicó Félix, metiéndose en su hamaca hasta tocar el techo con la punta de los pies—. ¿Desgraciado yo? El hombre más dichoso del mundo, el mortal más afortunado de cuantos pisan el globo terráqueo?

—Sí; eso es. De los que lo pisan; pero su merced no pisa ya sino este aposento terráqueo. Hace un mes, niño Félix, que su merced no tiene zapatos. ¿Cabe mayor felicidad?

Y a la pobre Ventura se le salían las lágrimas viendo los dedos de Félix asomándose con avidez por las persianas de su calzado, como si fueran otras tanta odaliscas aprisionadas en el serrallo de un celoso moro.

—Te equivocas, Ventura. Cuando salgas a la calle repara cuantos mortales andan por ella completamente descalzos como hermanos de San Francisco. A mí me resta todavía un par de suelas y las seis décimas partes de las capelladas. Lo que significa que soy un hombre feliz. Un hombre que tiene algo que perder no es desgraciado.

—Siempre tiene su merced razón, niño, pero yo se lo que digo, y su merced se convencerá.

Félix contestó a esta reticencia de Ventura con un retazo de los "Puritanos", y la pobre mujer lo dejó solo, en tanto que él se desgañitaba gritando: "Suenan la trompa intrépida!..."

Pasados algunos días, Ventura llevó en la mañana el desayuno a Félix y al colocarlo sobre la mesa, se

quedó pensativa y cortada, arrollando el extremo del delantal con los dedos y mirando a los ladrillos.

—Algo tienes tú hoy entre manos, Ventura: algo tienes — le dijo Félix—; habla mujer asustadiza; vamos, ¿qué ocurre?

—Nada, niño Félix, no es nada. Hoy puede su merced mandarme a todas horas. No voy al mercado.

—Y bien. ¿Quién ha de ir?

—Nadie. Hoy no se enciende fuego en el fogón.

—Me alegro.

—¿Cómo va su merced a alegrarse, niño Félix?

—Aelgrándome, Ventura. ¿Pues era poco el fastidio que me causaba el humo de tu maldita cocina?

—Es porque yo cocinaba con virutas de carpintería.

—Pues bien, me fastidia el humo, me oprime los pulmones, me asfixia. De aquí en adelante cocinarás sólo con carbón.

—Si ya le he dicho que no hay en la casa un real partido por la mitad. Esto es el colmo de la infelicidad, niño Félix.

Y la pobre mujer tuvo que hacer mil pucheros para contener las lágrimas.

—Eso crees tú, Ventura. Si pudieras informarte en el vecindario cuántos días como este tiene a la semana cada familia, ten convencerías de que lo de hoy es solamente un eclipse parcial, pues que aun veo allí ese soberbio desayuno que acabas de traerme. ¡Cuántas infelices darían un ojo por esa taza de café, así, con esa borra sobrenadando y todo, y por ese pedazo de pan recalentado! Compara, Ventura, compara y dime si soy o no, un hombre feliz.

Ventura se retiró gruñendo siempre y Félix se que-

dó silbando las variaciones del "Carnaval de Venecia".

De repente se interrumpió para llamar.

—¡Ventura! ¡Ventura!

—¿Ha llamado su merced? Ha encontrado por acaso alguna moneda olvidada?

—A mí no se me olvidan jamás las monedas. No es dinero lo que he encontrado sino su equivalente.

—Alguna prenda tal vez...

—No, Ventura, yo no poseo otras prendas que las morales, y los usureros no tienen balanza para esa clase de joyas. He recordado simplemente un dicho filosófico que asienta: "Que quién duerme, come" y yo voy a dormir para comer. Cierra las puertas y ten cuidado de despertarme a las tres de la tarde, no sea que atrape una indigestión.

A los pocos días, Ventura se presentó de nuevo a nuestro amigo.

Llevaba en la mano algo que le inspiraba el horror de un cadáver. Era un pantalón: el único pantalón de Félix.

—¿Qué es eso, Ventura? ¿Qué tienes que no parece sino que fuera yo Jacob y tú me trajeses la túnica ensangrentada de José?

—Niño Félix, su merced ha quedado en cueros. El pantalón no aguanta un remiendo más. Está casi deshecho.

—Podías haberte ahorrado la noticia trayéndome una sábana, una servilleta, un periódico, cualquier cosa con qué cumplir con los escrúpulos de la honestidad.

—Pero niño Félix, esta es la última desgracia...

—¡Desgracia! ¡Desgracia!... Siempre tienes esa maldita palabra en los labios. Yo no sé quien te ha enseñado a pronunciarla. Una mujer que se llama Ventura

y que tiene un pupilo que se llama Félix, no debía emplear jamás ese vocablo.

—¿Y quiere su merced más desgracia que tener que vivir en pelota?

—Mira, pobre Ventura, toma ahí ese libro y dáme-lo acá.

—Bien. ¿Ves estas figuras?

—¡Ave María Purísima, niño! ¡Qué sinvergüenzas son esos cristianos! ¿Y hay gentes que vivan así con el puro pellejo al aire?

—Así viven, Ventura, y viven a sus anchas. Son gentes que no se meten en camisas de once ni de ninguna vara. Seres que viven libres e independientes de todo yugo civilizador. Cuando los hombres de pantalón y levita nos les acercamos para ofrecerles telas con qué cubrirse, libros con qué ilustrarse, y medios para enriquecerse, nos mandan una lluvia de flechas envenenadas que nos hacen retroceder, a nosotros, los representantes de la civilización y del cañón Krupp.

—Sin embargo, esos son unos desdichados, niño Félix. Yo no creo que su merced, que siempre se está comparando con los demás para sacar en claro que es feliz, se atreva a compararse con esos miserables que deben tener más frío que un calenturiento de tercianas.

—Eso es justamente lo que yo hago; me comparo con ellos. Sólo que como hay diversas opiniones respecto a estos seres, asegurando unos que son en extremo dichosos, y diciendo otros que son muy desgraciados, yo saco de ambas suposiciones la razón para probar que soy un hombre feliz por más que tú no quieras convencerte de ello.

Ventura sentía ya que el hipo del llanto le venía

a la garganta, y comenzaba a desconfiar del juicio de su querido niño Félix.

—Pues bien, Ventura — añadió éste—; si esos salvajes son desdichados, como tu dices, y algunos opinan, tan sólo porque viven desnudos y a la intemperie, yo soy más feliz que ellos, puesto que aun me resta una ruina de mis pantalones. Si, por el contrario, son dichosos en ese estado, como es razonable creer, vista la obstinación con que rechazan las comodidades de la civilización, preciso es convenir que dentro de poco, cuando haya desaparecido la última hilacha de mi vestido, seré el hombre más feliz de la tierra. Adán dejó de serlo, Ventura, el día en que renunció a la frescura de la piel para cubrirse con la maldita hoja de higuera, que como sabes muy bien, que entre los remedios caseros hace las veces de un excelente sinapismo.

Y diciendo estas palabras, Félix se creyó transportado al Paraíso y se abandonó a las dulzuras primitivas del pellejo a todo viento.

La pobre mujer escandalizada, se fué corriendo dejándolo encerrado como a un loco, pero Félix cantaba a todo pulmón el

Gloria al bravo pueblo  
Que el yugo lanzó,  
La ley respetando,  
La virtud y honor.

Algunos momentos después de esta escena pasé por su casa a tiempo que repetía a manera de ritornello, con su voz de barítono hambriento, estos dos últimos versos:

La ley respetando,  
La virtud y honor.

Penetré en la habitación, me lo contó todo la desolada Ventura, y a través de aquella historia joco-seria deduje esta lección de alta filosofía practicada con alguna exageración por mi amigo Félix:

“Si queremos ser felices, comparémonos siempre con aquellos que tienen menos bienes y más dolores que nosotros”.

Desde entonces profeso esa doctrina a pie juntillas, y ese es el secreto de por que no ambiciono las riquezas, aguardo impasible la adversidad y siempre tengo en los labios una sonrisa para el mundo.

Por lo que hace a mi amigo Félix, a quien debo tan provechosa máxima, si alguna vez se acometiese una nueva edición de *los filósofos de la antigüedad*, me he de empeñar en que lo coloquen entre éstos en lugar de Diógenes.

Félix ha probado que el tonel es una superfluidad, propia acaso de un sibarita, pero indigna de un filósofo.

LAS CUATRO  
CAMAS DEL CURA

No sabría decir hoy cómo me alcanzaba el tiempo para todo lo que yo hacía en Roma, pero es lo cierto que en diez días había cansado a tres guías, importunado a preguntas a todos los agentes de policía, parado en la calle a toda persona que me parecía tener un tipo particular, registrado todo el Trastevere buscando

narices romanas, visitado los mercados, probando mantecas, catando vinos, pesando pollos, oliendo quesos y obligando a todas aquellas buenas mujeres a decirme pestes en sabrosísimo italiano, fastidiadas de tanto curiosear y no comprar nada. Otro tanto sucedía en las tiendas, en los bazares, en dondequiera que hubiese una puerta y cupiese un hombre ansioso de conocerlo todo.

Solíame acompañar a estas excursiones anti-artísticas pero útiles para conocer un pueblo, un amigo mío, italiano, bondadoso, paciente como pocos.

Un día, al pasar por la centésima vez por el Corso, en cuyas aceras de tres cuartas de ancho apenas caben dos personas, alcancé a ver en la ventana de una tienda un objeto singular.

—¿Qué es esto? — pregunté al instante a mi amigo.

—Esto es un *prete*.

—¡Cómo! ¿Un cura de hierro y cobre?

—No, señor, no es ciertamente un cura, pero a ese instrumento se le llama *prete*, que en verdad quiere decir cura y que yo no sé qué analogía pueda existir entre el oficio de ese aparato y la profesión de un sacerdote.

—¿Y para qué se usa ese aparato?

—Para calentar las camas en el invierno. Esa parte redonda se llena de agua hirviendo, la criada lo agarra por el mango y va paseando el disco caliente por debajo de las sábanas y cobertores, antes de acostarse las personas en el lecho.

—¿Y a eso lo llaman utsedes...?

—*Prete*, como le he dicho antes.

—Pues ya no veré el fulano este sin que me haga cosquillas la risa.

—Y más se habrá usted de reir — añadió mi amigo—, cuando le refiera yo uno de los mil *quid pro quos* a que ha dado lugar ese mueble.

—Refiéralo usted ahora mismo, en caliente, que es como esas cosas saben mejor, y además no se corre el riesgo de que se olviden.

—Estamos como usted sabe, en la capital del mundo católico y aunque hay muchos romanos que creen en Humberto, hay muchos también que creen y esperan en el Papa.

—Me consta.

—Muchos denigran de los sacerdotes, pero también muchos los quieren y hasta los deifican.

—Me consta.

—Y la clase aristocrática de Roma no da su brazo a torcer a esta que llaman algunos invasión italiana, y aunque es cierto que toda esa gente va diariamente al Quirinal, también va al Vaticano, con lo cual enciende una vela a San Miguel y otra vela al diablo.

—Me consta, igualmente.

—Varias de esas familias nobles tienen en sus palacios a sacerdotes que les sirven de preceptores a sus hijos, con lo cual protegen a los curas y se aprovechan de sus luces.

En uno de esos palacios inmensos, vive con su familia el príncipe N., y se aloja allí también un cura con cargo de instruir a los niños. Hace pocos días que el buen señor se sintió indispuerto, y a la hora de dar la lección nocturna de costumbre, envió a decir a la señora princesa, que él se quedaría en cama esa noche, y que le dispensara la lección. La señora le significó su aprobación y no volvió a acordarse del cura. A eso de las nueve de la noche, llamó a la criada, una ca-

labresa recién llegada a Roma a servir por primera vez en su vida en ciudad grande y en casa noble.

—Mira, ragazza — dijo la señora—, toma el *prete* y pásalo a la cama de mi hija mayor.

La muchacha se fué derecho al cuarto del cura, a quien encontró acostado y envuelto en las mantas sudando un catarro de mil demonios que había cogido esa mañana al entrar por la puerta de San Pedro, en donde sopla un viento como para matar de pulmonía a todo un cónclave.

—Señor *prete* — le dijo la calabresa—, véngase usted conmigo.

—¿Adónde he de ir contigo, descarriada criatura?

—La señora manda que le lleve a la cama de la niña mayor.

—Si estoy perfectamente en esta cama, mujer de Dios.

—Es orden de la señora.

—Pues, vamos, hija, y todo sea por amor de Nuestro Señor.

Y púsose en camino el *prete*, hasta echarse en la cama de la niña, con cuyas perfumadas sábanas se envolvió a continuar su interrumpido sudor.

—¿Has pasado el *prete* a la cama de la niña? — preguntó la noble matrona a la criada.

—Sí, señora.

—Pues anda y pásalo ahora a la cama de la otra niña.

—Señor *prete*, señor *prete*, levántese usted, y sígame a la cama de la otra de las niñas — le dijo la muchacha al pobre señor, que ya comenzaba a sentir el dulce mareíto del sueño.

—Por los clavos de Cristo, déjame en paz, desdichada.

—Es orden de la señora, y debo obedecer.

—Pero no puede ser, muchacha, no puede ser; y aquí me quedo.

—Me despedirán, señor cura, y apenas tengo un día en la casa.

Y se echó a llorar la infeliz.

—Vamos, pues, vamos, hija, iré donde quieras, que más trajinó Cristo de Herodes a Pilatos y viceversa.

Y en efecto, a medio vestir y a medio sudar, siguió el reverendo a la criada hasta meterse en la cama de la segunda niña de la casa.

—¿Has hecho lo que te he mandado? — preguntó la señora a la diligente criada.

—Conforme lo ordenó la señora.

—Pues ahora pasarás el *prete* a la cama de la niña menor.

La pobre muchacha más azorada que viva salió a obedecer.

—Señor *prete*, señor *prete*, perdone usted pero la señora me manda que le lleve a la cama de la niña menor.

—Pero esto es un suplicio, hija. ¿Qué le ha dado a tu ama esta noche?

—Yo no sé, señor cura, parecen cosas de loco, pero a mí no me corresponde sino obedecer; conque levántese su Reverencia y véngase conmigo.

Ganas tenía el buen cura de prorrumpir en una endemoniada bravata, pero se reprimió, y haciendo la señal de la cruz se persignó y dió un hondísimo suspiro.

—Estoy presto al sacrificio — dijo, y echó a andar hacia el dormitorio de la niña menor.

—Dirás ahora a tu ama, buena mujer, que ni que me mande a echar perros rabiosos me levantaré otra vez, que aquí me quedo y que muy temprano abandonaré este palacio, que no parece sino que el diablo ha poseído a su antes discreta dueña.

—¿Has pasado el *prete* a la cama de la niña? — preguntó la dama a la ya atónita sirvienta.

—Sí, señora, allí queda.

—¿Cómo que allí queda? Pues marcha corriendo y pásalo a mi cama. ¿No te mueves? ¿Que haces ahí parada como la columna de Trajano?—

—Señora, usted me perdone, pero el *prete* está hecho un basilisco y dice que no pasará a otro lecho aunque lo mande el mismo Papa.

—¡Desdichada! ¡Tu has hecho alguna barbaridad! ¿De qué *prete* me hablas?

—Del señor cura, a quien he pasado ya a tres camas, tal como usted me lo ha mandado.

—¡Eres una bestia! ¿No sabes infeliz, que *prete* se llama el calentador?

—¡Pre la Madona dei Angeli!, señora, ¿cómo había yo de imaginarme que en Roma diesen a ese chisme el nombre de los sacerdotes?

—Pues ya lo ves, *testa di pietra*, que por tu imbecilidad, ni las camas se han calentado y el pobre señor *prete* se habrá resfriado. Por la mañana te marchas.

Y en efecto, se marchó la calabresa, pero en la misma mañana el señor *prete* ensilló la mulita de San Francisco y se marchó también a sudar su catarro en una fonda del *Borgo Vecchio*.

## LA FUERZA DEL DESTINO

Era el tío Calamar todo lo que en el rudo lenguaje de playa se llama un lobo marino. Hijo de pescador, nieto de marinero de travesía, biznieto de pirata negro, y tataranieto de proel de *gurapas*, tenía el alquitrán y la sal en la sangre como todos los de su dinastía, larga y predestinada a los rudos oficios de la mar.

En otra cosa se cumplía también, en este, como en los demás ejemplares de la familia, la ley fatal de la herencia, y era en aquello de ser todos ellos infelices por el lado conyugal, no contándose Calamar, y mucho menos Calamares, que hubiesen logrado de sus respectivas mujeres aquella fidelidad a espaldas vueltas, que Homero pone por los cuernos de la luna a propósito de Penélope, en la larga ausencia de Ulises.

La brevedad que exige este género de relatos, me obliga, más pronto de lo que merecen sus hechos navales, a deshacerme de este primer personaje de mi verídica historia; y al efecto, salvo mejor parecer de los piadosos lectores, se me antoja hacerlo morir de un reumatismo agudo, que al buen tío me le arropa todo aquel su macizo torso de tritón y me le paraliza la más noble de las vísceras; pero no tan súbito que no le fuese dado, antes de poner proa a la eternidad, el llamar a su digno hijo, el joven Calamar, y hablarle valerosamente en esta guisa:

—Oye, muchacho; y embica bien la atención a mis palabras, porque no serán muchas; pues ya ves que me flamea el foque, y voy a virar por redondo. Oye, hijo; no echés el anzuelo a **mujer** que sea de playa, aunque

las veas venir en cardumen. Búscate mujer de tierra adentro, que no sepa ni siquiera emplomar una tarra-lla, ni remendar una vela; porque has de saber que después de haberlo yo pensado y timoneado mucho en los bordos de la práctica, con rumbo a la experiencia, he venido a ver en la vitácora que la mala suerte que a todos los de nuestra familia nos persigue como barco pirata, estriba en que hemos dado siempre en sacar mujer de junto a este charco; y ya habrás oído decir, hijo, que es la mar espejo de la mudanza y patrona de la traición.

Y no dijo más el buen viejo, a no ser la expresión brava y resuelta con que, en una colosal boqueada, anunció la gran virada para el otro mundo, exclamando:

—¡Allá va con Dios!

—¡Vaya con la Virgen! — contestaron contritos y enternecidos sus camaradas los pescadores, que de rodillas rodeaban el lecho mortuorio.

Lloró los primeros días el pobre huérfano, mas al cabo de una semana se dió a la mar; y ella, la vieja madre de los acres besos, le consoló con su aliento pleno de las sales de la vida y la alegría.

Propietario de una barca de dos remos, varias nasas, redes nuevas y otros aparejos marineros y de pesca; joven, vigoroso y bien cortado como una balandra de regata, nada de extraño fué que las mozas del puerto se bebieran los vientos por abordarle con miras piratescas. Pero nada. Fiel a los consejos de su venerable padre, el joven marino las veía venir por barlovento, y al punto cazaba escota, metía toda la caña, y proa a la mar; yéndose de holina y a toda vela.

Cierto día en que hacía un calor de mil demonios,

reinaba una calma chicha y el peje no mordía, recogió Calamar los anzuelos, tiró la carnada al cesto, y se puso a meditar, con una mano en el timón y la otra en la mejilla. Sentía algo singular, un bochorno que le alteraba la sangre, una agitación grande y una ansiedad por cosas en que antes no había pensado. Atribuyólo al principio a la mucha calentura del sol; pero no tardó en conocer que la procesión le andaba por dentro y se dijo para sí:

—No hay que darle vueltas; esto es el corazón que me pide mujer.

Con que, amigo Calamar, a buscarla que no sea de playa. Acordarse de la boqueada del viejo; echarse tierra adentro, y Dios dirá.

Y héteme aquí que nuestro joven alquitrán se pone en viaje, entrándose por campos, valles, cerros y trochas, llevando al hombro, para lo que luego se verá, un remo de su barca.

Al pasar por una vera, topó con una guapa rusticana, que desgranaba unas cerezas, no tan rojas como su boca, y a lo que yo infiero, no tan dulces como sus besos, en caso de que los diera o se los dejara robar.

Esta muchacha, pensó el joven pescador, me vendría, pues no debe saber nada de las artes de la mar.

Pero como si hubiera leído su pensamiento, la moza, que se le había quedado mirando mientras chupaba sus guindas, exclamó:

—¿A dónde irá por aquí este hombre, con ese remo a cuestas?

—Por poquito encallo — dijo entre dientes el mancebo—, y siguió su marcha, sin volver los ojos a la tai-

mada aquélla, que sabía lo que era un remo, y acaso también todo el arte de navegar.

Allá muy lejos, sobre la cima de un cerro, encontró otra joven campesina, graciosa y carnuda, que llevaba un cesto de frutas en la cabeza, y se contoneaba al andar, puestos los brazos en jarras. Y el tierno Calamar, sintiéndose como metido en su propia tinta, pensó lo que sigue:

—Lo que es esta, aunque se mueve como un bergantín, estoy seguro de que no sabe cosas de marinería.

Pero de su contemplación y contento le sacó la moza aquella diciéndole:

—¡Mire, señor, que se le cae el *canalete*!

Viró prontamente de rumbo el marino, viendo que por allí las chicas entendían también de náutica; y se encaminó hacia un valle, en que se asentaba un villorrio muy chico y escondido entre el bosque.

Una mozueta que en la fuente vecina restregaba ropa blanca, hermosa ella como un lucero, lozana ella y a más de todo medrosa y tímida, vió venir a Calamar con su remo, y recatándose un tanto, dijo, como para que no la oyeran:

—¡Válgame Dios con el hombre; y qué irá a hacer con esa *paleta* tan grandísima con que va cargando!

El corazón de Calamar le saltó dentro del pecho como un pez que muerde el anzuelo, y no le fué posible contener esta o alguna parecida exclamación:

—¡Arría trinquete y mayor... y soltar el ancla!

Y en efecto, allí fondeó. En breves días se hizo el amor, y en pocos más se arregló la boda. ¡Qué dicha! Encontrar al fin una mujer que no conociese lo que era un remo, que no entendiese pizca de cosas de la mar, que probablemente jamás había visto ni pintadas sus

ondas traidoras! La ventura conyugal estaba asegurada.

Se casaron, pues, y como en circunstancias tales toda dilación es enojosa para los novios, que lo que quieren es estar, cuanto antes a solas, por mí no habrán éstos de penar; y así, de rondón, diré que concluida la ceremonia, se fueron a la casa, en donde la buena madre de la desposada tenía dispuestos refrescos para los parientes y amigos, y un lecho nupcial para los novios, que parecía más bien cama para dos príncipes consortes, cuando no por lo rico y espléndido, sí por lo amplio del marco y por lo aseado de las sábanas.

Y corramos, lector curioso, que el caso requiere prisa, y sobre todo, frugalidad de palabras. Dió el novio a la hermosa el beso sacramental, ese primer sello de la escritura de posesión, el cual devolvió ella con otro afectuoso, pero con sordina, tal como lo manda que sea, el ritual del femenino pudor.

Calamar la miraba embebecido. ¡Qué modestia, qué sublime ignorancia del amor, y sobre todo, de las cosas de la mar!

Señores convidados, a despedirse, que ya es tarde, y aquí vuestas mercedes sobran. Los preparativos de la boda han fatigado a los novios y querrán descansar.

—Durmamos, hija — le insinuó Calamar a su esposa, mirando a hito el muelle tálamo.

Y ella le preguntó, con un dejo que a leguas sonaba a playa:

—¿Por que *banda* se va *usté* a acostar? ¿Por *babor*, o *estribor*?

El pobre mozo se quedó como hecho de una pieza. Quiso luego echar a correr; ¡pero era tan bella su marinera de tierra adentro, que se quedó conforme entre

sus brazos, pensando filosóficamente en la fuerza del destino, y persuadido de que los Calamares estaban todos predestinados.

## LOS NERVIOS

Peso ciento ochenta libras inglesas: mido cinco piés y ocho pulgadas del talón a la raíz del pelo; y en mi cara se vende más salud que en una farmacia. Cualquiera al observar la cuasi bermeja color de mi tez, juraría que ello es efecto de estimulantes, cuando en verdad que ni el zumo de las parras, ni los alcohólicos fermentos entran jamás en mi reino. En una palabra, soy lo que un Agente de seguros de vida llamaría "un buen riesgo".

Pero vaya usted a fiarse de apariencias. En oposición a estas saludables condiciones de mi naturaleza, padezco un achaque insufrible, que me hace desgraciado. Tengo nervios.

No hay que imaginarse por esto que soy persona que se desmaye porque delante de mí le rebanen la cabeza a cualquier prójimo. Hombre soy de los de pelo en pecho, y como la cosa sea gorda, la afronto. Mis nervios entonces se templan y engruesan, y pudiera decirse que todo mi cuerpo se vuelve músculos.

Mi especialidad consiste en lo pequeño, en lo diminuto, en aquello en que otros ni siquiera paran mientes. Un zapato que cruje, un gozne que rechina, un tenor que da gallo, un violín que rasca las tripas, un orador que no acierta con el hilo de su discurso, un hablador que no deja meter baza, un tartamudo que

masca las palabras, un bizco que me mira por carambola, son cosas que me sacrifican, que me revientan.

Los amigos más caros a mi corazón los he perdido por causa de esa maldita idiosincrasia. Uno tenía, por quien hubiera dado gustoso la vida. Amistad de diez años, pruebas mutuas de cariño, sacrificios desinteresados, todo se lo llevó pateta en una sola noche. Por la primera vez dormimos en la misma pieza, aunque en distintos lechos. Antes de irnos a la cama fumamos un puro, echamos un párrafo, dímonos las buenas noches y venga el señor Morfeo. ¿Morfeo dijiste? ni por pienso. Al cabo de un instante, mi amigo comenzó a resollar grueso como quien prepara un fuelle de iglesia para entonar vísperas en el órgano; luego dejó escapar de su garganta unos registros en recalcitrantes escalas cromáticas; pausa de semínima, y de repente un *tutti* a grande orquesta. Flautas agudas, cuernos graves, trombones profundos, oboes quejumbrosos; ¡qué concierto más completo!

—¡Pepe... Pepito... Pepillo! Despierta; chico, que estás roncando.

—¿De veras? Pues es extraño, porque nunca ronco. Será que estoy echado sobre el corazón. Y se volteó del lado del hígado.

Silencio de algunos minutos; a poco rato nuevo soplar de fuelles, probar de instrumentos, afinar del *la*, y *da capo al signo*, con redoblado furor y apresurado compás de *allegro vivace*.

—¡Pepe... Pepito... Pepillo... Pepete!

—¿Qué es, hombre?

—Que vuelves a roncar, querido.

—Será a causa de la almohada. — Y volteó la almohada.

Breve rato tardó en proseguir el interrumpido concierto. De la obertura de Lohengrin pasó el inconsiderado amigo a la de Tanhauser, y acaso me hubiera obsequiado con todo el selecto repertorio de Wagner, a no ser que le llamé de nuevo.

—Pepe... Pepito... Pe...

—Vete en horamala, hombre, que no me dejas dormir. ¡Ahí te dejo tu cama y tu casa!

Levantóse airado, vistióse de prisa y se marchó. Hasta el sol de hoy. Buen amigo, excelente mancebo; te he perdido para siempre. ¿Qué vamos a hacer? Estos nervios...

Viene ahora a mi recuerdo Paco Sánchez, el mozo más cabal que he conocido en la tierra. Una perla de muchacho; pero se comía las uñas. Con disimulo comenzaba por llevarse el dedo a la boca, así como quien se acaricia el bozo. En seguida la carcomida uña entraba voluntaria al holocausto; rasgábase la carne, corría la sangre, y mis pobres nervios parecía que iban a estallar. ¡Qué suplicio! Al fin pudieron más que mi prudencia esos filamentos invisibles, y me hicieron saltar sobre el voraz antropófago, y arrancarle de los dientes aquella su propia diestra, que se comía cruda y a pedazos. ¡Pobre Paco Sánchez! Si el inocente afán de devorarte a ti mismo te ha dejado siquiera una sola mano útil, a ella alargo yo la mía para implorar tu perdón.

Aseguran que la falta de la letra R en ciertos meses del año enflaquece y enferma a las ostras. Lo propio me sucede a mí cuando oigo suprimir o falsificar el sonido de esa consonante.

—Permítame usted, hermosa niña, que ofrezca a usted ese vaso de *sangría*, dije en cierta reunión de fa-

milia a una agraciada muchada que acababa de llamarme la atención por su modesta belleza. Tenía yo diez y ocho años, la edad del rococó en el pañuelo y en la galantería, y añadí: — Es usted, en verdad, señorita la flor más galana de este pensil...

Abrió la niña los lindos labios, y por ellos dejó escapar este inverosímil vocablo:

—Favol...

Esa ele fatal me atravesó la epidermis y fué a herir mis nervios. Flaqueáronme las piernas, tembláronme los brazos, y la fuente, y la copa y el liquido cayeron sobre el traje de la dama. A su lado estaba la madre. ¡Ay! el defecto de pronunciación era defecto de familia, porque al notar mi adefesio, la buena señora exclamó:

—¡Qué horrol!

Sentime caer y caí, sentado sobre un gordo que en un sillón vecino estaba repantigado, entretenido en cerrar y abrir el abanico de la infeliz doncella. Rompióse el abanico, enojóse el gordo y yo quedé confundido. ¡Estos malditos nervios!

Zagalejo era yo cuando en una sociedad de aficionados se me adjudicó el papel de don Pedro de Castilla en el drama de "El zapatero y el rey". Una moza del pueblo, una de esas hermosuras de orilla, que son las únicas que por allá suelen hacerse cargo de tales prebendas, hacia de la hija del zapatero, y en su transporte amoroso olvidó las erres que se le habían enseñado, y nos espetó la siguiente cuarteta:

    Cuando ese hombre amod me juda,  
    Lo juda con tal pasión,  
    Que obliga a mi codazón  
    A creed en su impostuda.

Desgañitóse en risas y en gritos el auditorio, pero yo me enfermé. Aquellas erres se clavaron todas, como tachuelas negras, en mi sistema nervioso, y no me fué posible volver a las tablas. ¡El Rey! clamaba el público, viendo que el fiero don Pedro no salía. ¡Qué había de salir! Detrás de bastidores estaba yo, y... allá va corona de cartón dorado, allá va capa de pañolón carmesí, allá medias blancas de mujer, y allá de la Verónica prestados canelones. Toda la regia pompa de que estaba yo vestido quedó allí por los suelos y yo me fuí a casa enfurecido, crispado, hecho un basilisco contra aquella desdichada que me había asesinado en cuatro versos de Zorrilla.

¿Y qué decir de las veces que en banquetes oficiales o en comidas caseras he tenido por delante convidados inicuos, que me han mortificado hasta la crueldad metiéndose el cuchillo entre la boca y sonándolo entre los dientes; y otros que creían indispensable a la masticación el sonar las mandíbulas, a semejanza de ese doméstico cuadrúpedo, al cual no miento ahora porque ninguno de los cuatro nombres que darle solemos cuadra bien en un párrafo medianamente literario?

Y nada diré tampoco de aquello de ver a personas que muy bien sabido se tienen que no existe comunicación practicable entre las fosas nasales y la cavidad del cerebro, y que no embargante esta convicción anatómica, se ejercitan distraídos en echar el índice por esos pasadizos de la respiración, como si tuviesen empeño en tocarse los sesos. ¡Y tenga usted nervios y vea usted eso con sangre fría!

Y a menos que fuera una apergaminada momia egipcia, sin sensibilidad y sin vida, ¿podiera soportar impasible a los que suenan las coyunturas de los dedos

ya en entretenido fuego grancado, ya en descargas cerradas de todos los diez mandamientos a la vez? Y los que mientras uno habla remedan con sus muecas todos los gestos de nuestra fisonomía; y los que para hacer cualquiera manipulación, para abotonarse un puño, para formar el lazo de la corbata, para atar la faja del paraguas, etc., etc., sacan a lucir dos pulgadas de lengua, que luego muerden a proporción que aprietan, hasta imaginarse uno que va a caer al suelo el pedazo rojo, amoratado como remolacha?

El mundo, dijo cierto machetón de mi país, es de los audaces.

El mundo, digo yo, es de los que no tienen nervios.

## IDILO QUE TERMINA EN QUIJOTADA

*Recuerdos de la infancia*

El viejo marqués de Sorzano, que yo apostaría a que le ha tocado en el cielo su buena tajada de bienaventuranza, solía decirnos:

—Desengáñense muchachos; los chicos de ahora son unos babiecas todos. Figúrense qué trozos de pillines éramos los de mi tiempo, que cuando el aguador llegaba a casa, tirábamos de la cola a su borrico, duro, muy duro, hasta que el pobre animal se imaginaba que nos íbamos a quedar con su rabo. Si les digo a ustedes que éramos la misma piel del diablo.”

Yo no podría dar fe de lo que fueran los chicos del tiempo en que emporcó bragas el bueno del marqués.

pero si me atrevo a asegurar que en la época en que yo y mis contemporáneos andábamos mataperreando por calles y bardales, hacíamos algo más que tirar de la cola a los pollinos de los aguadores; así como también me aventuro a declarar que en punto a malicia, los chicos de mi año éramos ángeles de retablo en comparación con los de ogaño.

Entre mis camaradas de escuela prefería yo a Pepe Lozano, quien para el momento en que este verídico relato comienza, entraba como yo en la antipática transición aquella en que los muchachos no hablan sino en gallipavos, y en que la sal de la gracia se les trueca en sal de purga, pero en la cual se prepara a estallar, con el brote de la pubertad, el dulce sentimiento del amor, que por toda el alma se irradia, como de la sonora cuerda, templada en delicado tono, sale la nota, etcétera.

Suficiente causa era ésta de la paridad de edades para el afecto que nos unía, pero había además otra que consistía en la disparidad de aptitudes. Lozanito no lo era con relación a la gramática, y yo vine al mundo sin el órgano de la aritmética; por lo que tácitamente concertamos una alianza ofensiva y defensiva contra aquellos dos textos, cuyas lecciones nos soplabamos recíprocamente, sobre todo en ciertos días en que nuestro profesor, más avinagrado que de costumbre, apenas mascullábamos las respuestas, blandía la recia férula, y como si le dijese "descomponete cachiporrita," granizaba palos que era un contento.

De la media docena cabal que cierto recién llegado profesor de francés logró reclutar entre nosotros para una clase nocturna que estableciera, componíamos mi amigo y yo la tercera parte. Duró la clase aquella mu-

cho más que la rosa de Malherbes, pues que vivió el espacio de seis noches; y si no lo tiene a mal el bondadoso lector, desperdiciaré unos pocos renglones para instruirle sobre el maravilloso método de enseñanza de pronunciación francesa de aquel insigne maestro, consistente en curiosísimos ejercicios de vocalización, que daban por resultado el más completo destorsalamiento que se puede imaginar.

Para producir la *a*, debíamos abrir la boca hasta decosernos las boqueras; en tanto que la *e* muda había que sacarla de los labios recogidos como para soplar tizones; pero lo más peliagudo era cuando llegaba su turno a la *u* francesa; porque habíamos de fruncir el hocico a manera de los murciélagos que los muchachos ponen a fumar cigarros; mueca asaz molesta, que el ingenioso profesor facilitaba haciéndonos comer previamente marañones verdes o cualquiera otra fruta astringente, con cuya fruncidora virtud quedaban los seis hociquitos de la clase lindamente recogidos y aguzados, y salía por ellos cada *u* francesa como una perla.

Queda dicho ya que estas lecciones no duraron sino la miseria de una semana; lo que fué muy contrario a los deseos de mi amigo y yo, acostumbrados ya a pasar juntos un rato de la noche.

En la que se siguió a la última lección de francés aparecióseme Pepe muy ufano por haber encontrado un medio de matar agradablemente las nocturnas horas, y al anunciarme su idea sacaba del bolsillo un pequeño volumen con cubierta verde. Titulábase el librito *Pablo y Virginia*.

Entramos en mi cuarto, y a la mortecina luz de una vela de sebo, de manufactura criolla, dimos comienzo a la lectura de aquel tesoro, desde la página de guar-

da, en la que mi amigo, de su puño y letra y con caracteres caligráficos, para lo cual el muchacho era un águila, había escrito la copla sacramental de nuestros textos de escuela, especie de requisitoria poética, que decía así:

Si este libro se perdiere,  
Como puede suceder,  
Suplico al que se lo hallare,  
Que me lo sepa volver.  
Si no supiere mi nombre  
Aquí bajo lo pondré.

Pepe Lozano

No habíamos leído treinta páginas del libro, y ya los ojos de Lozanito manaban ternura líquida, lloraba yo y choreraba lagrimones la triste vela, si bien esta última por la circunstancia de llegarle un airecito colado proveniente del postigo que daba al patio. A Pepe y a mí nos llegaba también algo así como un vientecito colado, que refrescaba el corazón y que parecía venir de cumbres y valles floridos arrastrando aromas y armonías jamás sentidas ni escuchadas. En ciertos pasajes del adorable idilio teníamos que suspender por un instante la lectura mientras se deshacía en la garganta el nudo formado por la emoción hasta embargarnos la voz; y a decir verdad, sentía yo un delicioso cosquilleo en todo el cuerpo, como si otro ser, que yo ignoraba que durmiese dentro de mí, se desperezase con mis propios nervios y me robase mi alma de niño para darme la suya adulta y transparente, a través de la cual todo cuanto me rodeaba, desde la llamita de luz que iba consumiendo cariñosamente la bujía, hasta la

lejana estrella que columbraba a ver engarzada en lo profundo del negro firmamento, me hablaba de amor sublime y casto.

Mi amigo me comunicaba sus impresiones, y en estado semejante al que yo disfrutaba. —Mira, me decía de súbito; ¿sabes lo que pienso? Me imagino que mañana, cuando vayamos al río, lo menos que he de querer será nadar en él, ni zabullir, ni hacer zapatetas, como de costumbre; sino que me he de sentar a su orilla a ver correr sus aguas y a enviar con ellas mensajes de amor a un ser misterioso que no conozco, que no sé como es, ni donde vive, pero que apostarí a que existe. Parece, chico, que ni el monte ni las vegas tendrán para mi el atractivo de las frutas que a los pájaros y a los vegueros solemos robar; sino el de la tibia sombra de sus árboles y el perfume de sus flores, que han de parecerme calor y fragancia de ese ser que adivino, y por cuya existencia y paradero he de preguntar a las avechitas vagabundas que por todas partes van, y a las cuales te juro que no tengo ya maldita la gana de ponerles trampas ni ligas, sino de acariciarlas a todas en mi pecho y darles de comer en las palmas de mis manos.

A todas estas el grosero pábilo de la vela se había doblado hecho un largo candil, y la derretía por un costado, hasta formar un pozo de pestilente sebo en la palmatoria.

—Pepe, dije yo a éste cuando concluimos sollozando el tierno idilio; Pepe, amigo mío, no podemos vivir sin nuestra Virginia.

Lozanito no respondió palabra, pero echándose los brazos al cuello y limpiándose los ojos con mi corbata, gemía y moqueaba que daba lástima.

Desde ese momento no tuvimos otro propósito sino buscar a Virginia. La vida nos iba en ello.

No tuvimos que trajinar mucho para encontrar a nuestro soñado ideal. La primera chica de quince que topamos, nos dió el golpe de gracia con el par de ojazos que tenía; dos soles negros, como no los hay en el mismo firmamento. Al fondo de nuestros corazones llegó aquella mirada de las dos divinas tinieblas, y no es para descrito lo que en el momento sentimos. Apenas tuvimos aliento y voz para decirnos el uno al otro: — ¡Es ella!

Cierto día en que se jugaban novillos encerrados en la plaza, concurrimos a ellos Lozanito y yo. Un impulso misterioso nos arrastraba a aquella fiesta, de la que no podía gozar como antes nuestro ánimo. Media docena de bravos bichos, con las astas como leznas bufaban por salirse del toril formado en la abertura de un callejón, en tanto que de los balcones, ventanas y talanqueras repletos de gente salían gritos de impaciencia y resonaba la diana tocada por una corneta, un pífano y un tambor. A la hora convenida se abrió el toril, salió como a reconocer la situación un novillo de grande alzada, miró receloso a los jinetes que le aguardaban, y pareció resuelto a volverse atrás; pero en ese momento un trabuquero apostado a la entrada del chiquero le descerrajó el arma en los hocicos. Asustado por la detonación, el toro lanzó un bramido feroz, y echó a correr del lado opuesto a los caballos, que veloces y en tropel le persiguieron. A poco trecho un gallardo jinete lo alcanzó y arrollándose el extremo de la cola en la diestra, espoleó el caballo, echado ya de un costado de su noble bruto, sin otro apoyo que el talón clavado al borren de su *vaquera*, y tirando con

increíble fuerza y violento ímpetu, arrastró al toro, que cayó despatarrado sobre la viva piedra, en tanto que el garrido mozo se enderezaba sobre la silla, y poniendo a modoso trote su briosa cabalgadura, volvíase a todas partes para saludar con graciosa sonrisa a las damas que de lo alto de sus balcones le aplaudían con frenesí, y le llamaban para prenderle lazos de vistosas cintas.

Sacóse el segundo toro en momentos en que Lozano y yo nos habíamos alejado de la talanquera. El animal, asustado por el trabucazo, y perseguido por los coleadores, se iba sobre nosotros, no dejándonos tiempo sino para coger iglesia, de un salto en una ventana, no sin sentir en las asentaderas el resoplido caliente y húmedo de la fiera, a quien los jinetes, por fortuna, no dieron tiempo para mayores registros.

Nada fué lo del susto comparado con la sorpresa que mi amigo y yo experimentamos al ver, en la ventana cuyos barrotes agarrábamos, a nuestra soñada y buscada Virginia.

—Valientes chicos, nos dijo ella, como si nos conociese de mucho tiempo. De buena se han librado ustedes.

Diez minutos después platicábamos cordialmente con nuestro idolo.

En la noche de aquel día volvimos a leer un capítulo de nuestro libro y hablamos de Virginia.

Y ¡cosa rara! la amábamos los dos, y no reñíamos por ello. Verdad es que nos la habíamos dividido por razón de sus diferentes atractivos. Lozanito se moría por sus ojazos, que dió en decirles tenebrosos como su suerte. Yo estaba colgado de aquella boca remonísima, en cuyo labio superior lucía una pelusilla negra muy

sutil, parecida a un suave mostacho que no acaba de reventar.

Resuelto quedó en aquella misma sesión, que escribiríamos a Virginia espontaneándonos en cartas separadas y dejando a ella la sentencia de nuestros destinos. Para asegurar más el éxito, convinimos en poner las dos cartas dentro del libro que tan maravilloso poder tenía en los corazones; y en efecto, en la siguiente tarde, aprovechando la ocasión de estar ella sola en la ventana, nos le acercamos diciéndole:

—¿No ha leído usted este librito? Pues léalo, y nos dará gusto.

—¿Cómo se titula? — preguntó ella tomando el volumen.

—Pablo y Virginia.

—¿Y quién es el autor?

—El señor don Bernardino de San Pedro, me apresuré yo a decir, traduciendo el nombre del novelista.

En los labios de Lozanito se dibujó una sonrisa impertinente, y con tono pretencioso agregó:

—Su autor es francés, señorita; y se llama Monsieur Bernardiné de Santé Pierré; dicho lo cual mirónos alternativamente a Virginia y a mí con cierto mohín compasivo como diciendo: “este chico no es tan fuerte como yo en el francés.”

—¿Y es bonita esta historia? preguntó la niña.

—Muy bonita, lindísima, dijimos a una Pepe y yo; y pareciéndonos escuchar ruido de pasos en la sala, nos alejamos sin dar la espalda a Virginia, a quien saludábamos con los sombreros mientras la dirigíamos miradas suplicantes.

Cuando estuvimos a unos veinte pasos de la ventana, defuve a mi amigo y le dije:

—¡Qué chambonada, chico!

—¿Cuál? ¿La de mi francés?

—No, hombre; sino la de haber perdido la ocasión. Cuando ella nos preguntó si la novela era bonita, debíamos haberle contestado que no es tan linda como ella.

Pepe echó a desandar el camino, agarrado a mi brazo, pues en la unión consiste la fuerza, y al llegar así juntos y fuertes frente a la ventana, dijimos en coro las siguientes palabras:

—Señorita: la no-ve-la es muy lin-da, pero nunca tan bo-ni-ta como usted.

—¡Renacuajos! — gritó un bulto que estaba en la ventana, que no era el de Virginia sino de una criada quintañona muy odiosa; y junto con el inproperio nos arrojó el libro y las cartas añadiendo:

—Vayan, mocosos, a escribir carticas a la muy perra que los ha de volver a empaquetar.

A su espalda se oía la burlona risita de Virginia...

Cuando nos volvimos a reunir mi amigo y yo para continuar nuestras nocturnas lecturas, llevaba él otro libro. Se titulaba éste *Aventuras del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

## LAS TRES VIDAS DE ANTON

El desdichado Segismundo, encadenado dentro de su oscura torre, daba a las sombras sus quejas, por encontrarse, como hombre y como príncipe, en condición inferior a los irracionales, diciendo entre otras lindas cosas:

"Nace el bruto y con la piel  
 Que dibujan manchas bellas,  
 Apenas signo es de estrellas  
 (Gracias al docto pincel),  
 Cuando atrevido y cruel,  
 La humana necesidad  
 Le enseña a tener crueldad,  
 Monstruo de su laberinto:  
 ¿Y yo con mejor instinto,  
 Tengo menos libertad?"

Con lógica semejante a la del infortunado personaje de Calderón, aunque con menor necesidad, y en pedestre prosa, lamentábase a solas el inconforme Antón, al pensar que el Creador no le había dado más que una sola vida, y así decía:

—Para buen rato le traen a uno a este pícaro mundo. Vamos a ver, señor Criador de todas las cosas — responda usted—. ¿Para qué me ha dado su merced dos ojos? Para que si pierdo uno me quede el otro. ¿Y dos manos? ¿Y dos pies? mismamente. ¿Por qué, pues, no se sirvió darme siquiera un par de vidas? ¿Acaso soy yo menos que mi gato, que tiene siete?

Oyólo el Señor, y sin ástustarle, le dijo jovialmente:

—Antón, Antón Perulero, cada uno atienda a su juego. ¿Qué sabes tú de la razón que yo tenga para hacer mis cosas como las hago?

Figúrense cómo se quedaría de corrido el pobre muchacho. Pero yo estaba en el burro y se determinó a recibir los doscientos.

—Me quejaba, sí, señor, porque no es justo...

No puedo concluir el desacato contra la divina jus-

ticia, porque sintió en el cogote un pellizcazo que le hizo yer estrellas.

—¿Te duele, eh? dijo el Señor, con cierta mezcla de reprimenda y de compasión. Pues sábetete que conmigo te has de ir con tiento en el manejo de la sin-hueso.

—Perdón, Señor; que no lo dije por murmurar; sino porque... vamos, porque una sola vida me parece mequindad para un hombre.

—Y por supuesto, quisieras tener siete, como dices que le he dado al gato?

—No he dicho tanto...

—Mira que te he oído hace poco, Antón. Conmigo no hay mentirillas que valgan. Yo leo en las conciencias, y oigo lo más mínimo que se susurra en el universo. Con que, juguemos limpio; si quieres que tengamos la fiesta en paz.

Y fijando en el pecador sus ojos como dos soles de infinita dulzura, le infundió valor. Antón sintió como si le metieran pólvora en el pedrero de la voluntad, y con familiaridad que no era para el caso exclamó:

—Pelillos a la mar, Señor; y hablemos en plata. Yo quiero aunque sean tres vidas. Tres viditas, una bico-ca para Dios, que las hace como soplar y hacer botellas.

—Las tendrás, hijo, las tendrás. Pero las has de cuidar, ¿lo oyes?

Y soplando dos veces sobre la mollera de Antón, el señor Dios le infundió dos existencias más al pobre mozo, quien se fué quedando dormido, como si le pasaran suavemente una peinilla de liendres por el bautismo.

Al despertar se encontró Antón con el vigor de un toro, con los ánimos de un tigre, y con la agilidad de un gato, diciendo para sí:

—No hay como hablar bien y a tiempo. Ya tengo

mis tres vidas, y si las tengo, buen pellizco que me cuestan.

Pues, señor, que el bravo muchacho gozaba que era un contento. Si se echaba un trago entre pecho y espalda, le sabía a tres; si besaba a una chica, sonaban tres chupetones, registrándole los nervios tres sabrosísimas cosquillas; y si jugando se ganaba un duro, en los bolsillos le aparecían sesenta reales. Por fortuna no era casado; porque a serlo, se hubiera reproducido por partido triple.

Rendido de sueño estaba una noche en su cuarto, cuando en la casa se declaró un incendio. Como dormía por tres, no se despertó sino cuando ya le caían en la cama los tizones de vigas. El miedo que sintió no se parecía al que usaba antes, cuando sólo tenía una vida. Era miedo, terror y pánico; es decir, tres pavores juntos. Quería huir y no podía; porque una voluntad le tiraba hacia un lado, otra le empujaba hacia opuesto sitio, y una tercera volición le impulsaba a contraria vía. Al fin se escabulló por una puerta, y se encontró en salvo. Pero se había dejado olvidadas dos vidas de las tres que tenía. ¿Volver atrás a salvarlas? Ni por pienso. Corriendo se alejó de las llamas, sin hacer caso a los gritos que a dúo le llamaban desde la casa incendiada:

—¡Antón, Antoncito, Antoñuelo! ¿Cómo nos dejas perecer abrasadas?

Desmayóse de la emoción, y al salir del soponcio encontró a su lado a un anciano de luenga barba, que le decía:

—Caballerito Antón, ¿qué ha hecho su señoría de las dos vidas que le dí?

—¡Y gracias que he podido salir con una, Señor!  
El buen Dios le miró con desdén diciéndole:

—Vamos, hombre; y así quieren ustedes los mortales enmendarme a mí la plana.

## HISTORIAS DE MEDIA NOCHE

Pozuelos se llama el pueblecito; a lo más un centenar de pobres casas (algunas de las cuales se permiten el lujo de techos de teja), y una capillita blanca con baranda pintada de verde; todo muy humilde, como los humildes pescadores que allí moran; pero eso sí, un cielo precioso que lo cubre como redoma de zafiro, un espaldar suntuoso de montaña siempre florida; y al frente el augusto mar azul, esparcido en descubierta bahía, preso en realidad bajo su palabra de honor, y en apariencia por tres lejanos morros, pelados y ceñudos.

Las casas tienen puertas, por bien parecer, pues que rara vez las cierran aquellos confiados vecinos; y aun cerradas por la noche, apenas refresca la brisa en el puerto, sopla ésta sus dulces ráfagas por las rendijas, llama silbando cual amante que se anticipa a la cita, y como no le responden ni le abren, porque todos duermen con el sueño del trabajo, que es beleño deleitoso, se cansa de aguardar y empuja resueltamente las enclenques hojas, y dejándolas de par en par, se va, la muy traviesa, a abanicar a los durmientes en sus caires y hamacas, nada más que por el gusto de verles arrebujaarse en las mantas; soñando que estrechan al peje en los senos traidores del mallado copo.

Los bañistas de la cercana ciudad afluyen por caravanas al pueblecito durante la cálida estación, y lo col-

man hasta hacerlo desbordar. Hoteles, Dios los dé. Ni tampoco haría papel allí la hospitalidad mercenaria. El que primero llega desacomoda al propietario y se arrancha en la casa, con grande gusto de aquellos hospitalarios paisanos. Por lo que hace a camas, si éstas llegan a faltar, se escurre al camaranchón de Dios, al santo suelo, que allí las proporciona sin fin, con su arenita menuda, ese fresco y mullido plumón capitoneado de algas en que vive echada la mar soberana; y si alguien no le quiere, porque de antemano se haya provisto del socorrido columpio indígena, allí tiene en cada cobertizo recias columnas rústicas para colgarlo y tupido dosel de palmas para abrigarse; más feliz, si cabe, que todo un poltrón de rey cuando en sus tiendas de seda y oro se guarece.

Lo difícil es, sin embargo, conciliar el sueño, así al descubierto, expuesto a la familiaridad de los animales y hasta de los ladrones; si bien sea dicho respecto a estos últimos y en justicia de aquellas honradas gentes, que no se cita ejemplo de hurto alguno, no obstante que al modo con que las habitaciones se guardan, así mismo se resguardan los corrales; aquéllas sin puertas y éstos sin bardas.

Mas a pesar de todo, no siempre disfruta del necesario reposo del viajero, quien a eso de la media noche, hora propicia a los aparecidos, comienza a oír ruidos extraños, algo así como traqueteo de huesos de esqueletos que trajinan en las tinieblas, y a la fugaz claridad que difunde algún pasajero cocuyo, suele ver procesiones de zancajudos fantasmas, con enanos cuerpos y desproporcionadas calaveras que relucen de puro blancas y lisas.

Y siente pasar en tropel, por debajo de la hamaca,

rozándola con sus pelados cráneos, aquellos esqueletos, que marchan sonando fúnebremente las óseas articulaciones; y sobrecogido de inevitable pavor los mira ir y venir, sin acertar con el objeto de sus vagos paseos, más espantado aún al advertir que andan los fantasmas con las caras vueltas, que avanzan reculando, hasta que la luz del crepúsculo rasga los velos de la noche y a su aparición huyen cobardes los esqueletos a esconder sus encanijadas armazones en las entrañas de la tierra.

Sucede esto al forastero en la primera noche que en el pueblecito y bajo los cobertizos o corredores que dan al mar se hospeda; mas cuando al amanecer refiere su visión y sus miedos, contéstale una descarga de risotadas, y más tarde, al servirle en el almuerzo descomunal cangrejo, reconoce al punto en este caballero a uno de los esqueletos de la noche anterior, con las mismas luengas piernas y su cuerpo en forma de abultado calcáreo cofre, tan semejante a una calavera como una calabaza a una calva.

Advertido y preparado para el caso estaba yo cierta noche que me tocó la poca suerte de acampar bajo la humilde enramada. El día había sido caluroso, la noche era plácida. Aquella dulce brisa, que del mar venía cargada de cloro, sodio y bromo, y que al pasar por los verdes cocales y espesos manglares, agregaba una copiosa porción de oxígeno, me estaba cerrando los párpados con sus dedos de hermosa hipnotista mucho antes de confiar mi cuerpo a la voluptuosa honda de la hamaca. Lo inofensivo de las proccsiones de esqueletos que caminaban hacia atrás, lo sabía muy bien; pero estaba resuelto a disolverlas esa noche por tal de asegurar mi reposo. Al alcance de la diestra coloqué mi

afilado sable, y con esta precaución me entregué al sueño.

No había cantado aún el gallo del cercano gallinero, cuando se dejó oír un ruido en nada parecido al de pasos de fantasmas, sino que era con toda seguridad producido por el andar temeroso y empinado de gentes vivas que se recataban, y lo que era todavía más evidente, se hablaban en secreto, cuchicheaban a medida que se iban acercando, haciéndose cada vez más distinto el sentido de su alarmante secreteo. El tic-tac de mi reloj de bolsillo hizome sospechar que iba a tener que habérmelas con ladrones que en pos de la valiosa prenda venían. Afiné el oído despegando de la hamaca la oreja, y ya no me quedó la más leve duda de que se había decidido no sólo mi despojo sino también mi sacrificio. En efecto, el cuchicheo se distinguía perfectamente. Los asesinos, creyéndome profundamente dormido, osaban alzar un poco más la voz como suelen hacer los consuetas en el teatro cuando soplan las recitaciones a los actores. Yo escuchaba que con rasposo acento, parecido al de un fuelle que hablase decían: — ¡por la cabeza!... ¡por la cabeza!... ¡por la cabeza!...

—Lo que es eso, no — les dije yo a mis bríos; y de un salto me incorporé, puse mano rápida al acero, lo desnudé con ira, y de un solo tajo rastrero (porque la dirección de las voces de los asesinos indicaba que venían arrastrándose) rebané algo así como tres vidas. Ni un ¡ay! ni un gemido de agonía. Sólo escuché el triple estertor de los moribundos y el tropezoso escape de sus cómplices.

El ama de la casa no me perdonó jamás aquella hecatombe nocturna, por más que en mi propia defensa fuese consumada. Pero la pobre mujer era más buena

que el pan. Con los ojos arrasados en lágrimas, como si se tratase de tres pedazos de su corazón, tuvo coraje para presentarme, en la comida de ese mismo fatal día, mis tres víctimas, aderezadas con aceitunas, que es como *bien sabía ella*, que yo me desvivo por el pato de corral.

## LOS JUGUETES

Confieso que hay pocas cosas que tanto me deleiten como esas vidrieras en que muestran al expendio, en confusión más o menos artística, escuadrones enteros de caballeros de todas armas y naciones, animales de todas especies, desde el perro, fiel amigo del hombre, hasta la serpiente, imagen suya y enemiga traidora; casitas primorosas, torres, molinos, carros, locomotoras, vapores y todo un mundo diminuto, pintoresco, alegre, encaramando cosa sobre cosa, y en la mejor armonía de la tierra los seres más antagónicos; confundidas todas las razas, enfilados los cañones, enristradas las lanzas, levantados los sables, pero todos mudos, inmóviles, sin hacer correr la sangre los unos, sin vomitar la metralla los otros, como si tan sólo faltase a aquellas creaciones de cartón, madera y plomo, el corazón humano para inspirarles el instinto de devorarse fraternalmente.

Ante una de estas exposiciones que atraen la estática admiración de los niños, las canas se caen como las hojas secas de un árbol que va a vestirse de nuevo; los años desaparecen como una nube de invierno que ocultaba el azul de los cielos, y el espíritu se deja llevar al mundo lejano que habitó la fantasía, en donde apa-

rece rastrear, ayudado del recuerdo, todas las sendas que holló nuestra planta de niño, sacudir todos los arbustos en que antes vivían mariposas y palomas tras las cuales corríamos hasta la fatiga, y revivir con todos sus colores, como un antiguo cuadro que se barniza de nuevo, todas las escenas que llenaron nuestra infantil imaginación de creaciones absurdas pero sublimes, mundos enteros sin forma determinada, envueltos todos en una atmósfera de color de rosa, iluminados por una luz más viva que la luz de la luna, menos intensa que la del sol; algo así como la claridad que a su paso deben dejar los ángeles.

Entonces torna uno a ser niño, y el armario de cartones vuelve a tomar la fascinación del encanto.

Allí está, a pie firme, la misma infantería que tantas veces lanzamos en pelotones a combatir contra una caballería formidable, de evoluciones matemáticas; allí la escuadra que hicimos navegar por inmensos océanos que nos daban a la rodilla y que, no obstante, nos parecían abismos, porque en ellos se reflejaba la profundidad del cielo; más allá la casita suiza con su molino giratorio, cuyas aspas agitábamos con los huracanes de nuestro aliento; el rebaño que guardábamos con la ayuda de aquellos mastines de colmillos retorcidos que eran el terror de cazadores y de lobos; las zagalas y los pastores que bailaban, cogidos las unas su tonelete de tres paños, y con los brazos en jarra los otros, al son de la pandereta y de las rústicas flautas que infatigables músicos tañían con primor, merced a las cuerdas y a la pluma interiores que ponían en sonoro contacto la cigüeña de alambre; la ternera pelechona y arisca que hacíamos bramar por medio de su fuellecito de badana; el gallo soberbio y de empinada y roja cresta, pero

sin más que dos notas de las cuatro que forman el diapasón de su canto; defecto que nos explicábamos como castigo por sus complicidades en la negación de Pedro; la burra de Balaam, saliéndole de la boca en una tira de papel, el reproche que dirigió en voz humana a su cruel jinete, el falso profeta; la mula y el buey tantas veces cantados por nuestra inocente musa en los humildes establos de la Navidad; y por último, aquel eterno polichinela, de brazos y piernas desgonzados, vestido de mil colores chillones y dispuesto siempre a los más exagerados descoyuntamientos, mediante algunos tirones de la cuerda que constituye el móvil de sus grotescas inquietudes.

Todo eso lo veo y lo siento así, con esa vida mitad real y mitad mentira; animación misteriosa que nuestro cerebro de niño presta a esas figuras de que poblamos el mundo encantado de la infancia.

No sé si a todos les sucede lo mismo; pero tengo debilidades pueriles por esos juguetes que la seriedad de los años va alejando de nuestras manos a medida que éstas se van haciéndose groseras para sus endebles contexturas.

Lo que no he hecho jamás por ambición, por codicia ni por necesidad en mi carrera de hombre, lo hice una vez por mi amor a esas adorables figuritas que encierran un universo de placeres en sus pocas pulgadas de madera pintada.

Mi pasión de niño por los juguetes me arrastró a uno de esos robos estupendos, que nadie se atrevería a negar a su confesor en la hora de la muerte.

Se trataba de un robo sacrílego, de un robo a las cosas de Dios.

Me acuerdo de esto como si hubiera sido ayer. Yo

me desvivía por esos sencillos espectáculos en que se representa la Natividad del Salvador, en el pesebre de Belén que el fervor cristiano puebla de reyes, de ángeles, de pastores, de animales, de palacios, cabañas y cuanto Dios crió con el soplo de su espíritu, y cuanto la industriosa ciudad de Nuremberg reproduce en sus moldes, labra en sus tornos y anima en sus ingeniosos mecanismos.

Pero la verdad es que me llevaba a esos espectáculos más que su sublime sencillez cristiana, la inmensa variedad de juguetes dispersos por toda aquella colina de musgo coronada por el pesebre, humilde albergue de la Santa Familia.

Entre todas aquellas fisonomías humanas, ya fieras ya bondadosas, me había llamado la atención un granadero de la guardia imperial, que media ocho pulgadas en el cartabón de su regimiento; tambor consumado, con gran morrión que casi le cubría los ojos; vestido de raro uniforme, largos bigotes y aspecto de irreprochable bravura. Redoblaba su parche con un aplomo verdaderamente magistral.

Poseer aquel granadero, era para mí poseer la mitad del mundo, seguro de que la otra mitad él me la habría de conquistar. De aquí que se convirtiese en mi eterna pesadilla.

Lo veía en mis sueños, descomunal como una torre, con su tambor de excesivas dimensiones, sobre el cual golpeaba con sus enormes maquetas que arrancaban un sonido singular, a cuyo compás toda la humanidad se ponía a bailar una desordenada farandola. Veíalo otras veces de tamaño natural, marchando hacia mí, sin perder el paso, no obstante que brincaba alternativamente sobre cada una de sus piernas hasta llegarse a mi cama,

poner su tambor de cabecera y dormirse conmigo como si fuese yo su camarada de cuartel. Por la mañana, al despertar, me sorprendía verme solo.

Por fin, pudieron más los deseos que el temor, y resolví robarme aquel militar. Esa noche fui de los primeros en llegar a la santa adoración del pesebre. La dueña del espectáculo quiso premiar mi fervoroso celo dándome una golosina que yo no me atreví a llevar a los labios. Yo debía tener en aquel instante una figura patibularia.

Una vez que hubieron llegado otros muchachos y que comenzaron los villancicos de costumbre, me aproximé a la mesa que soportaba toda aquella máquina, y llamando la atención de mis vecinos más cercanos hacia un ingenioso toro que mugía cuando le tiraban de la cola, logré escamotear mi codiciado granadero, el cual se declaró sin resistencia alguna mi prisionero de guerra.

Serían las nueve de la noche cuando llegué a casa. Con mucho disimulo alojé al bravo tambor en la gaveta de una cómoda que estaba en el dormitorio y poco después reinaba por todas partes el silencio del sueño. Yo sólo velaba en toda la casa, pero no por remordimiento sino por curiosidad y por placer. Estaba impaciente por tener una sesión íntima con mi tambor y oírle redoblar, tocar fagina, retreta, llamada, y todos los toques de la ordenanza y de la táctica.

Silenciosamente me levanté de mi lecho, abrí la gaveta, y puse en libertad mi prisionero, el cual, como le despertasen en medio de su sueño, se creyó en plena madrugada y prorrumpió en un furioso toque de diána, la más alegre, la más bulliciosa de las tocatas militares.

Sucedió lo que debía suceder; mi madre despertó al ruido, me interrogó, vacilé un momento entre negar y confesar, mentí y luego... confesé.

A la mañana siguiente estaba yo, el ladrón sacrilego, el impio cohechador de los soldados de Cristo, arrodillado ante el santo pesebre, con cada lagrimón como una almendra, rubicundo de vergüenza, restituyendo a sus antiguas filas el cuerpo de mi delito, con cuyo acto de solemne expiación quedaba evitada a los ojos de mi madre, la condenación eterna de mi alma.

Pero no es necesario ir a buscar en las nebulosas regiones de los recuerdos la huella que en nosotros han dejado esos amigos sin veleidades de la infancia, esos pigmeos automáticos que, sin embargo, tienen para nuestro halago una mirada dulce y serena, un eco armonioso, una articulación expresiva, un acento simpático a cualquiera hora que nuestros dedos compriman su naturaleza mecánica.

¡Cuántas escenas de indefinible ternura, qué de inefables goces nos proporcionan entonces esas figuritas sobre las cuales muchos no fijan siquiera sus miradas! Y qué tormentos tan desgarradores si nos encontramos imposibilitados para adquirir aquel objeto baladí en quien nuestro hijo pequeñito ve un tesoro, y por delante del cual pasa todos los días volviendo la cabeza para verlo, despidiéndose de él, con promesas de rescate que nunca ve cumplidas.

Pero no siempre es uno tan desdichado que no pueda ahorrarle lágrimas a sus hijos; y en este caso, es necesario apurar el placer por entero.

Al salir a la calle, inundado el semblante por todos los destellos de la felicidad, nada hemos dicho, nada hemos ofrecido a los chicos, prometiéndonos todas las

transiciones de la sorpresa; pero ellos lo habían adivinado, o la madre ha sido, una vez más, indiscreta.

Es el caso, que al regresar cargados de paquetes en que van confundidos todos los animales del Arca, ya el chico que estaba de centinela a la puerta, ha dado a los demás la voz de alarma, y todos se han lanzado a nuestro encuentro, radiantes de alegría, bulliciosos de placer, ebrios de una dicha que se refleja en toda nuestra alma.

A veces se une a esas bagatelas de cartón una especie de veneración religiosa. Regamos con lágrimas las cabezas descoloridas ya, de niños que fueron muchos compañeros de otros niños que ahora son ángeles; y guardamos esa herencia como reliquias del más grande de los amores.

En cambio, suelen tener también la poderosa virtud de heroicos reactivos, y obran a veces el prodigio de las resurrecciones.

No puedo olvidar uno de estos milagros.

Mi hija dormía en su cama, presa de una fiebre violenta y tenaz. Sus mejillas parecían dos rosas, tan encendidas como pudieran darse, si el rosal floreciera sobre brasas; sus labios estaban tostados y mudos; sus ojos desaparecían bajo sus ricas pestañas negras, y hacía diez horas que no se abrían, cuando se había quedado sumida en aquel profundo letargo en que todo dormía, menos la fiebre; su último deseo había sido poseer una muñeca.

Me acerqué a su lecho sin hacer ruido y deposité el juguete al lado de su cuerpecito que ardía como ascuas. Al hacer un movimiento la niña dejó caer su brazo sobre el estómago vacío de su muñeca, y ésta produjo la mecánica articulación que remeda el primer

reclamo de la infancia. Mi hija abrió los ojos; aquella voz artificial, sin modulaciones, que parecía no deber encontrar eco en ningún corazón, sacudió el suyo, y su naturaleza enferma reaccionó de manera prodigiosa. Fijó la vista en el juguete, y luego, como si fuese una amiga ausente, la estrechó con efusión, aplicó sus labios ardientes sobre aquellos labios rígidos y fríos que le sonreían, y volvió a dormirse.

Sólo que ahora su sueño era verdadero y su rostro volvía a transparentar el reposado calor de la vida. Así se pasaron dos horas, durante las cuales la negra cabellera de la niña confundía sus hebras con las hebras de oro de aquella cabeza de cera, cuyos ojos azules como el cielo dormían también fingiendo el sueño de los ángeles.

A los pocos días la enferma estaba ya convaleciente, y su muñeca vestía una soberbia saya de blondas.

Desde entonces no se pasa una semana sin que esta amiguita estrene un nuevo traje; lo cual me proporciona un gran placer y no me arruina.

## LA TORTA DE NOVIOS

Concluída la ceremonia y el obsequio de la boda, una pareja joven, entre los convidados, se retiró a un rincón de la sala.

—Pero, ¿qué voy yo a hacer con eso? — preguntó él con desaliento.

Ella lo miraba riéndose, en tanto que en su linda mano mecía una cajita cuadrada, atada con una cintita de raso blanco.

—Me parece una frivolidad eso de conservar la torta del noviazgo de un prójimo. ¿Quiere usted tomar mi parte como un presente mío?

—No, mil gracias — respondió ella—. Tengo ya bastante. Además, todo el encanto desaparecería si usted diese a otra persona el pedacito que le ha tocado.

—¿Encanto? Pues me hace gracia. ¿Qué clase de hechizo puede tener una migaja de torta que no bastaría a saciar el hambre de una hormiga? Vaya una idea bien tonta la de...

—¡Cómo! — interrumpió ella con cierto aire solemne—: ¿pretenderá usted decir que ha llegado a la edad de la discreción y no ha acudido jamás al encanto que tiene un pedacito de la torta de boda?

—¡Jamás! — afirmó él.

—Entonces, debe usted probar ahora mismo, antes de que sea usted una noche más viejo — dijo ella con graciosísimo airecillo de autoridad y misterio—. Corte usted una tarjeta en siete partes, y déme acá un lápiz. Yo haré lo demás.

El obedeció dócilmente.

—Este es simplemente un breve y seguro medio de saber con quien se ha de casar usted — añadió ella.

—¡Bah! Yo bien me sé con quien me quiero casar. No necesito que una migaja de torta ni siete papelillos me lo digan.

—La persona con quien uno desea casarse y aquella con quien uno se casa no son siempre la misma — contestó ella sentenciosamente.

—¡Oh!...

—Ahora — prosiguió ella—, yo voy a escribir un nombre de mujer en cada uno de estos seis papelitos,

y dejaré uno en blanco, que corresponde a la soltería, ya usted sabe.

—¡Hum!

—Pues bien; estos siete papelitos va usted y los coloca debajo de su almohada, junto con el pedacito de torta, y cada mañana saca usted uno. El último...

—Ya comprendo. El último será el primero. Pero el caso es que no se me ocurren en este momentos seis nombres. Uno solo está tan indeleblemente escrito en mi corazón, que...

—¡Oh! Yo puedo arreglar eso — interrumpió ella con graciosa jovialidad—. Cabalmente es de rigor que los nombres deban ser escritos por otra persona; por alguna persona desinteresada en la materia.

—¡Ah!... — exclamó él, metido ya en el empeño aquel con algo más que la mera curiosidad. Fijóse entonces por primera vez en los ojos de su bella interlocutora, y parecióle descubrir en ellos ciertas luces misteriosas y hechiceras. Miró su linda boca, que se dibujaba aun más graciosa tratando de hacerse grave, y llegó a convenir en que aquella traviesa personita, que sólo aspiraba a ser desinteresada, era indisputablemente interesante.

—Aguarde usted — dijo ella, como dando caza a un pensamiento—; había olvidado un detalle muy importante; y es que debe usted destruir cada papelito a proporción que los vaya usted sacando de bajo de su almohada. Rómpalos usted sin lerlos; y solamente lea el último. ¿Ya lo oye?

—¡Hum! Dura condición me parece esa. Así pierde uno la satisfacción de saber de quienes le ha librado la suerte.

—Tiene usted razón. ¿Pero que quiere usted? El en-

canto se rompería si se faltara a ese detalle importantísimo. La suerte llama majaderos a los curiosos. Ella sólo premia la discreción. Vamos, prométame usted que no leerá sino el último papelito.

—Prometido. Pero, yo también pongo mi condición; y es que usted escriba su nombre de usted entre los de las seis candidatas a mi mano.

—¡Pues no es raro el capricho! Sin embargo, ningún peligro para usted habrá por ese lado. Será lo que usted quiera, ya que es empeño...

Y a cada nombre que ella escribía sigilosamente en los papelillos, advertía el joven en sus ojos chispazos de satisfacción, como si en cada vez le viniese a la memoria una persona muy de su gusto.

... ..  
Ocho días después recibió ella el siguiente telegrama:

“Vuestro nombre ha sido el séptimo. ¿Habrá acertado el encanto?”

Y no fué sino hasta que su luna de miel se encontraba en su zenit, que ella le dijo muy confidencialmente:

—¿Sabes una cosa? Cada papelito llevaba escrito mi propio nombre; ¡y no había ninguno en blanco!

## EL SEÑOR MAESTRO

Era el día de años del señor Maestro, y naturalmente, resplandecía él de bondad.

—Hoy no tendremos clases, queridos niños; nos dijo después de recibir de cada uno de nosotros el modesto regalo que, ya en la palpitante forma de una gorda ga-

llina encintada, ora en la de un pastelón con alusivas iniciales y monogramas en azúcar sobre la costra, o de algún ventrudo frasco de almíbar, le enviaban nuestras respectivas madres, como prueba del agradecimiento que ellas sentían por el modo paternal y admirable con que iba vaciando en nuestras infantiles inteligencias todo el pozo de su sabiduría aquel varón insigne.

—Hoy no hay clases, hijos míos — repitió frotándose las manos con alegre magnanimidad y dándonos papirotaditas cariñosas—. Hoy os preparo un obsequio.

A esta santa palabra volvimos todos instintivamente las miradas hacia la mesa en que habíamos ido dejando las provocativas golosinas del cumpleaños. ¡Qué gozo! Ibamos a compartir con el señor Maestro los ricos presentes de nuestras madres. Y a esta idea las bocas manaron agua, y los ojos se salían de sus órbitas haciéndose cargo de que eran otros tantos convidados.

Poco duró la ilusión gastronómica. El señor Maestro nos explicó en seguida el género de regalo que nos reservaba. Era nada menos que una fiesta de príncipes, un obsequio de rey. Nos prometía llevarnos a ver la función del Circo. ¡El delirio, el quitasueño de todos nosotros! En aquel instante el señor Maestro creció de un modo prodigioso a nuestros ojos. Estupefactos lo veíamos agrandarse, agrandarse, y cuando ya estaba de un tamaño así como el coloso de Rhodas, todavía le mirábamos elevarse lenta y majestuosamente, como si lo fueran levantando sobre una peana colosal. ¡Qué alto le divisábamos en su generosidad! ¡Qué simpático nos parecía! De buena gana nos hubiéramos dejado caer en cuatro pies para adorarle; pero la idea de que esa posición venía a ser semejante a la en que solía él po-

neros para aplicarnos sus paternales flagelaciones, y que acaso podía él imaginarse que le pedíamos una felpa extraordinaria y general en aquel gran día, nos hizo contentar con un estrepitoso y frenético aplauso, con su correspondiente matraca de tacones.

En cuerpo, con nuestras respectivas banderas de *Cartago* y *Roma* desplegadas, nos pusimos en marcha para el Circo. Nos guiaba, erguido de satisfacción nuestro querido Maestro, la flor y nata de los maestros. Por la calle íbamos causando envidia a los chiquillos ineducados y vagabundos, que nos sacaban la lengua, nos disparaban soeces cuchufletas y nos arrojaban chinas al saber que nos llevaban de balde a mirar los monos sabios, los galgos saltadores y los potros chiquirritines que bailaban valeses y cuadrillas.

Y había algo más que eso en el Circo. Había unos loritos bomberos que salvaban de un incendio a una señora cotorra, apagando las llamas con chisquetos de agua de verdad-verdad; y una gatazo con espejuelos que sabía leer en carta; y una murga de conejos que tocaban acordeón y piano; y unos señores monos vestidos de personas, que se sentaban a la mesa con desplantes de caballeros, comían con cubiertos, bebían vino y entendían el francés.

Uno de nosotros preguntó al señor Maestro si los animales tenían alma, y él dijo que no; luego otro le preguntó si tenían inteligencia, y él respondió que tampoco la tenían.

—Todo eso que ustedes ven ejecutar a las irracionales criaturas, hijos míos — nos dijo —, aprovechando el primer entreacto de la función, es obra del instinto de los brutos, aleccionado por el rigor y la crueldad. El capataz o domador, a fuerza de golpes, los obli-

ga a remedar lo que él hace, y cuando los golpes no son suficientes para aclararles los pobres sesos, ocurre el infame verdugo al hambre, que es el peor de todos los tormentos. — El señor Maestro tragó saliva, lanzó un profundo suspiro, y prosiguió diciéndonos:: — El hambre, hijos míos, la privación del alimento. ¡Sólo un maestro de escuela es capaz de saber lo que esa horrenda palabra significa! Pues bien, esos despiadados hombres, para enseñar a esas infelices hechuras de Dios cosas que no entienden, porque no tienen alma ni inteligencia, como os tengo dicho, los privan de comer, los tienen largas horas sin alimento, hasta que el instinto de la propia conservación, ese consejo de vida en todos los seres, les dice que se rindan a la crueldad y que hagan lo que el hombre malo les manda. ¡Ay, hijos míos! — concluyó el orador poniendo los ojos en blanco y poblando de arrugas compasivas todo el cuadrado de su cara magra y sin pelos—; si en el mundo hubiera caridad, siquiera justicia, deberían encarcelar a esos hombres sin entrañas que martirizan a los animales; y si esos desvalidos brutos tuviesen un rayo de inteligencia, concluirían por devorar a sus verdugos. — He dicho.

Al día siguiente volvimos más temprano que de costumbre a la escuela. Estábamos locos de alegría por el buen rato que en el anterior nos había proporcionado el señor Maestro. ¡Y qué bulla la que metíamos comentando la diversión del Circo! Cada uno de nosotros reproducía una mueca, ejecutaba una pirueta, daba un salto, ensayaba una contorsión, según lo que más le había gustado entre las gracias de los animales del Circo.

De repente entró en la sala el señor Maestro, descar-

gó un fusioso golpe de palmeta sobre la mesa, y reinó el más profundo silencio.

—A ver, señor Gimón, su plana.

El pobre muchacho se acercó temblando y mostró un papel enmarañado con empalizadas de torcidos palotes. Verdaderamente que aquello era un horórr.

—¡Alargue usted la mano! — gritó el señor Maestro levantando en alto, pero muy alto, la gruesa férula.

El chico alargó la manecita, pero la tenía crispada, por miedo al terrible leño que le iba a caer encima.

—¡Abra usted los cinco mandamientos!

Y el muchacho estiró los dedos; pero al mismo tiempo, aquel mismo fulano instinto de la propia conservación, de que nos había hablado el señor Maestro, le hizo encoger el brazo, formando éste un ángulo agudo con el codo.

La palmeta del señor Maestro, aquella irrisoria custodia de palo, martilleó de abajo para arriba tres veces golpeando el hueso y el brazo del niño, de puro acalambrado por el dolor, se puso horizontal. Sobre la mano, abierta y trémula como para implorar gracia, cayeron seis palmetazos feroces y sonoros, que a la víctima hacían encorvar, levantando alternativamente las rodillas y llevándose la otra mano al estómago, mientras gruesos chorros de lágrimas bañaban su rostro sudoroso y lívido.

—Falta ahora enseñarle a usted, a hacer derechos los palotes; — dijo el señor Maestro al desdichado niño. — ¡Ponga de punta los dedos!

Gimoncito formó con los cinco dedos de la mano derecha un hacecito tembloroso y presentó las yemas. El señor Maestro le descargó sobre su carne y uñas unos cuantos golpes de la leña sagrada, que arranca-

ron al niño agudos gritos. De allí salió para su asiento soplándose las manos.

—¡Señor Pérez su lección de *Fleury*; — gritó ya demudado por la ira el señor Maestro.

Y el muchacho aludido se adelantó, vacilante y amarillo como un reo.

—Vamos a ver, y no olvide usted que debe darle expresión a las respuestas con la mímica. ¿Que castigo le daban los gentiles a los cristianos?

—Extendíanlos sobre cruces .....

—¿Para que diablos tiene usted, niño, esos brazos tan larguiruchos? Abralos usted como si le fueran a aspar. Eso es... ¿Y que más?

—Poníanlos sobre potros y les arrancaban los dientes.

—¿Por que, señor Pérez, no suena usted con la uña del dedo pulgar los dientes superiores, como corresponde a la acción en este pasaje?

—Porque estoy mudando, señor Maestro, no tengo ninguno arriba;—dijo ceccando el pobre desdentado. Y para probarlo se arremangó el labio, dejando ver el ancho portillo de su encía hoyosa y colorada.

—Pues suene usted los dientes de la mandíbula inferior.

El chico obedeció, arreesando la posición del dedo gordo y haciendo sonar con la uña los únicos dientes que le quedaban, en medio de las risotadas de toda la escuela.

El señor Maestro se llevó la mano a la calva, hizo descender a la nariz las antiparras, nos abrasó a todos con una mirada que hacían más relampagueante los reflejos de los cristales, y restablecido el silencio, llamó:

—¡Señor Soler! Venga para ver si se ríe ahora con tan buenas ganas. ¡Su lección de Gramática!

Solercito, todo azorado, con las orejas hechas dos amapolas, dió cuatro pasos al frente, y miró a todos lados como implorando auxilio.

—¿Cuántas son las partes de la oración? Contetse pronto y no esté esperando a que le soplen. ¿Cuántas son las partes de la oración?

—Cuatro.

—Nómbrelas usted.

—Europa, Asia, Africa y América.

A una feroz señal del señor Maestro, se levantó de su asiento un zagalejón, agarró al niño por los brazos, se lo echó boca abajo a la espalda, encorvándose en seguida hasta ponerlo en buena puntería; otro muchacho le descolgó los pantalones hasta las rodillas, le levantó las faldas de la camisa, y sobre la pulpa viva y crispada le descargó el señor Maestro media docena, a golpe cantado, de rechinantes azotes, que en la maciza carne morena de la víctima dejaron por rastro seis ramalazos cenicientos.

—¡Señor Guevara!... ¿Está usted sordo, señor Guevara? ¡Venga la lección de Aritmética! ¿Qué cosa es cantidad? ¿Que qué cosa es cantidaod? ¿No me oye Vd? — A la una... a las dos... a las tres. — Réprobo hoy también: — Lo que es a usted, amigo mío, no le hace mella la cáscara de vaca. — Hoy se quedará sin comer bocado ni pasar trago hasta que no se sepa usted de cuerito a cuerito tres lecciones, y me dé, de adelante para atrás, y viceversa, toda la tabla de multiplicar, desde el “una por cero es cero” hasta el “diez veces diez es ciento.”

Escenas semejantes ocurrían en la escuela todos los

días, y yo las encontraba muy naturales. Pero en aquella ocasión me vino a la memoria la escena del Circo; me imaginé que éramos los perros y monos aquellos a quienes con el dolor y el hambre habían los domadores enseñado sus habilidades; me acordé de las palabras del señor Maestro, cuando dijo que si los pobres animales tuvieran inteligencia concluirían por devorar a sus verdugos; sentí entonces una ola roja de odio que me pasaba por los ojos. agarré un tintero y se lo arrojé a la cabeza al señor Maestro. Otro tanto hicieron, aunque con menos acierto varios de mis discípulos, y un mar de tinta negra con tributarios chorros de sangre inundó el suelo y manchó las carpetas.

Fué mi primera rebelión contra la tiranía.

Y viciado me quedé en ese delito.

## UNA NOCHE DE SANGRE

Lectores: ¿habéis sido espectadores en alguno de esos horribles asesinatos que traspasan los límites de lo atroz, cuyo solo recuerdo galvaniza el espíritu y pasma el corazón? ¿Habéis oído los gritos ahogados de la víctima que pide socorro; habéis visto levantar el hierro homicida sobre un cuerpo que se debate para defenderse, y hundirse y volver a levantarse para dar paso a un arroyo de sangre? Si habéis presenciado tales escenas, comprendereis cuánto se sufre en ellas; si no, escuchad lo que voy a referiros...

Por el año de 184... vivía yo en una casa de la calle de... junto con mis padres y hermanos. En aquella mansión nos habían visto nacer nuestros progenitores,

y a la fecha de este relato tendría yo unos quince años, edad en que principian a desarrollarse en el hombre las pasiones y en que toda impresión se graba en nuestro corazón de una manera indeleble. Pudiera decirse que a los quince años el corazón humano es una plancha fotográfica en que se fijan las imágenes, pero no con los colores que le presta la naturaleza, sino con los que le forja la imaginación.

Lindaba nuestra morada por el fondo con una casita de miserable aspecto, en la que había yo conocido, desde que tuve uso de razón, a una familia muy pobre, pero muy honrada, y que trabajaba día y noche, como que era su único patrimonio el trabajo.

Componían esa familia dos ancianos, marido y mujer, y tres hijos a quienes llamaban Diego, Pepe y Manuel. El primero de ellos tendría como unos veinte años, y el último, abuelito, como le llamaban en todo el vecindario, contaba poco menos mi misma edad. Manuelito era, de los tres hermanos, el que yo más quería, y ¡cuántas veces a pesar de la diferencia de su condición social respecto de mí, dormíamos en un mismo lecho, en mi casa, hasta donde iba a buscarle su anciana madre por la mañana y a reconvenirle por lo que ella llamaba deserción de su pobreza.

Pero yo tranquilizaba a la buena vieja, y a la noche siguiente volvía a ser mi compañero de cama. ¡Qué edad tan feliz aquella en que el corazón sencillo aún, es el único que dirige nuestra acciones!

Una noche dormía yo solo en mi cama.

Mi amigo estaba un poco indispuerto y hacía algunas noches que no me acompañaba. No sé por qué, pero desde temprano sentí apoderarse de mi espíritu cierta desazón que me impedía dormir como siempre.

Mi sueño no era natural. Por intervalos me despertaba sobresaltado, y después de convencerme de que no había motivo par dar aquella agitación, quedábase de nuevo dormido, pero para volver a despertar.

Serían las cuatro de la madrugada cuando oí unos fuertes gritos, pero ahogados, como salidos de alguien a quien tratan de estrangular. Puse atento el oído y me pareció que salían del corral de mi casa; presté mayor atención y pude notar que los gritos disminuían rápidamente hasta terminar en un estertor más horrible aún que aquellos.

Yo estaba pasmado. — ¿Qué podía estar sucediendo a aquellas horas en mi casa? ¿Acaso algún malhechor había penetrado en ella y sacrificaba en aquel instante a alguno de la servidumbre que dormía hacia aquel lado? Mil suposiciones se agolparon a mi mente, y de todas ellas se desprendía para mí una sola verdad. Aquellos gritos, aquella agonía, eran señales de que algún terrible suceso tenía efecto en mi casa; y a pesar de mis cortos años, hallé valor para averiguar quién era la víctima y ver qué podía hacer en su defensa, si aún era tiempo.

Púseme precipitadamente la ropa que pude y salí de mi aposento, me dirigí hacia el corral pasando junto a las piezas de los sirvientes, que estaban situadas al extremo del corredor.

Allí dormía todo en el más profundo silencio; luego nada había ocurrido por aquel lado. Continué andando hacia el fondo; la madrugada estaba serena; había poca luz, pero era bastante para distinguir, aunque imperfectamente, los objetos. Por fin llegué a la pared que separaba nuestra casa de la en que vivía Manuelito, y desde allí, y por una abertura que había-

mos expresamente practicado para comunicarnos, vi... ¡oh, qué horror!

Un hombre de alta estatura y de horrible aspecto, a lo que me pareció, sujetaba con una mano por el cuello un bulto que parecía sacudirse y patalear, mientras que con la diestra, armada de un enorme cuchillo, hería sin piedad a aquel ser animado aún. Nada más repugnante que aquella escena en que el verdugo se cebaba en su víctima casi inerte... Pero, ¿qué era lo que había pasado en aquella desgraciada mansión? ¿Quién era aquel monstruo y quién la víctima que acuchillaba tan cobardemente? De repente me acordé de Manuelito, y no supuse, sino que casi tuve la evidencia, de que era mi amigo querido, mi compañero de infancia, aquella masa informe que brotaba sangre por todas partes.

Aquello era demasiado. Yo no sabía lo que me pasaba. Avanzar sobre aquel mónstruo para arrebatarme su presa fué mi primer ímpetu; pero ¿no era sacrificarme estérilmente, yo, débil niño, inerme, y para obtener por premio de un sacrificio casi cierto, el cadáver de mi amigo? ¿No era mejor dar voces y pedir socorro contra el asesino? Pero, ¿era acaso él solo? ¿Por ventura sus cómplices no habrían sacrificado ya, a juzgar por el silencio que reinaba en la casa de Manuelito, a toda una familia de niños y ancianos? ¿No correrían igual suerte mis padres y hermanos que dormían en aquel momento ignorantes de lo que pasaba?

Pero, ¿dejaría yo rematar aquella obra de inaudita crueldad sobre el cadáver de mi compañero? ¿Lo dejaría descuartizar horriblemente, como lo hacía su verdugo, sin que yo gritase siquiera? Porque aquel era Manuelito, sin ninguna duda ya para mí; aquel cuerpo ensangrentado y hecho trizas había calentado el mío

en las noches de invierno, arropados por una misma manta y guardados por un mismo Angel tutelar.

¡Oh martirio atroz! Estaba para volverme loco. Como cuando uno es presa de una pesadilla, mis pies estaban clavados a la tierra, mi lengua pegada al paladar y mis ojos no se separaban de aquella escena de horror. Por último, aquel salvaje se separó de su sangrienta faena y se dirigió a la cocina del casucho, en donde a poco vi agitarse la llama de un tizón, a cuya luz pude distinguir las manchas de sangre que cubrían los vestidos del asesino; tras de la llama apareció una hoguera, y temiendo que me descubriese su claridad, me retiré a mi cuarto casi bamboleando y casi vestido en mi cama, con la cabeza entre las manos y llorando amargamente...

Eran las ocho de la mañana y contra mi costumbre, no había salido aún de mi aposento. Por una puerilidad explicable a mis años, temía se me conociese en el semblante que había asistido al espantoso drama de aquella noche, y esperaba que la noticia llegase a mis padres por cualquier otro conducto. Por otra parte, tenía vergüenza de que me acusasen de cobardía por no haber acudido en socorro de mi amigo o haberlo pedido a voces.

En esto oigo que tocan a la puerta de la calle. Mi cuarto estaba cerca del zaguán. Ocurrióseme en aquel momento que la policía llegaba a practicar algún reconocimiento en la casa, y poseído de la más cruel excitación, salto de la cama y salgo a la puerta. ¡Cuál fué mi sorpresa, Dios mío!

Manuelito, mi querido compañero, mi amigo, sano y salvo, risueño como una pascua, era quien me llamaba. Me arrojé a sus brazos, y después de mil apretones

que le di y a los cuales daba señales de extrañeza, le pregunté:

—¿Qué hay, Manuelito? ¿Qué ocurre? Dime, por Dios, ¿qué hay?

—¿Qué va a haber, chico? — me respondió—; ¡qué te has perdido!; esta madrugada fué a casa don Lorenzote, el isleño, y mató el cochino de mamita.

## CARTAS GREDALENSES

Cierto día en que yo suplicaba a mi musa me inspirase un modo ingenioso de describir algunas cosas y costumbres de este original país, salióme la caprichosa deidad con la humorada de dictarme la primera de las cartas que forman el presente capítulo. De que el público rió al leerla, no me queda la más leve duda; porque escuché sus risas y con ellas sus exigencias para que le diese nuevas *Cartas Gredalenses*. Pero lo que no podría yo asegurar es si la hilaridad la provocó realmente la gracia del asunto, o más bien la candidez del autor; porque de esto se ha visto mucho, y a todos nos puede suceder.

El hecho es que se me pidieron misivas, y yo las fuí soltando; y tanto me enfrasqué en imaginarlas, que esta es la hora en que no sabría yo decir si todo lo que en ellas refiero y digo fué obra de pura invención de mi fantasía, o si las cosas pasaron en realidad delante de mis ojos, o lo que sería mucho peor, si me sucederían a mí mismo cuando con el pelo de la dehesa me aparecí por estos babeles, y que ahora, una vez desvirtuado y pulido, me agarro del primer pobre diablo que

en aquella misma condición desembarque aquí, para obligarle a cargar con mis pasadas rusticidades.

Y a este punto se enmarañan de tal manera mis pensamientos, que juraría, sin temor de quebrantar el mandamiento, que existe en alguna parte el pueblo de *El Gredal*; que viven muy sanos y felices el respetable don Frutos del Campo y su ingenuo corresponsal y paisano Silvestre Montañés; y cuidado si en apurándome un poco, no convengo hasta en que las tales Cartas Gredalenses son auténticas de este buen señor; pues no es el primer caso que se da, de soñadores de una aventura, que se encariñan tanto con los frutos de su imaginación, que al fin a la postre los toman a lo vivo, riñen batallas descomunales con los mal nacidos y follones que osados sean a negarles fe como cosas efectivas y palpables. Sea como fuere, y entiéndalas el amigo lector como le plazca, ahí van las fulanas *Cartas Gredalenses*. Eso sí, exista o no nuestro Silvestre Montañés, o fueren o no fueren tuyas las misivas, mi condición de pendolista al servicio de ese caballero me obliga a declarar que no es él tan sencillo como pudiera alguno imaginárselo, pues ya se verá que por lo regular las cosas estupendas de esta tierra de maravillas no le hacen abrir la boca de puro confundido y abobado por la admiración, sino que por el contrario, nótase en el apreciable sujeto cierta malicia rural que le mueve a encontrarlo todo lo más natural del mundo y hasta a poner peros a aquello que más debiera maravillarle y aturdirle.

Y este rasgo característico es precisamente el que me hace mayor fuerza para creer que el tal Montañés sea el verdadero autor de las cartas; pues ahora en frío, encuentro o que no se me hubiera ocurrido ja-

más, muchos menos no siendo escritor naturalista, escudriñar ese documento humano, como ahora se dice, para poner patente aquella peculiaridad distintiva del forastero sin muchas ni pocas letras, que no parece sino que se han pasado todos ellos la palabra, para que en mirando algo nuevo y extraordinario, se traguen entera su admiración y disimulen su pasmo, por tal de que no se les tenga por ignorantes, sin caer en la cuenta de que mientras más se ve y más se sabe, más se goza y admira con lo que es digno de admiración.

Con estas y otras razones que no caben en mi humilde Prólogo, le cierro, no sin darme el gusto de presentar a mis benévolos lectores la simpática personalidad de mi amigo don Silvestre Montañés, natural del Gredal autor verosímil de estas cartas, de cuya autenticidad, salvo ligeros errores de ortografía, doy fe, y

#### PRIMERA MISIVA

Nueva York: septiembre 10 de 1893.

*Señor Don Frutos del Campo.*

El Gredal.

Mi querido paisano y amigo:

Me toco, me pellizco, y no puedo persuadirme de que está vivo y efectivo este amigo y servidor suyo, que salió a correr mundos, dejando nuestros queridos andurriales del Gredal, en donde aguarda usted, paisano de mi alma, las noticias que le ofrecí, cuando creía yo que esto de pintar lo que ahora me pasa había de ser como soplar y hacer botellas.

Convénzase, paisano, y convenza usted a nuestros conciudadanos los bienaventurados gredalenses, de que aquí es donde el cristiano sabe para qué fin fué creado; y con esto, en que parece que no digo nada, quiero darle a entender lo mucho que llevado y traído me cargan por estos babeles, en que si algo logro mirar, con buenas apostemas que lo pago.

Lo que es por grande, le diré que esto es un cosmorama que no se acaba. Coja usted las quinientas casas del Gredal, arrebiáteles recuas de pueblos y más pueblos, y cuando se canse usted del trabajito, hágase el cargo de que no ha comenzado a formar idea del tamaño de este gigantón de ciudad. Son tres ciudades tamañas, las que hay aquí como apersogadas, con dos ríos de por medio, y ¡qué riazos! amigo mío. Figúrese usted que está viendo el Orinoco, y con la fantasía cuelgue de una orilla a la otra una hamaca descomunal. Pues ahí tiene lo que es el famoso Puente de Brooklyn. Una hamaca de fierro grandísima, por donde pasan gente de a pie, carros y trenes, todo el día, toda la santa noche, en un teje maneje que marea.

Pero vamos a mi llegada. El vapor atracó a un muelle de Brooklyn, y allí encontré a mi primo. Le reconocí por lo que apretó en el abrazo, pero no porque pudiera verle fijamente, pues la cabeza se me había convertido en una zaranda, y me daban vueltas las cosas y los pensamientos. El primo se hizo cargo del equipaje, que yo creí que se lo robaban, porque un guarda le dió un puntapié y lo despernancó; mi primo dijo *yes*, el guarda dijo *all right*, la tierra se abrió y salió un carretero con una carreta, y sin decirme por ahí te pudras, echó el matalotaje en el carro, gritó a los caballos (alguna desvergüenza en inglés) y se llevó mi

pobre impedimenta, dejándole a mi primo un papelito, acaso para que se distrajera torciendo un cigarrillo. Mi buen pariente me tocó en el hombro diciéndome “vamos”; y fuimos y nos entramos en una casa cercana a la que se colaba mucha gente y se metían muchos carros. Yo creí que aquello era la estación para tomar pasaje para Nueva York. A poco de estar sentado en la sala, me dijo el primo que saliera, que ya estábamos en Nueva York. Lo que yo había tomado por una casa era un vapor; lo que aquí llaman un *bote*, y en donde, sin exageración, cabemos todos los del Gredal, con cura y cabildo inclusives. Efectivamente, vi después, que del lado de Nueva York se desprendían grandes casas y se iban tan frescas por sobre el agua, pareciéndome entonces que no existía tal ciudad sino una inmensa escuadra fondeada, y que aguardando un poquito más iba usted a ver chapaleteando todos aquellos palaciazos, por cuyos techos miraba yo salir bocadanas de humo, ni más ni menos que si fueran las chimeneas de un millón de barcos.

En Nueva York, hormigueaba la gente. Le pregunté a mi primo que en donde era la fietsa a que parecía ir aquella multitud tan de prisa y tan bien vestida. El truhán del muchacho se rió de la ocurrencia y me plantó en una acera. La gente me peloteaba a codazos, yo me arremolineaba en medio de la corriente de personas como tronco en la creciente de un río, y al fin, maduro, apolismado y molido a empellones, me vi al pie de una escalera. Subimos, mejor dicho, nos subieron garrochándonos con las rodillas los que venían detrás, y que querían llegar primero, como si se tratase de coger palmas en un domingo de Ramos. Así llegamos a una plataforma; empujó la gente, me en-

cajaron dentro de un tren, y salimos rodando por sobre los techos, dándonos los pasajeros topes de carnero en cada curva de aquel endemoniado ferrocarril de gatos, pues todo lo que se veía eran las chimeneas de las casas. Al cabo paramos en una estación, sobre una azotea o qué se yo. Mi primo me tiró de la levita, con gran urgencia, como si se estuviera incendiando el tren; otros salieron disparados del mismo modo; bajamos a zancadas la escalera, corrimos por la calle como si fuéramos a llevar el santo óleo, y hétenos al fin en el hotel. Un gigante afeitado me arrebató la maleta y echó a andar hacia un cuartucho cerca de la oficina; siguió-le mi primo, y tras de mi primo me abalancé yo, sospechando que me robaban el maletón. El cuartucho de los demonios pegó un salto espantoso, desprendiéndose súbitamente del suelo. Quise echarme fuera; el conductor me agarró por el cogote, cerró la reja, y presos nos llevó en aquella jaula que parecía no querer parar sino en la luna. En el séptimo piso, que es como decir en el séptimo cielo, nos soltaron; mi primo tan fresco y yo más muerto que vivo. Este modo de subir como corcho de champagne no puede menos que causar aneurismas.

Al pistoletearnos el elevador sobre el séptimo piso nos dirigimos a mi cuarto, que por más señas tiene el mismo número del quinto de billete aquel con que estuve a pique de sacarme la lotería: el número 723. Mi primo apretó el botoncito pegado a la pared, y a poco tocaron a la puerta. Mi primo dijo: *Walk in* (1), que a mí me sonó como si dijera *Joaquín*, y a esto entró un negro uniformado. Yo lo tomé por un General, y hasta

---

(1) Esta frase se pronuncia en inglés *woquín* y equivale a *Pass usted a adelante*.

me cuadré para saludarle, pero luego advertí que no llevaba espada sino un jarro de agua con hielo en la mano. Mas después el primo volvió a su manía del botoncito; llamaron otra vez a la puerta, y entonces yo, que ya sabía la palabra de pase, dije: ¡Joaquín! y entró otro negro de uniforme trayendo toallas. Ya lo sabe, paisano, para cuando venga por estos mundos. Cada vez que usted quiera algo en un hotel, no vaya a pegar de gritos en los corredores, sino apriete el botoncito, y cuanto sienta que tocan la puerta, dice usted ¡Joaquín!, y se le presenta un negrazo vestido de General.

Pero mire que ese busilis del timbre tiene sus bemoles, como verá usted. Apenas mi primo me dejó solo en el hotel, me entraron ganas de lavarme la greda, como dicen que decimos para despercudirnos allá en el Gredal, y llamé para pedir un baño. Queriendo dar a entender que deseaba la cosa prontamente, repiqué la mar de veces el botoncito, y ¡qué baño tan soberbio, paisano! Yo lo quería de batea y me lo propinaron de ducha. Tres chorros de agua furiosos me fusilaron desde la ventana. Yo había tocado, sin saberlo, en el timbre, el alarma de incendio y acudieron los bomberos sin decir ¡quién vive!

Este percance me hace sospechar que aquí está uno expuesto a ser asado como una rata, y desde entonces duermo atado por la cintura con un cordelazo que ponen en cada cuarto, *por si fortis*. Me dicen que esto no es sino para cuando llegue el caso de incendio, pero yo les contesto con aquello de *aseguráten ráten*.

A la hora del comer nos fuimos al comedor, siempre con mi primo, porque ha de tener usted en cuenta que el pobre Cristo forastero que no sepa machacar una miaja de inglés, tiene que cargar aquí con su Ciri-

neo. Para comedores el Gredal, paisano. Aquí se come en uno como teatro, con cien mil luces eléctricas, diez mil espejos en que se va usted saludando a sí mismo creyéndose otra persona; dorados por aquí, plateados por allá; un ejército de caballeros de frac que hacen de sirvientes, y el gentío de curiosos que desde la calle se divierten gratis mirándolo a uno menear las quijadas. Le aseguro que aquí pierde uno hasta la vergüenza. Como yo no conozco los potajes de esta gente, pedí que me sirvieran carne. Yo no sé por qué me la trajeron en una fuente, cuando pudieron arrearla desde la cocina. Era así como media res casi viva. Después del dulce, ¿qué cree usted que nos sirvieron? No se caliente los sesos adivinando, porque no se lo va a imaginar. Una limonada sin pizca de azúcar, en unas tazas de vidrio de color muy graciosas. Mi pobre primo, a pesar de llevar dos años en este país, no ha pescado nada de las costumbres extranjeras. Se lo juro sobre mi palabra de honor. El animal del muchacho, por más que veía que yo me embuchaba la limonadita muy lindamente, ¿qué se imagina usted que hizo? ¡Se lavó los dedos en ella, y hasta se frotó las uñas con los gajos del limón! Yo me reía, que era un contento, y él, el muy gandul, sin avergonzarse de su grosería, parecía hacerle gracia mi risa, y por poco se desternilla. Siempre he creído que mi tío botaba su plata mandando a este chico a tierras de estrangis. *Lo que natura non da...*

Esta carta, mi primera de cambio, la lleva el alemán aquel de la quincalla, a quien he encontrado aquí medio casado con una señorita que debe ser decente, porque va muy bien vestido de terciopelo, con perifoneos y garambainas, tamaños diamantes, y muy enguantada. No me arriesgo a meterla en el buzón (la carta)

porque todavía no sé cómo se escribe el nombre de usted en inglés.

Su amigo y paisano que más que escribirle quisiera verle por estos babeles.

*Silvestre Montañés*

*Postdata.*

Mis señas son: En Nueva York, calle de Brodué, a mano derecha subiendo, tres casas más arriba de la Botica, junto a una puerta que dice *For sale*, pero no se sale sino por donde se entra.

*Vale*

## SEGUNDA MISIVA

Nueva York: febrero de 1894.

*Señor Don Frutos del Campo.*

En el Gredal

Estimado amigo y paisano:

Después de desearle con toda el alma que este nuevo año en salud se le convierta y mucha prosperidad le traiga, paso a decirle que, viendo yo que corren los días y ni una letra de usted recibo, me fui a la oficina de Correos a preguntar si mi querido paisano Don Frutos del Campo me había escrito; y ¡vayan a contarle a mi abuela eso de que aquí en esta tierra de gente acaballada, hay pizca de cortesía para con las personas! El idiota del empleado del correo me contestó que él no sabía quién era usted; por más que se lo pinté con todos sus pelos y señales; y para mayor claridad díjele que usted era del *Gredal*, a lo que me agregé que

en su ruin vida había oído mentar semejante punto terráqueo ni semejante ciudadano. Dijele yo entonces que mi pueblo es de donde viene aquí el café que él y toda su casta beben todos los días; y que usted es persona de aquellas que andan en letras de molde en las gacetas, pues es nada menos que Presidente del Cabildo, Mayordomo de Fábrica y otras yerbas; que en todas partes le conocen a usted, hasta en Roma, como que de allá le vienen camándulas benditas por Su Santidad, y de Paris de Francia le mandaban a su digna señora (que Dios tenga en su santa guarda) los figurines de modas y *El Correo de Ultramar*. Pero el muy mal criado del hombre aquél me volvió la espalda y me tiró la ventanilla en las de mis narices.

La verdad es que como ahora no tengo a mi primo para que me traduzca, como buen trujimán que es de esta condenada lengua, pues al muchacho me lo tienen embarbascado unas cuantas chicas de esas que bailan en el teatro con media vara de tarlatán por todo vestido, tuve que decirle al empleado del correo todo lo que le dije, por gestos y por señas.

Aquí me tiene usted en este país como mudo y sordo que ni habla ni entiende, y dando más botes que un cuerno en un empedrado. Pero bien dicen que la necesidad tiene cara de hereje; porque es el cuento de que la precisión en que estoy de hacerme entender y de entender a estos arrevesados yankees me ha puesto en el caso de aprender el inglés; y puedo asegurarle, paisano don Frutos, que la cosa es de lo más sencillo del mundo. Todo está en cogerle el golpe a la maldita gerigonza.

Yo he descubierto que el secreto para hablarla con ejemplo. ¿Quiere usted pedir pan?; pues pida el som-

*brero*. ¿Que se le antoja luego mantequilla? No tiene más que pedir las *botas*. Cualquier sirviente a quien usted le grite: ¡*Pepe!*, le trae *pimienta*; y si lo que se le antoja a usted pedir es queso, no se apure usted mucho; estornude y diga ¡*chis!*, y se lo traen volando. Cuando le falte la sal, no se ande corto, y diga que le traigan, nada menos que el *sol*; y para que a uno le sirvan el cacao (¡miren qué ocurrencia!) hay que decir que le traigan el *coco*.

Ayer tuve que comprar una docena de cuellos, pues aquí no es como en el Gredal, en donde con uno solo hay para rustir tres semanas. Y sucedió que me bajaron toda la tienda, sin saber lo que yo pedía, hasta que me acordé de mi regla de trocar las palabras y comencé a mentar cosas de carpintería, y cuando llegué a *cola*, como por ensalmo, me dieron los cuellos. ¿Y qué me dice usted, paisano, de esto de llamar a la tinta *Inca*, al tintero *instante* y al lápiz *pensil*?

A cualquiera señorita, a la más encopetada, la llama usted *miss*, como a los gatos, y no se ofende; les dice usted que usted quiere ser su *lobo*, y ellas no se asustan; porque *lobo* quiere decir "amor." A la criadita del hotel, le pregunto yo, así por pura chacota: chica, ¿tú me *lobas*? Y ella, la muy pícara, siempre me responde: ¡*queso!* Con las muchachas se practica muy bien el inglés. Pero eso sí, paisano, mucho cuidado en no mentar aquí piernas, y aunque no es pecado el mostrarlas, sí es escándalo el nombrarlas. Aquí las piernas existen y no existen, son una cosa que es y no es, y por eso me figuro yo que las llaman *limbos*. De suerte que no puede decir usted que ha visto una pierna, sino que vió el *limbo*; y entonces nadie se alarma.

A los pasteles les dicen aquí *páis*. Yo me como todos

los días un *páís*. La verdad es que esto es ya casi castellano; porque allá entre nosotros, cuando un Presidente está haciendo su mandado, decimos que se está tragando el *páís*.

Al fin de cada semana me presentan en el hotel el borderó, que aquí lo llaman el *vil*. Si estoy corto de plata en ese día, me toco el bolsillo, o sea el lado del hígado, y digo muy tristemente ¡*tumor!*; que quiere decir ¡mañana!

Al centavo le llaman aquí *Sen*, como si fuera medicina; acaso porque tanto lo buscan los estreñidos; a la moneda de cinco centavos la llaman *faisán*, al *chelln* le dicen *cuota*, y al dinero lo apodan de *mono*. La cuestión es afearlo todo. Al carnicero lo tratan de *buche*, y a los dueños de bodega, de *groseros*. Le aseguro, paisano, que aquí se vuelve uno muy reteordinario. Y si no, vea usted. Para llamar a una persona, lo más natural sería decirle: — “Venga usted acá.” Pues, no señor; aquí se le grita: ¡*Comelón!*; y nadie se da por ofendido.

Pero esto es nada. Si uno necesita en su cuarto jabón, tiene que pedir *sopa*; de otra manera no lo entienden aunque se desgañite, y si la camarera se ha olvidado de ponerle fósforos, hay que llamarla y preguntarle: — ¿por qué no ha subido usted esta noche los *machos*? Los baules son *troncos*, los libros *buques*, los guantes *globos*, y los calcetines *estoques*. Al suelo de las habitaciones se les llama *flor*, a los techos *Rufos*, y a las casas para alquilarlas les ponen el *tolete*.

Para esta gente Dios es *Godó*, y al diablo lo llaman *débil*. Todo al revés, paisano.

Una sola cosa no he podido explicarme, y es el porque a los números se les han de dar aquí nombres de

personas. Por ejemplo, al número uno le bautizan *Juan*, y al sesenta lo llaman *Sixtos* de manera que cuando va usted a contar sesenta y uno, tiene que decir *Sixto Juan*.

Ayer no más me reía yo oyendo sacar sus cuentas al cajero del hotel. En vez de decir: diez, dos, uno; diez, dos, sesenta; once, catorce, decía: — *ten tú, Juan; ten tú, Sixto; eleven el fortín*. Vuelvo a asegurarle, paisano, que aquí hay que usar las palabras como las medias, metiéndolas al revés.

Hay otra reglita que he descubierto, y es que todas las palabras debe uno acentuarlas en la primera sílaba; especialmente si son Santos de comer. Por ejemplo; nosotros decimos por allá *San Güiche*; y aquí hay que decir *Sándwich*; y si no, se queda uno y el que los vende, en ayunas. Por eso reparará usted, paisano, que los gringos que van por nuestras tierras, no dicen, ni que los maten, *San Cócho* sino *Sáncocho*; y con su acento en el Sán se lo zámpan los muy zánganos.

Se me ha ido, paisano y amigo don Frutos, todo el tiempo en darle esta leccioncita de inglés, por si a usted se le ocurre venir algún día a esta cafrería blanca, en donde no se habla cristiano; y lo siento, porque tenía muchas cosas que contarle; pero aunque pierda usted hoy la sesión del cabildo leyendo esta larga carta, no quiero dejar de referirle mi primer viaje en ferrocarril, en el cual he visto cosas que parecen del otro mundo.

Se mete usted en el vagón, le hace a usted señas un negro, muy uniformado, por supuesto; lo lleva a usted a un salón de caoba, a una especie de escaparate grandísimo, con muchos espejos, lámparas lindas y asientos de terciopelo; se sienta usted, sin saludar a nadie,

y sin que nadie le salude, ni le hable, ni lo vea siquiera por curiosidad. Todo el mundo está como en misa; no se oye más ruido sino el bramido de la maquinaza aquella que lo lleva a uno en volandas, y pitando de cuando en cuando como un toro colosal. Paisano; sin exageración le digo a usted que aquella velocidad parece una pesadilla. Los árboles del camino, las casas, todos los objetos los mira usted pasar como aventados por un cañón. Cuando siente usted que le pica el hambre, se va a otro vagón, que es el comedor, en que caben cuarenta personas, y allí le sirven por diez reales un banquete que no se lo come un huérfano; desde la sopa hasta la limonadita aquélla sin dulce, en las escudillitas de vidrio. A la noche, le hace levantar de su asiento el mismo negro; y *pas contra pas*, en un pestañear le forman a usted una cama como para un obispo en visita. Aquello parece cosa de brujería. Y ya va usted a ver lo bueno. Me acuesto en mi cama muy orondo; y a poco siento que abren la cortina de damasco, ponen una escalerita por delante de mi cama, y sube a la cama de arriba, sobre la mía, ¡paisano! nada menos que una joven más linda que un lucero. Saco yo la cabeza para pescar algo, como hacemos por allá en el Gredal cuando las muchachas suben al coro, y apenas había columbrado un tobillo, me grita el negro: ¡*dont luck!*, y como yo no me llamo *Don Lucas*, no hice caso y seguí mirando; cuando en esto ¡*paff!*, me da el condenado negro un cogotazo y me dice furioso: ¡*stop!* Yo entendí que quería decir *estopa*, para hacerme creer que la famosa pierna que yo veía estaba rellena y no era natural. Entonces me indigné, y agarrando al negro por la estopa de su cabeza, le di unos cuantos calamorazos contra la cama. La joven gritó ¡*may Godo!*

el negro chilló *jall right!*; se despertó todo el mundo, preguntando cuál era la *máter*, y yo tuve que explicar como Dios me dió a entender, que allí no había *máter* ni *páter*, sino un negro muy grosero, que había dicho que aquella hermosa joven se rellenaba con *estopa*.

En mi próxima carta le seguiré refiriendo mis perances, querido paisano. Esta va por el correo, y le pongo tres obleas, para que no me la abran aquí, pues allá en el Gredal no hay temor, porque mi compadre el Administrador de correos no me abre las mías.

Su paisano y cofrade,

*Silvestre Montañés*

### TERCERA MISIVA

Nueva York: marzo de 1894.

*Señor Don Frutos del Campo.*

En el Gredal.

Estimado amigo y paisano:

Si usted llegara a ver por un agujerito a este su amigo y coterráneo; pergeñado como está con los vestidos de invierno, no diría usted que soy aquel mismo Silvestre, que salió del Gredal muy orondo, con su flus de dril blanco y su sombrero de Panamá, que daba envidia a la misma paloma del Diluvio, sino que me tomaría usted por un animal selvático; cuando menos, por el marido de la Osa mayor.

No tiene más, sino imaginarse que se llega usted a un bulto compuesto de camiseta de lana, gruesa como para fomentos y endemoniada como un sinapismo; dos

abayetadas fundas de violín, que sirven de calzones; camisa de esas de puerta de campo, pues por detrás es que se abren; pantalones de alfombra; chaleco amocillado con algodón, como hacemos por allá los sudaderos; levita de esas de que los muchachos dicen que el muerto era más grande; y encima de todo eso, para completar la adivinanza de la piña: — “ventana sobre el balcón, sobre el balcón una dama, y sobre la dama una flor”, el colchón con mangas que aquí sirve de sobretodo. Pues bien, paisano; se arrima usted al zurrón, toca usted como para que le abran, y desde allá dentro desde el fondo de toda esa diablazón de cosas, le contesta el saludo su paisano, su amigo Silvestre, que a pesar de tanta lana y tanto empaque, se muere de frío. Las manos me las han hecho zampar en manoplas como para jugar al espadón; las orejas me las han metido en bolsitas, como si fueran higos pintones; y en los pies llevo, además de los zapatones que aquí se usan, otros de goma, con los cuales parece que camina uno sobre zapotes maduros. Como para la nariz no han inventado todavía los yankees ningún rebujo, se me convirtió la mía, primero en tomate, y ya va para pimienta morrón.

El frío que usa esta gente es cosa de que usted no puede formar idea cabal. El frío de las tercianas que por allá gastamos, es un fresquecito, comparado con éste, que corta como navajas de afeitar, que pincha como alfileres, que abrasa como candela. Bosteza usted, y lo que le sale por la boca es una humareda, como si tuviera un horno de tejas en el estómago. Escupe usted, y lo que cae en el suelo es una piedra; el resuello y compañía se la pasan cuajando sorbetes sobre el bigote, y hasta las palabras se vuelven harina de vidrio

en el aire. No en balde anda la gente tan arrebuñada; y aún al mismo hielo, para que no sienta el frío, lo meten dentro de las casas y lo arropan con frazadas.

Ayer miré caer nieve. Me pareció que estaban desplumando pollitos blancos en el cielo, o que los angelitos de Dios se divertían sacándole virutas a la luna o trasquilando a las cabrillas. ¡Qué cosa más bonita! Yo cogí un puñado a dos manos para mandárselo. ¿Y qué cree usted que sucedió? Aguado me llaman. La nieve es cosa de mirame y no me toques; y ahora caigo en el por qué le dicen aquí *snow*, que se pronuncia *es nó*; por no decir de una vez *no es*.

Cuando cae mucha nieve, hay por fuerza que andar en trineo, que aquí llaman *sleigh*; aunque para mí no *es ley*, porque cuesta dinero, y prefiero andar a pie. En el parque el lago se vuelve un pan de vidrio, y las gentes se ponen unos cuchillos de fierro en los pies y se echan a correr en él como almas que lleva el diablo. Yo probé una vez la diversioncita, y la estoy contando por milagro. El platanazo que llevé fué tal, que casi desfondé el hielo con la cabeza. Desde ese día anda tras de mí un majadero, de esos que le adivinan a uno el genio por los chichones, y que llaman *frenólogos*: empuñado el hombre en sacarme en yeso un molde de mi cabeza para exhibirla en un Museo del Bowery. No tiene usted idea de cómo me la pondera y alaba el condenado *frenólogo*. Yo me le zafo asegurándole, aunque no me esté bien el decirlo, que en el Gredal todos somos así, muy testaduras.

Anoche me llevó mi primo a ver las figuras de cera. Hay allí varios salones llenos de gente tiesa, que parecen la viva realidad. Conocí al Papa, que es un viejecito muy risueño; a la reina Victoria, que es una seño-

rota muy frondosa; a Bismarck, que parece un gato montés; y a la mar de gente gorda. Todos me miraban sin pestañear, como diciendo: "yo conozco a este sujeto." Tan naturales están los tales muñecos, paisano, que al cabo de unos instantes, no sabe usted cuáles de las personas que están allí son de cera y cuáles son de carne y hueso. Al fin se le convierten a uno, todos en monigotes. A una señora muy guapa que me quedaba al lado, le pellizqué la nariz para saber si era fingida, y me largó un abanicazo gritándome:—*¡rascal!*; (1) y como me sonó a *rasca*, seguí rascándole su nariz de cera. En esto vino otro muñeco vestido de policía, que me agarró por el brazo y me dijo de mal humor: *¡come!*; (2) y yo le repliqué: —"¿Dice usted que le come? Pues por lo mismo es que se la rasco." El muñeco se enfureció e hizo ademán de sacar el garrote, pero yo, que no me dejo engatusar por estas engañifas de los yankees, me encaré con el mamarracho, y le dije: —"Compadre; ¿si creerá usted que yo no sé que usted también es de cera?" Mi primo se interpuso, le habló en inglés al fantoche, éste se rió, como si fuera persona de verdad y me dejó quieto en cuanto mi primo le dijo que yo era del Gredal; que fué como decirle que por allá no somos pavos para tragar entero.

En seguida pasamos a otro salón en donde está Napoleón III muerto en su cama, y su mujer y sus hijos muy afligidos rodeándole. Está tan al natural la cosa, que hasta se siente el olor de la carne ya manida del emperador; y se le paran las moscas encima al difunto.

Hay también un muñeco que juega al tablero. Yo

(1) Brihón.

(2) Venga.

jugué una partida con él, y en un pestañear me encochinó tres piedras. Le aseguro a usted, paisano, que estos malditos yankees van a acabar por fabricar gente que coma y beba. Ya por ahí he visto muñecas que hablan y cantan como si fueran cristianos vivos; y he oído decir que hay médicos que hacen narices para los chatos, y ponen ojo de conejos a los ciegos, y remiendan las tripas, y sacan el hígado y lo lavan, y que hasta empollan los chiquitines, en incubadoras, como si fueran crios de gallina.

Paisano don Frutos. No me lo va usted a creer, pero es la verdad que ¡he oído a la Patti! Ríase usted, amigo mío, de los diamantes y perlas de la Virgen patrona del Gredal. Aquello es una bicoca en comparación con los que usan las señoras que aquí van al teatro. Gargantilla hay que les coge todo el pescuezo y les cae a modo de pretal sobre el pecho; y lo que son las orejas se las ve usted como si ya fueran a rajárseles con aquellos pedrejonos que relumbran como centellas. ¿Y qué me dice usted, don Frutos de mis pecados, de los descotes que estas mujeres usan? Que me caiga muerto, si no es verdad que había esa noche descotes que por un tris llegaban al asiento de la butaca. También dirá usted que exagero, cuando le digo que aquellas mismas dueñas de los fulanos descotes, al salir las bailarinas con las piernuchas al aire, se tapaban la cara con los abanicos y exclamaban: ¡shoking! ¡shame! ¡sham!, y otras palabras con *ese hache* provocadas por la vista de las pobres muchachas en pernetas.

La Patti cantó aquella noche la *Traviata*, de ese autor italiano llamado *Verde*, que hace óperas de todos colores. Esta me pareció un poco colorada.

En el primer acto la Patti está enamorada de un

tal Alfredo, y junto con él y unas chicas no malejas, canta un brindis con champaña, después del cual, Alfredo le pide una camelia. Ella se la da, él la besa (a la flor), y tal vez para que no vea el público cuando Alfredo haga lo mismo con la Patti, dejan caer el telón. En el segundo acto se aparece el padre de Alfredo, que ha sabido los trapicheos de su hijo, y le echa un buen rúpice; y aunque se lo echa cantando, al mozo no le hace maldita gracia. Luego el viejo se aboca con la Patti, y le dice, también, cantando, (para que no le sepa tan amarga la pildora), que le suelte al muchacho. La Patti gime y zollipa; trata de endulzar al suegrete con unos cuantos caracoleos de garganta, pero el papá tieso que tieso; hasta que al fin la convence; y hecho el mandado, se despide para largarse. Yo sospecho, sin embargo, que al estafermo no le amarga el turrón, y que de buena gana plantaría al chico; porque le dice a la Patti *addio*, ella le contesta también con *addio*; se va el viejo, y de la puerta se vuelve para decir otra vez *addio*, y luego hace como que se marcha, y embiste nuevamente a decir *addio*, y en estas idas y venidas, con el pretexto del *addio*, se pone tan cargante, que no sé como aquella tonta no le hace echar el perro para que se vaya con la música a otra parte.

En el tercer acto Alfredo está jugando barajas con otros calaveras en un baile, que por más señas, me pareció de medio pelo. En esto entra la Patti, a quien él llama Violeta, y al verla Alfredo, que en ese instante está perdiendo a los naipes, se incomoda de que lo interrumpen justamente cuando acaba de verle la puerta al montero, y para que la Patti se vaya pronto, y no le azore la suerte, le arroja un bolsón de monedas. Ella, la Patti, o Violeta, o como usted quiera, en vez de co-

ger su plata y marcharse a comprarse un bonito sombrero, se desmaya, la muy zoqueta. Sus amigas (buenas pájaras, por cierto), se la llevan en gori-gori, y se quedan en la escena los coristas cantando todos a un tiempo, sin tener en cuenta lo caro que cuesta la entrada a la ópera, y que tiene uno derecho a ir oyéndolos por separado, y no así en montón y como para salir del paso, lo cual, hablando en plata, es robarle a uno la suya.

Aparece en el siguiente acto la Violeta, enferma, acostada en su cama, muy embatada y con medias blancas. El médico entra, le toma el pulso, y le dice que está divinamente; que no puede estar mejor; que aquello de los pulmones no es más que una pechuguera cogida a causa del frío que hace ahora; y le receta una tisanita de saúco, por no dejar. La pobre señora lo cree al pie de la letra, y rompe a cantar. En esto llega Alfredo muy tristón; ella le abraza, y así abrazaditos echan un duo en que dicen muchas veces *¡Parriyi o cara!* Yo no sé lo que en italiano significa eso de *cara de parriyi*, pero no debe ser cosa buena, porque de repente la enferma se acerca al espejo, se mira la cara a ver si efectivamente la tiene de parrilla, y al encontrarse tan pilonga y ojerosa, del susto pega un grito y se cae muerta.

Este es el argumento de la *Traviata*. Por lo que hace a la voz de la Patti, lo más que puedo decirle, paisano, es que es un turpial, un cucarachero, un ángel. Yo quisiera que la oyese el señor cura del Gredal, para que le cogiera aquellas escaleritas tan sabrosas que hace con ristras de gorgoritos, que le vendrían de perlas al señor capellán para los dequiebros y cabriolas con que adorna la Epístola en los jueves de Minerva. Y eso que

en la *Traviata* estaba la pobre señora tan por lo bajo, que varias veces tosió y hasta esputó sangre en el pañuelo. ¡Qué lástima! Y pensar, paisano, que para esos catarrones no hay como dos meses de leche de las burras del Gredal! Si yo no estuviera tan a pie en esto de los idiomas, por Dios que se lo grito esa noche, pues tuve la barbaridad en la punta de la lengua.

Me dicen que la Patti se ha casado con dos maridos; uno es conde, y el otro sale con ella a las tablas; pero no ha tenido hijos; lo cual es una fortuna para ella, pues si le hubieran nacido nenes, siendo tan avara como aseguran que es, dígame usted ¡cómo le dolería a la Patti el tener que cantar para dormir a los *Patticos*, cuando por cada noche de ópera le pagan la friolera de cuatro mil dureses!

Y como no tiene herederos, todo el mundo se quiere emparentar con ella. ¡Vaya unos yankees para saber arrimar la brasa a su sardina! Como la Patti nació en España, estos avispados le buscan la parentela en español y la llaman *prima*; así es que esa noche no oía ustedo tra cosa que *prima doña* por aquí, *prima doña* por allá, y hasta a mí me entraron ganas de primadoñarla yo también.

Cuente usted, paisano, que me quedo corto en lo que le digo tocante a la voz de la Patti, por tal de que no vaya usted a creer que me he vuelto ponderativo en esta tierra del *Juan bogo*; lo mismo que no me atrevo a ponerle comparaciones muy bachilleras para que no me llame usted refistolero. Sólo una cosa le digo: ¿se acuerda usted de la hija de nuestro paisano don Eme-terio, la cual tenía una voz como la de una sirena; y que mucho antes de cometer la indecencia de casarse

con el tiñoso de don Proto, nos cantaba ya con tanta pasión el aria de la *caspa viva*?

Pues la Patti tiene mucho, muchísimo mejor voz que la hija de don Emeterio.

A éste y a todos mis queridos paisanos les mando mis abrazos, y a usted le dice *addio del pasato*,

Su amigo,

*Silvestre Montañés*

#### CUARTA MISIVA

Nueva York: mayo de 1894.

*Señor Don Frutos del Campo.*

En El Gredal.

Mi muy querido y recordado paisano:

Aunque no tardaré mucho en darle un abrazo bien palmoteado, si Dios y la mar salada lo permitieren, hágole estas líneas para decirle que no he hecho otra cosa que pensar en usted, en estos días, mi bueno señor del Campo, viendo estos de aquí de repente tan galanos, en cuanto se dijo Primavera, después de haber estado en todo el invierno los pobres árboles vueltos una pura chamiza, sin una hoja para un remedio. Y digo que viéndolos lo he recordado a usted, paisano, porque ellos me traen a la memoria aquel flus verde que usted se pone cuando repican duro en el Gredal, y con el que parece usted como si lo acabaran de vestir monjitas enclaustradas.

Aquí sí es verdad que se oye crecer la yerba, amigo mío. Aquí se acuesta usted dejando los árboles pelados,

como las escobas del presidio, y en toda la noche oye usted el tiroteo de los pimpollos que revientan, de modo que al amanecer se le aparecen las matas todas muy vestidas y uniformadas de verde y algunas copadas de flores, que cualquiera diría que aquí hay también máquinas de vapor para hacer estaciones.

Lo que sí es un hecho, señor don Frutos, es que esta gente lo tiene todo arreglado y calculado como si fuera cosa de tramoya. Esto es una maquinaria inmensa, y nada más, aunque a usted le digan que es una gran República. ¡Qué República ni qué longanizas! Yo he estudiado muy bien la fulana ésta, y puedo asegurarle que no es sino un despotismo aforrado en leyes, en donde no vuela una mosca sin que haya un artículo de ley o de ordenanza que diga que la mosca debe volar. ¿Qué más quiere usted? Si hasta la temperatura la gobiernan estos señores yankees como les da a ellos la gana. Usted bien sabe, paisano, que por allá decimos: "en verano carga tu cobija, y en invierno tú verás lo que haces." Porque entre nosotros sí que hay libertad; y a ningún gobierno se le ocurre hacer lo que al de WASHINGTON, que tiene empleados a unos cuatos zánganos sin más oficio que estar cogiendo cabañuelas, para luego decir, por orden de la autoridad y publicándolo en todos los periódicos diariamente, que a tal hora debe llover, que a tal hora habrá frío o viento, o calor, o tempestad.

Y, nada; que eso se cumple al pie de la letra, como cuando allá en el Gredal recibe el Prefecto una ordencita del Presidente por este tenor: — "Compadre Ovejón; péguemele un cabestro a funalejo de tal, y mándemelo, pues no me conviene que viva en ese pueblo." Y se lo pega, como hay Cristo.

Así mismo es por acá. La diferencia es que aquí todo marcha al pelo, y por allá todo marcha al palo. Sin embargo, tal vez será porque yo tengo algo de eso que llaman *indio-sin-gracia*, pero le confieso que me gusta más nuestro modo de matar pulgas en materia de libertad. No tiene usted más que ver, que por allá el Almanaque es una autoridad que se hace de la vista gorda, y sus reglamentos son como nuestras Constituciones, o sea como el Cristo de la Cartilla, que no es letra sino para los muchachos. Pues sigo con lo del Almanaque. Allá nos dice este señor, que ha de haber cuatro estaciones diferentes en el año. Nada más natural. El principio de la alternabilidad, sí señor. Pero, ¿qué se nos da a nosotros de la tal alternabilidad, ni qué bienes nos vienen con esa gracia? Y ahí tiene usted, paisano, que se nos antoja una *Primavera perpetua*, y una vez que se nos metió eso en la mollera, nadie nos lo saca de ahí. Por eso verá usted que todos queremos allá perpetuarnos, en cuanto nos pimpollice entre las manos un gobierno.

Aquí, en este país de carneros, sucede todo lo contrario; porque aquí, en diciendo ley, aunque sea la del *linche*, todo el mundo la respeta y se somete a ella. Es, paisano, que no tienen sangre estas gentes, no tienen sino horchata fría en las venas. Vamos al hecho. El Almanaque reza que el Invierno termina su papel el 20 de marzo; y no hay tu tía, sino que el hombre lia el petate y se va para que entre la Primavera. Nada de que: — déjeme echar una chupadita más; nada de que: — la primera no es válida, y vuelvo mi tiro que esta vez va de veras; nada de que: — yo era ayer provisional y ahora sigo como constitucional. Todo es inútil, paisano; porque ese mismo día, los termómetros,

que son otros tantos miedosos de la ley, comienzan a subir, que es el modo que ellos tienen de decir que no están porque se haga perpetuo ni el invierno ni nadie.

Para que usted se pudiera formar una idea más completa de lo borrega que es esta gente, cuando se trata de leyes y de Constituciones, le bastaría ver aquí cómo se tumban los gobiernos. Si es cosa de desternillarse de risa. Aquí se toma a lo serio aquello de las votaciones; y el que saca más papelititos, ese es el que se sienta en la poltrona de la presidencia. Yo le preguntaba ahora días a un sujeto, que por qué ellos no hacían las elecciones a cañonazos como nosotros; y a todo me contestaba él horrorizado: — ¡Oh! ¿Y la Constitución? ¡Y el *cánon* tal, y el *cánon* cuál! — ¡Quite usted allá, hombre; le decía yo: — a eso que ustedes llaman en inglés *cánon*, lo llamamos nosotros en español *cañón*.

Sin embargo, a mí se me figura que este cotarro se quiere echar a perder. Y si no, vea usted la manía en que han dado las mujeres; en que han de votar en las elecciones, al igual de los hombres.

Mi primo, que es un Dios me lo perdone, y que en todas partes se mete, comenzando porque está siempre como el *ser fruto, entre todas las mujeres*, me llevó anoche a un *mitín*, que por poco se vuelve motín, porque unas mujeres estaban en favor de los pantalones y otras por conservar las enaguas.

Habló una señora muy remilgada y fina, y dijo poco más o menos, según me tradujo mi primo: “Yo opino porque no debemos votar. Eso de votar no es más que una nueva carga que se quiere echar sobre las pobres mujeres, que ya tienen bastantes con cuidar de la casa, de los chiquitines y del señor grandulón, que se pone

furioso cada vez que a la sopa le falta sal o al asado le sobra candela. ¿Y para qué más gente que vote? Lo que se necesita en las votaciones no es mucha sustancia, sino que la poca sea de buena calidad y engorde el caldo.”

Ya usted comprende, paisano don Frutos, que la rubita aquella se iba explicando. Yo soy del mismo parecer. Eso de que todo bicho viviente pueda hacer gobierno, me ha reventado siempre. Pero no paró aquí la yankesita, y dijo:

“Cuando el amo de la casa vota, se debe entender que vota por toda la familia, hasta por el gato. Nosotras, las mujeres, desde la cocina, decimos *amen*, y en la paz de Dios. ¿A qué ir a las Asambleas a rezar la misma letanía? ¿Y si por salir nosotras a farolear de hombrunas, se rompe la crisma un muchacho o se quema el guisado?”

“La mujer y el hombre — continuó la yankesita rabicana—, fueron hechos por Dios, cada cual para su oficio. Y cuando Dios lo hizo, bien calculado lo tendría.”

Todas estas razones me parecieron a mí de perlas, y por poco meto yo también mi cucharada, para decir aquello de que “la mujer honrada, la pierna quebrada y en casa,” o aquello otro de “la mujer y la gallina hasta la casa de la vecina”; pero no me dió tiempo a determinarme una trigueña muy bien empulpada, moza de buen plantaje, cabos negros, y crin valoneada como la usamos los hombres, que comenzó a echar de su pecho escamas, diciendo:

“No me vengan a mí con cuentos de que tratamos de imponernos una nueva carga, al pedir el derecho de votar. Y si el sufragio es una carga, ¿por qué los negros la pedían y por qué se consintió en echársela en-

cima? (Vaya viendo, paisano, cómo comenzó dando con la espuela esta pollanclona.) Quiere decir — continuó ella—, que los partidarios de los derechos del negro, obraban de mala fe, y que lo que pedían para él no eran más derechos sino más trabajo. Vamos, señoras, que eso de la nueva carga me parece jocoso. También me hace gracia lo otro de que en materia de votos lo que se necesita no es lo mucho sino lo escogido. Este argumento me huele a monarquía. En las Repúblicas, quien debe elegir es el montón, pese a quien le pesare. Ganas me dan de convenir en que el voto deban darlo los que lo entienden y no los ignorantes. Vamos, que convengo en ello. Y ahora reclamo yo, que se quede en la cocina mi cocinero y me deje ir a mí a votar en su lugar. No, señor; hasta el limpia platos puede nombrar gobierno. La señora de la casa no puede votar. ¡Cómo ha de saber ejercer su derecho, si esa ciencia no la dan sino los pantalones, aunque estén remendados!”

¿Qué me dice usted, paisano don Frutos? La pollita guacharaca, en cada pernada da un golpe de landra. Yo, que había apostado diez contra uno a la talisaya, me arrepentí de haberlo hecho.

Vea usted ese otro canillazo:

“Se ha dicho que la divinidad dió diferentes destinos al hombre y a la mujer. Yo de mí sé decir que jamás he hablado con la divinidad sobre este particular, y dudo mucho que la señora preopinante se haya entendido con la divinidad para averiguarlo.”

Miren qué salidas tienen estas mujeres, paisano. Le aseguro a usted que son la misma piel del diablo, y que yo no sé a qué cartas quedarme. Oyendo a la una, me parece que tiene razón que le arrastra; y escuchan-

do a la otra me vuelvo atrás y creo que a ella es a quien le sobra.

Y ahora pregunto yo: ¿a qué vienen esas majaderías de votaciones, paisano y amigo don Frutos? A buscarle tres pies al gato; a echar a perder todavía más esta República. Yo se los he dicho ya en primera y segundas nupcias; se los he dicho en pública subasta, según el expresivo hablar de nuestro compadre, el escuelero del Gredal. Yo les he dicho a estos yankees que aprendan de nosotros, que por allá no se molesta a ningún ciudadano quitándole de su trabajo para que vaya a meter un papelito en una alcancia, y de esa alcancia salga elegido el Presidente, como si fuera el premio gordo de una rifa. Miren ustedes, les digo yo: — Allá en mi tierra, todo eso lo hace el Gobierno, y mal que bien, vamos viviendo, el pueblo trabajando y el Gobierno gobernando, que eso es la verdadera República, la de Antón Perulero, en que cada uno atiende a su juego.

Y había de ver usted, paisano, la cara que ponen estos habiecas, cuando yo les predico cosas tan sencillas y buenas, que para ellos son como si las oyesen por teléfono desde la luna. — ¿Y no sufraga allá el pueblo? — me preguntan ellos, con la mayor naturalidad, como si dijeran: — ¿y no vuelan por allá las tortugas? — Y yo les respondo: Lo que es sufragar, todos sufragamos. Yo, por ejemplo, sin ir más lejos, y bien lo sabe usted, paisano, sufrago por mi rastrojo, sufrago por mis cuatro vacas, sufrago por mi ventorrillo que tengo a la entrada del pueblo. Y hasta los muertos sufragan, aunque no sean de los que reciben sufragios. Repare usted, paisano, que me he vuelto un titiritero para esto de jugar con las palabras. Siguen preguntándome estos señores muy asombrados: — ¿Y no se inscriben los ciu-

dadanos en las listas para sufragar? — A lo cual les contesto yo: — Por supuesto, que se forman las listas. El Gobierno pide a la agencia funeraria las nóminas que tiene para invitaciones a entierros, y no hay más trabajo sino copiarlas. Cada nombre de esos es un voto para el candidato del Gobierno; y si las listas funerarias no bastan, se coge el Calendario, se van entresacando nombres de cristianos, y se le van añadiendo apellidos de cosas; por ejemplo (y aquí me pareció bien citarlo a usted) se escribe el nombre de Frutos, que es nombre de un santo, y se le agrega el apellido del Campo, que es nombre de cosa selvática. Y así se van bautizando los votantes, con apellidos sacados de frutas, de madera, de animales; por modo que resulta el Presidente elegido por el pueblo sin que el pueblo haya quebrado un plato en las tales elecciones, porque quienes en realidad han votado han sido los Pinos, los Robles, los Piñas, Manzanos, Rocas, Leones y demás gente inanimada o cuadrúpeda.

¡Qué bocas, qué bocazas abren los buenos de los yankees cuando les explico el sistema republicano con que nosotros hemos llegado a ser felices hasta ahora y hemos de llegar algún día a la completa bienaventuranza!

Una gran idea se me ha ocurrido, amigo del Campo, y es ponerme con formalidad a aprender el inglés, y una vez que me pudiera quitar estas maneas de la lengua que no me dejan explicar, meterme a discursador, como los que aquí se usan y que ganan mucha plata, dando lo que llaman Conferencias. Yo haría una fortuna dándolas sobre la República verdadera, sobre la República Gredalense. A mí lo que me falta es poder manejar la sin hueso. Ya verían estos cloróticos lo que

son los pueblos que tienen sangre en el ojo. Y que no me vengan con que lo que nosotros sabemos de República lo hemos aprendido en los libros; porque la verdad sea dicha sin que parezca propia alabanza: — las cosas nuestras, paisano, no están escritas.

Pronto tendrá el gusto de abrazarle su amigo y paisano,

*Silvestre Montañés*

#### QUINTA MISIVA

Nueva York de 1900

*Sr. Don Frutos del Campo.*

En el Gredal

Mi querido paisano:

Aquí me tiene usted otra vez en tierra de gringos, Don Frutos amigo, pero no como en mi primera salida, en que me trajeron el antojo y la curiosidad, sino que ahora me traen los rigores de mi suerte endina y las malvadas intrigas de algunos de mis paisanos, pues como muy bien dice el refrán, no hay peor cuña que la del mismo palo.

Echado apesta-perros vengo, echado de mi pueblo, de mi Gredal querido, en donde quedan tan campantes y satisfechos los envidiosos sin caridad que me maleficiaron poniéndome de tuno, de ateo y de socialista, perjudicial a la paz y a las conciencias de la comunidad.

Harto lo sabe usted, mi generoso don Frutos, pues

como amigo y corresponsal mío, sus buenos quebraderos de cabeza le llovieron por mi causa.

Que yo llevé la cholla llena de ideas forasteras; que yo, en mis cartas para usted no hice más que tirar pulitas a mis paisanos los gredalenses; que yo siempre miré, como gallina que mira sal, al señor Alcalde, a los ciudadanos municipales y demás archipámpanos chupativos de mi pueblo; que yo prediqué desde el púlpito de mi poquedad doctrinas yankis, las cuales han chiflado por allá a unos cuantos idiotas, quienes ahora quieren que se gobierne el distrito sin cepos ni tramojos sino con leyes de papel; todo esto y mucho más que se me atora en el gañote y no me sale de puro amargo, me inventaron los chismosos para sacarme de mi patio y echarme en estas tierras ajenas, que ojalá nunca hubiera yo conocido en los días de mi vida.

Nadie me quita de la cabeza (y perdóneme Dios la suposición) que su miaja de picardía en esa trama puso el bueno del señor Cura, pues bien miré la cara de vinagre que ponía, cuando yo le juraba por un puñado de cruces, que aquí había iglesias de cristianos, judíos, protestantes y otras castas de los confines del mundo, y que todas esas iglesias vivían y pelechaban en la paz de Dios.

Pues el señor Cura, a pesar de ser de suyo tan dulzón en el hablar, se me alacranó como un basilisco, y dijome que yo mentía y rementía, y que si eso de haber aquí iglesias de herejes era cierto, sería porque no había un cura de pelo en pecho como él es: y que le fueran a él al Gredal con eso de iglesias de infieles judíos y otros archicondenados, para que vieran cómo pocas eran las piedras y pocos los granujas de la calle para echárselos encima hasta no dejar títere con gorra

de los tales y cuales y sus infernales ceremonias; y me aconsejaba darme una de agua bendita, que me cogiera ojos orejas y lengua, pues con el solo hecho de haber visto, oído y alabado semejantes cosas, habia de sobra para tenerme empecatado y con más de la mitad del alma empeñada al diablo, quien a su tiempo y hora vendría a cobrarme su prenda.

Otro que bien baila, y que creo yo que haya contribuido también a ponerme el cencerro, es el cachigordo del contratista del alumbrado público, quien no me perdona que yo llevara aquella corbata de predendor eléctrico con su lucecita que yo encendía y apagaba sin que nadie columbrara cómo ni cuándo. Se me enfurruñó el hombre, y me dijo que aquello era un puro arte del demonio; le quise probar que hoy hasta los establos y gallineros se alumbran por la electricidad de estas tierras forásticas; y él me sostuvo, tan bravo que casi quería pegarme, que no hay más luz que el bendito kerosene, y que aun cuando hubiera otras brujerías que alumbraban, él se limpiaba las narices con todas ellas; y por lo que respecta al Gredal, estuviera seguro de que no se alumbraría jamás de los jamases sino muy católicamente con el Santo *Pedro Oleo* y con el beato *Seberiano de Riñonada*, su compañero mártir.

Pero, ¿sabe, paisano, lo que yo he llegado a sacar en limpio, de todo el cuento de mi persecución? Pues he sacado en claro que nada de eso a que he hecho referencia hubiera sido bastante para que se me diera el gran bromazo del destierro, si no fuera por que me permití en la fulanas cartas, mentar la política. Verdad, paisano, y lo juro por las dos vinagreras y los tres clavos, que no hice sino alabar y encarecer, poniendo sobre la niña de mis ojos, los modos de gobernarnos

que tenemos en el Gredal, y me reí hasta más no poder, de esta República de los yankis bobos y anémicos, que hacen y deshacen Presidentes con sólo meter unos papelitos en una caja, y luego dándole el sillón y la prebenda al que más papeles saque, como si fuera cosa de rifa; mientras que entre nosotros, en el magnífico sistema de República que usamos, traga más harina el que tiene más saliva, y quien manda manda, y cartucho en el cañón; y el que no le guste que se vaya; y el que se quede, que ande muy derecho, porque puede resultarle que le sobre una pierna, cuando no sea la misma cabeza lo que le esté demás.

¿Y ha de creer, mi querido Don Frutos, ha de creer usted que esto lo entendieron al revés, nuestros cavi-losos paisanos? ¿Cuándo he dicho yo que la República yankee es mejor que la República Gredalense? Si por el contrario, amigo mío, me desternillaba de risa cuando refería esta gente que parece criada con atoles y no con pulpa y jugo de carne, se deja gobernar con puro papel. Porque, mire usted; aquí la opinión es papel, es decir periódicos; aquí las elecciones son papel; quiero decir, rifita, papeletitas, ridiculeces; y por fin, lo que se respeta, lo que manda, es la Ley. Ahí me las den todas, ¡en la Ley! Un papel escrito, una hojita de libro que nosotros los gredalenses, sabe Dios para qué la emplearíamos, si alguien se empeñase en que nos dejáramos gobernar por semejante cartulina.

Todas estas explicaciones de nada me valieron. Ocurrió al señor Alcalde, y hasta a la señora alcaldesa; pero me escucharon todos como quien escucha llover.

Y para que nada faltara en esta de mis culpas, me inventaron también que yo que llegué al Gredal echándomela de musiú, y referían que para pedir pan pe-

dian me dieran a comer *sombrero*, que para pedir agua decía: quiero beber *wate*, y así por el estilo, todas las cosas en inglés. Dijeron que me quejaba de las pulgas, que no quería comer sino *bisteque* y *rosbif*, y por fin me apodaron de *inconforme*, que es como ahora llaman a los hijos del país que vuelven a él con melindres forasteros, pues los hay que se hacen los que no saben cómo se llama en español un perro, hasta que el bicho no los muerde en criollo.

Aquí estoy, pues, paisano de mis consuelos, fuera de mi pueblo pagando el pato por aquellas dichas cartas, que en ocasiones me dan ganas de decir que son tan mías como es de usted la bula de Mecum; y así lo declararía yo también, a no ser que de oscuro y desconocido que yo era, me han puesto en el cuerno de la fama, pues andan por ahí leídas, manoseadas y solicitadas las *Cartas Gredalenses*, y no se habla de otra cosa que de Silvestre Montañés y de mi caro paisano Don Frutos del Campo, más famosos hoy que lo fué Mandinga en su tiempo; y perdone el modo de comparar.

Sea como fuere, pues mi cabeza no está ahora para pensar en más gloria que la del martirio, el caso es que le ruego, paisano de mi alma, que me ayude a sentir mis tribulaciones, y ya que por compromiso con usted y porque no sigan diciendo los envidiosos que las anteriores cartas no son fruto de mi caletre, le endilgo ésta y le endilgaré otras poniéndole al corriente de todo lo que me suceda aquí en esta tierra de *Juan-sin-ton*, como por allá llaman al que aquí trajo las gallinas, con su carota de luna vieja y su alma más grande que su pueblo, que es mucho agrandar.

Aquí me he encontrado con una graciosa novedad.

Mi primo se ha metido a fotógrafo de esos que le retratan a uno el carapacho. El chico es un Dios me lo perdone. Ayer me plantificó delante de su máquina, me alumbró por detrás con un bombita de luz eléctrica, y me sacó pintado el esqueleto, con calavera y todo. ¡Qué gente esta, paisano de mi alma! ¿No le parece a usted cosa de brujas, esto de que pueda uno verse en vida talmente mondo, como lo van a dejar algún día los gusanos? Ya no hay secreto seguro, pues si le piden a usted prestado un peso, y dice usted que no lo tiene, le pegan un rayo sobre el bolsillo y le miran lo que tiene en el portamonedas, como si fuera usted y su faltriquera todo hecho de vidrio de faroles. Las cartas, aunque usted les ponga diez sobres, se las leen, no abriéndoselas como hace tan lindamente el señor administrador de Correos del Gredal, sino por obra y gracia de los fulanos rayos esos que llaman X. Dígame, mi querido Don Frutos, ¿no le parece a usted que se acerca ya el fin del mundo? Ya no nos faltan sino dos letras. Estamos ahora en los rayos X. ¡Qué será cuando lleguemos a los rayos Zeta! El juicio final, no le quepa duda.

Otra señal de que el mundo está para acabarse, es que ya casi no hay mujeres, y es claro que en faltando los moldes, llegará a agotarse de un todo el artículo humano. Las mujeres se van volviendo hombres, y a menos que los hombres no se hagan hembras, yo no sé cómo las vamos a componer para llenar los fines de la Biblia, como dice el señor Cura del Gredal cuando habla en embolismos.

Ayer miré pasar en una bicicleta a un joven muy buen mozo, y pareciéndome reconocer en él a un hermano de una chica que yo había tratado la otra vez que vine a

este país, le detuve para preguntarle cómo estaba su hermana, la señorita Miss Dasy. El mozo se rió en mis barbas, y me dijo: — “Yo soy Miss Dasy. ¿No me reconoce usted?” ¡Paisano Don Frutos! Un verdadero marimacho; con calzones a media pierna, chaqueta, corbata y sombrero de picaro caído sobre la oreja. Y para remate montaba como hombre, ya usted me entiende, y llevaba las pantorrillas al fresco. Yo me quedé haciendo cruces, ella, o él, o lo, o el demonio de lo que sea aquello, volvió a encajarse sobre sus ruedas y encorvándose como un mono, le dió furiosamente a los pedales, y se fué como en volandas, como si un viento de mil demonios le soplara por la popa, y en tan rara postura, que sólo le alcanza a ver aquello que mi primo, que es muchacho fino en el hablar, me ha recomendado no le llame como en el Gredal, en donde le decimos como usted bien sabe, sino “pleonasmos fundamentales”.

Diré, pues, que la Miss aquella me dejó con la palabra en la boca, sin despedirse de mí; y yo tan babieca, que al salir de mi embobamiento, me encontré con el sombrero en la mano, saludando de lejos lo único que me mostraba; los consabidos “pleonasmos”. Buenos azotes y no reverencias le diera yo ahora en ellos.

A los suyos todos, es decir, a la muy estimable familia de usted, amigo Don Frutos, mis afectuosos recuerdos, y disponga de este su amigo y paisano, triste desterrado hijo de Eva, cuando había Evas.

*Silvestre Montañés*

## S E X T A M I S I V A

Nueva York de 1900

Sr. Don Frutos del Campo

En el Gredal

Echando un caño de sudor por cada poro de mi cuerpo, hecho una viva sopa con el calor de mil demonios de a caballo que ahora está haciendo, me pongo a escribirle estos renglones, metido en mi cuarto y trancado con llave y pestillo, porque siento por ahí, por los corredores a la criada de la fonda, y no estoy para ser sorprendido en el traje que precisa usarse cuando como ahora parece que llueven del cielo estopas encendidas, y toda la casa es sartén, y tiene uno un paisano ausente a quien contarle en una carta todo este martirio de parrilla, para que lo refiera allá a los magnates y grandes cacacos que me tienen en este infierno, y se duelan de mi, y me tiren de una vez el escapulario, como patente se ve en el cuadro de ánimas que está en la iglesia del Gredal, lleno de condenados, que así pintados y todo, son más pecadores que yo, vivo y efectivo.

Y que no hay remedio, paisano, para el calor que esta gente usa. Si usted abre las ventanas de su cuarto, se le embarcan por ella nubes de vapor; porque ha de saber usted que aquí cada edificio es como un horno de alfarería, con su chimenea bufando grandísimos plumeros de humo negro o blanco; y si usted las cierra le cogen a poco más ahogado que un vagre en tierra. Y a todas estas el hilito de azogue echando para arriba,

que se las pela, hasta que lo ve usted marcar los cientos y cientos. Estos yankis, que son de tierras frías, han inventado el termómetro que llaman de Farenjéi, el cual marca menos grados que el otro de los franceses; pero lo que soy yo, le aseguro, paisano, que he usado los dos termómetros, y siempre he sentido el mismo calor.

El único recurso que aquí hay para aliviarse de este cocimiento a lo vivo, es el baño de mar. Pero ni eso, paisano; ni eso se ha hecho para mí, ni para usted, ni para ninguna persona que como nosotros los del Gredal, hemos sido criados en el santo temor de Dios. Figúrese usted que aquí se bañan hombres y mujeres en *mancomun et insolidum*, como dice el señor Procurador municipal. Le contaré.

Ayer no más fui a Coney Island a tomar un baño, porque materialmente me sentía ya en punto de mecharme, cocido de todos lados. Entré en el establecimiento con mi primo, y nos dieron a cada uno una braga de lana azul con tiras blancas. Yo; que no me pongo bragas desde que estaba chiquitin, me sulfuré con el hombre, y le dije que yo no me iba a vestir de mogiganga, ni tampoco a pagar por bañarle su trapo sino mi cuerpo gentil; que yo estaba acostumbrado en mi pueblo a bañarme *velis nolis*, y que si era cosa de tapujo, yo prefería irme como vine, con la greda que traje, pues al cabo la tierra de uno se quiere, no importa donde se la encuentre, y en fin, le dije que la cáscara guarda el palo, y que yo prefería guardar la mía para cuando regresara al Gredal, en donde de balde, y como uno vino al mundo, nos damos el enjuague hache.

Mi primo se rió de mí hasta que más no quiso, lue-

go se metió entre su braga y me convidó para que fuese con él a la playa a verlo bañarse.

Por Dios le juro, paisano, que yo no sabía nada, que si hubiera tenido el menor barrunto de lo que iba a ver, no me cogen ni agujereado por las narices.

¿Qué cree usted, señor Don Frutos? Hombres bragados y mujeres con poco trapo y mucho de pellejín, todos juntos, se bañan. Y lo peor del caso es que a todo se acostumbra uno en esta perra vida, y mucho más en estos mundos forasteros. Pues no le digo mentira, cuando le aseguro que si al principio me sentí con algún bochorno, al mirar aquellas buenas mozas en el traje de la sota de bastos, a poco me fui haciendo a ello, hasta que al fin no le encontré tan malejo que digamos. Y entonces pude observar, una cosa que le convencerá a usted de lo que le tengo ya dicho, a saber: que esta gente masculina de aquí está criada con atoles, que no tiene sangre, que son sorbetes andando en vez de hombres. Había de ver usted, paisano, la indiferencia con que ellos veían a las muchachas con las pantorrillas de fuera, y bien afuera, brazos pelados, y garganta también al fresco casi hasta el "libranos Señor", en el persignar. Para los tales yankees toda aquella blanca hermosura de torno, era como pura carne de gallina; y cuanto se les ocurría era zambullirse y nadar para lucir sus brágas azules. Con la misma pachorra las veían salir del baño hechas unas lindas momias aforradas en sus vestidos empapados y chorreando agua, talmente unas figuras en clarines, de aquellas que el señor Cura del Gredal mandaba quitar de las cajitas de fósforos, por no estar ellas vestidas sino de telas de araña. Y que aquí en los baños no es como en el teatro; aquí no hay tu tía, sino que a la que *natura non da*, más

vale que se quede en casa y se bañe en el tobo de lavar; pues no hay postizos ni aserrines que valgan. Aquí en la playa no se da gato por liebre, y lo que se muestra es lo real y lo macizo, y no lo que se vende en la tienda, como he visto por ahí, y con lo que puede usted construir si quiere, toda una Venus del Mirlo.

Pues como le digo, paisano; los yankees en bragas miran a las muchachas en tónquete, y como si vieran muñecas de trapo; y por eso será que ellas se exhiben así tan *san fason*. Si fueran a hacerlo en el Gredal otro gallo les cantara; pues aunque no me esté bien el decirlo, nosotros somos la misma cáscara amarga.

Más largo le escribiera, paisano, pero el calor es mucho, y hasta el papel me parece que suda. No le mando un abrazo porque estoy empapado; pero reciba el afecto de su amigo y paisano,

*Silvestre Montañés*

## ALL RIGHT

—A propósito de ferrocarriles, voy a referirles un lance apuradísimo en que por poco pierde la chaveta este humilde servidor de ustedes.

—Tícnese la palabra, contestamos a una voz todos los concurrentes; y nuestro amigo discurrió así:

—Comenzaré por haceros saber que tengo la honra de ser sobrino de una tía que casi inauguró el presente siglo y que lleva trazas de asistir a su fin. La longevidad es, señores, condición hereditaria de mi familia, bien deplorable, por cierto, pues debido a ella huyen de mi las novias y no me dejan vivir las Compañías de

seguro de vida. Para unas y otras soy *un riesgo de primera clase*.

—¡Al grano, a lo del ferrocarril!

—Perdón, señores; no puede pasar el ferrocarril por sobre mi respetable tía. Pido más cortesía y más caridad para con su sexo y años. Esta tía, prosigo, no la ha dado nunca por andariega, pero la enfermedad de una íntima amiga suya que reside en Washington le metió entre ceja y ceja la idea de un viaje a la ciudad capital. Quería que yo la acompañase. De mil amores, pero mi patrón no era hombre para permitirme tomar soleta por cuarenta y ocho horas. La buena señora, sin embargo, se resolvió a hacer el viaje sola, con tal que yo la pusiese en el tren. Y en efecto, en el tren la puse; más ya verán ustedes cómo. Permítanme una pausa para enjugarme el frío sudor que me sobreviene siempre que recuerdo aquellas circunstancias.

Contados tenía yo los minutos para el servicio que de mí exigía la venerable hermana de mi progenitor; y como acontece siempre en casos de apuro, retardóse la travesía del vapor que de Nueva York a Jersey City nos llevara para tomar en esta última ciudad el tren expreso de Filadelfia, que como saben ustedes, es el mismo que va hasta Washington. Sólo cinco minutos faltaban para la partida, cuando me acerqué al ventanillo a comprar el billete, diciendo maquinalmente: "Expreso de Filadelfia". En seguida fui al otro ventanillo en que se expenden los asientos de vagones Pullman, mostré allí el billete de pasaje, diéronme el de asiento, y con vista de ellos despachóme el baúl de mi tía la oficina de equipajes, dándome el correspondiente número estampado en la consabida medallita de cobre.

En todas estas operaciones se fueron cuatro minutos de los cinco fatales de que podía disponer.

Más remolcada que conducida llevé a mi anciana tía al vagón número 4 que era el suyo, y la coloqué en la silla número 12 que de relance ví impreso en su billete. Al mirar por la ventana parecióme que las paredes de la estación huían hacia atrás. Era el tren que se ponía en marcha. Lancéme fuera del vagón, y de un salto que comenzó con dos pies y terminó en cuatro, caí en el andén. Un objeto cayó también al suelo; era un portamonedas; ¡el portamonedas de mi tía! Por mi precipitación la pobre señora se había marchado sin dinero, que le era indispensable para comer en el tren. ¡Cinco horas en ayunas! Esta idea me llenó de angustia. Mas no era eso todo. En la prisa con que anduve para tomar el billete, había dicho "Filadelfia" en vez de decir "Washington". Mi tía llegaría a Filadelfia a las 6 de la tarde, transida de hambre, y allí la harían salir del tren, echándola en una estación para ella desconocida, sin amigos, sin dinero para hacerse llevar a un hotel, ni siquiera con qué pagar un tēlegrama avisándome lo ocurrido. ¡Y todo ésto en pleno invierno, con un frío que lo mandaba Cristo, y con ochenta navidades a cuestas!

¿Saben ustedes lo que se me ocurrió en aquel instante? Una barbaridad. Pues nada menos que asaltar una de las locomotoras que allí bufaban de impaciencia como yo, y echar a correr con ella en seguimiento del tren que se llevaba a mi tía infeliz.

Yo debí dar señales de la grande agitación que me poseía, porque un sujeto de mirada escrutadora, un *detective* tal vez, pues aquí se nace policía secreto, me interrogó sobre lo que me pasaba; y una vez enterado

del conflicto llevóme al Superintendente de la Estación, a quien sólo pude decir estas palabras:—Señora anciana, vagón número 4, silla 12; en viaje para Washington; billete sólo hasta Filadelfia; no lleva dinero!" El Superintendente sonrió y me dijo: "*All right!*" Me pareció loco o estúpido aquel hombre. ¡Decirme a mí que estaba *todo derecho*, cuando todo me había salido tuerto y muy retuerto! En este curioso país todo está *all right*. Que se rompe usted la crisma. *all right*; que se le soldó la mollera: *all right*; que no se curó sino que se lo llevó patetas, *all right!* Cuando me preparaba a amoscarme con el Superintendente, observé que mi hombre oprimió el botón de un timbre eléctrico, y volviéndose a mí me dijo siempre sonriendo *That is all right!* Para mis hieles me dije: "si creará este majadero que yo estoy para chanzas!" Pero el impasible empleado echó mano a una cuartilla de papel y escribió algo en ella. La puerta se abrió y dió entrada a un mensajero, a quien, sin hablar, entregó el Superintendente el telegrama que decía así: "Conductor tren 40. — Señora anciana, vagón 4 silla 12 siga a Washington sin billete. — No permita salga del tren".

—Es que la señora no tiene dinero, advertí al empleado. — *All right*, me contestó con su eterno lacónico optimismo. Llamó otro mensajero, escribió otro telegrama y lo despachó diciéndome: —Conductor dará diez *dollars* a silla número 12.

No sé cómo no abracé a aquella máquina humana. ¡La silla número 12 no pasaría hambre en el tren! Me contenté con decirle a mi vez, ¡*all right!* En esto recordé que el baúl de mi tía iba como ella dirigido nada más que hasta la mitad del camino; y así lo hice saber al Superintendente, quien previo el sacramental

*all right*, tocó el timbre y despachó otro telegrama para el Gerente de equipajes en Filadelfia. A poco abrióse la puerta, entró un nuevo mensajero con un telegrama del conductor del tren 40, concebido en estos términos: "Señora anciana *all right*".

Ya podrán ustedes suponer con qué amplitud de pulmones respiré entonces. Quedábame sin embargo un temor no pequeño al pensar que toda aquella molestia motivada por mí habría de costarme caro. ¿Cuánto debo? pregunté resueltamente al empleado. Este, después de consultar una tarifa de pasajes, me dijo: —"Tres *dollars* diferencia billete; un *dollar* diferencia precio asiento Pullman; y diez *dollars* suplidos, suman catorce *dollars*". —Pero; ¿y los telegramas, y la molestia de los empleados? pregunté con sincero asombro. —"*That is all right*", me contestó el Superintendente; y pareciéndome incivilidad el insistir pagué la breve cuenta.

Despedíame de mi esfinge, cuando acertó a entrar en el despacho un dependiente con mensaje verbal que rápidamente expresó así: "Agente de billetes ocho cincuenta y cuatro, dice: *all right*. Gerente de equipajes, tres treinta y siete, dice: *all right*!"

Al volver a casa por la noche me encontré con un telegrama de Washington. Era de mi tía, quien me hacía saber su feliz viaje con estas palabras: *all right*!

## A FALTA DE PAN BUENAS SON TORTAS

COMEDIA DE COSTUMBRES

*El teatro representa una tienda de sastrería, con un maniquí, roperos,  
un escritorio y demás enseres*

### ESCENA I

*Don Toribio, doña Bibiana*

TOR.—(*Leyendo un periódico*).—¡Pues señor, no hay ya nada que esperar de esta situación! ¡Cuando don Cirilo ha llegado a ser Ministro! Un hombre que ayer no más era un pelagatos, y que sólo a fuerza de intrigas y de bajezas ha podido conseguir una posición política hasta cierto punto envidiable... Si no digo yo...

BIB.—Y bien, ¿qué tienes tú que decir? Acaso puedes censurar en los demás aquello en que justamente estás incurriendo? Te parece muy extraño, y lo criticas, que don Cirilo sea lo que es, y tú estás deseando para ti otro tanto; y no sé si hay diferencia entre tus merecimientos y los suyos...

TOR.—¿Quiere usted callar, señora ignorante? ¡Qué sabes tú lo que te dices! Yo critico que don Cirilo sea Ministro, no porque se haya elevado hasta esa Magistratura, de la nada en que vivía, sino porque no puede alegar servicios de ningún género en esta situación que otros han creado y de la cual él solo se engulle la miel que produce, en tanto que los otros nos chupamos el dedo.

BIB.—Pues bien; esa es la política. Aquel que más hace menos merece; pero a ti ni te va ni te viene nada en el asunto, pues que no has hecho, ni haces, ni te propones hacer nada en favor de ningún gobierno, pasado, presente ni futuro. Sastre eres, y sastre serás hasta que venga la tierra y el pisón.

TOR.—¡Basta, basta mujer! ahora no extraño yo que los gobiernos echen en olvido los servicios de sus defensores, cuando esta desgraciada... ¡Esto es el colmo de la ingratitud! Suficiente motivo sería este para que ahora mismo tomase mi carabina y me fuese a una punta de cerro a enarbolar el estandarte de la rebelión.

BIB.—Si no cojes la vara de medir, que es la única arma que te he visto manejar, y enarbolas algún retazo de pantalón, que es el estandarte que te viene de perilla...

TOR.—Mira Bibiana; no me calientes los cascos, porque aun no me conoces mis arranques marciales. Es preciso que sepas que dentro de este pecho que ahora ves cubierto de alfileres y agujas, late un corazón que ya envidiarían muchos generales que yo conozco y que jamás han hecho la guardia ni a un monumento, ni han visto el plomo sino en el enconductado de las calles. Tu hermano, por ejemplo, aquel mojiganga que carga más galones que el Nazareno de San Pablo y más estrellas que el manto de la Soledad; tu hermanito, digo, es uno de esos que si oye sonar un triquitraque es capaz de...

BIB.—¡Vas a callarte si no quieres haya hoy las de San Quintín! Deja a mi hermano tranquilo y ocúpate

de corregirte a ti mismo. Bien dice el refrán: que nadie ve la viga en su ojo.

TOR.—¡Bien! Tú lo has querido. ¡Poner en duda mis servicios a la patria! ¡Decir que nada le debe esta República a don Toribio Zurcetelas! ¡Ah! porque no salgo echando bandos por esas calles de Dios, como muchos hacen, refiriendo sus hazañas y proezas... No señor. Tú sabes, Bibiana, que ni en mi juventud fui ambicioso. Ahora dime, mujer vendida a la ingratitud, ¿qué hubiera sido de la nave del Estado si cuando el gobierno dejó de pagar el presupuesto tres años con sus días y sus noches, no le hubiera yo abierto mi tienda a los pobres empleados? ¿Y aquel uniforme que hice para el general Celedonio Tragalanzas; y aquel voltear de levitas para los Secretarios, que daba gusto verlos con sus bolsillos a la izquierda?...

BIB.—No sigas, hombre, no sigas, que según te vas explicando, tu hoja de servicios es más ilustre y más gloriosa que la del Cid Campeador.

TOR.—Pues si señora, no lo diga usted con esa sorna. Todos los ciudadanos sirven a su patria de diversas maneras. Unos, con la espada, otros con la pluma, estos con el hisopo, aquellos con el bisturí y la lanceta, los otros con sus caudales, y yo, señora mía, la he servido...

BIB.—¿Con qué, vamos a ver, con qué la has servido tú?

TOR.—¡Con mi tijera! ¡Cuántos prójimos he conocido yo que a falta de otro instrumento cortante la han servido con las uñas!

BIB.—En fin, Toribio, dejemos estas discusiones polí-

ticas, que no hacen sino amargar nuestra vida conyugal. Tú no has de ser empleado, ni cosa parecida; con que, abandona esa manía; y dedícate a cortar bragas y chalecos, que al fin es un medio seguro de ganar la vida.—No sé cómo pueden vivir las mujeres de los empleados, pendientes siempre del presupuesto... que hace que la pobre mujer esté siempre como a quien le tiran de los pelos de las sienas.

TOR.—Ya tú ves, mujer, que estás desbarrando como una cotorra. Eso sucede cuando los gobiernos echan mano de hombres como don Cirilo, por ejemplo, un quidam, que ni teneduría de libros sabe, excepto aquello de *aprovechamientos*, *traslación de caudales*, (*hace como que se echa algo en los bolsillos*) y otras partidas por este tenor. Pero qué diferencia, si un gobierno justo y honrado sacase sus ministros de entre aquellos ciudadanos que vivimos lejos de la intriga y de la adulación!

BIB.—Y hay quien soporte semejante majadero ..

TOR.—Si verbi-gracia, y esto no es sino una suposición, me llamase el gobierno y me dijese: Don Toribio, usted es el hombre que necesita la Hacienda para salir del caos en que está sumergida. Haga usted el sacrificio *patriótico* de aceptar la cartera de finanzas por algunos meses y ofrende a la patria sus talentos administrativos; porque los tengo, Bibiana, los tengo.

BIB.—¡Ah, sí! (*aparte*) como que necesita que Emilia le lleve las cuentas de la sastrería...

TOR.—Entonces sería otro cantar. Todo abundancia, todo contento. ¿El tesorero? Pila de agua bendita

en que todo fiel cristiano tendría el derecho de mojar su dedo. ¿Las aduanas? Temperamentos mejores que El Valle y Antimano. Eso sí; allí estaría siempre mi vigilancia para decirle al que estuviese ya gordo de panza y grueso de carrillos: deja entrar a este otro prójimo que es un espárrago, y que engorde, que la patria es para todos. Desengáñate, criatura: si la tesorería fuera una mujer de carne y hueso y pudiera hablar, tu verías como le faltaba voz para responder a todo el que se arma de un trabuco o de una lanza, o se monta en una tribuna a llamarla con estos nombres (*llamando*) ¡Constitución! ¡libertad! ¡orden! ¡garantías! ¡moralidad! ¡sufragio! y etcétera.

BIB.—¿De modo que tú también eres de los que le haces esas llamaditas, cuando te pones a hacer oposición y a vomitar disparates?...

TOR.—¡Calla, mujer! Yo estoy hablando en Ministro y no en Toribio!

BIB.—Está visto que te has propuesto perder la chaveta y volverme loca a mí también. Y para que due-la más, el trabajo parado. Ya vendrá don Narciso a medirse la casaca y no has dado puntada. Me voy y te dejo solo, a ver si así acabas esa obra. (*Aparte*) Pero si le dejo los periódicos se pasará el día leyendo noticias y nombramientos. (*Toma los periódicos*).

TOR.—¿Qué haces, mujer?

BIB.—Nada; necesito estos papeles para sacar unos moldes. (*Vase.*)

## ESCENA II

*Toribio solo, después Périco*

TOR.—Anda ahí, mujer antipatriótica, que así ves con indiferencia los sagrados intereses de la Patria de tu marido. Coser, coser, pegar botones, zurcir medias, remendar trapos: eso es una mujer. Sáquenlas de allí y no valen maldita la cosa.

PER.—*(Entrando con un periódico en la mano)*.

Señor Toribio, aquí han tirado por la ventana *El Cañón rayado*; tómelo usted.

TOR.—¡Ah! dame acá. *(desdoblándolo)* *Cañón* de mi alma! ¡*rayado* de mis entrañas! Este sí que es todo un órgano del país. ¡Qué oposición tan vigorosa! ¡qué independencia tan... tan buena! ¡qué valor civil y qué patriotismo! Pero, ¿qué veo? ¿Será cierto? *(limpia los espejuelos, se los coloca y lee en alta voz con dificultad)* Por fin la administración, oyendo nuestras indicaciones ha torcido... *(aparte)* ¡torcido! ¿por qué no te han torcido a ti el ombligo, ¡veleta! *(lee)* el rumbo en su marcha, y hoy se encamina a todo trapo a los puertos de la Libertad. *(aparte)* ¡Esto no es posible! Don Facundo está loco, o ha cedido la redacción a algún muerto de hambre. Pero prosigamos. *(lee)* La paz es una necesidad ingente del país, y si antes predicábamos la guerra era porque el Gobierno se apartaba... ¡vamos, esto es insoportable! ¿Y qué le habrá dado a este don Facundo?

PER.—Pregunte usted más bien qué le habrán dado...

TOR.—¡Cómo! Perico, tú crees que don Facundo...

PER.—Yo no creo nada... pero...

TOR.—Acaba, ¿qué ibas a decir?

Pifi.—Pues sepa usted que se ha descubierto que don Facundo era ventrílocuo.

TOR.—¡Ventrílocuo! ¿Y qué empleo es ese? ¿qué sueldo tiene?

PER.—No es empleo, pero sí un medio de pescarlo. Es simplemente una facultad por la cual se habla por el estómago. ¡Ay señor Don Toribio!, la oposición muchas veces no es sino una sociedad de ventrílocuos consumados.

TOR.—De manera que yo también soy... (*tocándose el estómago*).

PER.—Lo más fácil es. Dígame, don Toribio, ¿siente usted que su patriotismo le sale alguna vez de estos vecindarios? (*Señala al vientre*).

TOR.—Casi siempre, Perico, casi siempre. No sé si lo que me digo...

PER.—¡Pues ventrílocuo de primera fuerza!

TOR.—(*Viendo el periódico*).—¡Esta visto! ¡Ya no hay de quien fiarse. ¡Todo el mundo es Popayan! ¡Ah! dime, Perico, y ahora, ¿qué va a hacer don Facundo con el título de su periódico? Le tendrá que cambiar por otro menos faccioso...

PER.—Eso estaría bueno si don Facundo fuera de los que se maman el dedo. *Cañón rayado* se llama y *cañón rayado* se habrá de quedar. Sólo que en vez de disparar la metralla sobre el gobierno, la vomitará sobre la oposición. ¿No sabe usted que los cañones rayados son giratorios?

*Don Toribio se queda inmóvil, Perico se retira diciendo:*

PER.—Con este golpe es capaz de tirar piedras. (*Vase*).

### ESCENA III

*Don Toribio y Narciso, luego Emilia*

NAR.—Felices días, don Toribio. Pero, qué pensativo está usted, no parece sino que le ocurre a usted algo muy grave.

TOR.—Dios guarde a usted, señor Narciso; no tengo nada, no señor. No hay motivo para que esté triste. Si todo marcha a pedir de boca, si el gobierno es muy bueno, y sobre todo, ha oído las indicaciones de la prensa ilustrada, como dice ese miserable de don Facundo.

NAR.—Pero, bien, ¿qué sucede?

TOR.—Nada, nada. Usted es un ministerial de capa rajada y lo verá todo color de rosa. Pero doblemos la hoja. Me había olvidado de que debía usted venir a medirse la casaca; sírvase esperar un instante que ya estará lista.

*Toma la casaca y le pega una falda, mientras tanto Narciso toserá tres veces para que aparezca Emilia hasta la puerta lateral.*

NAR.—Emilia, amada Emilia, ¿no me has oído?

EM.—Sí, Narciso; pero estaba procurando distraer a mamá que está muy preocupada con la manía que ha cogido el pobre papá de que ha de ser empleado.

TOR.—(*Cosiendo*). Si no hay qué esperar ya. No sé cómo no están peleando en las calles, y ocupando el Calvario, y atrincherado el gobierno, y tronando el cañón, y embargando los burros, y pegándole fuego al demonio! (*Distraídamente toma el periódico y lo cose junto con la otra falda*).

NAR.—No temas por eso, Emilia, yo hallaré el medio para que su locura cese y sea propicio a nuestro amor.

EM.—Pero, ignoras que te tiene ojeriza...

NAR.—Lo sé, pero no importa. Hoy mismo sabrá de mis propios labios mis intenciones respecto a ti.

TOR.—¡No, no; esto no puede durar! ¡Don Cirilo, Ministro! ¡don Facundo ventrilocuó del gobierno! ¡Todo el mundo en candelero y yo... todavía en palmatoria!

NAR.—Le hablaré hoy mismo, bien mío, no tengas cuidado, y fía en este corazón que es todo tuyo.—Hasta luego.

EM.—No tardes mucho, que me mata la incertidumbre. (*Vase*).

TOR.—Venga usted, don Narciso, puede probarse la casaca.

NAR.—(*Probándose la*). Las solapas están buenas. (*Se toca las faldas*). Pero, ¿qué es esto? ¿Se ha vuelto usted loco, don Toribio?, esto es una casaca de Judas.

TOR.—¡Maldito sea el gobierno!... Perdone usted, don Narciso; tengo la cabeza hecha una maraca! Deme usted acá. (*Le quita la casaca a don Narciso y arroja al suelo el periódico*).

NAR.—Recobre usted la calma, don Toribio. Mire que

en política los hombres exagerados son los que menos medran.

TOR.—Eso no es así, don Narciso. Aquí tiene usted a don Facundo, que ayer no más era un energúmeno, que predicaba la guerra, la rebelión... y hoy lea usted, lea usted...

NAR.—Conozco ya la evolución de don Narciso Veleta.

TOR.—¡Maldito sea ese alemán... ¿cómo lo llaman don Narciso?

NAR.—¿A quién?

TOR.—A ese que inventó la imprenta...

NAR.—¡Ah!, el gran Guttenberg.

TOR.—¡El diablo cargue con ese franchute! No hay remedio. Yo no podré escribir periódicos; si apenas alcanzo a leerlos... Es verdad que talento no me falta, pero en un talento... así... al mazo, lo que llaman talento práctico, no de papelerías... ¡Dios eterno! y con su plan tan bonito entre la cabeza!

NAR.—(*Dándole palmaditas en el hombro.*) Hay otros medios, don Toribio, hay otros medios...

TOR.—Serán demasiado bajos, cuando yo no ...

NAR.—Si usted contase con una persona amiga que le recomendase al Presidente...

TOR.—¡Amigos!... ¿por qué no me propone más bien coger cabañuelas?

NAR.—Porque es más fácil muchas veces encontrar un amigo; aquí tiene usted delante al que necesita.

TOR.—¡Usted, don Narciso!

NAR.—Tengo un pariente de mucho influjo en el gobierno que no se negará a interesarse por usted.

TOR.—¡Joven generoso, patriota sin igual, salvador de

su país, déjeme que le ahogue mi gratitud! (*Le abraza*).

NAR.—Me voy, don Toribio. Desde ahora mismo pongo en juego mis resortes y no temo asegurar a usted que los diarios de mañana registrarán su nombramiento. (*Vase*).

TOR.—(*Acompañándole hasta la puerta*). ¿De veras, hombre? espérese usted, no se marche ...sí, sí, márchese usted pronto... (*con efusión*). ¡Qué cosa, Dios mío! ¡qué alegría! Pero, señor, ¿para cuándo serán los sofocones y los patatús? ¡Hace rato que yo debía estar desmayado!

#### ESCENA IV

*Don Toribio solo, Perico que entra después*

TOR.—Sí; él lo ha dicho (*con alegría*) en los diarios de mañana. (*repasando en el periódico que está en el suelo y cogiéndole con cariño*). ¡Ven a mis brazos, Facundo de mi corazón!; veamos, veamos lo que hablas, pico de plata... (*lee*), “El gobierno como que ha oído al fin”... ¡Ay! ¡pues cómo no ha de oír!

PER.—(*Entrando*).—La señora le espera para almorzar.

TOR.—¡Déjate de almuerzos, Perico! ¡Estoy repleto, no tengo hambre!

PER.—¿Se habrá comido los retazos que estaban en el cajón? (*Se dirige a ver el cajón donde se guardan los retazos*). Yo he sabido de locos que la han dado por ahí.

TOR.—(*Le detiene*).—¡Oye! ¿No ves en mi rostro retratada la felicidad?

PER.—Yo no entiendo jota en materia de caricaturas... Pero, ¿qué es lo que le ocurre, maestro?

TOR.—Llámame don Toribio por ahora, que más tarde tendrás que llamarme señor Ministro, señor Tesorero... o algo por esa vitola.

PER.—(*Aparte*).—¡Pues señor... de remate! (*dirigiéndose a la puerta lateral y hablando alto hacia el interior*) ¡Qué traigan el samuro y los sinapismos!

TOR.—¿Qué estás ahí rezando? Todavía no tengo sino síntomas de Ministro y ya comienza a rugir la oposición? Ciudadano Perico (*le agarra por el brazo*). Sepa usted que para los tumba-gobiernos tengo yo un buen remedio. ¡Les abro un ojal en las tragaderas y van a que San Pedro les corte bragas!

PER.—(*Aparte*).—No hay remedio. Tendré que ser el Sancho Panza de este Quijote. (*A don Toribio*). Estoy dispuesto a seguirlo, don Toribio; pero ¿cuando me compra el burro?

TOR.—¡Qué burro ni qué niño muerto! Mira, voy a hacerle aguar la boca. Don Narciso que tiene parientes y amigos en el gobierno me hará nombrar Ministro.

PER.—Sí; ya comprendo; lo que llaman alguacil.

TOR.—¡Eh! ¡no seas tonto! Ministro de Estado, Ministro de Hacienda. Mira, acaban de salir de aquí más de doscientas personas del pueblo que han venido a pedirme permiso para darme una serenata.

PER.—¿Ahora, a medio día?

TOR.—¡No señor! Esta noche. Ya verás que la cosa cuaja.

PER.—(*aparte*) Lo que estoy viendo es que no entiendo ni palabra...

TOR.—Cuenta pues con que te nombraré...

PER.—(*Tirando al aire la gorra.*)—¡Portero del Ministerio! ¡vivaaa!

TOR.—¡Quita allá, majadero! El hombre sin ambición es inútil para su Patria. Serás mi secretario.

PER.—¿Yo... su... Secretario...? ¿Y qué sé yo de Secretarías? Si ni mis propios secretos sé guardar...

TOR.—¡Qué de disparates! Secretarios he conocido yo que sumaban con los dedos...

PER.—Ya lo creo; si los Ministros restaban con las uñas...

TOR.—Vamos, no te discuto el punto.—Ayudemos a don Narciso en su noble empresa. Tú que tienes algún talento, (al que anda con la miel algo se le pega), escribe allí, en esa mesa, un artículo para *El Cañón rayado* en que muchos ciudadanos me recomienden para el Ministerio.

PER.—Pero, ¿y dónde reclutamos esos muchos ciudadanos? Si a los mismos gobiernos les cuesta trabajo para coger a salto de mata algunos voluntarios...

TOR.—¡Bah, bah, bah! si eres un tonto de capirote. Esos muchos ciudadanos son como la mayor parte de los sufragantes en una elección de Diputados. Entes imaginarios, seres impalpables.

PER.—Serán entonces angelitos. Mire usted la doctrina de Ripalda lo dice: (*remedando a los muchachos de escuela*). ¿Qué cosa son los ángeles? Unos espíritus puros que no tienen cuerpo.

TOR.—Las más veces son difuntos que aun con siete pies debajo de la tierra siguen dando su voto y su opinión con entera libertad. — ¡Pocos muertos del cólera morbus he visto yo firmando votos de gracia, felicitaciones y pronunciamientos!

PER.—Pues convenido firmaremos por esos patriotas.

TOR.—Vamos al título. Esto decide casi siempre del éxito de un escrito. Busquemos un título bien sonoro, bien retumbante...

PER.—Sí; busquemos. (*Don Toribio se pone a pensar, con el dedo en la frente y Perico le remeda; de repente exclama Perico*):

PER.—¡¡¡Al público!!!

TOR.—¡Eh!... no seas habieca. Eso es un lugar común. No hay impertinente que quiera decir alguna necedad, que no salga con eso de ¡Al público! Déjame buscar yo... (*piensa un momento y de repente exclama:*) ¡¡¡Terremoto!!!

PER.—(*Cayendo de rodillas y elevando con terror los ojos al cielo*). ¡Misericordia! ¡Misericordia!

TOR.—(*Cayendo también de rodillas y golpeándose el pecho (con espanto)*): ¡Misericordia! ¡Dios mío! ¡Misericordia! (*Con contrición*):

El trisagio que Isaias  
Escribió con grande celo,  
Lo oyó cantar en el cielo...

(*a Perico*) pero, dime, Perico, ¿fué muy fuerte la os-ci-la-ción?

PER.—Si yo no he sentido nada.

TOR.—Y ¿cómo pedías misericordia y me has hecho

caer de rodillas y hasta comenzar a rezar el trisagio?

PER.—(*Levantándose y don Toribio hace lo mismo.*)  
Pues, hombre. Si usted grita de repente ¡Terremoto! como si ya tuviera media casa encima.

TOR.—Siempre la ignorancia haciendo de las suyas. ¿No sabías que buscaba un título bien retumbante? Pues ese fué el que encontré...

PER.—¿Cuál? ¿El de... terremoto? Pues más retumbante no lo inventaría el mismo Lucifer.

TOR.—Pues bien, Perico; cuando ese efecto nos ha causado a nosotros, ¿cómo será el que produzca en las masas populares? ¡Cuándo el perro muerde a su amo!... Escribe, escribe, hijo.

PER.—(*Escribiendo.*) ¡Terremoto!

TOR.—Ponle diez admiraciones.

PER.—Ya están. ¿No le ponemos de una vez un par de misericordias y unos cuantos golpes de pecho?

TOR.—Vamos, no te chancees, que es cosa seria. Ahora, mientras yo voy a almorzar, escribe... lo que te parezca sobre mi recomendación; eso sí, nada de exagerar, que con la verdad que digas tienes para hacer un libro.

PER.—Descuide usted, que lo voy a poner como un frasco de panacea... (*Vase Toribio.*)

## ESCENA V

*Perico solo*

¡Vaya una manía la de don Toribio! Querer hacerse Ministro un hombre que no sabe leer en letra de carta y que con mil trabajos descifra la de catón; que el día en que las gallinas no dejan grano de maíz en la casa, no hay forma de que saque las cuentas, y que ni para cortar un pantalón vale gran cosa. Pero escribamos el dichoso artículo (*escribiendo*). Bien;... muy bien... magnífico, soberbio... descomunal!... Me parece que ha quedado a pedir de boca. (*Lee*) Terremoto!! (Ave María purísima) "Tiempo es ya de que en la Hacienda pública tenga efecto un verdadero terremoto que derribe las carcomidas ideas sobre que se han basado hasta la fecha las operaciones fiscales. Un nuevo plan, una nueva organización se necesita; y sólo un hombre puede realizar tan estupendo prodigio y éste es don Toribio Zurcetas, patriota acrisolado, estadista profundo que ha pasado la mitad de su vida tomando medidas (esta es la única verdad del cuento), para llegar a combinar un sistema administrativo que habrá de ser el pasmo del presente y la maravilla de las generaciones futuras. Esperamos que el Gobierno aprovechará los grandes talentos del ciudadano Zurcetas nombrándole Ministro de Hacienda si quiere que ésta se salve de la bancarrota. *Muchos ciudadanos.*"

## ESCENA VI

*Perico, don Toribio*

TOR.—(*entrando*). ¿Has concluido, Perico?

PER.—Sí, señor; lea U...

TOR.—No; no es necesario; tengo confianza en tu talento... y como el asunto se presta...

PER.—Voy a leerlo; es corto.

TOR.—No te molestes, que tenemos que ganar tiempo. ¡Ah! He estado pensando mientras almorzaba, que sería de mejor efecto, que firmásemos a cada uno de esos ciudadanos por sus nombres y apellidos... Eso así... en bloque, parece siempre escrito por uno mismo. Ya la gente está muy avisada, Perico.

PER.—Pero, ¿y cómo nos componemos para eso?; don Toribio. Usted mismo dice que son entes imaginarios...

TOR.—Pues por lo mismo. Los bautizamos con nombres imaginarios. Escribe y verás qué bien salimos. Si creerás que esto es nuevo... Mira; el año de 46 fui yo miembro de la junta electoral de mi parroquia, y era un gusto ver cómo bautizábamos los sufragantes. ¡Ja, ja, ja! De entonces acá no hay junta de elecciones que no tenga su cura para los bautismos y su obispo para las confirmaciones. Ahora verás. Yo voy dando los nombres y tú los apellidos (*Se sientan a la mesa de escribir.*) Para más facilidad tomaré el almanaque (*lo toma.*)

PER.—Ya estoy listo; venga el nene que ya tengo el agua bendita.

TOR.—(*Después de ponerse los espejuelos*). ¡Sandalio!

PER.—¡Jaramillo!

TOR.—¡Bueno ese es el golpe! ¡Cornelio!

PER.—¡Monteverde!

TOR.—Procura huir de los apellidos muy conocidos. Siempre hacen mejor efecto los nombres del pueblo. ¡Ciriaco!

PER.—Espérese, que no se me ocurre ninguno. Maldita memoria la mía. Les pondremos apellidos de cosas. Comenzaré con las frutas. Vamos, ¿cómo dijo usted?

TOR.—¡Ciriaco!

PER.—¡Naranja!

TOR.—¡Celedonio!

PER.—¡Piña!

TOR.—¡Pantaleón!

PER.—¡Lima!

TOR.—¡Raimundo!

PER.—¡Guanábana!

TOR.—¿Qué apellido es ese?

PER.—Apellido indio. Esas gentes del pueblo, y principalmente de los pueblos, se ponen nombres de lo primero que encuentran. ¡Raimundo Guanábana! Este debe ser de los Teques...

TOR.—Escribe, pues, Ambrosio.

PER.—Se me han agotado las frutas, sigamos ahora con los animales... ¿Cómo dijo usted?

TOR.—¡Ambrosio!

PER.—¡Toro!

TOR.—¡Emeterio!

PER.—¡Vaca!

TOR.—¡Mamerto!

PER.—¡Lagartija!

TOR.—¿Quién es ese?

PER.—Otro indiecito. Ahora comienza a bajar la gente de los Altos.

TOR.—Vamos, con esos basta.

PER.—¡Qué lástima! Cuando iba a entrar con las legumbres y las maderas. Tenía en la punta de la lengua un Policarpo Rábano, un Tristan Pepino, un Romualdo Pardillo, un Salustiano Vera, y así un millón... Me parece que son pocos, don Toribio...

TOR.—Para eso se le pone ahora... escribe... "Siguen mil quinientas firmas".

PER.—(*Con asombro.*) Usted es un hombre extraordinario, don Toribio. ¡Cómo lo allana usted todo! (*Escribe.*)

TOR.—Vete pronto; lleva a don Facundo el manuscrito, y dile que esos señores desean ver hoy mismo eso en letra de molde.

PER.—Por supuesto, que le diré también que les pase la cuenta a esos ciudadanos firmantes.

TOR.—Ya se arreglará eso. Todos se la tragarán menos el impresor. Vete. (*Vase Perico.*)

## ESCENA VII

### *Don Toribio solo*

Ahora sólo me resta, para completar el efecto que habrá de producir el artículo de esos patriotas, que yo me vaya casa del Presidente, le haga una visita y le deje entrever mis profundos conocimientos... Vamos; pongámonos un traje aparente

para el objeto... Esta levita me va bien; es de un Jefe de Sección que tiene mi mismo cuerpo. Pero no; la levita no es de buen tono... Esta casaca... Ah sí; la casaca del Diputado Botalon. ¡Un tesoro de elocuencia! En cada Congreso le remiando diez o doce veces el asiento de los pantalones. Este sí que es un traje diplomático. Vamos, venga el sombrero. Ajajá. Ahora si que estoy hecho todo un legislador. Pero, ¿cómo saludaré al Presidente? ¿qué le diré? Ensavemos primero. (*Busca con la vista algo y ve el maniquí.*) Hagámonos el cargo de que este maniquí es el Presidente. ¡Cuántos Presidentes han hecho el papel de maniquies! (*Coloca el maniquí frente a él.*) ¡Buenos días caballero!... ¿Cómo está su Excelencia? (*Cambia la voz.*) A la orden de usted, señor mío. (*Aparte.*) ¡Ay! y qué amable es el Presidente. Si no hay como rozarse con los que mandan para conocerlos y estimarlos! (*Cambia la voz.*) Siéntese usted, y sírvase decir en qué puedo servirle. (*Aparte.*) Vamos con tiento; no esperaba yo tanta aquella; ¡y yo que le he hecho la oposición! El deseo de ofrecer a Vucencia mis más profundas respetos a la vez que...

## ESCENA VIII

*Toribio y Bibiana*

BIB.—(*Entrando.*) A la vez que tu simpleza y tu locura.

TOR.—¡Cómo Bibiana! ¿Te atreves a hablar así delante del Presidente? Mira que no estás en tu juicio...

- BIB.—El que no está en el suyo eres tú. ¿Crearás por ventura que ese muñeco es el Presidente?
- TOR.—(*Azorado.*) Es verdad; me había parecido... ya se vé; no está uno acostumbrado a las altas recepciones...
- BIB.—Y bien, ¿para qué te has disfrazado con ese vestido?
- TOL.—¿Cómo que para qué? Ignoras que no volveré a ponerme esa chaqueta, y que voy a dar al traste con todos esos avíos? Señora Ministra, Señora Tesorera. Prepare usted la comida a su señor esposo, que vendrá fatigado y con hambre de la oficina. (*Váse saludando.*)

## ESCENA IX

*Doña Bibiana, luego Emilia*

¡Dios eterno! Si ha perdido a la vez todas las clavijas del cerebro. Señora Ministra... señora Tesorera... ¡señor simplón! Buen tesoro he de tener yo que guardar... Un loco a quien habrá que rapar la cabeza y ponerle una cadena. Cielo santo, dale fuerzas a esta infeliz mujer. (*Ve que Emilia se acerca.*) Llegas a tiempo, hija, para que cuides de la tienda; yo no puedo tenerme en pie. Las cosas de tu padre me causan una terrible angustia. (*Vase.*)

- EM.—Es verdad... la pobre mamá... (*Se pone un momento triste.*) El corazón me dice que Narciso no debe tardar. ¡Y pensar que papá no le mira con buenos

ojos porque es amigo del gobierno! Puede que lleve su pasión política hasta causar nuestra desgracia! Pero ¿no es mucho pretender que una pobre muchacha se resigne a seguir los caprichos de un padre que no piensa sino en sus politiquerías y en sus majaderías...? No, señor. Yo amo a Narciso como puede y debe amar una muchacha honrada. ¿Y qué hacer si papá no consiente en nuestro matrimonio...?

## ESCENA X

### *Emilia y Narciso*

EM.—¿De veras? ¿Y se lo has dicho todo?

*Emilia.*) Sí, consentirá, querida Emilia. Tu padre y yo somos los mejores amigos.

EM.—¿De veras? ¿Y se lo has dicho todo?

NAR.—No, aun no ha llegado la oportunidad. Yo te prometo que no pasará el día de hoy sin que lo sepa.

EM.—Si así lo cumples, hoy mismo se lo confesaré yo también a mamá. Mira, mira como me salta de gozo el corazón. (*Se pone la mano en el pecho.*)

NAR.—¿A ver...? (*Estira la mano.*)

EM.—Alto allí señor mío; ¿de cuándo acá se ha metido usted a médico?

NAR.—Pero si tú misma...

EM.—¿No te he dicho que esta mano te pertenece? Pues lo que ella sienta es como si tú lo sintieras, porque es tuya, solamente tuya.

NAR.—Un hombre con tres manos es un fenómeno, hija.

Deja que me coma a besos mi tercera mano, dame acá. (*Le toma la mano y se la besa.*)

EM.—Piensa que papá puede llegar de un momento a otro y hallarnos solos.

NAR.—Voyme, pero volveré en breve. Tú sabes que no puedo vivir lejos de ti un instante.

EM.—¿Volverás cuando papá haya regresado?

NAR.—Sí, Emilia, hasta luego. (*Le dá la mano.*)

EM.—Vete, vete... Si encuentras a papá en la calle, díceselo... revélaselo todo... ¿me lo ofreces?

NAR.—Descuida. ¡Adiós!

## ESCENA XI

*Emilia, sola (se sienta a escribir)*

¡Qué feliz voy a ser, Dios mío! ¿Y qué dirán las Ortices y las Olivares, que me decían que Narciso me engañaba. El pobre papá; tanto que me quiere y le voy a dejar; y mamá que me mima tanto. Pero vendremos todas las noches a verlos y así será menos sensible la separación. (*Sigue escribiendo.*)

## ESCENA XII

*Emilia, Don Toribio*

TOR.—(*Entrando.*) ¡Uf! ¡qué fatalidad! No he podido hablar al Presidente. Aquel demonio de portero de Hacienda, que es un completo cancerbero, me

ha tirado la puerta en los hocicos. Ese bribón está sostenido por don Cirilo. Le juro por mi abuelo que la primera resolución que he de tomar será deponiendo a ese canalla. ¿Eres tú, hija?

EM.—Sí, papá; estoy asentando las cuentas de la semana.

TOR.—Deja, hija; deja ese trabajo. Ya tú no te embadurás de tinta los dedos escribiendo cuentas, y números y medidas. No; nada de esas porquerías.

EM.—(Aparte.) ¡Ah, Dios mío! Ya lo sabe todo. Narciso se lo ha dicho en la calle. Sí, papá; pero no vaya usted a creer que no lo siento; porque al fin, cuando hay que abandonar aquello que le ha rodeado a una desde la niñez...

TOR.—Calla, calla, hija. Pues no concibo cómo puedes sentir que cambie tu posición. Pasar de repente de la nada a la opulencia y a las consideraciones sociales...

EM.—(Aparte.) ¿Con que Narciso era rico. ¡Y nada me había dejado sospechar, (A Tor.) Es que yo no me pago de las riquezas, papá.

TOR.—Pues señorita, hay que pagarse de ellas, porque ya que la fortuna las trae...

EM.—Sin embargo, papá... ¿Cómo quiere usted que yo no sienta dejar a mamá...?

TOR.—¡Y qué! ¿Piensas acaso que yo he de consentir en que tu madre se quede en este chiribitil? ¡Nada de eso! Bibiana vivirá con nosotros, mal que le pese a sus escrúpulos antipolíticos.

EM.—¿Juntos todos, papá de mi alma? ¿Y se lo ha prometido así Narciso? ¡Qué felicidad!

TOR.—¿Te imaginas por un momento que yo lo aceptaría con la condición de separarme de mis afectos

de familia? ¡De ninguna manera! (*Aparte.*) Cualquiera que me oyera diría que ya tengo el nombramiento.

EM.—¡Virgen santa! ¡qué dicha! ¡cuánto quiero a mi querido papá de mi corazón! (*Le abraza.*)

TOR.—Y mucho más me habrás de querer, cuando seas la esposa de algún Ministro, o de algún Tesorero. Sí, hija; si cuando a uno le cae la lotería, saca también hasta las aproximaciones...

EM.—(*Aparte.*) ¿Qué jerigonza es esta? Ya veo que Narciso no le ha dicho nada. ¡Me ha engañado, el pèrfido!

TOR.—Vamos, hija, no charlemos más. Falta algo que hacer todavía. Tienes que escribir el programa administrativo que debo presentar al aceptar la cartera...

EM.—¿Qué cartera, papá?

TOR.—Pues ¿cómo tienes la cabeza? ¿Se te ha olvidado que voy a ser Ministro de Hacienda?

EM.—¿De cuál hacienda, papá?

TOR.—¿De cuál va a ser, niña? de la hacienda de nosotros, del Gobierno y mía.

EM.—(*Aparte.*) ¿Qué enredo es este? ¡Ah! ya recuerdo. Pero Narciso le ha visto y nada le ha dicho; esto me desespera...

TOR.—Escríbeme, hija, escribe; no perdamos tiempo. Toma, aquí hay papel. Tan luego como esté el programa lo daré a don Narciso para que lo presente al gobierno.

EM.—(*Aparte.*) ¡Ah! ¡qué oportunidad para echarle en cara su conducta! Voy a escribirle todo lo que siento. (*A Toribio.*) Ya estoy pronta, papá.

TOR.—(*Dictando, se pasea.*) Programa que presenta el

ciudadano Toribio Zurcetelas al aceptar el Ministerio de Hacienda.

EM.—De hacienda.

TOR.—Artículo 1.º Aumento de un sesenta por ciento en los derechos de importación. (*Aparte.*) Yo he abogado por la rebaja, pero una cosa es estar fuera y otra el estar adentro. Artículo 2.º Sobresueldo a los Ministros. (*Aparte.*) Cuando se sirve a la patria se debe estar bien remunerado. Artículo 3.º Todos los Ministerios se refunden en uno solo: en el de Hacienda; el cual quedará dotado con los sueldos y sobresueldos de los Ministerios eliminados (*Aparte.*) La economía es la base de todo gobierno regular. Ahora comprendo el verdadero significado de la palabra *economía*. Artículo 4.º El actual Ministro no reconoce créditos viejos, (*Aparte.*) Olvido de lo pasado; y el que venga atrás que arrée.

EM.—Ya está terminado, papá. (*Le da el papel.*) ¿Usted le dará el programa a don Narciso para que lo vea, no es verdad?

TOR.—Sí, hija; él será portador de esta maravilla que hará que estén hablando de tu padre lo menos diez siglos.

EM.—Me voy, papá; debo vestirme.

TOR.—Anda, hija, y ponte bien galana. Y sobre todo, la cola bien larga y el tontillo si es posible sobre la nuca, eso da cierta importancia...

EM.—No tengas cuidado papá, que voltearé el baúl. (*Aparte.*) Quiero que me encuentre bien hermosa Narciso, para que vea lo que pierde, el ingrato. (*Vase.*)

## ESCENA XIII

*Don Toribio, después Perico*

TOR.—¡Qué efecto va a producir en el Gobierno mi programa! Ya me parece estar oyendo a don Cirilo decir, con un tono de envidia mal reprimida,... sí;... está bueno... aunque no contiene nada nuevo... ¡Bribón! ¡Si la patria contara con carabineros como tú... ya...!

PER.—(*Entrando con un pantalón en la mano.*) Las trabillas, don Toribio; ya está el pantalón.

TOR.—¡Trabillas tienes tú en la mollera, bestia! En vez de estar estudiando el archivo de que vas a hacerme cargo muy pronto.

PER.—(*Dejando caer el pantalón.*) ¿Qué dice Vd. de archivo?

TOR.—Que ya vendrá por ahí mi nombramiento de Ministro, y que tú debieras estar extendiendo el tuyo de Secretario.

PER.—¡Virgen de Coromoto! ¿Con qué era cierto?

TOR.—Tan cierto como que aquí tienes el programa que he dictado a Emilia y que entregaré a don Narciso para su presentación al Gobierno.

PER.—(*Tomando el papel y leyendo para sí.*) ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

TOR.—¿De qué te ríes, miserable?

PER.—De nada, señor, de nada; son ataques de nervios. (*Aparte.*) ¿Con qué, mientras el papá está pensando en ser empleado, la niña se emplea con don Narciso?

TOR.—Lee en alta voz por si faltare alguna coma.

PER.—(*Aparte.*) Pero ¿cómo voy a comprometer a esta locuela de Emilia? No; excusemos la lectura. Perdóneme usted, don Toribio, pero me hace daño leer en alta voz; tengo el pecho malo y...

TOR.—Ya comprendo. Ese es achaque de los secretarios. Léete y no te esfuerces mucho. ¡Eso sí, dale entonación!

PER.—(*Aparte.*) Pues ya que se empeña, riamos un poco a su costa. (*Lée.*) "Programa que presenta el ciudadano Toribio Zurcetelas al aceptar el Ministerio de Hacienda. Artículo 1.º Disponer de todos los fondos en beneficio propio.

TOR.—¿Cómo? ¿cómo es eso? Yo no he dictado semejante cosa, al menos con esa claridad y desparpajo. ¿Te burlas?

PER.—No, señor; si así está escrito; lea usted, lea usted.

TOR.—Es inútil. Bien sabes que me marea la letra de carta. Pero sigue a ver si todo está equivocado.

PER.—Artículo 2.º La mitad de ese *apartado* será para mi Secretario.

TOR.—¡Ladronazo! ¡Tragaldabas! dáme acá. Ese no es mi programa; ese es el programa común de los aspirantes a Ministerios. Yo he introducido reformas sustanciales. Está visto que hoy estás de chancitas. (*Le quita el papel.*)

## ESCENA XIV

*Dichos, don Narciso*

NAR.—Dios guarde a Vd., don Toribio.

TOR.—¡Ah! ¿es usted, amigo mío? ¡Cuánto placer en verle en este instante! Y ¿cómo marcha el asunto?

NAR.—Bien; muy bien; pero no hay que apurarlo. Las cosas de palacio andan despacio.

TOR.—¿Sabe usted que ya he escrito mi programa? Véalo usted y déme su opinión con franqueza. (*Le da el papel.*)

NAR.—(*Aparte.*) ¿Qué es esto? (*A don Toribio.*) ¿Lo ha escrito Emilia?

TOR.—Sí, señor; ¿buena letra, eh?

NAR.—(*Aparte.*) ¡Qué loca es esta Emilia! ¡en qué compromiso me pone! (*Leyendo en alta voz.*) “Programa que presenta el ciudadano Toribio Zurcetelas al aceptar el Ministerio de Hacienda...”

TOR.—Siga usted que ya llega lo bueno.

NAR.—(*Aparte.*) Salgamos del paso como podamos. (*Lee en alta voz.*) Artículo 1.º Libre importación y exportación.

TOR.—¿Libre exporta... qué? Repita usted, don Narciso.

NAR.—Libre importación y exportación; con todas sus letras.

TOR.—¡Pero eso no puede ser! Seguramente Emilia ha estampado mis ideas de cuando yo era de la oposición. Si por el contrario, yo pido un aumento de sesenta por ciento.

PER.—(*Aparte.*) Cuarenta para él y veinte para el Gobierno.

NAR.—Y no hay duda. Eso es lo que aparece escrito; pero deje usted que yo lo corregiré. (*Trata de guardarse el papel, pero don Toribio se lo quita.*)

TOR.—¡No, señor! déme usted acá. ¡Emilia! ¡Bibiana! (*Llama.*)

## ESCENA XV

*Dichos, Emilia, Bibiana*

EM.—¿Qué es papá? (*Viendo a Narciso.*) Buen día caballero. (*Aparte.*) ¡Si habrá leído, el muy pícaro!

NAR.—Beso a usted los pies, señorita Emilia.

BIB.—Dios guarde a usted don Narciso.

NAR.—A los pies de usted señora.

BIB.—¿Qué ocurre, Toribio?

TOR.—Quiero que me saques de este berengenal. Tú no puedes engañarme. Lee a ver qué dice este papel. (*Le da el papel y ella lee para sí.*)

NAR.—(*Aparte.*) Pues señor, me ha ahorrado la introducción.

EM.—(*Aparte.*) ¡Cielo santo! Estoy sudando frío; pero él tiene la culpa. (*Viendo a Narciso.*)

BIB.—¿Qué quiere decir esto, Emilia?

PER.—(*Aparte.*) ¡Adiós! ¡Ya van a bailar los títeres!

EM.—(*bajando los ojos*)—Mamá...

TOR.—(*dando una patada en el suelo*)—Pero ¿qué es lo que dice, Bibiana?

BIB.—Oye, Toribio; he aquí el castigo de tus majaderías y locuras. Mientras tú perdías el tiempo en bus-

car empleos y cometiendo ridiculeces, estos señoritos se han estado en trapicheos amorosos; y sin que tú ni yo lo supiésemos, teníamos en la casa una tierna Eloisa y entraba en ella un apasionado Abelardo.

NAR.—Perdone usted, señora; no hemos sido sino Pablo y Virginia.

TOR.—¿Será posible? ¿Usted, don Narciso, usted se ha burlado de mí de una manera tan ruin? ¡Ah! ¡Debí sospecharlo! ¡Esta es una venganza del gobierno dirigida por don Cirilo! ¡No debí olvidar que usted era ministerial! Pero yo sabré vengarme.

NAR.—Cálmese usted don Toribio; yo le explicaré todo.

BIB.—¡Toribio!

EM.—¡Oiga usted papá!

TOR.—No quiero explicaciones. Ya nos veremos las caras. Dentro de un par de horas estaré ocupando a Baruta con dos mil hombres. ¡Y sepa usted señor mio, que yo soy terrible, inexorable! ¡Sistema de guerrillas, peajes, y guerra a muerte!

BIB.—Oigamos a don Narciso...

NAR.—Sí, señora. Ni Emilia ni yo somos culpables. Téngase la bondad de leerle a don Toribio lo que dice ese papel. (*Don Toribio estará pensativo.*)

BIB.—Dice... atiende Toribio. (*lee en alta voz*) Programa que presenta el ciudadano Toribio Zurcetelas al aceptar el Ministerio de...

TOR.—¡Eh!... deje eso y lea la parte dispositiva.

BIB.—(*leyendo*) Art. 1.º Querido Narciso. Me prometiste hablar a papá sobre nuestro enlace y no lo has hecho; lo cual prueba que no me quieres ni pizca. Art. 2.º Es una iniquidad burlarse así de una pobre muchacha. Art. 3.º Cuando usted quiera,

venga por sus cartas y su pelo, y su retrato y su sortija. No quiero que me escriba más. Esta es mi última carta. La contestación puede mandarla con la sirvienta o traérmela usted mismo. Su Emilia.

NAR.—Ya ve usted, señora; ya ve usted, don Toribio. Yo ofrecí hablar a usted para pedir en matrimonio a su hija; pero no puede hacerlo antes de ahora. Ya que la desconfianza de Emilia ha precipitado los acontecimientos, aprovecho esta oportunidad para pedir a sus padres su adorable mano.

BIB.—¡Don Narciso; usted es todo un caballero! Yo no puedo negar a usted lo que pide. Sea usted el esposo de Emilia.

EM.—Gracias, mamá querida.

TOR.—(a Narciso) De manera que aquello del destino era...

NAR.—No, señor; lo que ofrecí a usted se lo he cumplido. Aquí está el nombramiento. (*saca un pliego y se lo entrega*).

TOR.—Ven a mis brazos, hijo mío. (*abrazo a Narciso*).

PER.—Pero veamos qué nombramiento es ese...

TOR.—Toma, léelo para aguarle la boca a esta incrédula de Bibiana que me llamaba loco y majadero. Si no hay como un gobierno justo...

PER.—(*leyendo en alta voz*) Estados Unidos de Venezuela. Ministerio de Guerra y Marina.—Sección tercera.—Caracas, Enero... aquí la fecha. Ciudadano Toribio Zurcetelas. En esta fecha ha tenido a bien este Ministerio nombrar a usted...

TOR.—¿Cómo? ¡El Ministerio de Guerra! pues no comprendo. Si yo sigo la carrera de hacienda...

PER.—(*lee*) Nombrar a usted Director...

TOR.—Sí, ya sé; Director de la Academia de Matemáticas... en fin...

PER.—(lee) ¡Director de la maestranza de vestuarios de tropa!

TOR.—¿Qué has dicho, tunante?

NAR.—Escúcheme usted, don Toribio; al ofrecer a usted mi recomendación para que obtuviese un empleo, tuve la idea de que fuese en consonancia con sus aptitudes. El presente nombramiento le pone a usted en capacidad de ganarse honradamente un pequeño capital sin que le atraiga el ridículo sobre su persona. Vea usted a don Cirilo, que es la burla de todo el mundo; pues bien; yo le hablo con la franqueza de un hijo; usted en un Ministerio, no sería sino un don Cirilo.

PER.—¡O un don Ciruelo!

BIB.—Ya ves, Toribio, don Narciso opina con mucho juicio. Acepta ese nombramiento que está con tus aptitudes y no pienses en lo que no puedes alcanzar.

EM.—Sí, papá, acepte usted.

TOR.—Pues bien, ya que todos lo quieren, acepto... Pero este demonio de Perico se va a reír. (*viendo al lado opuesto a Perico*) Díganme, por Dios, si se está riendo...

PER.—(*adelantándose*) Señor don Toribio; su Secretario presenta su dimisión y le ruega también que acepte; porque... al fin, "¡a falta de pan buenas son tortas!"

## Artículos Literarios



## EL AVILA

*Monte que domina  
la ciudad de Caracas*

Un país sin montañas es una tierra incompleta. Los montes son los monumentos de la Naturaleza; son la pujante recreación escultórica del Hacedor.

El sol no baja a los valles a dar su beso matinal a los lirios hasta no haber tendido su áureo manto sobre las cumbres y calentado con su ardiente cariño los delicados arbustos y las hierbas desvalidas que allá, abrazadas a las nubes, han pasado una noche inclemente. Los humeantes vapores de la tierra, el cotidiano bostezo de los ríos y lagunas, se van por la tardecita a posarse en las altas cimas, en viaje para el cielo. De allí desciende la blanda brisa libando la esencia de las flores que la brindan sus dormidos cálices; y por la noche se sube la luna sobre los lomos de las sierras a darse ínfulas de sol y a avergonzar desde su altura a las pretensiosas lucecitas de las ciudades, que la economía municipal apaga luego para evitarlas el desaire. Son las montañas como engarces rotos de la tierra con el cielo. Son como los robustos brazos del planeta que se elevan a saludar a los otros orbes. Son murallas fabricadas por Dios para proteger a los pueblos

débiles. El extranjero codicioso las detesta; los tiranos quisieran suprimirlas. Son el refugio de la libertad.

Un país sin montañas parece un desierto prolongado, aunque contenga poblaciones numerosas y activas. La monotonía de las planicies hasta la contemplación y gasta la pupila. El océano mismo, cuando quiere parecer terriblemente hermoso, levanta sus montañas. La tempestad lo transforma de magnífico en sublime. Las teogonías todas han colocado sus divinidades en lo alto. La poesía tiene su olimpo en empinado y sacro monte; y sube la imaginación de los poetas a buscar su cima siguiendo el vuelo de las águilas.

Yo sueño con mi Avila gigantesco y maravilloso. Yo veo desde aquí, desde estas planicies eternas, su frente altiva tocar el firmamento. Yo diviso a la perpetua nube blanca enroscarse alrededor de su cuello majestuoso. Yo le veo decorado de silvestres palmas, de rosales, mirtos y laureles, de robles verdes y deliciosas flores; con sus festones de lianas, con sus prendidos de orquídeas, jardín suspendido, floresta empinada, maravilla de luz, de sombras y colores. Yo oigo el cuchicheo de los arroyuelos indiscretos que a la mariposa cuentan las amorosas confidencias de la tórtola; el reñir celoso del turpial; la vanidosa facundia del jilguero; la presuntuosa garrulería del curuñatá; la ociosa ufanía del cardenal; el constante estudio musical del burlesco arrendajo; el desvelador oficio del campanero; el perenne revolotear del Tenorio de las flores, el tucusito veleidoso y disoluto, pagado de su belleza, iris volante, cupido en plumas.

Yo veo por la noche lucir en el misterio del bosque la juguetona fosforescencia del cocuyo, lucero viviente; y escucho el doliente "ya acabó" del ave sin consuelo,

apocalíptica y descreída; y oigo al grillo y a la cigarra que velan cantando; y llega hasta mi el rugir del tigrillo medroso que en la impunidad de la tiniebla huye cazador, y une su desapacible acento a la sinfonía tropical de la montaña.

Quién me diera verte ¡oh monte sin rival! no en el sueño de la nostalgia, sino en el despertar gozoso de la dulce realidad! ¡Cómo había de enajenarme delante de tí, ornamento divino de mi valle nativo: jardín poblado, cesto florido, en medio del cual alienta y suspirará la madre de mi alma! ¡Cómo habían de retroceder mis años al humedecer mis sienes con el rocío de tus palmeras y mis pies con la linfa de tus fuentes! ¡Y habrá de trepar a tu cima enhiesta, alegría del marino que de lejos te divisa! ¡Y habría de contemplar desde allí a mi valle amado, mi ciudad egregia, mi hogar bendito, y el campo silencioso y triste en donde he ido enterrando por partes la vida, y a pedazos mi corazón!

Acaso ahora me revelarías el secreto que nunca consiste confiarme, de cómo cambias el color de tu follaje a cada hora que se te contempla y admira. En la mañana vistes de zafiro oriental; al mediodía de esmeralda, a la tarde de amatista, de cambiante ópalo, de amaranto y de jacinto; te bañas en el azul de los cielos y en el azul del mar; te cubres de tintes violeta y púrpura; y luces tonos infinitos que dan celos al crepúsculo.

Yo he visto reyes humanos. Ninguno tiene tanto manto como el tuyo. Yo he visto las cortes de la tierra, ninguna como tu corte de nubes y estrellas. Yo he visto las torres gigantescas, los monumentos atrevidos y magníficos que el hombre ha levantado a las

grandezas mortales, y me he reído de su osadía y majestad pensando en ti, que eres torre granítica, monumento audaz, hijo del Ande, inmenso, sagrado y eterno.

Tú viste a tus pies una raza inocente vegetar por siglos en ventura y libertad salvajes.

Tú viste al conquistador valeroso y fiero degollar tribus y enclavar su pendón en el valle virgen.

Tú oíste el gemir del colono, y repetiste el eco jubiloso del heroísmo independiente; presenciaste el estrago de las batallas, el estrago de los cataclismos; y en tus senos resonaron las dianas de la libertad de nuestra patria.

¿Qué mucho que nuestras mujeres sean excepcionalmente hermosas, si las madres viven absortas en la perenne contemplación de tu belleza peregrina? ¿Qué mucho que nuestros ciudadanos sean altivos, si han vivido levantando la frente para contemplar la tuya altanera? Tú eres el padre de la dulzura y del valor que forman nuestra índole. Quién te mira no puede pensar sino en cosas grandes. El soldado te ama; el tribuno te invoca; el poeta te canta; el héroe muere pensando en ti, y el proscrito olvida sus dolores si vuelve a verte!

Dicen que en tus entrañas ¡oh monte egregio! esconde su ígnea lava el volcán. Acaso el hervor de nuestra sangre, el latir violento de nuestros corazones, sean obra del aliento de esa fuerza que llevas en tus antros misteriosos. Acaso fué ella quien nos llevó creando naciones libres desde el Orinoco hasta el Marañón. Acaso esa fuerza poderosa que de tu seno se trasciende, es la que inflama nuestro espíritu, y nos hace rebeldes a toda esclavitud. Guárdala siempre compasivo; mas si algún día vieres que nuestra raza degenera y que extranjera planta huella impune nuestro suelo, desata tus

iras, abre tus entrañas, esparce tu fuego, y sea la patria mía campo de cenizas, antes que predio de gente nueva!

## EL ENTIERRO DEL SOL

### *Cuento original*

Transcurrían los años, y no lograba atrapar marido la trite *Nulidad*. En vano por las tardes se plantaba, cabe la reja, bien emperejilada con los trapitos de cristianar, muy lindamente engomaditas las rosquillas de pelo sobre la estrecha frente, y su buena mano de arrebol en los carrillos. Lo que es peje, lo había de sobra; pero en llegándose a ella, olían la carnada y se largaban sin morderla. Y no era porque a *Nulidad* le faltase, como no le falta a ninguna hembra nacida, su gancho y su aquel; sino porque a leguas se conocía que no había inventado la pólvora la pobre chica.

Pasó el *Talento*, coronado de laureles; miró a *Nulidad*, y torció el rumbo diciendo de ella lo que la zorra al busto: —“Tu cabeza es hermosa, pero sin seso.”

Pasó el *Mérito*, cubierto de preseas, la miró de reojo y no la dijo siquiera —“por ahí te pudras”.

Pasó el *Valor*, seguido de sus águilas, echóle una mirada de envite *Nulidad*, (porque no es cosa del otro jueves el que las niñas se desvivan por los héroes), y éste, con soldadesco desdén se contentó con decirla: —“a la vuelta lo venden tinto.”

Llegó su turno a *Egoísmo*, enteco como un espárrago, ceñido como un buho, fatídico como un buitre.

—Con este sí que apechugo, exclamó *Nulidad* ten-

diéndole el anzuelo de sus guiñadas sin luz, provisto del magro cebo de una sonrisa sin pizca de sal.

Dicen que casamiento y mortaja del cielo bajan; pero en el presente caso el nudo quien lo ató fué el mismísimo diablo.

Por supuesto, que no hubo ni arroz ni gallo muerto en aquellas bodas. *Egoísmo* no era hombre para echar la casa por la ventana, y *Nulidad* no era mujer para consentir en que al casorio asistieran otras de mayor sustancia que ella. Juntos se encontraron, pues, en este par, el hambre con la gana de comer.

Rogando estaba a todos los demonios el cicatero *Egoísmo* para que no le diesen prole, cuando *Nulidad* le anunció que estaba a punto de ser madre. Rabió el ruín, maldijo su negra suerte, mas todo en vano, pues Natura hizo una de las suyas trayendo al mundo una menguada criaturita, trasunto fidelísimo, que ni sacado en molde, del quien para quien de sus padres.

No tuvieron éstos tiempo de disputar acerca del nombre que habían de dar a su primogénita, porque como la bruja que la recibió en los brazos observara que la recién nacida se enfadaba al acercarle la luz de la vela cada vez que le cambiaba la faja, la bautizó *Envidia*, y *Envidia* se quedó por los siglos de los siglos, amén.

Creció la chica en un dos por tres, como dicen que crece la mala yerba, manifestando desde muy temprano cierto alarmante síntoma, que consistía en la rencorosa manera con que miraba las cosas buenas que no eran suyas; lo que por algún tiempo puso en cuidado a sus dignos progenitores, hasta que la nodriza les hubo de tranquilizar diciéndoles: que la niña había nacido con aquel mal que en la patología de Ripalda

se llama "tristeza del bien ajeno". Esta explicación deleitó al venturoso padre, y no se pensó ya en molestar al médico.

A los cinco años de edad, hacia añicos la niña los juguetes de los chiquillos del vecindario; a los quince desgreñaba los moñitos trenzados de sus compañeras de escuela; a los diez y siete se daba sus trazas para pisar, al descuido y con cuidado los trajes de las muchachas que iban bien vestidas. Hasta el mísero cintajo de a medio real con que *Nulidad*, su propia madre, se engalanaba los domingos y fiestas de guardar, causábale rabietas de verdadera endemoniada; y ¡lo que parecerá increíble!: ni el inocente brillo de la luz del día podía tolerar.

—No, señor; no puedo, no quiero ver, solía decir muy sulfurada a sus padres; no quiero ver más ese rayo de sol que cae junto a mi ventana. Me parece que de continuo me está diciendo: "Nunca, nunca, resplandecerás como yo."

Y héte aquí al poltrón de *Egoísmo* afanado en echar paladas de tierra al pobre rayo de luz, con la perversa intención de sepultarlo.

Y sobre las paladas de tierra montábase el luminoso destello, dándosele un ardite del loco empeño de su enterrador, en tanto que *Envidia* se mesaba de puro despecho los cabellos al ver que el terco rayo de lumbré no se dejaba meter en la sepultura.

—Pues verás ahora, decía *Nulidad* yendo en auxilio de *Egoísmo*; verás ahora cómo yo lo voy a soterrar. Y ¡santo Dios! ¡allá van las basuras de la casa; allá van los tiestos del corral; allá va el cascote de la fábrica; allá va el estiércol de la cuadra!

Y a todas estas el rayo de luz con prodigiosa agili-

dad se encaramaba de un salto sobre las horrruras que le echaban, desde las cuales proseguía desafiando a los sepultureros, cada vez más alto, cada vez más brillante.

A voces pidió *Envidia* refuerzos a las comadres del barrio; y en tropel acudieron: *Medianía*, con sus cestos de hojarasca; *Ineptitud*, con sus costales de escorias; *Vileza*, con sus espuestas de lodo; *Indignidad*, con sus odres de inmundicia; *Calumnia*, con sus cacharros de sierpes; y unas tras otras fueron vaciando la ruin carga sobre el promontorio, que se convirtió en montaña.

Y mientras tanto el rayo de luz arriba, arriba, siempre arriba; hasta que traspasando el muro tomó las proporciones de claridad soberana.

—¡Por los cuernos de mi patrono, que nos hemos lucido! gritó *Egoísmo* con el dragón del despecho escarbándose las entrañas. ¿No lo ves, mujer? ¿no lo ves, hija? ¡Lo hemos elevado, lo hemos engrandecido!

Dispersáronse corridas las comadres, cayó *Nulidad* muy malita; y tal sofocón acometió a *Envidia*, que por poco no la cuenta.

Al salir de su ataque abrió los empañados ojos, buscó el rayo de luz y no lo vió.

Estaba ciega.

## A MI HIJA PILAR

*En el día de su boda*

Yo te he visto, hija mía, delante del espejo colocando en tus hermosos cabellos negros los últimos prendidos de tu tocado de baile, y he sentido correr por mis ojos lágrimas de alegría al contemplar tus he-

chizos. Ahora te veo prender tu albo velo de novia sembrado de la casta flor del naranjo; estás así aun más bella, y no sé porque las lágrimas que mi orgullo de padre me arranca son en este momento menos dulces.

¡Extraño misterio del corazón! Vas a ser feliz en brazos del compañero escogido por tu amor. Vas a alentar con tu cariñosa devoción los nobles anhelos de tu joven esposo, a alegrar su espíritu con tu eterna sonrisa, a fundar un hogar santo en que resplandezca la Virtud y ore el trabajo. Vas a fundir tu nombre sin tacha en otro nombre igualmente digno. Y entonces, ¿por qué estas lágrimas?

¡Ay, hija de mi alma! La felicidad tiene también sus crueldades. Ella te arranca de mi lado; ella me roba tu calor; ella te quita mi nombre!

Cuando en tu adorable frente estampe yo mi tierno beso, apartando los azahares de tu diadema de desposada, ya te llamarás de otro modo; cuando la mano de los amigos estreche la mía temblorosa en son de felicitaciones por tu dicha, mi corazón estará llorando su despedida; y el cielo habrá puesto ya en el tuyo el sello perpetuo de tu dulce dependencia.

Vamos, hija; la ley de la naturaleza, la ley del hombre, la ley de Dios, el instinto de tu ventura, el mandato de tu amor me ordenan anular los derechos que sobre ti tenía. Vamos, yo te pondré al pie del altar para que Dios bendiga mi propio despojo. Yo te acercaré al pecho que te ha ganado y te daré a los brazos que me han de reemplazar para guiarte en la vida.

Y pelearán en mí entretanto estos dos sentimientos que me agitan: el dolor y la alegría. Sonreiré viéndote dichosa, y lloraré viéndome sin ti.

Arbol viejo soy ya, y siento dolor al desprenderse de mí una rana. La Naturaleza reclama sus derechos, y el corazón defiende los suyos.

Vé, hija, y renúnciame.

¡Hágate feliz tu digno elegido, y mi alma se elevará agradecida al Creador que hizo esta ley cruel y bendita, de que los padres entreguen a sus hijas!

### ELEGIA OTOÑAL

¡Pobres árboles! Desde mi tibio lecho, mirando danzar alegres en la chimenea los diablillos azules y rojos, escucho soplar el viento helado que viene a desnudaros del irrisorio manto escarlata y oro con que el otoño cubrió vuestra agonía.

Así también, en el interior de mi ser, en la necrópolis de los recuerdos, vela aquel otro yo, joven, fuerte y amante, y contempla con dolor cómo va deshojándose el follaje de mis ilusiones, cómo van amarilleando, o rojeando con púrpura de ocaso, las esperanzas; cómo va desnudándose de su pompa el tronco añoso de la vida.

¡Pobres árboles! Mujeres bellas que ayer no más se sentaban a vuestra sombra a leer historias de amor, mientras el sol filtraba una luz de esmeralda sobre sus cuellos de alabastro, acuden ahora a recoger vuestras hojas policromas para exponerlas, junto a las pobres aves disecas del salón, en exhibiciones profanas, en que la risa perpetua del color se mofa de la muerte.

Yo tengo también memorias bellas, que un tiempo, bajo la sombra verde de la esperanza, contábanme his-

torias de amor; y ahora acuden a recoger los deseos fríos y las ilusiones mustias para darlas sepultura en lo más profundo del cerebro, ese columbario ruinoso en cuyos viejos nichos cada día de vigor y de goce está sellada en su urna cineraria.

¡Pobres árboles! Yo oigo silbar el viento gélido que amarillea vuestras hojas, que abrasa vuestras ramas, tornándolas en negros esqueletos que presto con su mortaja vestirá la nieve.

Empero, luego volverán los vernaes besos a fecundar vuestros tallos y a procrear una generación florida en vuestras copas verdes y espléndidas, mientras que la ráfaga glacial que agosta mi ser pasa silenciosa; las hojas pálidas que de mí se desprenden vuelan sin ruido; la nieve que cae sobre mi cabeza no volverá a fundirse jamás, y la vida se irá apagando en vagos destellos de azul y rojo, como esas ascuas que ahora veo extinguirse en el hogar, en tanto escucho cantar afuera su himno fúnebre al viento otoñal.

\* \* \*

Acercase el invierno; los días son breves, las noches infinitas; criban ya las nubes grises su primicia de mieses blancas; pide la carne friolenta el fuego de su calor, y la hulla generosa arde en la estufa. La muerte se esconde alevé en lo blanco, y la fuerza de la vida brota de lo negro. Pero mi alma está enamorada de esa blancura falaz, de esa virgen fría, cuyas caricias enervan y matan. El aliento fogoso del carbón no encuentra nada qué calentar en mí. La sangre no hierve ya en las venas ni alborota el corazón. El festín de la vida concluye. No hay ya en él ni vino ni flores, y las bellas

convidadas de labios rojos y pupilas encendidas se despiden ya, saciadas de placer y llenas de hastío. ¿Qué viene a hacer aquí el rayo de sol?

\* \* \*

Sopla, ¡oh viento otoñal! y echa a volar las hojas policromas de los árboles y las postreras ilusiones del varón. Llega de una vez, invierno hermoso, con la blanca desposada de mi alma, envuelta en su albo velo boreal. Yo la aguardo en el salón misterioso colgado de estalactitas, alumbrado por un rayo de la luna. La mesa del festín está dispuesta: las flores son todas dalias blancas sin aroma, los manjares, servidos en fuentes pálidas, son todos fiambres, los cirios son pavesas, el vino es agua, y el apetito y los deseos del novio están helados.

Ya puede venir la virgen blanca, la prometida de mi alma.

## MAL POR BIEN

Toda la noche ha estado nevando, y aun cierne el plomizo cielo sus átomos blancos sobre la tierra. La ciudad ha amanecido amortajada en armiño; las calles están tapizadas con espeso plumón; las casas parecen techadas de azúcar; los deshojados castaños y maples se han convertido en enormes algodoneros cuajados de albos vellones; las coníferas de los parques semejan pirámides brillantadas, y los sarmientos desnudos de las trepadoras agarradas a los muros y balcones tienen

el aspecto del alambrado recubierto de cristalizaciones, de una gigantesca arborescencia de Diana.

La luz es pálida y dudosa. El sol parece alumbrar al través de un cristal esmerilado. Es una mañana sin gorjeos de aves, casi sin voces humanas; hay movimiento pero no hay ruidos; todos los ecos se apagan en la sordina de copos de la atmósfera. Tan sólo se deja oír, pero también con apagadores, el chinesco retintín de los cascabeles que en su trote fantástico van los caballos agitando al arrastrar los veloces trineos, cuyas curvas cuchillas abren, silenciosas y rápidas, hondos surcos en la nieve.

Hace frío, mucho frío. Las gentes van embozadas en pieles y gruesos paños; los niños retozan en el blanquísimo polvo forrados como esquimales; las niñas, con sus dobles abrigos, sus gorras de estambre, que les cubre hasta las orejas, y las manos metidas en manoplas de lana, van alegres y por tandas trotando menudamente sobre la espesa capa blanca, que sus pies, calzados de impermeables, hacen crujir o dispersan, en medio de infantiles risotadas y de festiva garrulería.

Lesbia, la más crecida de la manada, la espigadita rubia de ojos celestes, la bella Lesbia, traviesa pero sensible, se ha detenido de improviso. Acaba de descubrir sobre la nieve un pajarillo aterido de frío, inerte, casi expirante.

—¡Pobrecillo! — exclama la tierna niña inclinándose y recogiendo al animalito desvalido.

Y rápida, con súbita inspiración de sublime caridad, saca del guante estorbozo su mano linda, tira con fuerza del primer botón de su abrigo; mas como resiste el ojal y no se abre:

—¡Vaya! — dice impaciente; — ¡vaya unos botonazos estos que ahora se usan!

Y lo dice añadiendo nuevo vigor a la diligencia de sus dedos.

El ojal cede al fin, y luego otro, y otro, hasta tres. Pero la pulida manecita de marfil no se detiene. Avanza más adentro, estirando ojales y atropellando botones. Ya está abierta la basquiña, y los deditos febriles siguen escarbando. Ya los broches del corpiño se descasaron violentos; ya el nácar que ajusta la malla íntima ha dado paso al santuario que ésta protege; ya se siente el dulce calor del pecho generoso. Allí, al rescaldo de esta estufita de amor sencillo, confía la piadosa niña el pajarillo moribundo; cierra luego y de prisa los vestidos, y radiante de samaritana complacencia continúa triscando en la nieve, camino de la escuela, estremeciéndose de cuando en cuando con las cosquillas que le produce el arañar de las patitas del prisionero sobre la piel de suave raso, a medida que el pobre paciente vuelve de su letargo mortal, y se da cuenta de su envidiable situación:

—¡Qué calorcito tan delicioso! ¿En dónde estoy? No acierto a imaginarlo. Lo que sé es que me dormí sobre la nieve, con mucho, muchísimo frío, y que ahora me encuentro metido entre estos dos montoncitos de nieve calentita; que es como yo decía que debía ser la nieve de todo el invierno. Pero, ¿qué veo? Dos granillos purpurinos, que se me antojan aquellos de granada de que viene hablándome el canario de España de nuestra vecina, y que él dice son como pedacitos de rubí, dulcísimos y sabrosos. Ganas me dan de probar uno. Vamos, que no me lo he de comer; porque luego no digan con razón que los gorriones son golosos y

rapaces. Probarlo, nada más que probarlos; y eso por la maldita curiosidad.

—¡Ea!

Y el muy pillo estiró el cuello, tomó puntería, y ¡zas! tamaño picotazo clavó en el granillo rubicundo.

Lesbia lanzó un grito; llevóse rápida las manos al seno, reventó los botones del abrigo, abrió de un tirón la basquiña, hizo saltar los broches del corpiño, apartó la tibia camisilla, sacó de allí con rabia y grima al malvado, y lo arrojó sin misericordia en medio de la nieve, airada y ruborosa, exclamando:

—¡Ingrato!

## PRIMAVERA

—Madre, ven, baja al huerto; baja, madre, y verás las ramas de las lilas que parecían secas y muertas, cómo estallan y se cubren de flores. Ven a ver, madre, cómo el bosque en una sola noche se ha vestido de verdes hojas; ven, corre a ver la fiesta cariñosa que tienen los pajarillos; vuela, madre, a la majada, antes que los separe el pastor, a mirar las gracias con que divierten en esta mañana los corderitos a las corderitas; que no los he visto jamás tan solícitos y tiernos; date prisa madre, para que sorprendas al zagal, tan tímido ayer, y que pone ahora a las chicas guirnaldas de flores, en donde primero se las plantó de besos.

—Ya lo sé, hija; ya lo sé; esa es la Primavera.

—Madre del alma, estoy triste; madre querida, me siento morir. Algo deseo que no puedes darme. Una cosa siento aquí dentro del pecho, una cosa extraña por las venas discurrir, un sol que me abrasa, un frío

que me hiela, una alegría que me enloquece, un afán que me roban el sueño Madre, tengo ganas de reír; madre, tengo muchas ganas de llorar. Dícenme las chicas que esto es amor; y yo te pregunto, madre, ¿se ama, por ventura, sin saber a quién?

—Calla, hija, y no te inquiete tan raro padecer. Ven, mira el campo cómo florece, mira las aves cómo se esparcen, mira las mozas todas con sus guirnaldas en la frente y en las mejillas las rosas del amor.

Eso, hija, no te alarme; es la núbil fiesta de Natura; eso, hija, es la Primavera. A tu edad sentí también su hálito fecundo. A tu edad maduró mi ser, y luego fuiste tú, de mi alma la primera flor.

## PRIMAVERAL

Los huracanes de marzo se han acabado de llevar la sábana helada con que el invierno había amortajado a la naturaleza. Abril es mensajero de la vida, y trae el encargo de resucitarla con sus dulces besos.

Fiesta tienen los campos, y fiesta hay en los jardines, paramentados como altares, para que oficie en ellos la luz.

Jóvenes, ancianos y niños, celebran en estos momentos la renovación de la vida, el alumbramiento de la naturaleza, la fecunda Primavera.

Aquí quisiera yo ver a mi buena y querida madre, por estas calles pobladas de gente feliz, confundida con estas hermosas ancianas que lucen sus guedejas de nieve como joyas de honor, y llevan en el pecho, a la par de las jóvenes coronadas de oro, su ramillete

de flores, de las primeras que brotan al sol primaveral.

Yo no sé por qué nos parece, allá por nuestras tierras, profanación o ridículo el que una anciana lleve como aquí flores sobre el corazón, cuando con ellas adornamos las imágenes y las tumbas; la santidad y la muerte. Cualquiera diría que entre nosotros, el haber dado la vida a otras criaturas, el haber vivido para levantarlas, educarlas y verlas reproducirse es extralimitar la medida de la humana existencia. Allá nuestras madres mueren socialmente cuando dejan de ser jóvenes. Aquí la vejez constituye ornamento venerable; es como sacra prenda de otro tiempo, que todos ponen con orgullo a la vista, para que sea bien admirada.

¿Y por qué razón han de ser, la gloria del salón, el aire de las avenidas, la sombra de los parques, el placer inocente de la vida en la sociedad y en la naturaleza, privilegio exclusivo de los que llevan todavía alta la frente y frescas las mejillas? ¿Por qué recluir nuestras madres a la labor y a la oración? ¡Si en sus años están sumados todos los de nuestra vida! ¡Si sus cabellos blancos son la corona de plata que, junto con el tiempo, le labraron los cuidados de nuestra existencia! Sus ojos no centellean, porque velaron mucho nuestro sueño; su tez no es tersa, porque por ella corrió mucho llanto para que nosotros riésemos siempre; y si su cuerpo se inclina, mucha parte tiene en ello el hábito de extendernos los brazos para ponernos de pie sobre el planeta.

Me encanta ver estas madres con sus cabezas escarchadas, y sobre el pecho un manojo de lilas, presidiendo la animación general en las mañanas de hermosa primavera. Me parecen ellas las legítimas sacerdotisas del culto de la vida en sus renovaciones, por-

que han vivido mucho, porque han llevado tributarios a las densas corrientes humanas; porque han ensanchado el espíritu de sus renuevos con el afán de la esperanza, que es la primavera perpetua de las almas; porque solo ellas comparten con el Creador la divina satisfacción de sentir palpar la vida de los seres antes que el sol los alumbré y el aire los acaricie y la naturaleza los reciba en sus brazos maternos.

Las Madonas de Rafael son cada día más hermosas y divinas, a proporción que el tiempo va fundiendo sus colores. Lo mismo sucede con nuestras madres. Aquella belleza singular que de niños se nos antojaba ideal de los cielos, no desaparece sino que a nuestra vista se transforma. El tiempo la va dorando con su maravilloso barniz, sacado de la esencia del misterio; la va dando transparencias y placideces místicas; la va añadiendo a lo bello lo adorable. ¡Cuánto noble reposo en sus actitudes; cuánta sabia fijeza en sus ojos; cuánta dulce melancolía en sus sonrisas; cuánta augusta dignidad en todo su ser! Es que ahora el artista que anima el cuadro, es el alma. Ya lo abandonó con sus últimos toques el pintor fogoso del colorido, el que pone sobre el rostro a nacer soles y a reventar claveles. Ahora viene el apacible pintor de los crepúsculos, el de las noches serenas, el de la belleza tranquila, y pasa sobre el cuadro su pincel empapado en luces vespertinas y en destellos siderales.

Sí; son hermosas, muy hermosas nuestras madres. Vengan rojos labios; vengan chispeantes ojos; vengan ebúrneas frentes; y yo preferiré poner mi beso, y con mi beso toda mi alma, en estos labios pálidos que pronuncian mi nombre en sueños; en esos ojos tranquilos

que me ven ausentes; en esa frente surcada en que está escrito mi nombre hace más de cincuenta años!

Aquí quisiera yo verla, en esta procesión de la primavera, confundida con estas reinas de coronas de plata, llevando también como ellas a los altares de la Naturaleza inmortal su ofrenda de flores, que yo para su pecho arrancaría a la rama de lilas más gallarda.

## GRAND VIEW

*A orillas del Hudson*

Aquí, a la margen de este río grandioso me quedaría yo a consumir en poéticos ensueños las reservas de la vida, hasta la hora del gran viaje, si yo supiese que había de desaparecer entonces, dulce y solemnemente, como por la tarde se funden en el horizonte esas navicillas blancas que la brisa empuja sobre la inmensa faja de plata, purpuradas sus velas por el resplandor del crepúsculo.

El río mide más de una legua de anchura en este sitio, el más amplio de todos los cuatrocientos y cincuenta kilómetros de su curso, desde los montes occidentales al lago Champlain en que nace, hasta la bahía de Nueva York, en donde desemboca después de haber regado Saratoga, Waterford Troy, Albany y West Point y después de haber cobrado al Sacondago y el Mohawk el oneroso tributo de todas sus aguas. Cuando pasa por este paraje de *Grand View*, parece el Hudson un brazo del Atlántico que se despereza entre las montañas. Frente a mí tengo a Terrytown, desparramada

en anfiteatro sobre un promontorio de la costa, con sus edificios que blanquean durante el día y que por la noche agregan al obscuro fondo del cielo toda una constelación de luceros, con sus focos eléctricos, teniendo por centro solar al faro. Más abajo de Terrytown está Dobbs Ferry, con sus vastas fábricas de cerveza, por cuyas elevadas chimeneas, semejantes a enormes cañones Krupp apuntados a las nubes, arroja la hulla negros plumajes y salen ondeando los albos penachos del vapor saturado por el lúpulo. Aquéllo que veloz se desliza por en medio del ancho cauce, a modo de colosales pelicanos, son los vapores-palacios que van a Albany; y esos otros empavesados de mil banderas son los salones flotantes de verano en donde las gentes que la ciudad arroja con sus calores, danzan al compás de alegre música mientras aspiran el aire puro y húmedo del río; y aquellos cien pájaros de triples y cambiantes alas, que giran, vuelan, van, vienen y vuelven inquietos como bandada de alciones persiguiendo una gruesa mancha de peces, son los *yachts* de regata, que se disputan la palma, a cual más veloz rompa con la proa el cristal rizado de las aguas. Aquél dragón enorme que de arrastre lleva gigantesca culebra de anillos rojos y vidriosa escama, es el ferrocarril de Hudson. Cada cuarto de hora pasa uno de esos monstruos, casi metidos sus enroscados remos en el agua de la orilla, rociando con los espumarajos de su aliento la falda de la interminable montaña, ensordeciendo con el trueno de sus bramidos de león acosado, y con sus estridentes mugidos de toro embravecido, las ciudades que atraviesan. Van para Buffalo, para el Niágara, para Toledo, para Chicago; ¡y que sé yo! Al paso verti-

ginoso que llevan no parece que han de parar hasta el fin del mundo.

A la puesta del sol, en estas largas tardes de julio, en que el día hurtá dos horas a la noche, el crepúsculo maravilloso y sangriento, a semejanza del claror rojo que despidiera vastísimo incendio tras el opuesto monte, pone una luz de bengala en cada cristal de las casas de Terrytown; y si a esa hora de la celeste pirotecnia acierta a pasar el tren con sus veinte vagones que de improviso se inflaman también por el mismo fenómeno, se me antoja una rusiente sierpe colosal que corre a echarse al agua para extinguir allí la hoguera que lleva en sus entrañas.

La casita en que he venido a contemplar este río hermoso, a pedirle me rejuvenezca con su poesía y me dé inspiraciones nuevas con las múltiples fases de su poderosa vida, es un *cottage* de estilo inglés. Sobre el cremoso tono blanco de sus muros resalta el bermejo color de las persianas, y este sencillo fondo sienta admirablemente al verde de las madreselvas de marfilina flor que van encaramándose por el alambrado del corredor, como si quisiesen alcanzar los pajarillos que pían sobre el alero, tejiéndome de paso un cortinaje fresco, oloroso y sombrío. De cuando en cuando, una traviesa guía de enredadera se entra familiarmente por la ventana y me hace cosquillejas en el cuello, mientras escribo mis cuartillas de indigente prosa. Yo me figuro que es dedo picaresco de alguna divinidad campestre que acaso se imagina que yo compongo anacreónticas, y continúo escribiendo mis largos renglones, sin volver la cara, por temor de que asustada y pudibunda huya a sus breñas.

La casita está rodeada de rosales cuajados de co-

rimbos, de novios escarlata, de cayenas moradas y rojas, y de erguidas varas de malvas que parecen simétricas macetas de rosas pálidas. Hay también un emparrado de vid silvestre, entre cuyas pámpanas anchas y dobles maduran, sin ver el sol, los gruesos granates.

Dos pinos soberbios, dos magníficas pirámides de verdino bronce, adornan el patio, y a su derredor borndan al realce el césped y las flores sus japerías bizzarras. Allá, en el fondo, limitando el huerto hay manzanos, membrilleros y perales copados, a cuya sombra, tendido sobre indiana hamaca, en las horas recias del mediodía, aguardo despertar llamado por la caída de la fruta, una vez que con su opiado aliento me baña la brisa, mientras miro sobre la cercana rama alimentar sus pichones en el nido a dos esposos alados, que pagan mi respeto a la cuna de sus hijos cantándome un duo arrullador.

La carretera, siempre concurrida por lujosos carruajes está salpicada de ambos lados por palacitos campestres de diversos estilos y colores que juegan al escondite entre pretiles de verdura, bosquecillos floridos, y paravanes de parras. Los unos llevan sus jardines, sus invernaderos y sus huertos hasta el río; los otros los tienden en la falda de la espesa montaña, formada de hojosas encinas negras, de copados castaños, de arces, nogales y abedules, que en su ramaje tupido y misterioso mantienen abrazada la noche en pleno día. Por una larga sajadura que desgarrá el dorso de este monte corre el ferrocarril que va hasta la vecina villa de Nyack. Lo veo pasar a distancia de pocos metros, como un monstruo aéreo, dando alaridos y vaheando por entre las copas de los árboles su resuello azuloso. Esta montaña viene a ser una robusta pierna

del gran monte Catskill, que toca en Jersey City, frente a Nueva York. Allí los ingenieros civiles la han acribillado el pie con taladros, para que por ellos crucen innumerables trenes en innumerables direcciones. Treinta y seis veces en el día oigo bufar, y tañer sus campanas de alarma, a los que por esta vía se lanzan, produciendo sobre los rieles extraña música, como si rodasen sobre un teclado metálico. El último pasa a media noche y que va a recogerse anuncia con un estornudo formidable. Es el postrer eco de la noche, la nota ruda que estalla en medio del silencio que han dejado las mandolinas y las voces que a la luz de la luna pueblan de gratos ecos la corriente del río, y los alegres coros de mozos y de mozas que por la carretera van en rústica caravana de placer, montados sobre carros repletos de oloroso heno recién segado, en donde el brusco balanceo de los toscos vehículos sin resortes provoca las risas de las parejas, y hace forzosos e íntimos los abrazos. No falta tampoco algún furtivo beso, que los caballos, ignorantes de la música labial del amor, toman por azuzadora señal, y hacen rodar más presuroso el rústico trono de la alegría, mientras la luna alumbra en el firmamento como un sol de plata, cuyos reflejos hacen riclar juguetonas las pequeñas ondas del noble río, inmenso y misterioso.

Aquí en este delicioso remanso, amarraría yo mi vieja barca hasta la hora de emprender el gran viaje; si yo supiese que ella había de desaparecer dulce y majestuosamente, como a la puesta del sol se funden en el brumoso horizonte esas navecillas blancas que la brisa empuja sobre la argentada corriente, purpuradas sus velas por el resplandor del crepúsculo.

## LA VIRGEN DE LA LAGRIMA

¿Para qué quieres que te lleve a ver la Virgen? No, hijo; si ustedes los hombres de ahora no creen en nada.

—Pero tía, mirando los milagros es que se convierten los incrédulos. Vamos, deje usted la aguja, allí prendita, que ya el estambre se le ha acabado, y muéstreme a la divina Señora de quien tan extraordinarias cosas se refieren.

Todos esos melindres que la buena Serafina oponía a su sobrino, no eran sino puras coqueterías místicas. La verdad es que no había gozo más grande para ella que el de llevar gentes a la augusta presencia de su milagrosa escultura, y mucho más si el curioso visitante acertaba a ser uno de esos apelmazados materialistas como su sobrino, pues en tales casos tomaba de la mano al sujeto y le arrastraba hasta su modesto santuario, como quien conduce a un recluta, diciéndole a la Virgen: —Aquí lo tienes, Señora, te lo he cogido a lazo; pónle ahora los arreos, dale el pré de gracia e incorpóralo a tus milicias.

Serafina había quedado viuda poco antes de venir al mundo su único niño. Todo el amor que sentía por su marido, sumado con el inmenso cariño de madre, lo puso en aquella criatura, como el jugador perdidoso que reúne los restos de su fortuna y los ariesga en una sola carta. Con la diferencia de que ella no confió aquellos sus tesoros a la caprichosa deidad de la Suerte, sino que yéndose a la preciosa efigie de la Virgen que de antiguo patrocinaba a su piadosa familia, le habló en esta forma:

—Señora y reina mía; mire en los aprietos en que la voy a poner; nada menos que en la obligación de ver por otro niño a más del que el Espíritu Santo encarnó en sus divinas entrañas. Yo no sé qué va usted a hacerse, pero lo que es el hijo de mi alma me lo protege, me lo cuida y me lo conserva. Si le parece demasiado trabajo a la celestial Emperatriz, para eso tiene ángeles de sobra en su corte que la den una mano en este encargo.

La Virgen no dijo ni sí ni no; pero Serafina se fué a sus labores con la certidumbre más cabal de que era trato hecho. ¡Buena ocurrencia fuera el venir ahora a desconfiar de la voluntad y misericordia de *persona* tan probada!

Todo el mundo tenía que hacer con el niño de Serafina. No se había visto criatura más linda y donosa, más radiante, más dulce y más *engañadora*, como dicen las madres en su cariñosa jerga.

Y ya sea porque así en efecto fuese, o lo más probable, por oírle el pico a Serafina, diciéndosele, el caso es que sus amigas encontraban que el chico tiraba a parecerse en algo al precioso niño que en sus rodillas tenía la Virgen.

—Hija, si no hay que darle vueltas: el mismo arco de cejas, las mismas ricas pestañas, los mismos hoyitos al sonreír. Si es un vivo trasunto.

La buena de la madre, al escuchar tales ponderaciones solía contestar:

—Vaya, que quien lo hereda no lo hurta.

Y lo decía con cierto aire de convicción, como si creyese que su hijo era gemelo con el de la divina Señora.

Bueno; lo que es creerlo, no era ella tan tonta como

para semejante desatino; pero la costumbre de considerar a su hijo como adoptivo de la divina esposa, la iba enmarañando las ideas y engriendo un poquito. Tengan ustedes presente que Serafina era mujer y era madre.

A los cuatro años de edad, el niño era un primor de hermosura y de gracia inocente. Su madre le llevaba casi siempre consigo al oratorio, en donde oía aquellos diálogos unipersonales que Serafina sostenía con la Virgen; y él por su parte se pasaba también horas enteras platicando fraternalmente con el niño Jesús, a quien invitaba a compartir sus juegos, llevándole cuanto cachivache curioso y bonito le venía a la mano.

Un día que Serafina se había ido a misa, el chico penetró jubiloso en el oratorio, y dijo a su amiguito:

—Si vieras qué conejitos más lindos los que tiene la coneja que era gorda, allá en el corral. Uno es para mí y el otro es para ti. El chiquirritín come coles, y el grandulón se para en dos patas. Ven, y los pondremos a tirar de la carretilla. ¿No te mueves? ¿Qué? ¿que no te deja venir tu mamá? Si no hace sol, bobo; si no te vas a emporcar. Ya verás cómo te llevo y te vuelvo a traer sin que te suceda nada.

Y diciendo y haciendo, descolgó el bambino quitándolo muy blandamente del regazo materno; luego le besó los piecitos, como veía diariamente hacerlo a Serafina; en seguida cubrió su desnudo cuerpecito arrebujándolo con la falda de su camisa, que echó afuera de un tirón; y se preparaba a salir con él en pos de los conejos, cuando al mirar a la Virgen para decirle “ya volveremos”, advirtió que la imagen, ya sin el niño, quedaba con los brazos en actitud de reclamárselo,

y en sus celestiales ojos creyó ver una mirada suplicante que parecía decirle: — “¡por vida de tu madre, criatura, no te lleves a mi hijo!”

Conmovido, asustado, convulso el chico de Serafina sacó del envoltorio al Niño Jesús, y volvió a colocarlo en su sitio, bien pegadito al pecho de su madre, en quien se imaginó ver una sonrisa de agradecimiento, a tiempo que inundaba la estancia un rayo de luz dulcísima y las rosas de las macetas exhalaban de una vez toda su esencia.

Repuesto de su turbación, el niño se excusaba con la Virgen en estos persuasivos términos:

—¿Qué creías tú? ¿Qué me iba yo a llevar a tu hijo para asparlo en una cruz y ponerle un ramo de espinas como le hicieron aquellos hombres malos que están pintandos en el devocionario de mamá? Si no era más que para que jugara un ratito en el corral. Todos los niños juegan. Ayer nada menos decía a mamá la vecina de en frente, que eso de tener a los muchachos siempre prendidos en la pretina no es bueno...

Y sabe Dios hasta donde habría ido por ese registro el chicuelo a no haber entrado en ese momento Serafina al oratorio, a limpiar los candeleros, reponer las velas y echar las moscas por la ventana.

Sobrevino el invierno, ese terror blanco de las madres, que en sus frías y niveas alas trae cobijados y como de contrabando a la pulmonía, el crup y la escarlatina.

La primera nevada producía siempre en Serafina profunda sensación de melancolía y susto. Esa noche, de seguro, soñaba con cementerios blanquísimos y con procesiones de urnitas blancas. El tenue golpear de los copos de la nieve contra los cristales de la habitación

le parecían a ella el aleteo de los ángeles que vienen con mensajes del cielo para llevarse a los niños; y el viento que soplabá por el cañón de la chimenea le fingía voces imperiosas, rugidos famélicos de la Muerte, que iba de casa en casa reclamando su ración anual de esa carne sonrosada y adorable que es parte de las entrañas de las madres.

Serafina, poseída de miedo apretaba a su hijito contra el pecho y le besaba en la frente, en los ojos, en la boca, en todo su cuerpecito, como para protegerle con los sellos ardientes de su amor, de modo que no hubiese en él un solo sitio en donde ella no hubiese escrito con sus labios: mío!, mío! mío!

En uno de estos besos la madre sintió extraño calor en la piel del niño. Se echó sobresaltada fuera de la cama, hizo luz, acercó su mejilla a la espalda de la pobre criatura, y lanzó un grito de terrible angustia:

—¡Hijo de mi vida!

El niño ardía con altísima fiebre; la respiración era fatigosa y difícil.

—¿Te duele aquí? — le preguntó Serafina poniéndole la mano en el pecho.

Trató de contestar el enfermo, y no salió de su garganta sino ese ruido seco, lijoso y ronco que es cuanto deja escapar la garra asfixiadora del crup.

Acudió el médico a aquella misma hora; examinó al niño frunciendo el ceño a medida que iba explorando el estrago de la enfermedad; recetó algo, hizo aplicaciones externas, y cuando se apercibió de que el mal era más poderoso que aquella delicada naturaleza y más poderoso que su propia ciencia, pidió consulta.

Por tercera vez se reunían los médicos para rechazar un plan curativo y adoptar otro nuevo. En esta

ocasión, concluida la consulta se despidieron para no volver. El caso estaba perdido.

—¿Se han ido? ¿que han recetado? ¿cómo lo encuentran? ¿Habrà pasado ya la crisis? ¡Por la Virgen santísima, dígame algo, respóndame que mi hijo no se muere!

El silencio, ese *no* cobarde y esta vez piadoso, fué lo que encontró la pobre madre en todos los labios.

Con los ojos extraviados, las pupilas abiertas cual si fueran insensibles a la acción de la luz, miró a todos lados la infeliz mujer. De repente, con insano ímpetu y sin que nadie pudiera impedirselo, agarró a su moribundo hijo, echó a correr con él llevándole apretado contra su seno, y abriendo de un puntapié la puerta del oratorio, puso al niño a los pies de la Santa imagen diciéndole en precipitadas frases:

—Ya lo ves, Virgen y Madre. Me lo han abandonado. Yo les entregué mi hijo vivo y hermoso, y se han ido dejándome este que ya parece cadáver. Mira estos labios azulosos; mira estas mejillas del color de la muerte. Acuérdate, madre de Jesús, que asimismo viste tú un día al hijo de tus entrañas y siete hierros se te clavaron en el seno en que le alimentaste. Yo siento ahora como tú, metidas en el pecho las mismas siete puntas agudas. Tú no obtuviste piedad, porque entonces no había en el cielo madre que hubiese padecido tus dolores. ¿Para qué estás tu allí, sobre tu trono de estrellas, sino para que te imploren las madres como yo, sin más esperanza que tu grande compasión? ¿Te parezco loca? Pues bien; sí lo estoy. Ten cuenta que no soy madre divina como tú, que soy madre humana; un animal que no sabe más que amar y sacrificarse a sus cachorros. ¿Está acaso vacío el cielo? ¿Se necesita

llenarlo a toda prisa? Toma, tomo mi vida, y dásela en cambio al hijo de mi alma!

La desventurada Serafina no pudo más y cayó desfallecida sobre el lacio cuerpo del niño moribundo.

—¡Milagro!, ¡Milagro!,—gritaron las buenas mujeres que habían acudido a la escena:—¡La Virgen ha llorado!

Serafina volvió en sí repentinamente, y dejando escapar un alarido de salvaje alegría abrazaba a su hijo con arrobamiento y le besaba frenéticamente en los labios. El niño abría los ojos, y apartaba con sus demacradas manecitas los desordenados cabellos de su madre...

... ..

—Ven acá, sobrino; tu sabrás mucho y creerás en lo que te dé tu real gana de creer. Lo único que te digo es que esa burbujita cristalina que ves ahora en la mejilla de la Virgen, es la señal de la lágrima que virtió la divina Señora el día en que movida a compasión me concedió la vida de mi hijo.

## EL MISACANTANO

Desde el dichoso instante en que Dolores sintió las primeras palpitaciones del sér que llevaba en su seno, formuló el siguiente voto:

—Si Dios permite que sea varón, yo haré que cante misa.

Y comenzó allí mismo a cortar y coser unas camisetas muy primorosas, de forma ambigua, entre falde-llín y alba, con puños, pechera y ruedos guarnecidos de ruchas y encajes, para las cuales preparaba también

unas fajas a manera de cíngulos, completando la canastilla unos gorritos muy chicos; pero tan chicos, que más que gorros parecían solideos.

Y se salió con las suyas Dolores; porque aquella incógnita persona para quien tales preparativos se hacían, resultó ser un muchachazo, que metido fresquecito en el peso de las compras, hizo dar tremendo bajón al platillo, que la aguja marcadora, escandalizada de lo que iba a señalar, estuvo titilando, titilando, entre las diez y las once libras, hasta que al fin se fijó en mitad de ambos signos.

La comadrona, arremangados los brazos, colorada y sudorosa, volvió a sacar de la balanza al infante, y radiosa de profesional orgullo se lo entregó a Dolores con el siguiente cumplido:

—Vaya, mujer, tienes más suerte que aquel prójimo de quien dicen que las galgas le parían lechones; y dispensa la manera de comparar. Curita lo querías, hija, y te ha salido tamaño señor canónigo, con cada moflete que está pidiendo su media ración de coro.

¡Y qué monaguillo tan lindo y simpático era a la edad de los diez y siete el tal Agustín!; porque ha de saberse que firme la madre en sus planes le hizo dar en la pila el mismo nombre del *Aguila de la Iglesia*, no a humo de pajas, sino con la seguridad de que así ponía ella una pica en Flandes. Las muchachas devotas se encantaban viendo al mocito revestido con su sobrepelliz de blanquísimo linón, aplanchada en coquetos plieguecitos y en cuadrados historiados a la uña, por debajo de la cual mostraba sus talaes paños la túnica de alpaca encarnada, y ceñida la cabeza, a manera de granada mística, con el bonete escarlata. ¡Y con cuanta majestad hacía columpiar el reluciente incensario, después de avi-

var con su propio aliento el ardor de las resinas en el braserillo, cuyas juguetonas cadenitas, agitadas en el vaivén, mezclaban su argentino retintín a las armonías del órgano! Nadie como él para poseerse de su elevado ministerio de acólito. ¡Con qué reverencia transportaba de un atril a otro el grueso misal con rebordes de bronce, llevándole casi abrazado, y humillando la frente e hincando la rodilla al pasar por delante del ara! ¡Con cuanta dignidad y finura levantaba, a cada genuflexión del sacerdote, el extremo de su pomposo tisú! ¡Y qué actitud tan escultural sabía tomar para el *lavabo inter innocentes manus meas*, cuando, con un pie apoyado en la tarima y el otro fijo en las losas del pavimento, echado el busto con gracia hacia atrás, vertía rítmicamente el agua de la anforita de plata en las manos del sacerdote! En tales momentos su madre que le contemplaba con los ojos húmedos de ternura, olvidábase del santo sacrificio de la misa y sólo pensaba en su Agustín querido, en cuya cabecita predestinada veía con orgullo lucir aquel pequeño disco blanco, diminuto como una oblea y en el que se fijaba sonreída, forjándose la ilusión de que la obleita se iba agrandando, agrandando, hasta tomar las proporciones de la hostia, igual en tamaño y en azulina blancura a la reverenda corona del preste.

Mas ¡ay! que en el corazón de Dolores entró un día mortal zozobra. El señor cura se quejaba de que Agustín padecía distracciones irreverentes durante las divinas ceremonias. Una vez trocó el *Cicut erat* por el *Introibo*; en otra ocasión se olvidó de reponer el vino en la vinajera, y por más que al sacerdote se le salían los ojos haciéndole señas, y por más que tosía, y con el pie golpeaba sobre la tarima pidiéndole al niño con qué consagrar,

Agustín se embelesaba mirando hacia determinado grupo de los fieles, inmóvil y sordo como las imágenes del retablo. Lo de tañer la campanilla fuera de tiempo en los tres sacramentales golpes de alzar, así como el no recoger el misal después del *ite missa est*, eran motivo para diarias amonestaciones y prolijas reprimendas. Pero lo que más escandalizaba al bueno del señor cura era que en los exámenes doctrinales parecía Agustín a mil leguas de las sagradas materias que se preguntaban, al extremo de que una vez el venerable ministro, cogiéndole en lo más íntimo de su alelamiento le dijo: — ¿Quién hizo el mundo, Agustín? Y él, sin salir de su éxtasis respondió suspirando: ¡Ella!

Cuando el buen párroco comunicó a Dolores estas graves noticias, la pobre mujer sintió como si la casa se le desplomase encima. Y la verdad es que se le desplomaba algo más grande que la casa: la suntuosa fábrica de sus ilusiones y ensueños.

—Por Dios, hijito; que me vas a matar si pierdes la vocación que hasta ahora te venía abriendo los caminos de la gloria. Tienes que confesarte, tienes que lavar tu alma de la sucieza que en ella ha arrojado el demonio. Porque a mí no me vengan con distracciones ni majaderías. Yo conozco las jugarretas del espíritu malo. Te ve ya, como quien dice, en la puerta del santuario, de donde a él le espantarían como a perro que es si se atreviese a penetrar, y está echa que echa basuras y porquerías en tu camino.

Con los ojos bajos y el pensamiento en otra parte recibía Agustín estas y otras semejantes homilias, que al fin terminaban con la promesa de su parte, de que pondría más cuidado en sus santas obligaciones.

Allá, en otra casa de la ciudad, acontecía algo pare-

cido con cierta jovencita de quince, a quien su madre reprendía, aunque por contraria causa, pues habíale entrado tan hondo y tan firme la devoción, que ya el tiempo no se dividía para ella en horas naturales como lo establece la cronología ordinaria, sino en misa de siete, misa de diez, misa de once, velaciones del monumento, vísperas, salves y viacrucis, ni más ni menos que como lo regula el cuadrante parroquial.

¡Cuándo se iba a imaginar la madre de Agustín que el enemigo malo había tenido la humorada de encarnarse en la figura de tan devotísima joven! Porque no hay duda, si diablo había en la colada, el diablillo tenía que ser aquella criatura angelical, linda como un lucero, de ojos azules y divinos, en los cuales contemplaba Agustín todas las bellezas del cielo durante sus distracciones irreverentes. ¡Que había él de ocuparse en abrir misales de letras rojas y negras, si abierto en aquellos celestes ojos tenía perennemente un libro todo azul: el místico libro de los Cantares; ni cómo pensar que dejaba de humear el incensario, si él estaba sintiendo la fragancia de aquel "manojito de mirra", de aquella "columnita de humo formada de toda especie de aromas"; ni cómo acordarse de la cincelada vinajera, cuando delante de sí tenía aquella palpitante "taza hecha a torno"; ni a qué, en fin, escanciar otro vino que aquel cuyo solo vaho embriagado le tenía, y que se destilaba por aquella boca agranada y jugosa como una "dulce uva de las viñas de Engaddi!".

Cosa más particular. En aquel año la cuaresma se vino encima cuando menos la esperaba la devotísima doncella. Pero es natural. Allí, en su confesionario sentado, sorbiendo su rapé como desinfectante de los traicioneros olores del pecado, aguardaba a sus ovejas el

anciano pastor; y allí tenía que ir, quisiera que no, la corderita descarriada, a humillarse, a vaciar del arca de su pecho, todos los secretos que guardaba. ¡Y qué secretos, Dios eterno! ¡Sentirse enamorada de su futuro Sacerdote; premeditar el hurto de uno de los probables florones de la Iglesia!; ¡deleitar su imaginación en un sacrilegio semejante! ¿Cómo confesar tamaño pecado sin caerse muerta a los pies del confesor? Y dado caso que tuviese fuerzas para echar fuera de su corazón la monstruosidad, ¿cómo seguir viviendo, cuando aquella monstruosidad era nada menos que su pensamiento en Agustín, y este pensamiento era toda su vida?

Temblando como una criminal se acercó por fin al joven confesionario, púsose de hinojos, se envolvió en el espeso manto, y en apagada voz de agonizante susurró estas primeras palabras: "Yo pecadora..."

Del otro lado del confesionario, aguardando su turno, estaba arrodillado otro penitente. Era Agustín, pálido cual la cera de los cirios, tembloroso como las metálicas hojas de las macetas del cercano altar, porque por su parte se veía también obligado a desenfundar el lío de sus pecaminosos pensamientos.

El sacerdote era, además de anciano, un poco pesado de oído; y como todos los pacientes del mismo defecto, que suponen la sordera un mal general, hablaba siempre en alta voz.

—¡Cómo!; repítame usted eso. ¿No sabes, hija, que la madre de ese joven lo destina a la Iglesia?

Y una vocecita tenue, un hilito muy delgado, así como una hebra de araña que hablase, respondía algo que debía de ser estupendo y espantoso, pues el sacerdote, con acento cada vez más recio y agitado exclamaba:

—Renúncialo, renúncialo ahora mismo; restituye esa

prenda que te has robado, hija, y si no lo haces en el acto te dejo sin mi absolución. ¿Pues, qué? Tu hurto es más grave que si hubieras forzado con ganzúa el Sagrario y hubieses cargado con la custodia. Ese niño pertenece ya a Dios; suéltalo, suéltalo, restitúyelo al altar a donde has venido con tus pasos contados a seducirlo y descarriarlo.

Agustín escuchaba trémulo, hecho un erizo de nervios, agolpada toda la sangre a la cabeza, dándole espantosas sacudidas el corazón. El niño había ignorado hasta entonces que era amado. La inesperada revelación que estaba oyendo operaba en él una tumultuosa y rápida transformación. Sentía correr por su cuerpo fluido viril que le ensanchaba las venas, como si le inyectasen de repente toda la vida de un hombre.

El implacable confesor seguía entretanto estrechando a la pecadora para que acabara de soltar la alhaja.

—Acabemos, hija. El niño no ha pensado jamás en poner los ojos en ti; y si llegara a saber que le quieres arrancar a su vocación, te maldeciría y huiría de ti como del mismo Satanás. Con que, prométeme que no lo volverás a ver más nunca. ¿Lo prometes, hija?

—¡Confesión!; dijo una voz del otro lado del confesionario.

—¡Agustín! — exclamó espantado el sacerdote.

—Sí, Padre, yo soy. Acúsome, Padre, de que estoy ena...

—¡Morado!, ¡endiablado! Ya lo sé; me acaba de dar la gran noticia el mismo Luzbel que te ha sonsacado y hundido en la perdición. ¡Ay! Agustín de mis pecados. ¿No te he repetido mil veces aquello de San Pablo, cuando dice que “al hombre le sería mejor no llegar a la mujer”? Tú te has dejado robar del corazón los

santos frutos de Dios. Has sido como aquel peral tentador, que con su copiosa carga hizo pecar de hurto a San Agustín. Por tu causa hay ya un alma en viaje para el infierno, y a la tuya la miro que trota por la misma vereda. Mira, Agustín, yo no puedo confesarte en este momento. Véte a la sacristía, haz penitencia mientras yo me repongo del sofocón que me has dado. Híncate, reza más o menos una docena de credos, despercude tu conciencia de toda esa porquería en que apestas, y que yo te encuentre humillado y puesto en cruz.

—Lo que usted, Padre, va a encontrar en la sacristía, dijo el muchacho con atrevimiento,—es el balandrán, que voy a ahorcar ahora mismo. De veras que me largo, Padre, y ahí le dejo la monaguía.

El bueno del cura creyó que aquella rabieta del insubordinado adolescente le pasaría con los doce credos; pero de que no le pasó pudo convencerse su Reverencia al entrar a la sacristía y ver colgado de un clavo del ropero el hábito de Agustín, las mangas caídas y lacias, los faldones escurridos, semejante al cadáver de un ajusticiado en la cuerda.

Agustín, el futuro florón de la Iglesia, el ornato de la parroquia, el místico ensueño de Dolores, se fué a su casa, despegado para siempre de las cosas santas, y se encerró allí sin querer salir durante tres semanas.

Este encierro fué una esperanza para la afligida Dolores, suponiendo que se lo imponía el arrepentimiento, o la vergüenza de su fea acción.

Después se averiguó que lo que no quería Agustín era echarse a la calle antes de que le creciese el pelo de la tonsura.

.....

EPÍLOGO.—Cuatro años después del ex-mónago conducía al altar a la bella penitente. Como Agustín no había sacado de la sacristía más capital que su entonada voz de sochantre, se echó a la Zarzuela.

Dolores, su madre, que llegó a soñar con un triunfo igual al de Santa Mónica, no le perdonó jamás el chasco que le había dado su rebelde Agustín, y solía decir a las personas que por él le preguntaban:

—Por ahí anda. No quiso cantar misa, y está cantando la palinodia.

## HISTORIA DE UN GUANTE

Había llegado ya la hora del cansancio, del fastidio y del sueño. Las bujías habían sido cambiadas tres veces, el *buffet* estaba agotado, los músicos exhaustos, los trajes femeninos en desorden, los peinados desmayados, los lindos rizos que la bandolina sostuvo hasta donde le fué químicamente posible, caían sobre los ojos medio dormidos, haciendo en ellos el estorbo efecto de las moscas; la concurrencia comenzaba a desfilar por delante de los dueños de la casa, ensayando cada cual una sonrisa de despedida, una mueca de trasnochado.

Una dama de las que salían, y que seguramente comenzaba a dormirse por partes, dejó caer uno de sus guantes. La mano estaba ya en su primer sueño. Yo recogí aquella prenda. Como sucede con todo hallazgo, al cual se examina para ver si por insignificante ha de volverse a su dueño o si por valioso ha de guardarse, no examiné yo el guante, pues todos los guantes son iguales sino que miré la cara de la dama que lo había

perdido. Era bella, y lo guardé. Si hubiera sido fea, me precio de galante. Era hermosa y caí...

Los niños se llevan a la boca los objetos que se les dan o que atrapan. Los jóvenes ejecutan este mismo movimiento con diferencia de una pulgada. En siendo artículo de mujer, lo primero que hacen es llevarlo a la nariz. Yo era joven entonces y el sentido del olfato me gritó con imperio:—"¡dame a oler ese guante!"

—Pues, huele,—respondí para mis adentros, y me tapé las dos ventanillas del órgano con la suave piel de cabrito.

Aquello olía a gloria.—¿A qué huele la gloria? A mujer bonita debe ser.

Yo he visitado todas las perfumerías buscando aquel aroma. No lo hay en ninguna. La flor que lo produce no es de este planeta; la retorta en que se destila debe estar en algún hornillo atizado por ángeles disfrazados de benedictinos.

Metime aquel guante en el bolsillo del corazón. Desde allí me llegaban sus deliciosos efluvios, y la entraña comenzó a palpitar con inquietud, con impertinencia, como gritándome:—"si no me *la* quitas de encima te rompo el pecho y me salgo". El pobre corazón se imaginaba lo mismo que yo me di a imaginar, a saber: que lo que llevaba allí prisionero, no era un guante de mujer, sino la mujer misma.

Al llegar a casa, afuera el frac y afuera el cautivo. ¡Pobrecito! Estaba hecho una miseria; arrugado, plegado, contraído, como si se hubiese refugiado en el rincón del bolsillo, contando con que allí no le encontrarían mis codiciosos dedos.

Le volví a oler y torné a sentir el mismo mareito ce-

lestial de la vez primera. No me acuerdo si lo besé. ¿Qué creen los muchachos de veinte años?; lo besaría?

Después de besarlo, lo estiré suavemente, como se estiran los miembrecitos de un niño encontrado en un altozano a media noche. ¡Qué piel tan suave! ¡Qué formas tan lindas! Cada dedito era una cosa monísima. Yo quería conocer la propia figura de la mano que había llevado aquella postiza epidermis. Lo abotoné bien, me lo acerqué a los labios y soplé. ¡Santo Dios! Si alguien me hubiese estado atisbando por el hueco de la cerradura, ¡¡que vergüenza! Soplaba, y luego apuñaba, apuñazaba, “apurruñaba”, como hacen los niños, como hacen los mícos. Era una cosa ridícula, sí señor, muy ridícula, tan ridícula cuanto ustedes quieran, pero estaba a un negro de uña del sublime.

Todavía estaría allí, a medio vestir, o mejor dicho, a medio desnudar, y tira y hala y sopla y aprieta del infeliz guante, a no ser que de mi majadería me sacara un sutilísimo suspiro, una especie de quejido que de la misteriosa prenda escuché que salía.

¿Quién dijo miedo? No señor. Audacia fué lo que me entró en aquel instante. Para mí no existía delante de mis ojos el tal guante; sino su dueña encantadora, o a lo menos un pedazo de ella, su mano angelical.

—Dime, prenda de otra prenda,—le dije:—¿Sientes y hablas?

—Hablo y siento,—me contestó con esa voz cercana y distante a la vez con que se expresa el fonógrafo.

—¿Quieres contarme tu historia?

—Si me ofreces devolverme a mi dueña.

Tales fueron sus palabras. Las recuerdo por la circunstancia de que no dijo dueño sino dueña. Esta fal-

ta de la propiedad en el lenguaje me afligió. El guante debió ser de alguna dama cursi.

—Te lo prometo.

—Júralo.

—Lo juro.

—¿Por qué cosa lo juras?

Estaba entonces muy de moda los dramas de Echeagaray, y contesté con firmeza:

—¡Lo juro sobre el puño de la espada!

—Has de saber, pues,—dijo el guante, que mi madre fué una cabrita infeliz.

—No te aflijas por lo humilde de la cuna. Vivimos en épocas democráticas en que el mérito es quien da la estirpe.

—Un curtidor, después de mil atomías me zambulló en tanino, una cosa muy amarga; me dió a comer alumbre, una cosa que frunce y da carraspera; me ahogó en tinta gris perla, me prensó y aplanchó, y me entregó a un cortador, que me despedazó, y de allí me tomó una costurera, que me acribilló a puntadas.

En la tienda estaba yo con otros compañeros, cuando llegó una dama de manos divinas. Al verla “me salió el cabrito”. Me enamoré de ella. Yo no sé cómo fué aquello, pero yo me di mis artes para que la dama me tomara. Y me prefirió a todos los otros que en la misma caja estaban. Al punto se me calzó. Yo me sentía en mis glorias. Aquella misma noche debíamos asistir al baile; es decir, anoche, porque ya va siendo de día. Varias parejas danzaron con mi dueña. Yo no conocía en que grado estimaba ella a cada uno. Al darle la mano cierto primo majadero, cierto jactancioso trincapiñones muy vano, sentí que sus nervios le repelían; luego vino un solterón maduro, y al tomarla para el vals, sentí que la ma-

no se le volvía un pedazo de hielo. Yo tuve frío. El siguiente fué un militar de negros mostachos. A cada roce de la charretera sobre la mano de mi señora, y a cada aprentoncillo de la otra del galán, las venitas deliciosas se inflaban, un cierto calor de niño sano las animaba, y el pulso iba aumentando su natural celeridad. Al llegar a unos ochenta latidos por minuto no subió más, y comenzó a bajar. Yo me dije para mí sayo: este militaraje es un amante pretérito. Luego tocó su turno a un mozo guapísimo, de no sé que Embajada que en aquellos momentos estaba en subida. Al tocarse ambas manos, experimenté un choque eléctrico terrible; dos corrientes magnéticas poderosas me atravesaron, un gran calor se desarrolló, un temblor extraordinario se apoderó de la diestra de ella y de la siniestra de él, y yo no pude menos que preguntar al guante del caballero, ¿qué pasa por esos mundos, camarada?; a lo que él, un guante muy amable y fino, me respondió: tormenta tenemos. Comenzaron a bailar y rompieron a conversar los dos pichones. La electricidad seguía aumentando. Yo sentí que las costuras del guante del joven estallaban; las mías estaban en un tris de hacer un disparate. Aquello ardía, aquello era inaguantable. Yo no podía oír lo que se decían los amantes, pero choques iban y choques venían y por cada dedo de la niña y por cada dedo del pareja pasaba un despacho telegráfico derecho al corazón. Uno de estos telegramas atravesó como un rayo mi pobre piel. No sé cómo no me achicharró aquella descarga. El despacho decía: ¿me amas? Y allí mismo una centella encendida pasó a través de mis poros; era un sí apasionado y ardiente.

—Me estorba tu guante,—exclamó el joven.—Quitémonos estos enojosos intermedios y dejemos que libres

se ame nuestra sangre, se besen nuestros nervios, que nuestra carne se confunda, como se confunden nuestras almas.

Y ¡zas! de un tirón me arrojó al suelo la exaltada hermosura. De allí me recogisteis vos, atolondrado joven, me olisteis y me besásteis; y yo entretanto me reía de vuestro transporte. El perfume que en mí encontrásteis y que os embriagaba, no es el aroma de una mujer linda, como creíste, es la deliciosa fragancia del botón divino del amor!

... ..

¿Qué hice con aquel guante locuaz y cruel?

Todavía lo conservo para el prosáico oficio de limpiar mis gafas de cincuentón. Cuando la vista se me empaña y no veo las cosas bien claras, paso su fina piel por los cristales y me parece que veo más y mejor.

## AMOR, SUBLIME AMOR

La compañía llegaría a mi pueblo a eso de las cuatro de la tarde; todo un tren de carromatos cargado de lonas, tablazón, cuerdas, estacas, candilejas, banderas, cofres, petacas, jaulas de leones melencidos, de monos sabios, perros acróbatas y la mar de caballos, jinetes, contorsionistas y trapecistas de ambos sexos, con la correspondiente comparsa de *clowns*.

Dos horas después, todo aquel matalotaje quedaba formando tienda, *menagerie*, establos y circo. A las ocho en punto comenzaba la función, con verdadero asombro de las gentes que habían presenciado cómo en un abrir y cerrar de ojos, aquellos yankees habían descargado

los carros, clavado las estacas y puntales, armado el inmenso paraguas de lona y el anfiteatro interior, y en fin, improvisado a modo de magos, aquel palacio de trapos, en un solarón en donde unas horas antes se cosechaba cada repollo como un templo.

La estrella de la compañía era indudablemente Victoria, una americanita delgada, rubia, por supuesto, de ojos azules; labios muy rojos, de un rojo que ni a ella ni a la empresa costaba dinero; pelo que parecía dorado al fuego y que llevaba siempre peinado en forma griega; busto escultural, y todo lo demás como hecho a la orden por quien sabe hacer esos primores cuando le da su divina gana.

Vestida, mejor dicho, desnuda en mallas, mostrando en todo su corrección las delicadas formas, cual un modelo de Bouguereau listo para *posar* como ninfa en un cuadro realístico, aparecía Victoria en el circo: sonreía con gracia infantil al público, estiraba la patita para que el payaso le untase las suelas de las zapatillas con la tiza, y después de la sacramental escupitina en las diminutivas manos, agarraba la barra del trapecio, entraba en él con una plancha de cintura, presentando el cuerpo en una garbosa cimbra, en completo abandono; los brazos y la cabeza colgantes a manera de Bacante ebria, que en el desvanecimiento de la borrachera fuese dejándose caer como para desnucarse. De repente el cuerpo, abandonado al fiel de aquella aérea balanza, se desprendía hacia abajo, y cuando para todo el mundo era criatura muerta, engarzada quedaba de los pies, como un ángel que fuese a caer a tierra y se enredase en los copos de una nube o en el zig-zag de un rayo. Con un sacudimiento de pez volvía la ágil joven a colocarse en la barra, y daba principio a una serie de violentos es-

corzos de aquel su cuerpecito adorable, prostituyendo en desconyuntamientos bárbaros sus formas de estatua, con más grima que voluptuosidad para los espectadores, hasta que, cansada de desfigurarse parecía recoger los dispersos miembros para remodelarlos en el torno de un furioso molinete, después del cual, y en un pestañear, aparecía sentada sobre la barra, bella, sublime, olímpica, disparando besos sobre las yemitas de los dedos, sonriendo como un niño travieso que busca la aprobación general, después de una diablura ejecutada con gran peligro... y en cueros. Terminadas las contorsiones y planchas, mordía Victoria el extremo de la cuerda que le servía para bajar de su alto trapecio, que casi tocaba al techo de la tienda; y así, en actitud de sirena prendida de un anzuelo, descendía lentamente al compás de una marcha de la orquesta, dando tiempo a que los viejos que abundaban en el público se ajustasen bien las gafas y contemplasen a su sabor aquel cuerpecito tentador, que ella sabía disponer en posiciones artísticas, en que se confundían las gracias de las dos escuelas, la ideal y la realística.

Al siguiente día de la primera función, la ciudad entera ardía de celos. Ni un ejército de bomberos habría bastado para apagar el incendio que devoraba los femeninos corazones. Victoria por aquí, Victoria por allá; aquello era un delirio. Los ancianos, cuyo gusto estético no ha cambiado desde los tiempos bíblicos para acá, enviaban a la bella Victoria cucuruchos de dulces en que se iba como olvidada una que otra joya, y los jóvenes le llenaban el hotel con ramilletes y con *loving letters* escritas en inglés de Ollendorff. ¿Y qué había de hacer la pobre muchacha? Pequeñita era de tamaño, pero con un corazonazo muy grande, inmenso, verdadero cora-

zón de circo, con acomodo para todo un público, en localidades de primera, segunda, y galería.

Sólo para un desventurado estaba cerrado aquel pecho liberal y magnánimo. ¡Caprichos de mujer! El único desdeñado, el único proscrito, el único para quien aquel encendido tizoncito humano se convertía en un pan de hielo, era un pobre muchacho, compatriota suyo, que, con tal de no separarse de su adorado tormento, para acosarla con sus avances, para ofrecerla a todo momento su amor puro, vehemente, irresistible, y con su pasión su mano, su vida y su destino, se había hecho trapecista como ella. Si dando volteretas en el aire se conquistasen tronos, el infeliz Frank habría hecho cosas estupendas en el trapecio volante por ganarse un reino que dar a su ingrata. Y tal vez ni con eso la ablandara. Aquella mujer, que había aprendido a desconjuntarse física y moralmente, sólo tenía la castidad del capricho.

Cierto día apareció pegado a las paredes de las casas un cartelón muy llamativo en que la Compañía anunciaba la función de beneficio de Frank, el joven trapecista, quien obsequiaría al público con una suerte extraordinaria, una verdadera sorpresa.

La concurrencia era inmensa y entusiasta esa noche. Victoria trabajó su parte bastante mal. Estaba pálida, distraída, nerviosa.

Cuando tocó su turno a Frank, el héroe del espectáculo en la ocasión, hubo un tempestuoso aplauso. El mozo, bello como un Adonis, contestó a la ovación con una sonrisa siniestra, y trepó a saltos la escalera que conducía al elevado trapecio volante. Desde allí pasó una mirada sombría por todo el circo; sacó de bajo del cinturón de oro que ceñía su garrida figura, un pañuelo de mujer, se lo pasó por la frente, luego se lo llevó a los

labios, lo apretó entre los dientes, y asiendo con súbita determinación la barra del trapecio sin aguardar la señal de que al otro extremo del circo el acompañante se hallaba listo para recibirle en su peligroso vuelo, se lanzó al espacio. Un grito de angustia salió de todas las bocas; todos los ojos se cerraron con pavor. Un golpe seco, horrible, hirió la tierra.

Era el cuerpo del infeliz suicida. Acudieron a levantarlo, y sólo encontraron un bulto informe y espantoso. La cabeza se le había embutido materialmente dentro del pecho.

## EL MONTE AZUL

Fuerza es que en los cuentos los reyes y príncipes cazadores se extravíen en el bosque, y fuerza es que, llegada la noche, una lucecita que a lo lejos pestañea les guíe a una pobre cabaña, en donde una doncella hermosa, y cuanto hermosa ingenua, aguarda el lance para irse a la grupa del caballero a ser soberana de un gran pueblo o señora de un opulento ducado.

En este cuento quien se extravía en el bosque no es un poderoso emperador ni un espléndido señor de muchas tierras, sino un cazador que, a pie y persiguiendo liebres, se ha ido en pos de una que parece hechizada, porque la ha marrado diez veces, y a saltos y piruetas le lleva a donde Dios sabrá, pero que él no se cura de averiguarlo, hasta que no dé buena cuenta de aquel diablillo burlón ante el cual está pasando hace dos horas largas, como indigno de terciarse su rica escopeta damasquina.

La noche llega, una lucecita pestañea allá en lo alto

de una montaña, y a ésta se dirigen, la liebre con sus saltos y el cazador con sus salvas.

— Alabado sea Dios — dice éste tocando a la puerta de la cabaña.

— Por siempre — le responde de adentro una voz angelical, propiedad adorable de un ángel sin alas que acude a franquearle la entrada de aquel palacio encantado.

La niña es linda, el joven ardiente; la cena es generosa y el lecho grato. Sueña el cazador con los azules ojos de la serrana preciosa, y sueña ésta con los ojos negriscos del garrido huésped.

La mañana es fresca, pero los labios hierven, Tienen sed de besos; y, al fin, como cerca de allí se restregan en los picos su cariño dos amantes palomas, cunde el ejemplo de amor y restalla el rayo pasional en los labios.

La cabaña se ilumina con luces de oro, las flores silvestres acuden en esencia a embalsamar aquel altar de amor, y las avejillas del bosque, en coros no ensayados, cantan el himno de victoria de la naturaleza inmortal.

Meses han transcurrido y el caballero no ha dejado un solo día la cabaña encantada. Un viejo monje de luenta y nivea barba, el mismo que casó a Matilde con Malek Adel, el mismo que casó a Julieta con Romeo, el mismo que no tiene más oficio que bendecir los amores de romance, bendijo la unión de estos amantes venturosos.

Menguando va ya la dulce luna, a modo de torta servida a niños golosos. La rústica niña no es tan lerda que no advierta el fastidio atroz que de su hermoso cazador se apodera. Varias veces ha sorprendido en su antes ardiente boca, el bostezo vil de la hartura matrimonial.

— ¿Qué tiene mi amado, qué anhela mi señor? — le dice con acento de tiernísima queja.

Y él, sin devorar a besos su cuello divino, sin mirar siquiera aquellos sus ojos adorables, que parecen dos cielos que suplican, pensativo y suspirando le responde:

— ¿Ves aquel monte azul que a lo lejos se empina? Quiero ir allá. El verde perpetuo de esta montaña me hastía. Aquélla es azul; ¡qué bien se debe vivir en un monte azul!

Y ella, con melancólica dulzura, desflorando con las palabras los labios del ingrato, le decía:

— Verde es la esperanza, niño inconforme. La ilusión es azul, como hija de esa bella impostura que llamamos cielo. Aquí eres dichoso; aquí está la dulce realidad. ¿Por qué perseguir la pérfida mentira?

Pero nada. A la mañana siguiente, el caballero se encaminó hacia el monte azul, que estaba lejos, muy lejos de la montaña verde en que dejaba a su amor llorando su desvío.

Caminando, caminando, al fin llegó al pie de la montaña de color de cielo. Pero, ¡oh sorpresa! ¡ah decepción! Las tintas azules habían desaparecido y todo era verde, como el monte en donde dejara a su amada con la tristeza de su ausencia. Miró hacia atrás, suspirando, y la sorpresa le arrancó un grito de despecho. El monte azul se había mudado. Allá lo veía, allá mismo en donde quedaba su amante muriendo de dolor.

Y dirigió el caballero sus pasos fatigosos hacia aquella cumbre, a su vez envuelta en la gasa celeste de las brumas, vestida de ilusión. Al llegar a la cabaña no salió a abrirle la puerta la niña amante. Llamóla por su nombre, llamóla por los cien nombres tiernos que el cariño inventa, y ella no respondió.

La había matado su caballero ingrato con el hastío de su amor.

El palacito encantado estaba en ruinas y delante de la solitaria puerta brincaba la liebre aquella, y entre saltos y burlonas volteretas al caballero le decía:

—Inconstante cazador; sígueme y te llevaré a quien sabe engañar como tú: — ¡al monte azul!

## EL ESPEJO ENCANTADO

Límpidas, cristalinas corren las aguas bajo el regio dosel del arbolado. Las aves gorjean al unísono con su incesante murmurio; las flores mezclan su aroma con el húmedo aliento de las puras linfas.

Es la fuente, hija entrañable del bosque anciano, en que se remira el viejo opulento; y para ella tiene sus misteriosas sombras; sus moriscos pabellones de esmeralda con miradores de oro; sus grutas somníferas con pórticos indianos de helechos y de juncias; sus abanicos de palmas reales con adorno vivo de inquietos pájaros; sus colgaduras pérsicas de trenzadas lianas; sus voluptuosos divanes acojinados de gramas, recamados de margaritas de oro y plata, sus vastos lechos de pedrería oriental, y su fantástica iluminación nocturna de fosforescentes luciérnagas, a cuya mágica lumbre avienta el grillo la sola nota de su gaita y la cigarra entona su reclamo gutural.

Dando al aire matinal los ecos de tiernas endechas corretea la bella hija del prado, la doncella cándida, festiva y ágil como una antílope joven, exenta de rece-

los; y la bulliciosa fuente se dirige y la dice alborozada:

— Dios te guarde, hermana mía; imagen de mi alma pura, semblanza de mi juventud sin cuitas. Ayer, después que de ti me separé para ver morir el sol en la pradera, topé con Batilo hermoso, el de los blondos cabellos, el de los ojos de cielo, el de las palabras de miel, y a quien, sin embargo, no miro como las otras doncellas, que por él pierden la calma. Batilo, muy de paso, me dijo que si yo venía a verte te pidiera el secreto que para mí guardas. Pues no me dijo, el taimado, que era el secreto de mi vida. Agitado se mostraba y por ello sospeché que mentía. Díjome además, y ya lo olvidaba por la poca gracia que el caso tiene, que hoy reflejada en tus aguas vería yo su triste imagen. Mira, hermana: inquiétanme tan poco las imaginaciones del pobre Batilo, y tan lejos estoy de querer contemplar su linda cara que, por si fuese cierto que puede reflejarla en tus linfas, adrede las revuelvo y enturbio, y no me curo de mirarlas.

Y con su bello pie de ninfa, la zagala traviesa e indolente rebullía el agua en violentos remolinos. Entre tanto la fuente seguía murmurando su vieja inacabable égloga; imitando la declaración ardiente de un amante, la esquiva repulsa de su ingrata, el suspiro ansioso del pecho enamorado, el leve acento del corazón compadecido: el beso mil veces reincidente del amor invicto; el coloquio misterioso, inefable, de dos almas en divina casta conjunción, ya sin celos y sin punzantes ansiedades.

Atenta escuchaba la zagala sencilla, y oyendo el tierno recuento de amores suspiraba. Detuvo al fin el lindo pie maligno, dejó formarse tranquilo el cristal profun-

do, fijó sus ojos en el diamantino espejo, y al punto, ruborizada y medrosa, miró retratada en él la adorable cabeza de los rizos blondos y de la celeste mirada.

Volvió la suya presurosa, buscando tras ella al zagal; pero nada halló en derredor, sino la dulce calma del bosque, la soledad misteriosa y el revolotear de las aves.

— Gran gusto me has dado, hermana mía — dijo entonces a la fuente, llevándose al palpitante seno su mano temblorosa y sin tino —. Me has hecho ver a Batilo en tu espejo encantado.

Y la fuente, con el arpegio riente de su cristalina armonía, a la sencilla criatura dióle esta sabia respuesta:

— Niña casta, niña ingenua; el espejillo hechizado no está en mis pobres aguas, sino en tu transparente pecho, en tu corazón rendido por tus ojos mal guardado.

— ¿Y, entonces, la historia de dulces amores que sin descanso vives narrando?

— Ficción pura, hermana mía; alucinación del deseo, insano desvarío de los amantes, que al mundo todo se imaginan decorando sus romances.

— ¿Y, pues, el secreto de Batilo?

— Incauta: Si el secreto tú misma aquí lo tragiste. Si lo divulgan tus ojos; si lo propalan tus mal disimuladas ansias. Anda, niña; y dile de una vez al venturoso lo que él acaso mejor que tú ya sabe. Dile (si así huelga a tu recato) que no le amas; que le detestas; que hasta el oírle nombrar te causa pena y te enfada; y que no obstante de tenerle tan remoto de tu pensamiento, su imagen te persigue, viva, imborrable, como pertinaz reflejo de un astro... en el cristal de tu alma.

## LO QUE ES EL AMOR

“Lucidos y admirables”. Tales fueron los únicos dos adjetivos, que a mucho exprimirla, destiló la pluma del improvisado cronista encargado de enviar a los diarios de la necrópolis la descripción de los famosos exámenes de aquel año, pues el modesto pueblo en que el suceso acaecía no contaba, para entonces, como voceros de la opinión pública; vulgo periódicos.

Pero, en realidad y justicia, los dos adjetivos calzaban con toda perfección para dar idea de celebración tan hermosa como memorable. De la digna directora del plantel podría muy bien decirse con absoluta propiedad, en aquellos gratos momentos, que no cabía en parte alguna; de tal manera parecía haber amplificado su natural frondosidad de formas el orgullo que poseída la tenía, debido al extraordinario éxito que su inteligente consagración había alcanzado; y dando como es sabido, a cada cosa su justa medida, diremos que la satisfacción y el contento de los padres y demás parientes de las tiernas alumnas rebotaban por donde quiera; con lo que formábase en aquella sencilla localidad una como atmósfera de alegría, que a todos los ánimos y los corazones todos comunicaba.

Concluídos que fueron los actos tradicionales de pruebas y de premios para los aprovechamientos, no por eso quedó agotado el programa. Faltaba el número final dispuesto en la forma de una fiesta campestre, para cuya organización entraron el buen gusto y la propiedad en todo; como se verá por la ligera mención, que a hacer vamos, de sus encantadores detalles.

Las niñas sin excepción debían asistir vestidas al uso de las Zagalas que en poemas pastoriles figuraban; coronadas sus puras frentes con guirnaldas de florecillas de los campos; y así, en carácter, recitaban églogas y otras composiciones del género bucólico adecuadas al lugar, el cual debió ser un pintoresco sitio de las vecinas éras. Luego, al son de los rústicos instrumentos, ejecutarían pasos florales y danzas de figuras donosas al par que sencillas; por último, para atemperar el encendimiento causado por la fatiga y por el calor del sol, serviríanse refrescos de jarabes y de zumos de frutas varias.

Si encantadas con la promesa de aquella diversión sin igual, y si afanadas en los preparativos estaban las alumnas, más atareada que ellas y más felizmente ansiosa se mostraba la señora directora; y no hay para qué decir de las protagonistas del caso, ni mucho menos a qué grado de excitación se encontraría el público en general, en la expectativa de un espectáculo tan regocijante; cuando, de improviso, y sin que ni en sueños lo hubiese podido imaginárselo nadie, sobrevino un suceso extraordinario, motivo, al principio, de satisfacción y gusto para todos, mas a poco, causa de alarmas y desasosiegos para la comunidad entera.

Decirse suele, que una fiesta se agua, una vez que algo impremeditado ocurre que la interrumpe, o que basta a robarle el entusiasmo propio de toda diversión social. Pero, en la ocasión presente, no cabe decir que aquella fiesta se aguó, sino por el contrario, que se inflamó, y de tal suerte, que los ánimos, antes tan plácidos y bonancibles, se calentaron, se encendieron, como si de repente, del cielo claro y sin nubes, se hubiese desprendido un asteroide envuelto en un fuego par-

titular, que no quemase la epidermis sino que caldease los espíritus.

Un acrolito, en efecto, había caído de sopetón en el pueblo; mas no de las nubes, sino de la montaña cercana, por donde serpea la carretera; y no venía envuelto él en rojizas llamas, sino en una flamante manta de blanco lino; y no le lanzaba allí la vertiginosa atracción centrífuga del planeta, sino que por los pasos contados de una robusta mula marchaba, oprimiendo sus lomos con garbo juvenil.

El asteroide aquél respondía al simpático nombre de Rodolfo; tenía diez y ocho años de edad, era de color moreno, el pelo ensortijado y negro, los ojos muy parleros y un tanto alevés, un bigotito más atrevido aún que los ojos, y cierto airecillo de mozo terco, al par que gentil.

A las mencionadas prendas físicas y a las momentáneas circunstancias ya presentadas, reunía el joven otra razón de mayor prestigio aún para la localidad; era, nada menos, que sobrino de la estimable directora del establecimiento educacional.

Llegaba de la capital de la República, recién graduado de bachiller en Filosofía, y proponíase pasar las vacaciones en familia, allí, en el solar nativo, aspirando el oxígeno de los campos, tan necesario a sus pulmones fatigados de declamar tesis, y aspirando también el hálito de las lisonjas, tan grato a la vanidad de un recién diplomado. La verdad sea dicha. De esto último tuvo de sobra. Todos allí se regocijaban por su advenimiento; todos le contemplaban con orgullo; todos le saludaban con afecto mezclado de admiración. Mas por desdicha, no duró mucho tiempo esta primera impresión; porque a poco metióse nuestro bachi-

ller en camisa de once varas, como allí decían; y muy bien dicho, sin duda, pues apenas tuvo noticia de que se preparaba la consabida fiesta escolar, hizose mostrar el programa de ella, y declarando que, todo le parecía dispuesto a maravilla, manifestó, sin embargo, que sólo echaba de menos una cosa de muchísima importancia, cual era el añadir al acto, a guisa de remate o ramillete, una breve disertación sobre algún tema conveniente, en la cual disertación pudieran las alumnas patentizar y realzar sus respectivos adelantos. Y sin más ni más, propuso el joven bachiller, que el tema debería ser el siguiente: "Lo que es el amor".

... ..

El anuncio de tan insólita propuesta, estuvo en un tris de producir un violento ataque de sangre a la digna y sanguínica directora, quien, sobrecogida de indignación, casi no acertó a decir a su imprudente sobrino todo lo que a borbotones y envuelto en hieles se le venía a sus honestos labios. Soltóle lo que pudo; y no logrando disuadirle de aquella desacatada y loca pretensión, resolvió apelar a Roma; o lo que para ella era igual, al señor cura, en cuyo consejo y apoyo veía la única áncora de salvación para tan peligrosa emergencia.

Fuése en seguida a él, y le puso en autos de lo que pasaba. Oyóla al principio con calma y sin asomos de sobresalto el bueno del párroco, dejándola terminar y comentar a su gusto la exposición del conflictivo lance. Sorbió él, luego, a compás y en dos aspiraciones, una buena dedada de rapé; limpióse parsimoniosamente con su hermoso pañuelo de seda los desperdicios im-

portunos del aromático polvo, y mientras pausado tornaba a doblar por los mismos dobleces el pañuelo, decía a la conturbada dama lo siguiente:

—¿Sabe, hija, lo que a ser yo usted, hubiera contestado a ese caballero? Pues lisa y llanamente, le hubiera yo mandado a paseo. ¿Quién le ha dado a él vela en este entierro?

—¡Ay, padre!, se apresuró a contestar la azorada directora: Esto es cabalmente lo grave del aprieto. Mi sobrino tiene vela; y tamaña que se la han dado. Oiga usted, padre. Cuando vió que yo no accedía a su disparatada idea de que mis niñas disertaran sobre lo que es el Amor (Ave María purísima); metió mi sobrino la mano en el bolsillo, y sacó...

—¡Jesucristo! ¿Y qué fué lo que sacó, hija mía?, exclamó el cura, apurruñando el pañuelo.

—Sacó, señor cura, un pliego de este largo:... un pliegazo con sello, por el cual consta que el Ministerio de Instrucción Pública le nombra Inspector de las Escuelas de este Distrito, y por la cuenta le autoriza para hacer y deshacer lo que a él se le antoje. Y habla usted, padre, de que nadie le ha dado la vela. Pues ya sabe que la trae gorda, como el mismo cirio Pascual.

Quedóse pensativo el bueno del párroco; pero al cabo de una buena pieza, despertó de sus meditaciones, y a la directora dijo:

—Se hará como lo pide ese mastuerzo, ya que el gobierno, más destornillado que él, nos lo suelta sin manear por estos trigos de Dios. Tengo mi plan. Las niñas le darán el gusto al bachillerzuelo entrometido. Ellas disertarán sobre lo que es el Amor. Si Señora, que disertarán las niñas sobre este tema peregrino. Sólo que yo haré uno de los discursos que ellas han de pro-

nunciar en la ocasión; otro lo encomendaremos al ingeniero de la carretera, que es persona de mucha moralidad; y un tercero se lo daremos a hacer al viejo médico de la parroquia, de cuyos principios religiosos salgo yo garante, pues como usted sabe, fué filósofo descreído en un tiempo, y hoy es contrito converso.

De par en par vió el cielo abierto la señora directora, oyendo aquella habilidosa salida para el atolladero en que se hallaba metida por su malhadado sobrino; y llena al mismo tiempo de mayor admiración por la extrema sapienza y por el maravilloso ingenio del señor cura, fuese de allí a su casa con cara muy diferente a la que había llevado, pues no sólo le animaba la seguridad de que todo tenía que quedar conjurado, sino que rebosábala de justísima satisfacción la pícara idea del chasco tamaño que su querido sobrino se iba a llevar; pues si por silencioso, o por despreocupado y extravagante fué que quiso poner sobre ascuas el pudor de las inocentes discipulas, ya vería él que las chicas le iban a enseñar lo que es el Amor. ¡Díganme ustedes, si sabrían explicar bien la cosa: el señor cura, el ingeniero civil y el facultativo parroquial!

Y pensando en la dichosa ocurrencia, la buena señora, al regresar al plantel, ibase por la calle con el pañuelito bordado tapándose la boca; muerta de risa, por supuesto.

Desde aquel victorioso momento, los preparativos para la fiesta tomaron mayor actividad; por manera que cuando el día y la hora de ella se llegaron, todo se encontraba convenientemente aparejado. El sitio elegido lucía totalmente transformado. El suelo bien barrido, los árboles empercejilados con festones y colgadizos de vistosos colores; sillas por donde quiera; y

a sentarse en ellas viéronse llegar, a su tiempo, unos tras otros los padres y demás parientes de las alumnas, los convidados particulares; y en cuerpo, de una sola vez, y muy orondos, aparecieron el señor cura de la parroquia, los señores miembros del Cabildo y el resto de los personajes de la localidad, para quienes habíanse reservado los asientos todos de la fila de honor, que era la más inmediata al provisional tablado en que las niñas debían lucirse con sus discursos. El señor sobrino de la señora directora, como juez adjudicador de los premios, tenía sillón aparte.

Al pie de la letra y con bastante gracia y buen humor llevóse a cabo el baile y toda la parte del programa que precedió a la disertación. Un silencio solemne y ansioso se hizo en la numerosa concurrencia. El peliagudo acto iba a comenzar:

Adelantóse muy despegadita y sonriente una de las más chicas de las alumnas, a quien tocaba recitar el discurso preparado por el señor ingeniero de la carretera. Saludó la niña con estudiada genuflexión y encarándose con el joven Rodolfo, tal como se lo había mandado que lo hiciese, dijo y accionó lo siguiente:

“Señoras y caballeros: *Lo que es el Amor*. El camino de la vida está lleno de malos pasos y de precipicios traicioneros. Al voltear de cada curva está acechándonos una pasión; al comienzo de cada declive, está presta a despeñarnos otra; pero ninguna tan aleve como el amor. Esta nos arrebatá, nos coloca en medio de la vía, y dándonos el impulso de perdición, nos echa a rodar por una pendiente de muchos grados, hasta arrojarnos al abismo”.

Los aplausos ahogaron la voz de la niña, a tal extremo, que la última frase del discurso nadie la oyó; y

tanto estrépito produjeron, que a no ser por el ademán de la oradora, que echó los dos brazos hacia adelante e inclinó la cabeza como para caer realmente en un hoyo muy profundo, no habría el auditorio llegado a saber que el discurso concluía con un abismo.

Todas las miradas se volvieron hacia Rodolfo. Este comprendió que se le había jugado una mala pasada. La ira le tenía de su cuenta. Su rostro echaba llamas rojas, o se veteaba de amarillo. Las afiladas puntas de su bigote titilaban como las dos agujas de un reloj, que hubiese marcado la hora máxima de la paciencia.

Agitó la directora el pañuelo; y a esta señal se adelantó otra jovencita. Hizo su saludo de ordenanza, y recitó accionándolo, el discurso aderezado por el médico, el cual fué en esta guisa:

“Respetable auditorio: Es el Amor un contagio, del cual los corazones deben huir lo más posible: porque por amor se padece y de amor se suele también morir. Mientras más tarde se entre en ese proceso de dolores y angustias para el alma, mejor para la humanidad será. La más eficaz higicne de la vida es la prolongación de la ignorancia en lo que a las pasiones respecta. Dichosa, mil veces dichosa, la mujer cuyo corazón no late sino al compás de los dulces afectos de la familia, sin sentir atropellarle en el pecho los tormentosos anhelos del otro amor: — del amor que hace llorar, que enferma y mata”.

Repitióse en esta vez con mayor estruendo la tempestad de los aplausos; recibió la niña los besos de todas las madres, comenzando por la suya; y tornáronse todavía más provocadores los ojos hacia el infortunado Rodolfo, que no decía palabra, que no movía músculo, que casi parecía no respirar. Por de piedra hubiera

podido tomársele, si no fuera que en la faz de aquella aparente estatua se mostraba, en olas de sangre, más que la vida, incendio de rabia.

Restablecido que fué el silencio, volvió la directora a sacudir su mágico pañuelucho; y en mirando la señal adelantóse la tercera niña, que era la de más edad de la escuela; una jovencita más bien que una niña; una adolescente de tez muy blanca, ojos negrísimos y hermosos, cabello de azabache ondeado, y a todo eso unido el airecillo adorable de la eflorescencia. Estaba muy pálida, muy nerviosa y, algo cortada. Su salud fué más bien un estremecimiento que una cortesía. Sus ojos, tan hermosos, parecían ver sin mirar, como dilatadas sus pupilas por atrofiante droga o por paralizante asombro.

A esta joven se le había reservado el mejor de los discursos, el que el señor cura compusiera, y el cual, ya que ella no podrá recitarlo, como más adelante se verá, recógelo íntegro el cronista y regálalo al lector, para su gusto y edificación. Helo aquí:

*“Piadosos oyentes:* Los paganos hicieron un dios del Amor, representándolo en la forma de un niño. No era ángel el tal rapaz, porque tenía malicia; no era bueno, porque hería corazones con sus flechas traidoras. Era más bien diabólica criatura. Desapareció el paganismo; los dioses de la heregía cayeron de sus altares ridículos; pero el Amor continúa siendo un símbolo del mal”.

“El verdadero Amor no es ese mundano, que pierde a las almas, sino el divino sentimiento que las eleva, pues todo lo que existe, aspira a subir: el aire al éter, el agua a la nube, el alma hasta Dios”.

“Es Jesús novio que jamás engaña. Su amor rego-

cija y da santidad. Cuando él en nuestro pecho está, es como si en nosotros estuviese prendido un rayo de la gloria, apacible y consolador”.

“Las novias humanas continúan llorando desde la primera que en el Paraíso derramó lágrimas de culpable. Las novias divinas siguen cantando con los Angeles y Serafines en las celestiales alturas”.

Nada de esto fué dicho. Turbada como estaba la joven oradora, sus labios no acertaron a abrirse, su voz no rompía el nudo con que la emoción cerraba su garganta. Sus ojos permanecían como dos hermosas lámparas apagadas, asomadas al vacío.

De pronto se animaron, fijándose en cierto punto del concurso. A ese mismo sitio convergieron al instante todas las miradas, y pudieron ver que allí lo que había era un mancebo, pálido como lo estaba la niña del suceso; con la particularidad de que los ojos de él se clavaban en los ojos de ella; y algo todavía más particular: que en el ojal de la levita del joven, en el lado del corazón, reposaba una rosa blanca, igual en todo, seguramente tomada del mismo gajo de la que sobre el pecho habíase prendido la doncella.

Un silencio sepulcral se produjo en el concurso; efecto de la sorpresa de todos, y del no entender, o mejor dicho, del no adivinar nadie lo que hasta entonces era un secreto para la directora, para la madre de la niña y para cuantos allí estaban, pues con razón decía el ingeniero de la carretera, en aquello de que a cada curva del camino de la vida acechaba el amor aleve; y lo que el médico decía, de que el Amor enferma y cuanto menos azora; y lo que el señor cura aseguraba, de que, desde el Paraíso para acá, todas las novias lloran. Y lo que sucedido había no era otra cosa

sino que a vuelta de su diario camino para la escuela, había aquella niña encontrado al Amor; y ahora que presente le tenía, y en obligarla trataban para que de lo humano abjurase, y a lo divino se acogiera, protestaba en ella Natura, azorábase Inocencia y lloraba Amor.

—¿Qué es esto? ¡Dios mío!, exclamó la directora, dirigiéndose a la joven: Niña ¿qué te sucede? ¿Has olvidado las palabras? Yo te las apuntaré. Vamos. “Los paganos hicieron un dios del Amor”.

No la dejó seguir soplando la retahila su señor sobrino. Poniéndose súbitamente de pie el intrépido bachiller, alta la frente y metálica voz, cual si vibrase a través de trompa de Victoria, a la dama se dirigió en esta o semejante guisa:

—Señora tía y respetable directora. Esa joven, sin decir con los labios la lección que le han enseñado, está desarrollando la tesis con más elocuencia que las dos condiscípulas que le precedieron en la palabra. Nos está diciendo ella, con discurso no aprendido, ni siquiera sonado, lo que es el Amor. Ella llora silenciosa en este momento; es verdad. Pero el cielo también parece llorar sobre los capullos de las flores cuando para que se abran al sol las baña con el rocío. La vida, que es el más grande regalo de Dios a los humanos, no se revela al brotar en las criaturas sino con lágrimas. El beso de amor con que la Naturaleza les saluda en los ojos, se los humedece. Respetemos las dulces lágrimas de esa niña. Es que Dios la enternece instruyéndola sobre el objeto del corazón. Es que Natura le da su intenso ósculo de madre fecunda.

¿Ya lo veis? Eso es “lo que es el Amor”.

## LA PLUMA DE GANSO

No hay viajes tan deliciosos como los que, sobre las róseas alas del genio de los recuerdos solemos emprender desde la edad boreal de la vida hacia las regiones tórridas y verdes de la remota juventud.

Pero en ocasiones acontece que el hipógrifo veloz nos echa en tierras que un tiempo nos fueron familiares y que ahora no acertamos a reconocer; en donde nos salen al encuentro gentes amables que nos saluden, que corren a abrazarnos, que nos envían besos cariñosos sobre las palmas de sus manos, y de quienes apenas si tenemos una vaga idea de haberlas trasoñado.

Tal me sucede en esta hora, en que, sin logro, apuro las fuerzas de mi mezquina memoria por identificar varios objetos que guardo en mi cofrecillo de juveniles reminiscencias, trofeos de victorias sin ruido, sin dueños ni remordimientos.

Aquí tropiezo con un daguerrotipo, cuya imagen ha desaparecido, dejando tan sólo, en la argentada plancha, un bulto fumoso, una silueta sombría de busto de mujer, de cuya cabeza, que debió ser hermosa, apenas se trasluce, con ayuda de la reflexión, el rastro de sus crenchas y la marca de un clavel. Varias trazas metálicas indican también los que fueron anillos y ajorcas, a los cuales el artista, para realizar más los atractivos de su bello original, iluminó con hábiles toques de oro desleído. Envuelto en un papel que antaño transparentó el oleoso flúido de la pomada, hay un rizo, ceniciento, casi calcáreo, que bien pudo ser rubio, como pudiera ser negro, antes que la química del tiempo lo

hubiese hecho de color neutro; y hay también una aplanchada flor, falta de pétalos y un guiñapo de esquila, que gracias a la corrosiva acción del sulfato de hierro y de la nuez de agallas, ha quedado convertida en ingeniosa cartulina de calcar.

La rehacia memoria nada me dice acerca del origen de estas preciosas reliquias. ¡Quién sabe, si a estas horas, arrellanada en su trono matronal, coronada de plata, rodeada de su corte de hermosos nietos, estará la ignota dueña de aquellos gajes y de aquesta carta, ajena de recordar, como yo tampoco recuerdo, que un día, para premiar mi cariño, plantificóse inmóvil y extasiada delante de la mirífica lente de Daguerre, ensayando una sonrisa de amor; ni que en resplandeciente noche de voluptuosa danza desprendió de su seno la rosa momia que aquí veo; ni que en cierto día, recatándose a la pesquisa maternal, cortó de los donosos aladares que ornaban sus sienes el más picaresco rizo; ese mismo que ahora contemplo convertido en gusanillo polvoriento; y por último, lejos estará de su mente, como de la mía huye, el momento de zozobra en que pusiera en mis manos ese papel, entonces dulce y parlero, y ahora indescifrable para mí como los papiros jeroglíficos de la tumba de Ramses.

En vano doy vueltas al kaleidoscopio de mis reminiscencias en pos de la imagen de esa nebulosa criatura, vano es también que pida a la razón un signo, la primera letra siquiera de su nombre. Y es que el corazón, ese perpetuo joven, vive con el día y no conserva los viejos calendarios.

Entre este garbullo de añejas cosas sólo reconozco un objeto: la insigne pluma atada con lazo heroico de cinta celeste, que premio fuera de mis primicias ca-

ligráficas en día de galardones escolares. Juntas pasaron, ¡oh regia pluma de ganso!, mi habilidad pendorística y tu universal imperio. Los incrédulos cajistas que me descifran, dudan de que yo haya trazado alguna vez primores con tu ayuda. Las nuevas generaciones ni tan siquiera saben que has existido, y mucho menos tienen idea de las grandes obras que a ti se deben en el mundo. La pluma metálica te ha suplantado en esta dura edad de hierro.

Tú te deslizabas suave y garbosa sobre el papel, como sobre la tersa linfa del estanque tu alado dueño. La pluma de acero, por el contrario, corre furiosa, destrozando las nítidas hojas. Tú eras la poesía y el ensueño; tu rival es la celeridad y la prosa. Contigo iba el pensamiento como un príncipe encantado en su góndola blanca, remada por un cisne. Con la pluma de acero van las ideas en tropel, como en furioso carro de vapor. Tú te prestabas sumisa a recibir en tu astil diáfano y dúctil el artístico tajo que cada carácter de letra requería; tu substituta despótica nos impone sus caprichos con su lanceta metálica. Tu dulce chirrido era como deliciosa serenata que saludaba a nuestras frases, a medida que del color de la noche se vestían. Tu forma elegante, tu blancura nítida nos inspiraban ideas puras y bellas imágenes. Las negras gotas de tinta, cuando alevés te salpicaban, graciosos lunares de ébano fingían sobre tu nivea palma de rizos. Si la morosa idea tardaba en acudir a tu gárrulo pico, tus sedeñas felpas, perfumadas y oleosas acariciaban nuestra faz, y al instante aparecían, como evocadas, las hijas del espíritu. Viendo tu tenue cinta blanca desplegada, se te podía tomar por aéreo símbolo que a altos vuelos invitaba al pensamiento.

La pluma de acero va enastada como lanza de combate. Con su ferrado extremo destroza a veces la débil página, y con el opuesto cabo nos hiere el rostro. Su pesantez nos fatiga, su dureza nos encallece. Para descansar de ella no nos es dado reclinarla al lado de nuestra sien, sobre el cartilaginoso cojín de la oreja; como solíamos con la ligera y mansa pluma de ganso, sino que hay que montarla sobre artificial armadura, a modo de robusto chuzo o de pica ponderosa.

¡Y cuán grato era al fatigado escritor, el solazarse a intervalos afilando las flexibles lenguas de la pluma animal, recortándolos con amor sobre el marfil del pulgar, examinando la pureza de los cortes, la agudeza de los filos en el contraste de la luz, rizando pausadamente sus barbillas con el primoroso instrumento que de este oficio tomó su nombre!

La implacable pluma de acero no concede treguas. Es un arma automática que no descansa, que impulsa, que arrebató sin misericordia.

Contigo, ¡oh pluma repudiada por el avaro adelanto de los tiempos, era el estilo reposado, flúido y galano. Ahora, con el brutal rejón moderno, el estilo es febril, atropellado, violento, y rijoso. Se piensa hoy como en fragua, y no se escribe, sino que se forjan palabras de duro temple, que cortan, que hieren, que se entierran en lo vivo de la carne.

¿Qué fué de aquellos amplios y rotundos períodos, música solemne y deliciosa de nuestra lengua; palacios maravillosos fabricados de armonías, por donde se paseaba soberano el pensamiento; rios caudalosos de fluentes frases, en que flotaban las ideas como bandada de sacras aves; cielos estrellados de imágenes brillantes, en que majestuosas se cernían las hijas de la mente

como espléndida legión de águilas; sinfonía magnífica de sublimes acentos de tempestad, entre cuyos divinos acordes proclamaba el verbo la grandeza y la gloria del espíritu inmortal.

La pluma de acero ha fabricado el período breve, erizado de puntas, de ritmo epiléptico, la frase tajante, la sentencia explosiva.

Y aun es nada, ¡oh vieja amiga, contemporánea de mi lejana niñez! Existe ya inventada y en formidable uso la pluma al estilo de revólver, la pluma de disparo continuo como la mortífera ametralladora; la pluma que se carga por la recámara como el pavoroso tubo de Krupp, con su inagotable provisión de pólvora líquida; y existe la máquina de escribir, monstruo voraz que de nuestra vida se alimenta, que no digiere, que no mastica, y que apenas tragada su ración de ideas, abre de nuevo sus fauces y nos pide más sangre, más fósforo, más sustancia gris de nuestro cerebro.

Vuelve al sagrario de mis recuerdos, pobre fragmento del ala de aquel noble gallináceo que desde el Capitolio salvó la libertad de Roma con su alarma estridente: pluma sagrada que cuatro Evangelistas ostentan en su diestra; tú, cuya forma sin rival, copian en oro finísimo los metalarios hábiles cuando de encargo tienen la joya emblemática que premia los vuelos del talento.

Vuelve, ¡oh pluma egregia! a la prestigiosa penumbra del mérito olvidado. Fuiste tú la que en rasgos inmortales trazó los lineamientos de un nuevo mundo encontrado en la esfera, fuiste tú la que consignó en páginas eternas el monumento excelso de nuestra lengua, guiada por aquella mano heroica que dejó su hermana en Lepanto.

¡No podrá, no, presentar tus ejecutorias el palitroque sin gracia con que te ha sustituido el prosaico Progreso de esta recia edad del hierro!

## UN GOLPE DE SUERTE

Los postreros rumores de la noche se habían extinguido por completo. No se oían ya los bostezos de armonía con que la música despide a la infatigable locura del baile; ni interrumpía de cuando en cuando la solemne pausa de las altas horas el rodar monótono de los carruajes que a los rezagados del amor transportan a las plumas tranquilas y sabrosas; ni estallaba como un arpegio sensual la risa cosquillosa de las callejeras hijas del placer; ni siquiera se escuchaba ya la melodía final de la noche, la canción hiposa, que al compás de inseguros pasos, va entonando la embriaguez en su rumbo a la guarida, a donde se dirige por cingladuras mareantes, guiada por la macilenta lumbre de los faros que asoman en las esquinas.

El silencio era profundo, apenas interrumpido por el chirrido de la pasajera lechuza, que harta se retiraba al mechinal, o por el tenaz golpear de alguna insegura persiana, a la cual el viento hacia crujir en sus goznes y aletear contra el muro; y allá en el fondo de las habitaciones, el lento tañer del reloj, que marca la agonia del tiempo con su lúgubre toque a muerto.

En estrecha y pobre estancia, alumbrada por la tenue claridad de una veladora, cuyo rojo tulipán difundía un vivo tinte de rosa, veíase dormir, reclinada en su sillón de inválido una mujer joven, muy pálida, casi

tanto como su vestido blanco, a pesar del irónico carmín que sobre ella reflejaba la lamparilla. Sus grandes ojos hundidos en las cuenca estaban surcados por tonos violáceos, la boca sin grana y árida, conservaba aun el trazo magistral con que la dibujó la gracia; las copiosas trenzas rubias habían sido tejidas sin más coquetería que la del aseo, y los rizos infantiles se aplastaban sobre la frente, húmeda por copiosa y adherente transpiración. Una respiración anhelosa levantaba y abatía aquel pecho demacrado en que todavía ondulaban, breves y trémulas, dos reminiscencias de belleza. La enferma había dejado caer sus descarnados brazos, y la cabeza, mal sostenida por el débil cuello se había inclinado hasta descansar completamente sobre el hombro.

Un brusco ruido de rodaje puesto en movimiento vino a turbar el silencio sepulcral de la estancia. Abrióse la pequeña puerta del *chalet* suizo que reposaba sobre una repisa de talla, *asomó* por ella el pajarillo mecánico, y con ritmo maquinal de cabeza se acompañó sus monótonas y tristísimas notas de gaita, diciendo por dos veces *¡cu-cú, cu-cú!*

La enferma abrió sus profundos ojos azules y brillantes, y exclamó suspirando: —¡Las dos!

A este leve esfuerzo, sus miseros pulmones estallaron en una tos violenta que agitaba lo más hondo de su pecho, en donde se oía hervir un siniestro ruido de fuelles, y que no se aplacó sino cuando la enferma, que desde el primer espasmo se había llevado el pañuelo a la boca, lo retiró manchado por una placa de sangre, semejante a una camelia roja.

El acceso debió ser más severo y prolongado que otras veces, porque logró despertar a un canario que dormía

montado en la barra de su jaula cerca de la paciente, único viviente compañero suyo en aquellas noches ominosas. El animalito tarareó suavemente un alegre compás, acaso algún fragmento de un soñado himno a la libertad del bosque, y tornó a dormirse para continuar componiendo su improvisación al suspirado ideal.

La enferma exhaló un amplio suspiro, como si quisiera hacer provisión de aire en su pecho, y ató despierta los rotos hilos de su pensamiento. Ella también, como el avecita de las plumas de oro, soñaba con el adorado imposible.

—Me ha hecho mucho bien este acceso — dijo ella para sí—. Me ha quitado la fiera garra que me ahogaba. Ahora respiro perfectamente. Y volvió a llenar sus pulmones con una fuerte y prolongada aspiración, como si quisiese recoger todo el aire de la habitación.

—¡Las dos de la mañana! — pensó—. Todavía faltan tres horas para venir León. A ver, ¿qué era lo que yo soñaba? Ah, sí; que le veía jugar locamente, que perdía una tras otras todas las apuestas, empeñado en ir contra una malvada sota de bastos. ¡Y qué figura tan extraña la de la maldita carta! Era una sota muy enteca, con corona de reina en vez de birrete, y no llevaba en la mano el basto sino una guadaña enorme y afilada. Allí está; ahora la veo distintamente, tendida sobre el tapete, el cual parece un lago de aguas muy verdes sembrado de movientes islas de oro. ¡Cuántas riquezas! León está lívido. Lo ha perdido todo. ¡Ay! ¡qué horror! leo claramente en su pensamiento, por donde acaba de pasar negra y fatídica la idea del suicidio. Piensa que por su funesta pasión ha sacrificado mi fortuna y hasta mi salud. La sota infame le hace guiños, provocándole jugando.

—No me resta ya nada — le contesta él con rabia—. Te queda todavía una prenda — le insinúa la malvada sota; te queda la vida de tu mujer. ¿Quieres? — Antes que eso, prefiero apostar mi alma — dice el infeliz, poniendo sobre un caballo de espadas una moneda que resplandece. No es moneda; será una estrella; es todavía algo más hermoso, que yo no sé con qué comparar. El caballero la ha abrazado como si fuera un escudo de luz. El montero va echando cartas: una, dos, tres, León no respira, no piensa, parece una estatua inmóvil y hueca desde que ha puesto su alma en el envite; porque no me queda duda de que eso que defiende el buen caballero es el alma de León. En los ojos de éste, fijos y tristes, veo impresa mi imagen, como si se hubiese quedado muerto mirándome o pensando en sí. El montero sigue tallando. Ya van ocho cartas y no salen ni el caballo ni la sota... ¡Dios mío!; el noble caballero es quien ha aparecido, León ha ganado. Todo ese oro es suyo. El lago verde se agita, y sus olas llevan a León esas islas relucientes; todos esos promontorios de dinero. La sota aparece luego haciendo una horrible mueca de sarcasmo a León. Debe estar furiosa.

La enferma respiró holgadamente, y continuó delirando: —Siento un bienestar delicioso, como si me hubiesen dado de repente una vida nueva. Ahora llegará León creyendo que le voy a reñir como de costumbre por dejarme sola y abandonada en estas noches atroces. Pero se equivoca. Yo he leído en su pensamiento y sé que esa odiosa pasión que le posee no ha matado en él al amor. Le perdono, sí, le perdono todo cuanto me ha hecho padecer. Vendrá y me despertará como siempre con un beso en la frente. No, en la frente no.

Ya mis labios no arden como antes. ¡Me siento tan bien!...

De nuevo sonó el rodaje del reloj, otra vez se abrió de par en par la puerta del *chalet* suizo, y el pajarito de cartón, moviendo la cabecita de arriba abajo, cantó tres veces su melancólico *cu-cú*. En la veladora de rosa pestañeó la luciérnaga de estearina lanzando un vivo destello, luego otro muy tenue y en seguida se extinguió su luz. Ya no hacía falta. La aurora comenzaba a platear el cielo, y su dulce claridad, atravesando los cristales de la habitación iba revelando como un desarrollador misterioso aquel triste cuadro de la noche, cuya figura principal, esbozada en tonos blancos parecía la estatua del delirio, entreabiertos los ojos, y la boca también entreabierta, como una afligida rosa que espera del beso matinal el ósculo de la vida.

Pocos instantes después entró León, sin cuidarse del ruido que hacían sus pisadas sobre el destapizado pavimento. Traía el rostro desencajado pero radiante.

—No me riñas, María, no me riñas hoy — dijo colocando sobre la cómoda un bulto muy pesado. He tenido un soberbio golpe de suerte. Traigo la dicha, traigo tu vida, alma mía. He rescatado tu fortuna. ¿Lo dudas? ¿Te haces la dormida para no compartir mi alegría? ¡Seremos tan felices! Todo lo conquista el dinero; te sacaré de aquí, iremos hasta el fin del mundo, a donde quiera que haya aire saludable para ti. Tendremos palacios y carruajes, y lacayos, y en fin... Vamos, tú sonríes de incredulidad. Te digo que he tenido un bravo golpe de suerte: ¡mira cuánto dinero! Y al hablar así, el afortunado jugador le derramaba sobre el vestido una cascada de piezas de oro, mientras po-

saba en los yertos labios de la estatua blanca los suyos apasionados y ardientes.

La fogosa caricia quedó sin retribución. La muerte había enfriado aquella boca, helando en ella su última sonrisa.

León lanzó un grito horrendo y cayó a los pies del cadáver.

En este momento el canario se desgañitaba cantando su inspirado himno a la libertad del bosque, que ya había terminado de componer; oíanse en la calle los primeros ruidos del día, los preludios de la gran sinfonía de la vida, y por los cristales entraba festivo y danzante el sol, fiel a su costumbre de ir de casa en casa convidando a todo el mundo a la santa alegría del Trabajo.

## PODEROSO CABALLERO

“Poderoso Caballero es Don Dinero”; y lo es, no desde los tiempos de la famosa letrilla de Quevedo, sino desde muy atrás, a poco de haber pasado “aquella dichosa edad y siglos dichosos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados; y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquellos venturosos tiempos sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían, ignoraban hasta las palabras de *tuyo* y *mío*.”

Desde aquellas remotas fechas paseábase por el mundo, convertido en gran Señor el *vil metal*, a quien tan sólo por ser rico se le encuentra bello, como si belleza tener pudiera un semblante siempre amarillo; y a quien de bizarro y hazañoso se le afama, cuando lo cierto es

que a escondidas vive, fúgase medroso en tiempos de guerra, y aún habiendo paz, sueña con ladrones.

Estúpido, sin talento, por más que por *talento* le recibiesen y abonasen persas, babilonios, hebreos y otros bárbaros, antojósele un día hacerse dios, y cuanta industria se le ocurrió para el caso fué darse forma y trazas de becerro, al cual, también en cuatro patas, adoraron en pleno desierto los hijos de Israel.

Siglos más tarde, dió en la flor de representar en poder y estampa a los diferentes dominadores habidos en el mundo; y unas veces viósele con cara de emperador romano, en otras ocasiones la tuvo de conquistador hereje o de rey católico, y hasta de los santos Papas usurpó la faz, sin detenerle en su manía el advenimiento de la democracia modesta y liberal, pues en cuanto hubo Repúblicas en el mundo, hételo ahí con rostro de divinidad popular, con gorro frigio en la morra, y un fondo de estrellas por dosel.

Todos los nombres grandes e ilustres han sido su nombre; por *Napoleón* corrió en Francia; por *Isabelina* pasó en España; *Cóndor* se hizo llamar en Colombia; *Aguila* en el Norte de la América, y si no es errado el recuerdo, tuvo una vez la pretensión de que le llamasen *Bolívar* en Venezuela.

Y no es valeroso como Napoleón, ni tiene nobles vuelos como el cóndor del Sur ni como el águila del Septentrión; ni es generoso y abnegado como Bolívar; por lo cual, los que adoramos este nombre, lo negamos al metal soberbio y pretencioso, y lo dimos a la humilde peseta, que da pan y alegría al pueblo.

Embustero, hipócrita, falsario, corre de mano en mano dándose por lo que no es ni nunca ha sido. De puro y noble presume, y está ligado siempre a otros me-

tales inferiores, sin los cuales ni fortaleza tuviera, ni cara presentable, ni tono de voz simpático siquiera.

Es bajo y servil, como pocos ruines, el oro tan decantado y vanidoso. De lacayo le tienen el diamante y demás piedras aristocráticas. El las viste, él las calza, y a sus pies se tiende para que sobre su nulidad brillen ellas.

Sirve a los poderosos, a los malvados, a los tiranos, a los perversos de todas las profesiones; y no repara en los oficios a que le destinan. El plato en donde el mag-nate se harta, es de oro; el vaso en donde el opulento se embriaga, es de oro. La ganancia del especulador, el lucro del logrero, son oro, todo oro.

En cambio, allí en donde el pobre suda en el trabajo honrado, allí donde el infeliz transpira sangre en el dolor y la miseria, allí no entra él jamás. Oye los suspiros de los desgraciados, escucha los ayes de las víctimas del abandono, y no toca siquiera a la puerta; sino que se va a la orgía, a reír sus carcajadas egoístas, a encender la sangre de los dichosos del vicio con embriaguez de vino o de lujuria, o a avivar la calentura de la codicia derramándose tentador entre las sotas y los reyes.

Con tal de que se le ame y se le adore, poco se le da de quien lo tenga ni de cómo se le tenga. Lo guarda el avariento entre hierros, sin luz ni aire; o le esconde envuelto en pringosos harapos o en calcetas inmundas. Y él muy satisfecho, porque en la noche, atrancadas las puertas, medio apagada la luz paupérrima, el miserable lo saca, lo agita, le hace producir retintines gozosos, re-vuélcase en sus frias escamas centelleantes, y agotado el deleite de su extraña salacidad, échase de vientre, y ante los montones de discos jaldes, dice la misa diabó-

lica de la avaricia y del egoísmo, sumido en éxtasis de gozo idolátrico.

Con tal de que se le extraiga de la sangre de los pueblos, no le importa el cómo; seguro como está de que siempre olerá bien.

—Indigno de vuestro reinado, dijeron una vez a Vespasiano sus consejeros, en ese odioso impuesto que se cobra actualmente sobre los *mingitorios* de Roma. —(Los *mingitorios* eran unas cosas de pública comodidad que, aún nombrándolas en latín trascienden a impulcras.)

—Perded cuidado, les dijo el emperador; perded cuidado, que *nunca huele mal el oro*.

Y así es en efecto. Si oliera mal, no se podría penetrar en ciertas mansiones suntuosas sin pillar la peste. Muebles dorados, artesonados áureos, jarrones y marcos rutilantes, todo cuanto allí parece como salido de las entrañas del sol, pues tanto así relumbra, ha sido sangre, ha sido crimen; y a no proceder de todo eso, ha sido bajeza, servilismo, fermentos de la dignidad en putrefacción.

Los socialistas de cierta estofa pretenden suprimir el oro, barrerlo de la faz de la tierra. No es este el castigo mejor pensado para tan soberbio tirano. Peor suplicio es el que le han encontrado los filántropos, que a él deben parecerle unas personas de muy negras entrañas. Estos hombres han descubierto el medio de humillar y hacer rabiar al dinero. Figurémonos cuanto padecerían el instinto infame y la arrogancia autocrática de Satán, si en vez de dejarle por ahí campante, tentando a las gentes con su pompa fachendosa se le condenase a trabajos forzados de caridad, dándole desnudos para que los vistiese, hambrientos para que los hartase, enfermos

para que los asistiese y consolase. Sería un castigo cruel, pero merecido.

Los filántropos, inexorables, sin conmiseración por aquel otro déspota, lo persiguen, lo cogen, lo degradan de su pretendida nobleza, convirtiéndole en piedra, en hierro, en otros materiales burgueses, con los cuales construyen hospitales, escuelas y asilos. Lo cogen, le despojan de su manto y diadema de soberano, le atan el mandil del samaritano; le hacen barrer estancias, vestir camas, cuidar enfermos. Lo cogen, lo despojan de sus fastuosos arreos de gran Señor, le visten el burdo hábito paulino, y le entregan niños desvalidos y huérfanos para que los alimente, les asista, les saque al aire y a las caricias del sol, de modo que no se aperciban los pobrecicos de que están sin padres en el mundo. Lo cogen, lo despojan de su caperuza de Mefisto, le ciñen el birrete negro del maestro, y le ponen en medio de la ignorancia para que la ilumine, en medio del ocio para que le enseñe el amor al trabajo. Lo cogen, en fin, le quebrantan su egoísta rigidez, y le fuerzan a inclinarse, a bajarse hasta el fango de la perdición, de cuyos charcos ha de sacar almas purificadas y criaturas útiles.

¡Qué tormento y qué chasco para el poderoso caballero! Querer a todas manos escaparse para casa del rico mundano, a animar festines y a alegrar francachelas; forcejear constantemente por que le dejen ir a comprar la justicia, a proteger cábalas, a fortalecer satrapías, a aconsejar desfalcos, e emponzoñar corazones, a deslumbrar doncellas, a perder al mundo; mientras él entona su canción al Éxito, y la corea con carcajadas cínicas.

¡Qué tormento! Querer todo eso, y sentirse impotente, sujeto, esclavizado por unas manos blancas de pure-

za, que no le sueltan sino para regarle como lluvia fecundante en los sembrados de la caridad, en donde brota el noble fruto del bien, y en donde la flor que se abre es todo aroma de esperanzas y consuelos!

¡Qué chasco para el poderoso caballero, señor Don Dinero!

### ¿QUIÉN ES ESTE HOMBRE?

Nacen los reyes príncipes, en cunas de oro, y por generaciones yerguen sus frentes coronadas y ungidas. Mas el soplo de los tiempos y el hálito de las revoluciones vuelcan los tronos y barren las dinastías. Sólo de uno sabemos que ha imperado diez y nueve siglos, el más largo reinado que cuenta la historia.

Surgen los conquistadores por la audacia, triunfan por el heroísmo, y todo lo que pisan es suyo, todo lo que miran con ceño les obedece. Con la punta de su espada trazan inmensos círculos en la tierra, y eso es su feudo; con sus hazañas va su nombre, y con su nombre el prestigio y la gloria. Mas, ara el tiempo sobre la tierra, y borra sus linderos; ambiciones nuevas y nuevas conquistas alquilan las voces de la fama, y el héroe se desvanece, su poder se hunde, su nombre se olvida.

Sólo de un conquistador sabemos que haya sobrevivido mil ochocientos años, ensanchando cada día más sus dominios, haciendo más y más universal su memoria.

Y nació en albergue de humildes bestias; y no recibió como emblema de poder, cetro sino cruz, y no reinó mandando, sino compadeciendo; por corona tuvo la del dolor, por trono la eminencia del suplicio. De un mundo

viejo hizo una sociedad nueva; y no llevaba ejército, sino discípulos, no esgrimía espada, sino regaba ideas, e hizo más que Alejandro con su arrojo y sus legiones. Los tributos que impuso eran fáciles de pagar: eran tributos de amor; las leyes que dictó eran dulces leyes de salud y de dignidad; y cuando más vasta era su conquista y más grande su poder, en la hora en que los caudillos se engrien y remachan las cadenas doradas de una servidumbre con librea de gloria, este extraño caudillo abdicó en la humanidad su imperio terrenal, y señaló con su martirio el camino de otros reinos y de otra vida para las almas.

De grandes hombres está llena la historia en todos los períodos, en todas las civilizaciones que han modificado al mundo. De unos se refiere su crueldad, de otros su codicia, de aquél su ambición, de éste su lujuria, de esc otro su intemperancia, de muchos su soberbia.

Tan sólo hay uno a quien no se haya tachado de la menor deformidad moral. Sólo uno reúne en sí todas las castidades del alma, todas las perfecciones del espíritu. Por su mente no cruzan sino pensamientos puros; de su corazón no mana sino la generosidad; de su mano no sale sino la dádiva o el alivio; lo que dice, lo practica lo que hace, lo fija como ejemplo. Se enfrenta con las ideas y con los poderes caducos, pero no conspira. Es la revolución de la luz, y él es el sol sin manchas que la difunde. En él se ha personificado el porvenir. Es una revelación que habla y no combate. Si a su paso caen las supersticiones, y se pudren los vicios, y se derrumba la opresión, y los esclavos atados a la argolla la quiebran y se incorporan a las sociedades, y la mujer quebranta su maldición y se ciñe diadema, es que en él se ha concentrado la fuerza lenta pero progresiva

de muchos siglos y la reformadora virtud de muchas civilizaciones.

Jerjes manda cinco millones de soldados, para cuyo paso echa un puente sobre el Helesponto y taladra el monte Athos. El mundo siente sus pisadas, y tiembla. El hijo de Filipo lleva al corazón del Oriente el aliento de la Grecia entre victorias y orgías; César deja su lealtad del otro lado del Rubicón, se erije en amo de Roma y ensancha el poderío y la gloria de su patria; Carlo-Magno hace que la historia de la Edad Media se abra por el largo capítulo de sus proezas; Napoleón aparece en medio de la anarquía, del degüello y del peligro de la Francia, y aterra a los reyes con la insolencia de su genio victorioso.

Todos estos grandes conquistadores han cogido al mundo de improviso con su aparición y con sus triunfos.

Sólo de uno se cuenta que los pueblos le aguardaban, que los profetas le anunciaban, que de todas partes aclamaban voces agoreras su venida, indicando de antemano su estirpe, los procesos de su nacimiento y la maravilla de sus hechos.

Tiempos de esplendores reales, de supremacías sacerdotales, y nadie espera de la alcurnia ni de la reyesidad al gran Reformador. Fijanse los vaticinios en lo humilde, las miradas en lo desvalido, y cuando voz misteriosa o claridad de estrella anuncian el cumplimiento de la profecía, nadie se encamina a pagar homenaje a templos ni palacios; reyes y grandes, pueblo y pastores van por la misma ruta, camino del pesebre, cargados de oro y escencias los unos, de humildes presentes los otros, a doblar la rodilla sobre la agria paja,

única regia alfombra de aquel palacio prestado por los brutos.

Si la Sabiduría puede tener infancia, esa es la infancia de aquel prodigioso niño. A los doce años, a la edad en que la razón apenas comienza a balbucir sus aciertos, habla de cosas altas y de profundas materias. A Sócrates le instruyeron sabios, y él a su vez ilustra a Platón, y Platón forma a Aristóteles. Todos los filósofos reciben y se transmiten una herencia de conocimientos.

Sólo este Filósofo maravilloso habla lo que no ha leído. Todos han seguido o formado escuela. Este crea algo más que una escuela; levanta su dogma. Todos escriben volúmenes; él apenas deja caer sentencias. Los fundamentos principales de la humana sabiduría y de la moral social los condensa en brevísimo código que un niño aprende y entiende.

Los sabios consignan sus ideas, que luego desnuda la contradicción. Sólo la doctrina de este Sabio incomparable se conserva sin una sustracción, sin una añadidura en el curso de los diez y nueve siglos que el mundo la tiene delante de sus ojos.

Cada hombre ilustre tiene su paralelo en la historia. En épocas más o menos lejanas se reproducen los personajes descollantes de las sociedades. Tan sólo este misterioso personaje es único. Ni tuvo antecesor que se le pareciese, ni ha tenido sucesor que se le acerque en perfección y en trascendencia. Yerra la humanidad, y él jamás yerra. Sucumbe el hijo del hombre, y él no flaquea. Su vida es un milagro moral que pasma.

## EL LIBRO DE JOB

No contiene la poesía hebráica poema tan humano como el poema de Job. En ese libro sombrío, como que es libro del dolor, no es un hombre quien se queja con espantable amargura. Es la humanidad, que en lo supremo de su desesperada lucha con el infortunio se hastia de sí misma, maldice la luz que la vió nacer y escupe al cielo la vida que le ha dado.

“Los hermanos pasan de largo por delante del desgraciado, como pasa un rápido torrente por las cañadas”; y los amigos acuden a verle, sólo para encender sus iras con el reproche y el escarnio.

¡Quién, como Job, no les ha dicho también: “Acabáis de llegar y luego que veis mis males tembláis de miedo. ¿Acaso yo os he dicho: —traedme y dadme algo de vuestros bienes: o bien, libradme del poder del enemigo y sacadme de las manos de los poderosos?”

A este libro se le ha llamado del dolor y de las consolaciones. Consuela sí, porque el poeta supera con la energía de su estilo, con la rugiente fuerza de sus apóstrofes a todos aquellos que del fondo de su alma lacerada sacan el grito de la desesperación y de la impotencia.

De Job no se citan tantos los vislumbres de la fe ni los sosiegos de la paciencia, como la angustia que se exalta hasta el delirio, el dolor que estalla en blasfemias. Sus interrogaciones a la invisible justicia que le hiere sin misericordia las profieren, como si las copiasen a la letra, todos los corazones atribulados, cuando a su vez han visto ensañarse en su contra los horrores

todos de aquella tremenda parábola; cuando como Job han visto "robados los ganados, degollados los mozos, reducidos a cenizas por fuego caído del cielo las ovejas y sus pastores, arrastrada por el huracán la casa y sepultados los hijos por los escombros."

El sublime poeta saca ileso a su héroe, de la prueba del martirio, por la divina gracia de la fe y por la celeste virtud de la esperanza. Tras las sombras de sus dudas torna a lucir en el mártir la excelsa claridad de su confianza en los incomprensibles designios del Creador. Sánase su cuerpo de aquella inmunda llaga que de los pies a la coronilla de la cabeza le cubría, y devuélvele el Señor dobladas las riquezas.

Pero en este desenlace del poema de Moisés, en que todo es gloria para la resignación santa del justo y para la infinita sabiduría de Dios, deja el poeta hebraico, conocedor profundo del corazón humano, intacta la ironía con que lo describe en toda su obra, y en cada vez que a los afectos pone faz a faz con los cambios de la fortuna.

El rasgo final de este libro admirable es de una profundidad psicológica extraordinaria.

Colmado Job de bendiciones y harto de prosperidades, "vinieron luego a verle todos sus hermanos y todas sus hermanas y cuantos antes le habían conocido y tratado; y comieron con él en su casa; y diéronle muestras de su tierna compasión; y dióle cada uno de una oveja y un anillo de oro".

Estos parientes amantísimos, estos amigos solícitos, eran aquellos mismos que Job, sentado en su estercolero, y mientras se raía la podredumbre con el casco de una teja, veía pasar de largo delante de él, como pasa un rápido torrente por las cañadas.

Hay en todo el libro de Job cierta amargura que conforta y cierta ironía que venga.

Verdaderamente, es el poema del dolor y de los consuelos.

## VALOR CIVICO

Somos, los hispano-americanos, la prole que engendró la férrea España en el seno de bronce de América. Hijos somos del arcabuz y la flecha, y en la sangre llevamos el calor de dos pueblos indomables.

El valor guerrero es cualidad que en nosotros brota antes que la luz de la razón, y al mismo aparecer el irreflexivo instinto.

Nacemos soldados, y nuestro soldado no tiene igual en el mundo, si se nos consiente la comparación fuera de la disciplina. Marcha desnudo y descalzo, se bate casi siempre en ayunas, y con fusil si lo hay, o con lo que en su defecto le venga a las manos; pasa los ríos a nado; duerme con una roca metida en el costado o con medio cuerpo zampado en el pantano; por agua bebe las secreciones de las bestias; desayúnase con plomo, merienda con plomo, y por cena tiene ración de gloria, si en la jornada la hubo, o bocados de tierra con salsa de su propia sangre, si en la derrota quedó moribundo y olvidado sobre el campo.

Pero no podemos ufanarnos como debiéramos, de ese linaje de valor, porque de él abusamos, por que a su exclusivo cargo ponemos la resolución de los problemas todos de nuestra política existencia. Más habríamos hecho, más podríamos hacer, si poseyésemos en igual medida el valor cívico, ese género de coraje que

no se hereda, que no nace baldío, sino que se infunde con la austera educación política, que se desarrolla con el celoso ejercicio de los derechos y con el religioso cumplimiento de los deberes.

El valor guerrero puede existir en el hombre exento de las nociones del derecho, de la libertad y aun del honor. El valor cívico, por el contrario, es el resultado de un excesivo refinamiento espiritual; es la concentración de las energías del alma, que aun en el más absoluto reposo de la materia, estallan y dan al hombre inerme, la majestuosa potencia de todo un pueblo, en cuyo nombre se yergue a apostrofar a un tirano.

A la guerra vamos todos. A la tribuna pocos. El cañón nos amedrenta menos que el alguacil. No tenemos fe en la palabra; no creemos en la eficacia del periódico. A fuerza de repetido, es ya un lugar común aquello de que el plomo hecho tipos es más poderoso que el plomo hecho balas. Y sin embargo, cuando el conflicto llega, a las balas nos atenemos; y no a los tipos.

En cambio, los déspotas temen más a estos que a aquellas. Ellos suelen azuzar las revoluciones, jamás la oposición. Antes de prender a los generales encierran a los tribunos. Su sagaz instinto les dice que la espada más larga no pasa de cinco cuartas; mientras que el periódico va hasta la conciencia del pueblo.

¡Y cosa extraña! El poder de la palabra decae, se anula desde que se emplea en la imposible defensa de las tiranías. El escritor de librea, batalla y suda en vano para dar vigor a sus frases, prestigio de verdad a sus pensamientos, y la pluma no produce sino vaciedades, humaredas de paja, No hay elocuencia sino convicción. El cerebro se alquila; es verdad, pero se alquila como las

casas: vacío. Las ideas, que son sus moradores, lo abandonan a prisa, cuando definitivamente queda fijo en su frente el cartel de arriendo.

La tribuna, la prensa: he ahí los campos que libra sus nobles combates el valor ciudadano. Su sistema de guerra es el mismo que el del coraje marcial. Si un soldado perece en el asalto, avanzan dos, diez y ciento. Si un periodista sucumbe, suban a su estadio dos, diez y ciento.

En el primer caso, el peligro es la muerte; en el segundo caso la contingencia es la cárcel. ¿Por qué, pues, se prefiere arrostrar lo más fiero? Por la sencilla razón de que sólo del valor cívico es la serenidad estoica para gritar a un hombre omnipotente y soberbio: "¡eres un tirano!", mirarle a la cara y aguardar impávido el rayo de su venganza.

Ese es el linaje de valor que debemos infundir a nuestra raza. El otro nos sobra, y hasta nos daña.

## LA GRAN INFAME

Cuando el ángel hermoso y predilecto, cogido "in flagranti delicto" de conspiración se vió arrojado de las regiones de la luz a las tenebrosas del Báratro y tuvo que formar allí casa aparte para vivir del exclusivo fruto de su ingenio, comenzó pobrementemente a trabajar, en muy reducida escala, y con tan mezquinos recursos, que con sus propias manos angélicas se encontró forzado a fabricar los más indispensables enseres de su empresa, tales como los parlones para derritir el plomo, las ollas colosales para hervir la pez y fundir el azufre; los gar-

fios, pinchos, tridentes, espeteras y parrillas, y cuanto se requiere para recibir con alguna decencia y despachar con prontitud a la numerosa clientela, que como era natural, debía atraer un establecimiento de aquella utilidad y trascendencia.

No obstante la admirable contracción que Luzbel desplegaba en fundar y atender a su empresa, los negocios marcharon al comienzo muy calmados, como es de rigor en toda industria nueva; pero seguro de que vendrían mejores tiempos para su establecimiento, Luzbel no se estaba mano sobre mano durante la forzosa calma, sino que entretenía sus ocios en aumentar con nuevas hornillas las baterías; en fabricar una gran variedad de instrumentos que se ocurrían a su prodigiosa inventiva, verbigracia: rastrillos, tenedores, atizadores y horquillas; o bien se daba a ensayar nuevos puntos de cochura para los baños minerales; y por las noches, en lugar de entregarse al sueño, las empleaba en el adorno y "confort" de sus oficinas, ora dando forma de cortinajes suntuosos a las telarañas que le tejían millares de afanadas tarántulas, ora cuidando de la procreación y sustento de las crías de vampiros y lechuzas que con su fatídico revolotear alegraban el recinto.

El primer cliente de categoría, que fué Caín, le trajo buena suerte. Luego vino Lameth, fundador de la poligamia, con cuyo magnífico sistema comenzó a aumentar la parroquia; y en seguida sobrevino, como una bendición para el negocio, el Diluvio, en el cual, cortando el buen Dios por lo sano, metió en el baño a justos y pecadores, como quien sumerje una carretada de perros callejeros al calentar la canicula; y mandó tantísima gente a Luzbel, que materialmente no había donde acomodarla. Después de esta descomunal cosecha, volvió a

encalmarse el negocio, mientras se repoblaba la tierra, hasta que de Gomorra y de Sodoma le llegaron buenas remesas y más tarde Moisés, desde el desierto, se las envió muy crecidas, de judíos que, entre otros resabios tenían el de no querer renunciar a comer el cerdo y a adorar el becerro.

Fué entonces que Luzbel, ya poderoso, y ascendido progresivamente de simple faccioso a rey de vastísimo imperio, fundó la ilustre dinastía de los Satanases, y tan grande extensión alcanzaron sus Estados, y tan fatigantes llegaron a serle sus tareas infernales, que pensó hasta en abdicar, si Dios no le sugería algún medio expedito para la operación de calificar a los condenados según los méritos y circunstancias de cada cual, pues empeñado Satán en que todo marchara al pelo en su reino, dábale un trabajo inmenso el juzgar con equidad a sus numerosos favorecedores, a fin de que no fuesen al baño de plomo, por ejemplo, los que tenían derecho al guisote de la pez, ni éstos pasasen a la colada del azufre, ni unos ni otros usurpasen a los más prominentes, el privilegio de gozar de la llama viva "per secula seculorum."

Pero el buen Dios se hizo el de la vista gorda, y dejó que el ángel rebelde se las compusiese como le fuera dado, según su leal saber y entender; bien persuadido el Señor de que aquello de la renuncia no cuadraría, porque no era Satán de la estofa de los tiranos que se retiran a un monasterio por enojillos de pura administración.

Y así sucedió. Quitose de ruidos el Zar de la Rusia ardiente, y para ahorrarse tiempos y jaleos en la distribución de su real justicia, hizo forjar una desafortada balanza que pudiera pesar en un solo lote hasta veinte mil toneladas de pecadores de toda laya. En uno de los

platillos colocaba a un condenado de los más famosos; como quien mete la pesa de mayor calibre, y en otro iba echando zurrónadas de malditos a granel, sin atender a jerarquías, ni a circunstancias atenuantes, ni a nada, hasta que el peso se igualaba: lo que quería decir que la pesada debía ir toda entera a la misma paila. Si, puesto por caso, le llegaba una buena tanda de fraticidas colocaba Satán en uno de los platillos la pesa correspondiente, que siempre era el matador de Abel, luego iba echando en el otro lado faginas de malvados, y al estar al fiel la romana, ¡a las lenguas de fuego con todos ellos!

En cierta ocasión sucedió una cosa extraordinaria en el infierno, y fué que se apareció una mujer arrebujaada hasta los ojos en un embozo negro y por cierto nada limpio. La recién llegada se obstinaba en dar su nombre, pues era requisito de rigor a todos exigido, para poder llevar en el día los diabólicos registros. A cada pregunta que sobre el particular le dirigía Satán, contestaba ella con evasivas o con groseros embustes, diciéndose unas veces ser la Verdad, otras la Justicia, en ocasiones la Inocencia, y afectando siempre las nobles actitudes de tales y tan santas entidades; en tanto que el tirano, furioso y centellante al escuchar aquellos nombres sagrados, tirábase de los cuernos y borbotaba maldiciones blasfemas. Por último, resuelto a acabar con aquel insolente misterio, a la tapada preguntó el rey del antro:

—¿Con qué clase de gente quieres que se te pese, malvada de los demonios?

—Con todo lo peor que tengas en tus dominios; fué la cínica respuesta; y luego añadió con altivo desprecio:

—Puedes comenzar por los asesinos.

Empujóla Satán hasta echarla acurrucada en el platillo, y en el otro arrojó a horquillazos y a puntapiés a los feroces homicidas, hasta concluir con todo el surtido que de ellos tenía; sin que a pesar de ser muchos, hiciesen mover el fiel de la balanza ni una sola pulgada.

—Echa ahora a los envenenadores,—dijo en tono de mofa la mujer del velo a Lucifer.

Y un promontorio de criminales aumentó la pesadumbre del platillo, sin siquiera moverlo.

Otra explosión de risa burlona salió de la boca de la impudente maldita, y se la oyó decir:

—¡Te faltan los traficantes de honras!

Y una pirámide de chismosos, enredadores y correveidiles hizo crujir las cadenas de la balanza; pero el fiel no se movió.

Satanás estaba livido de cólera. Sus ojos reverberaban como tizones; un sudor pestilente le bañaba el cuerpo, y su cola fementida amenazaba, erecta, como el arpón de un alacrán inmenso cercado por un incendio.

—¿Qué haces emperador del mal, acaso te he vencido?—le grita con una risotada provocativa la mujer espantable ¿No tienes nada más que arrojar en tu balanza? Echa ahora a la Envidia, a la Venganza, a la Alevosía, a la Traición, a cuantas infamias tengas en tu infernal imperio. Ninguna de ellas, ni todas juntas igualarán mi peso ni mi poder en el mundo.

Y así diciendo, de un brinco de raposa se plantó en el suelo empedrado de brasas, se rasgó el funerario embozo, descubrió su figura de vieja horrenda y fosca, y con hilaridad convulsa exclamó:

—¡Soy la Calumnia!

## DOLOR Y RESIGNACION

## I

Ha llegado la hora de la reflexión. El acompasado chocar de los bronces puebla los aires de gemidos; los sacerdotes del Señor entonan en el Santuario el fúnebre canto de los muertos; la naturaleza enmudece, y sólo coronas de rosas blancas es el tributo que el amor dolorido arranca a los jardines.

¡Quién tuviera en su corazón tan sólo dolor para los otros, y en sus ojos sólo lágrimas para los ajenos!

¡Cómo se abren las mal cerradas heridas de nuestra alma! ¡Como resucitan, como evocados por el ángel de las tristezas los recuerdos del bien perdido!

¡Ah! ¿Quién pidió por premio al amor, el amor de los amores? ¿Quién vió brotar la tierna azucena, riente en una mañana de felicidad, y la regó con sus lágrimas de alegría, y besó sus pétalos tempranos y se embelesó en su perfume delicioso.?

Y una noche el viento sopló como si trajese en su hálito los furioses de la tempestad, y a su impulso el pobre tallo se inclinó hacia la tierra.

Hasta aquí el recuerdo de aquella historia. El dolor torció sus nudos en el corazón; el alma entró en lucha un instante en su divino origen; la blasfemia llenó de espuma los labios... más la oración aplacó el espíritu, y bañó las amarguras en la miel de los consuelos.

## II

Desde entonces mis ojos no tienen que perderse en los espacios para buscar la invisible mansión de Dios.

A mi lado, cerca de mí, rozando sus rizos con sus mejillas, vaga un ángel que es mensajero de mis súplicas y el diligente portador de mis recompensas.

Sus manecitas de nácar, vienen siempre cargadas de dones celestiales. Cuando éstos tardan no es sino que *ella* los oculta con gracia infantil para gozarse luego en las alegrías de nuestra sorpresa.

Este perfume de dichosa sencillez que embalsama el hogar en que parece que se exhala de un brasero inextinguible, ese es su aliento angelical; esta sonrisa de todos los míos, esta pobreza alegre, y esta riqueza de conformidad, todo es regalo suyo; y la paz del alma y la fé en las infinitas misericordias, no son sino la luz en que se agita su espíritu inmortal, que ilumina la conciencia en santas claridades.

## III

Entre tanto, todo está en el hogar como ella los abandonó. Sus juegos primorosos conservan el caprichoso desorden de sus últimos entretenimientos; su comenzada labor parece aguardar impaciente de tan prolongada pereza; la diligente aguja comienza a enmohecer en su inalterable reposo, y el amor que se deleitaba en sus gracias, y la debilidad paternal que se gozaba en sus travesuras infantiles, viven siempre incólumes esperando que descienda hasta nosotros o a que subamos hasta ella.

## IV

¿Quién no tiene allá en el fondo del corazón su historia de lágrimas? ¿A quién falta un ser que es parte de su ser habitando ese mundo de despojos a donde acude el alma a depositar ofrendas de dolor?

El dolor es para todos. La resignación cristiana sólo es para aquellos que creen y esperan.

## LA GENERACION DEL DIABLO

Según cuenta la tradición, al Diablo se le ocurrió una vez cometer la más grave de las locuras: contraer matrimonio. Su imperio es bastante dilatado, y aunque no faltaría en el infierno lindas y amables muchachas que pudiesen hacer aún al diablo uno de los seres más felices, no encontró, sin embargo, en él ninguna que le conviniera.

Convencido de que no se encontraría allí su novia, resolvió dirigirse a nuestra Tierra, y he aquí realizado el proverbio de la Biblia "Buscad y encontraréis". Satanás encontró su compañera entre las hijas de los hombres. La afortunada que dió su mano al Principe de los Infiernos, se llama la Señora Impiedad.

Muchos años vivieron los esposos en completa felicidad.

Un día, impelido por exceso de nostalgia, el buen padre se decidió a abandonar la Tierra y dirigirse a su patria; como padre amoroso que era, no quiso ir

sin dejar colocadas a sus hijas (que eran doce) casándolas de la manera siguiente:

La Ambición, su hija mayor, con un rico hidalgo.

La Brutalidad con un diputado.

La Envidia con un artista.

La Hipocresía con un artesano.

La Locura con un soldado.

La Pobreza fué la mujer de un maestro de escuela.

La Injusticia fué fiel compañera de un Juez.

La Prodigalidad formó con un heredero de gran fortuna.

La Crueldad, según la voluntad de su padre fué la querida de todo el género humano.

La Vanidad y la Venganza las dejó el Diablo al bello sexo, porque no pudo encontrarles marido.

Hasta hoy ninguna de las hijas del Diablo ha abandonado a su esposo.





**A**cabóse  
de imprimir  
este libro el día  
12 de Octubre de 1931  
Aniversario del descubrimiento de América  
en los talleres "Lynotipia  
B e r t r á n"  
Barcelona

